

SEDA  
SECCIÓN C



EMILIO  
ZOLA



LA  
DIOCESI  
ANTICA

PQ22A5  
E4



1080011067



UANE

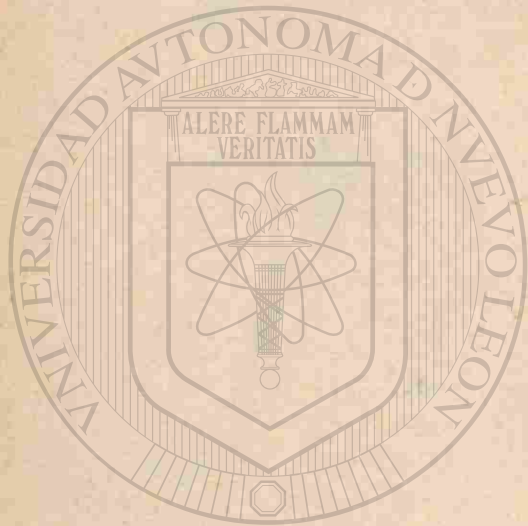
UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

F-1039-ES

3361

BIBLIOTECA "RODRIGO DE LLANO"  
SECCION DE ESTUDIOS HISTORICOS DE LA  
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON

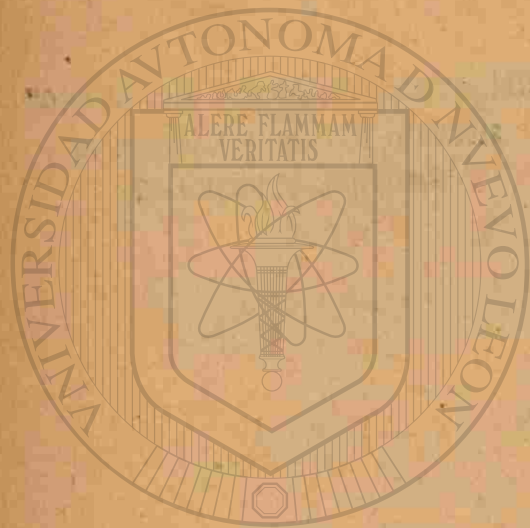


LA EDUCACION SENTIMENTAL  
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





GUSTAVO FLAUBERT

LA  
EDUCACIÓN SENTIMENTAL

HISTORIA DE UN JOVEN

VERSIÓN ESPAÑOLA

DE

H. GINER DE LOS RÍOS

TOMO PRIMERO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID

LIBRERÍA DE JOSÉ JORRO

Paz, 23

PQ 2246  
E 4  
V. 1



Esta obra es propiedad del editor. Queda  
hecho el depósito que marca la ley.

PRIMERA PARTE

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

FONDO  
RODRIGO DE LLANO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Imprenta de Juan Cayetano García, Atocha, 151.



## LA EDUCACIÓN SENTIMENTAL



I.

**H**ACIA las seis de la mañana del 15 de Septiembre de 1840, próximo á partir *La Villa de Montereau*, despedía grandes torbellinos de humo delante del muelle de Saint-Bernard.

La gente llegaba sin aliento; las barricas, los cables, los cestos de ropa blanca dificultaban la circulación; los marineros no contestaban á nadie; tropezaban unas con otras las personas; los bultos subían por entre los dos tambores, y el ruido se absorbía en el rujido del vapor, que, escapándose por las tapaderas de hierro de las chimeneas, todo lo envolvía en

blanquecina nube, mientras la campana avanzaba sin cesar.

Por fin el barco arrancó, y las dos orillas, pobladas de tiendas, de canteros y de fábricas, desfilaron como dos anchas cintas que se desenrollan.

Un joven de dieciocho años, de pelo largo, que llevaba un album debajo del brazo, estaba inmóvil cerca del timón. A través de la bruma contemplaba campanarios y edificios cuyo nombre ignoraba; después abrazó en una última ojeada la isla de Saint-Louis, la Cité, Nôtre Dame, y muy pronto, al desaparecer París, lanzó un suspiro prolongado.

Federico Moreau, que acababa de recibir el título de bachiller, regresaba á Nogent-sur-Seine, adonde debía languidecer durante dos meses antes de ir á cursar Derecho. Su madre, con la suma indispensable, le había enviado al Havre á ver á un hermano suyo, del cual esperaba que fuese heredero su hijo; volvió de allí la víspera, y lamentaba no poder permanecer en la capital, siguiendo, para llegar á su provincia, el camino más largo.

Apaciguóse el tumulto; todos ocuparon su sitio; algunos de pié se calentaban alrededor de la máquina, y la chimenea despedía con resoplido lento y rítmico su penacho de negro humo; gotitas de rocío resbalaban por los co-

bres, el puente temblaba al impulso de una pequeña vibración interior, y las dos ruedas, girando rápidamente, golpeaban el agua.

El río se veía costeadado de playas arenosas; encontrábanse algunas balsas de madera que ondulaban al compás de las olas, ó lanchas sin velas en que pescaba un hombre sentado. Luego, las brumas errantes se fundieron, apareció el sol, descendió poco á poco la colina que seguía el curso del Sena; por la derecha, surgiendo otra, más próxima, en la opuesta orilla.

Coronábanla algunos árboles en medio de casas chatas, cubiertos sus tejados á la italiana; con jardines en declive separados por muros nuevos, verjas de hierro, céspedes, templadas estufas y tiestos de geranios, espaciados con regularidad en terrazas provistas de antepechos. Más de uno, al divisar aquellas coquetonas residencias, tan tranquilas, deseaba ser su propietario, para vivir en ellas hasta el fin de sus días, con un buen billar, una chalupa, una mujer, ó cualquier otro sueño. El placer enteramente nuevo de una excursión marítima facilitaba las expansiones. Ya los bromistas empezaban con sus gracias; muchos cantaban; la gente estaba alegre y se tomaban copitas.

Federico pensaba en el cuarto que ocuparía en su casa, en el plan de un drama, en asuntos para cuadros, en futuras pasiones. Juzgaba que



la felicidad merecida por la excelencia de su alma tardaba en venir. Declamó versos melancólicos; paseaba por el puente con rápido paso, se adelantó hasta el fin, del lado de la campana; y en un círculo de pasajeros y marineros vió á un señor que decía galanferías á una aldeana, jugando mientras con la cruz de oro que llevaba ella sobre el pecho. Era un hombre de cuarenta años, de crespo cabello. Su busto vigoroso llenaba una chaqueta de terciopelo negro; en su camisa de batista brillaban dos esmeraldas, y su ancho pantalón blanco caía sobre unas botas raras coloradas, de cuero de Rusia, bordadas con dibujos azules.

La presencia de Federico no le detuvo. Se volvió hacia él muchas veces, interpellándole por guiños de sus ojos; después ofreció cigarros á cuantos le rodeaban. Pero fastidiado de aquella compañía, sin duda, se fué más lejos. Federico le siguió.

La conversación rodó primeramente sobre las diferentes especies de tabaco; después, naturalmente, acerca de las mujeres. El señor de las botas coloradas dió consejos al joven; expuso teorías, narró anécdotas, se citó á sí propio como ejemplo, y diciendo todo esto con tono paternal, con una ingenuidad de corrupción divertida.

Era republicano; había viajado, conocía el

interior de los teatros, de los *restaurants*, de los periódicos, y á todos los artistas célebres, que llamaba familiarmente por sus nombres; Federico le confió á poco sus proyectos, y él le animó á seguirlos.

Pero se interrumpió para observar el cañón de la chimenea; luego formó de prisa un cálculo para saber «cuánto cada golpe de pistón, tantas veces por minuto, debía, etc.» Y cuando hizo la suma, admiró mucho el paisaje, manifestándose dichoso por haber abandonado los negocios.

Federico sentía cierto respeto hacia él, y no resistió al deseo de conocer su apellido. El desconocido contestó sin pararse:

—Jacob Arnoux, propietario del «Arte Industrial» bulevar Montmartre.

Un criado, con galón dorado en la gorra, vino á decirle:

—Si el señor tuviera la bondad de bajar, la señorita llama.—Desapareció.

«El Arte Industrial» era un establecimiento florido, compuesto de un periódico de pintura y un almacén de cuadros. Federico había visto aquel título muchas veces en el escaparate de un librero de su país natal, en prospectos inmensos, donde el nombre de Jacob Arnoux se ostentaba magistralmente.

El sol hería de plano, haciendo relucir las

**BIBLIOTECA "RODRIGO DE LLANO"**

SECCION DE ESTUDIOS HISTORICOS DE LA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON

grúmpolas de hierro, las gabias, alrededor de los mástiles, las planchas del filarete y la superficie del agua, que por la parte de proa se cortaba en dos surcos que se desvanecían en el límite de las praderas. En todos los recodos del río, se encontraba el mismo panorama de álamos blancos. El campo se veía enteramente solitario, y en el cielo nubecillas blancas detenidas. El fastidio, vagamente esparcido, parecía amortiguar la marcha del barco y dar á los viajeros un aspecto más insignificante todavía.

Excepto algunos burgueses, en primera clase, los demás eran obreros, tenderos con sus mujeres y sus chicos. Como entonces había costumbre de vestirse con lo peor en los viajes, casi todos llevaban gorros griegos viejos ó sombreros descoloridos; estrechos trajes negros, raídos por el frote de las mesas, ó levitas con los ojales rotos de haber servido demasiado en la tienda; algunos chalecos de elástica dejaban asomar camisas de algodón, manchadas de café y algunos alfileres de similar clavados en corbatas hechas girones; trabillas recosidas sujetando zapatos de orillo; dos ó tres desarrapados que llevaban bastones con corre-güelas, lanzaban miradas oblicuas; y padres de familia abrían desmesuradamente los ojos, haciendo preguntas; hablando de pie, ó echados sobre sus equipajes, otros dormían por los rin-

cones; muchos comían. El puente se hallaba sucio con cáscaras de nueces, puntas de cigarro, mondaduras de peras, restos de embutidos que vinieron liados en papeles. Tres ebanistas, de blusa, estaban parados delante de la cantina; un músico, arpista, en hárapos, descansaba apoyando los codos en su instrumento; oíase á intervalos el ruido del carbón de piedra en la hornilla, un grito, una risa. Y el capitán, en el entrepuente, andaba de uno á otro tambor, sin detenerse. Federico, para ir á su sitio, empujó ya verja que separaba la primera clase, y molestó á dos cazadores con sus perros.

Aquello fué como una aparición.

Ella estaba sentada en medio del banco, enteramente sola; por lo menos él no vió á nadie, con el deslumbramiento que sus ojos le enviaron. Al mismo tiempo que pasaba él, ella alzó la cabeza, él se bajó involuntariamente, y cuando este pasó más lejos, del mismo lado, la miró.

Llevaba un sombrero de paja, ancho, con cintas rosa que fluctuaban al viento por su espalda. Sus cabellos negros, que descendían hasta el extremo de sus grandes cejas, parecían ceñir amorosamente el óvalo de su rostro. Su traje, de muselina clara con lunarcitos, caía en numerosos pliegues.

Se ocupaba en bordar algo, y su nariz recta

su barba, su persona toda resaltaba sobre el fondo azul del espacio.

Como se mantenía en la misma actitud, dió él muchas vueltas á izquierda y derecha para disimular la maniobra; luego se detuvo muy cerca de su sombrilla, colocada contra el banco, y afectó que observaba una chalupa por el río.

Jamás había visto aquel esplendor de tez morena, la seducción de un busto, ni aquella delicadeza de los dedos que la luz atravesaban. Contemplaba su cesta de labor con arrobamiento como una cosa extraordinaria. ¿Cuáles eran su nombre, su domicilio, su vida, su pasado? Ansiaba conocer los muebles de su cuarto, todos los trajes que hubiera llevado, las gentes que la visitaban; y el deseo de la posesión física hasta desaparecía ante un afán más profundo, en una dolorosa curiosidad que carecía de límites.

Una negra, de pañuelo á la cabeza, se presentó, llevando de la mano á una niña ya grande, cuyos ojos estaban llenos de lágrimas y que acababa de despertarse. Cogióla ella sobre sus rodillas. La señorita no era buena, aunque iba pronto á cumplir siete años; su madre ya no la quería; se le perdonaban demasiado sus caprichos.

Y Federico se alegraba de oír aquellas co-

sas, como si hubiera hecho un descubrimiento, una adquisición.

Suponíala de origen andaluz, quizás criolla. ¿Había traído de las islas, consigo, á aquella negra?

Un gran chal de rayas violeta ceñía su espalda sobre la borda de cobre. ¡Cuántas veces, en medio del mar, durante las noches húmedas, habría envuelto su busto, habría cubierto sus pies, hasta dormir á su abrigo! El chal iba deslizándose poco á poco hacia el agua. Federico dió un salto y lo cogió. Ella le dijo:

—Doy á Vd. gracias, caballero.

Sus ojos se encontraron.

—¿Estás lista, mujer?—preguntó el Sr. Arnoux, apareciendo en la escalera.

La señorita Marta corrió hacia él, y colgada de su cuello le tiraba de los bigotes. El sonido de un arpa se oyó en esto, y quiso la niña oír la música; al punto el del instrumento, traído por la negra, entró en el departamento de primera. Arnoux le reconoció por ser un antiguo modelo y le tuteó, cosa que sorprendió á los presentes. Por fin, el arpista echó hacia atrás su ancho pecho, extendió el brazo y se puso á tocar.

Era una romanza oriental, en que se trataba de puñales, de flores y de estrellas. El hombre de los harapos cantaba aquello con tono mor-

daz; los movimientos de la máquina cortaban la melodía sin medida; apretaba él más, vibraban las cuerdas y sus sonidos metálicos parecían exhalar sollozos, como la queja de un amor orgulloso y vencido.

En ambas orillas del río veíanse los bosques descender hasta el agua; circulaba una corriente de aire fresco; la señora de Arnoux miraba vagamente á lo lejos.

Cuando cesó la música, movió los párpados muchas veces, como si saliera de un sueño.

El arpista se les aproximó humildemente. Mientras que Arnoux buscaba una moneda, Federico alargó hacia la gorra su mano cerrada, y abriéndola pudorosamente, depositó en ella una moneda de oro, de veinte pesetas. Y no era la vanidad la que le empujaba á dar aquella limosna delante de ella, sino un pensamiento de bendición á que la asociaba, movimiento del corazón, casi religioso.

Arnoux enseñándole el camino, le invitó cordialmente á que almorzara. Federico aseguró que acababa de almorzar; por el contrario, se moría de hambre y no poseía ya ni un céntimo en el fondo de su bolsillo.

Después pensó que tenía tanto derecho como otro cualquiera para permanecer en la cámara.

Alrededor de las mesas redondas comían

los burgueses y circulaba un mozo de café. Los señores de Arnoux se hallaban en el extremo, á la derecha; sentóse él en la larga banqueta de terciopelo y cogió un periódico que allí encontró.

Debían tomar la diligencia de Châlons en Montreau. Su viaje á Suiza duraría un mes.

La señora de Arnoux censuraba á su marido por su debilidad con la pequeña. Murmuró él algo á su oído, una gracia indudablemente, puesto que ella sonrió; después fué á correr la cortina de la ventana de detrás.

El techo bajo, y enteramente blanco, arrojaba una luz fuerte. Federico, de frente, distinguía la sombra de sus pestañas. Mojaba ella sus labios en el vaso y entre sus dedos sostenía una cartera. El medallón de lapizlázuli, sujeto por una cadenilla de oro á su muñeca, sonaba de cuando en cuando contra el plato. Los que estaban allí, sin embargo, no parecía que lo notasen.

Algunas veces se veía por las ventanas deslizarse el flanco de una barca que abordaba el barco para tomar ó dejar viajeros. Las gentes que estaban á la mesa se inclinaban hacia las aberturas y decían el nombre de los lugares ribereños.

Arnoux se quejaba de la cocina; gritó mucho por la cuenta y obligó á que la redujeran.

Después se llevó al joven á proa para beber grogs; pero Federico se volvió muy pronto á la toldilla, donde se encontraba la señora de Arnoux, que leía un pequeño volumen de tapas grises.

Los extremos de su boca se entreabrían en algunos momentos, y un relámpago de placer iluminaba su frente. Federico tuvo celos del que había inventado aquellas cosas de que parecía ocupada. Cuanto más la contemplaba, más sentía que entre ambos se abrían abismos. Pensaba que era preciso abandonarla á poco, irrevocablemente, sin haber cruzado una frase, sin dejarse ni aun siquiera un recuerdo.

Una llanura se extendía hacia la derecha: á la izquierda un herbazal iba á reunirse suavemente á una colina, en que se percibían viñedos, nogales, un molino en medio del verde, algunos senderos más allá, formando zig-zás sobre la blanca roca que tocaba al límite del cielo. ¡Qué dicha, subir reunidos, el brazo rodeando su cintura, mientras su traje fuese bariendo las hojas amarillentas, escuchando su voz, dominado por los rayos de sus ojos! El barco podía detenerse, no tenían más que bariarse, y aquella cosa tan sencilla, no era más fácil, sin embargo, que cambiar el curso del sol.

Algo más lejos descubriase un castillo de

tejado puntiagudo con torrecillas cuadradas. Un parterre de flores se extendía delante de su fachada, y las avenidas penetraban en los altos tilos como negras bóvedas.

Figúrsela pasando por el límite de los setos.

En aquél instante, una señorita y un caballero joven se dejaron ver en la escalera, entre los tiestos de naranjos.

Luego todo desapareció.

La chiquilla jugaba cerca de él; Federico quiso besarla; ocultóse ella detrás de la criada; le riñó su madre por no ser amable con el caballero que había salvado su chal.

¿Era esta una manera indirecta de entrar en conversación?

—¿Irás por fin á hablarme?— se preguntó.

Apremiaba el tiempo. ¿Cómo obtener una invitación para casa de Arnoux? Y no imaginó nada mejor que hacerle notar el calor del otoño, añadiendo:

—Pronto el invierno, la estación de los bailes y las comidas...

Pero Arnoux se hallaba muy ocupado con sus equipajes.

La costa de Surville apareció; los dos puentes se juntaban, se costeó una cordelería, después una fila de casas chatas; abajo marmitas de brea, trozos de madera, y los pilluelos co-

rían por la arena, dando vueltas al cable. Federico reconoció á un hombre con chaleco de mangas, y le gritó:

—Despáchate.

Llegaron. Buscó trabajosamente á Arnoux entre la multitud de pasajeros, y el otro contestó estrechándole la mano:

—Hasta la vista, amigo mío.

Cuando estuvo sobre el muelle, Federico se volvió. Hallábase la señora cerca del timón, de pie. Envióla una mirada en que procuró poner toda su alma; como si nada hubiera hecho, permaneció ella inmóvil.

Después, sin fijar atención en los saludos de su criado, le dijo.

—¿Por qué no has traído el coche hasta aquí?

El buen hombre se excusó.

—¿Qué torpel Dame dinero.

Y se fué á comer á una posada.

Un cuarto de hora después, tuvo deseos de entrar como por casualidad, en el patio de las diligencias; todavía podía verla quizás.

—¿Para qué? — se dijo.

Y el coche-americana le llevó. Uno de los dos caballos no pertenecía á su madre; había pedido prestado el del Sr. Chambrion, el recaudador, para engancharlo con el suyo. Isidoro salió la vispera y descansó en Bray hasta la no-

che y había dormido en Montereau; por eso las bestias trotaban bien.

Campos segados se prolongaban hasta no ver el fin. Dos hileras de árboles bordeaban el camino y los montones de guijarros se sucedían; poco á poco Villeneuve-Saint-Georges, Ablon, Châtillon, Corbeil y los otros pueblos; todo *su* viaje le vino á la memoria, de manera tan clara que ahora distinguía detalles nuevos, particularidades más íntimas; por bajo del último volante de *su* vestido, veía *su* pié calzado con fina bota de seda color marrón; el toldo de cutí formaba amplio dosel sobre su cabeza, y las borlitas encarnadas de las guarniciones se movían perpétuamente al soplo de la brisa.

Se parecía á las mujeres de los libros románticos. No hubiera querido añadir ni quitar nada á su persona. El universo se ensanchaba de repente; ella era el punto luminoso adonde convergía el conjunto de las cosas. Y mecido por el movimiento del carruaje, con los párpados medio cerrados, la mirada en las nubes, entregábase á una alegría soñadora é infinita.

En Bray no esperó que dieran la avena, se fué por el camino adelante, enteramente solo. Arnoux la había llamado María. Entonces él gritó muy alto ¡María! Su voz se perdió en el viento.

Una ancha franja color de púrpura inflama-

ba el cielo al Occidente. Grandes ruedas de molino, que se veían en medio de los rastros, proyectaban gigantescas sombras. Un perro se puso á ladrar en cierta lejana hacienda. Extremecióse, sobrecogido, con una inquietud sin causa.

Quando Isidoro se le reunió, se colocó en el pescante para guiar. Su desfallecimiento había pasado; hallábase enteramente resuelto á introducirse, no importaba cómo, en casa de los Arnoux, á relacionarse con ellos. Su hogar debía de ser agradable, Arnoux, además, le gustaba; después ¿quién sabe? Entonces una oleada de sangre le subió á la cara; sus sienes zumbaban.

Chasqueó el látigo, sacudió las riendas y llevaba los caballos á un paso que el viejo cochero le repetía:

—Espacio, más espacio; les dejará usted sin resuello.

Poco á poco se calmó Federico y escuchó á su criado.

Esperaban al señor con impaciencia grande. La señorita Luisa había llorado porque quería venir en el coche.

—¿Quién es la señorita Luisa?

—La chiquitina del Sr. Roque, ¿sabe usted?

—¡Ah! no me acordaba—replicó Federico indolentemente.

A todo esto, los dos caballos no podían más, ambos cojeaban; y las nueve sonaban en Saint-Laurent cuando llegó á la plaza de Armas, delante de la casa de su madre. Aquella casa espaciosa, con un jardín que lindaba con el campo, daba aún mayor consideración á la señora de Moreau, que era la persona más respetada del país.

Procedía de una antigua familia noble, ya extinguida. Su marido, un plebeyo con quien sus padres la casaron, había muerto de una estocada, durante su embarazo, dejándola una fortuna comprometida. Recibía tres veces á la semana, y daba de cuando en cuando una comida formal; pero el número de las bujías se hallaba calculado, y esperaba con impaciencia sus rentas. Aquella estrechez, disimulada como un vicio, la hacía seria. Sin embargo, citaba sus virtudes sin ostentación de gazmoñería, sin acritud. Sus menores obras de caridad parecían grandes limosnas. Se la consultaba sobre la elección de los criados, la educación de las jóvenes, el arte de los dulces, y Monseñor paraba en su casa en las visitas episcopales.

La señora de Moreau alimentaba una gran ambición para su hijo; no gustaba oír que censurasen al gobierno, por una especie de prudencia anticipada. El necesitaría protección al principio; luego, merced á sus medios, llega-

ria á consejero de Estado, embajador, ministro. Sus triunfos en el colegio de Sens legitimaban aquel orgullo: había obtenido el premio de honor.

Cuando entró en el salón todos se levantaron con gran ruido, y le abrazaron; y con las butacas y las sillas se formó un amplio semicírculo alrededor de la chimenea. El Sr. Gamblin le preguntó inmediatamente su opinión sobre la señora Lafarge. Aquel proceso, el furor de la época, produjo violenta discusión; la señora de Moreau la contuvo, con pesar del Sr. Gamblin, que la juzgaba útil para el joven, en calidad de futuro juriscónsul, y salió del salón picado.

Naüa debía sorprender en un amigo del tío Roque. A propósito del tío Roque, se habló del Sr. Dambreuse, que acababa de adquirir la propiedad de la Fortelle. Pero el recaudador se había llevado aparte á Federico para saber lo que pensaba de la última obra de Guizot. Todos deseaban conocer sus asuntos, y la señora Benoit se enteró diestramente de su tío.

¿Cómo estaba aquel buen pariente?

No daba ya noticias suyas.

¿No tenía un primo lejano en América?

La cocinera anunció que la sopa del señor estaba servida. La gente se retiró por discreción.

En cuanto, poco después, estuvieron solos, su madre le dijo en voz baja:

—¿Y bien?

El viejo le había recibido muy cordialmente, pero sin manifestar sus intenciones.

La señora de Moreau suspiró.

—¿Dónde estará ahora ella?—pensó él.

La diligencia rodaba, y envuelta en el chal, sin duda, apoyaba en el paño del cupé su linda cabeza dormida.

Subían á sus cuartos, cuando un mozo del «Cisne de la Cruz» trajo una carta.

—¿Qué es eso?

—Deslauriers, que me necesita—dijo.

—¡Ah! tu camarada—contestó la señora de Moreau, con sonrisa de desprecio.—¡La hora ha sido bien elegida, ciertamente!

Federico vacilaba; pero la amistad venció y cogió su sombrero.

—Por lo menos, no estés mucho tiempo—le dijo su madre.







II.

**E**L padre de Carlos Deslauriers, antiguo capitán de infantería, dimisionario de 1818, volvió á Nogent á casarse, y con el dinero de la dote había comprado una plaza de alguacil de corte, que apenas le bastaba para vivir. Agriado por grandes injusticias, sufriendo con sus antiguas heridas, y echando siempre de menos al Emperador, desahogaba en las gentes que le rodeaban las cóleras que le mortificaban. Pocos niños fueron más golpeados que su hijo. El pillete no cedía, á pesar de los golpes. Cuando su madre trataba de interponerse, se veía tan maltratada como el chico. Por fin, el capitán le colocó en su estudio, y todo el día le

tenía inclinado sobre el pupitre, copiando documentos, cosa que le produjo el desarrollo del hombro derecho, visiblemente mayor que el otro.

En 1833, el señor presidente le invitó à que vendiera su estudio, lo cual hizo. Su mujer murió de un cáncer. Fuése él à vivir à Dijon; después se estableció, como procurador, en Troyes; y habiendo obtenido para Carlos media beca, le llevó al colegio de Sens, donde Federico le recordó. Pero el uno tenía doce años y el otro quince; además mil diferencias de carácter y de origen les separaban.

Federico encerraba en su cómoda toda clase de provisiones, cosas excelentes, un neceser de aseo, por ejemplo. Gustaba de levantarse tarde, mirar las golondrinas, leer obras dramáticas, y echando de menos las dulzuras de su casa, encontraba penosa la vida del colegio.

En cambio parecía buena al hijo del alguacil. Trabajaba tanto, que al cabo del segundo año pasó à la Tercera. Sin embargo, à causa de su pobreza ó de su carácter pendenciero, le rodeaba una sorda malevolencia. Pero una vez que un criado le llamó hijo de mendigo, en pleno patio de los medianos, le saltó al cuello, y le hubiera matado sin tres profesores de estudios que intervinieron. Federico, lleno de admiración, le estrechó entre sus brazos. A par-

tir de ese día su intimidad fué completa. El afecto de un *grande* (de un *mayor*) lisonjeó, sin duda, la vanidad del *pequeño*, y el otro aceptó como una felicidad aquel sacrificio que le ofrecía.

Su padre le dejaba en el colegio durante las vacaciones,

Una traducción de Platón, que encontró por casualidad, le entusiasmó. Y entonces se apasionó por los estudios metafísicos y sus progresos fueron rápidos, porque se entregaba con fuerzas juveniles y con el orgullo de una inteligencia que se emancipa. Jouffroy, Cousin, Laromiguière, Mallebranche, los Escoceses, cuanto la biblioteca contenía, otro tanto aprendió; hasta tuvo necesidad de robar la llave para procurarse libros.

Las distracciones de Federico eran muy serias. Dibujó, en la calle de Trois-Rois, la genealogía de Cristo, escultura hecha en un poste; luego el pórtico de la catedral. Después, de los dramas de la Edad Media, leyó las memorias: Froissart, Comines, Pedro de l'Estoile, Brantôme.

Las imágenes que aquellas lecturas llevaban à su espíritu, le dominaban tan por completo, que experimentaba la necesidad de reproducirlas. Ambicionaba ser un día el Walter Scott de Francia. Deslauriers meditaba un vasto

sistema de filosofía, que tuviera las más lejanas aplicaciones.

Hablaban de todo aquello durante los recreos, en el patio, enfrente de la inscripción moral pintada debajo del reloj; cuchicheaban en la capilla, en las barbas de San Luis; soñaban en el dormitorio, desde el cual se dominaba el cementerio. Los días de paseo, se colocaban detrás de los demás, y hablaban interminablemente.

Hablaban de lo que harían mucho más tarde, cuando salieran del colegio. Primero, emprenderían un gran viaje con el dinero que Federico recibiría de su fortuna, á la mayor edad. Luego volverían á París, trabajarían juntos, no se separarían; y como descanso de sus trabajos, tendrían amores de princesas en tocadores de raso, ó fulgurantes orgías con ilustres cortesanas. Algunas dudas se presentaban después de sus entusiasmos de esperanza, después de crisis de alegre facundia, cayendo en profundo silencio.

Las noches de verano, cuando habían andado mucho tiempo por los caminos pedregosos, por las orillas de los viñedos, ó por el camino real en pleno campo, y los trigos ondulaban al sol, mientras perfumes de angélica embalsamaban el aire, una especie de sofocación les sobrecogía y se echaban de espaldas

aturdidos, embriagados. Los demás, en mangas de camisa, jugaban á la barra ó lanzaban globos. El criado les llamaba. Se volvía, siguiendo los jardines que atravesaban arroyuelos, luego los bulevares sombreados por los viejos muros; en las calles desiertas se oían sus pasos; la verja se abría, subían la escalera como después de grandes desórdenes.

El señor censor pretendía que se exaltaban mutuamente. Sin embargo, si Federico trabajaba en las clases de altos estudios, era por las exhortaciones de su amigo; y en las vacaciones de 1837, le llevó á casa de su madre.

El joven desagradó á la señora de Moreau; comió extraordinariamente, rehusó asistir los domingos á la misa, mantenía ideas republicanas; por fin, creyó que había conducido á su hijo á lugares deshonestos. Se vigilaron sus relaciones y por eso se quisieron más. Su despedida fué penosa, cuando Deslauriers, al año siguiente, dejó el colegio para estudiar Derecho en París.

Federico pensaba reunirse con él. No se habían visto hacía dos años, y cuando sus abrazos terminaron, se fueron hacia los puentes para poder hablar con mayor libertad.

El capitán, que tenía por entonces un billar en Villenauxe, se había puesto rojo de cólera cuando su hijo le había reclamado las

cuentas de su tutela, y hasta le había suprimido los alimentos netamente. Pero como trataba de presentarse más tarde a concurso, para una cátedra de profesor de la escuela, y no tenía dinero, Deslauriers aceptó en Troyes una plaza de pasante en casa de un abogado. A fuerza de privaciones economizaría cuatro mil pesetas, y si no había de tomar nada de la herencia materna, siempre tendría con que trabajar libremente, durante tres años, esperando hacerse una posición. Era preciso, pues, abandonar su antiguo proyecto de vivir juntos en la capital, por el presente á lo menos.

Federico bajó la cabeza; aquél era el primero de sus sueños que se desvanecía.

—Consuélate—dijo el hijo del capitán—la vida es larga; somos jóvenes, Ya me reuniré á tí. No pienses más en ello.

Le estrechaba las manos, y para distraerlo, le hizo varias preguntas acerca de su viaje.

Federico no tenía grandes cosas que contar. Pero al recuerdo de la señora de Arnoux, desapareció su pena. No habló de ella, contenido por pudor; en cambio se extendió respecto de Arnoux, refiriendo sus ideas, sus maneras, sus amistades; y Deslauriers le animó mucho para que cultivara aquellas relaciones.

Federico, en aquellos últimos tiempos, no había escrito nada; sus opiniones literarias ha-

bían cambiado; estimaba por encima de todo la pasión; Werther, René, Franck, Lara, Lélia y otros más medianos le entusiasmaban casi igualmente. A veces la música le parecía la sola capaz de expresar sus turbaciones interiores; entonces soñaba sinfonías; ó le dominaba la superficie de las cosas, y quería pintar. Había compuesto versos, sin embargo. Deslauriers los encontró muy hermosos, pero sin pedir que le dijera más.

El, á su vez, se había apartado de la metafísica. La economía social y la revolución francesa le preocupaban. En aquella época era un gran diablo de veintidos años, flaco, con una boca ancha y aire resuelto. Aquella noche llevaba un mal paletó de lastén, y sus zapatos estaban blancos de polvo, porque había andado á pie el camino de Villenauxe, expresamente para ver á Federico.

Isidoro se acercó á ellos.

La señora rogaba al señorito que volviera, y temiendo que hiciera frío le enviaba su capa.

—Quédate—dijo Deslauriers.

Y continuaron paseándose de uno á otro extremo de los dos puentes que se apoyaban en la estrecha isla que forman el canal y el río.

Quando iban del lado de Nogent, tenían enfrente un grupo de casas que se inclinaban algo; á la derecha, la iglesia aparecía detrás de

los molinos de madera, cuyas compuertas estaban cerradas; y á la izquierda los setos de arbustos, á lo largo de la orilla cercaban algunos jardines que apenas se veían. Pero del lado de París, el camino real bajaba en línea recta, y las praderas se perdían á lo lejos en los vapores de la noche, que era silenciosa y de blanquecina claridad. Olores de húmedo follaje subían hasta ellos, y la caída de la presa, cien pasos más allá, murmuraba con ese gran ruido dulce que hacen las olas en las tinieblas.

Deslauriers se paró y dijo:

—Esas buenas gentes que duermen tranquilas; es gracioso. ¡Paciencia! Un nuevo 89 se prepara. ¡Ya se está cansado de Constituciones, de cartas, de sutilezas, de mentiras! ¡Ah, si yo tuviera un periódico ó una tribuna, cómo sacudiría todo eso! Pero para emprender cualquier cosa es preciso dinero. ¡Qué maldición, ser hijo de un cantinero, y perder uno su juventud buscándose el pan!

Bajó la cabeza, se mordió los labios, y tiraba debajo de su delgado traje.

Federico le echó la mitad de su capa sobre los hombros; envolviéronse ambos, y abrazados por la cintura, andaban abrigados y juntos.

—¿Cómo quieres que yo viva allá, sin tí?—decía Federico. La amargura de su amigo le había vuelto á enternecer. —Yo habría hecho

algo con una mujer que me hubiera amado... ¿Por qué te ríes? El amor es el alimento y como la atmósfera del genio. Las emociones extraordinarias producen las obras sublimes. En cuanto á buscar la que yo necesitaría, renuncié á ello. Además, si alguna vez la encuentro, me rechazará ella. Soy de la raza de los desheredados, y me extinguiré con un tesoro que sería de estrás ó de brillante, no lo sé.

La sombra de alguno se reflejó en el piso, al mismo tiempo que oyeron estas palabras:

—Servidor, señores.

El que las pronunciaba era un hombrecillo, con ancho levitón oscuro y gorra, cuya visera dejaba asomar una nariz afilada.

—El Sr. Roque—dijo Federico.

—El mismo—respondió la voz.

El de Nogent justificó su presencia, contando que volvía de vigilar sus trampas para lobos, en su jardín, á orillas del agua.

—¿Y ya está Vd. de regreso en nuestro país? Muy bien. Lo he sabido por mi chiquilla. La salud siempre buena ¿verdad? ¿Aún no se retira Vd.?

Y se marchó, mortificado, sin duda, por la acogida de Federico.

La señora de Moreau, con efecto, no le trataba; el tío Roque vivía en concubinato con su criada, y era poco considerado, aunque fuese el

gancho de las elecciones, el administrador del Sr. Dambreuse.

—¿El banquero que vive en la calle de Anjou?— preguntó Deslauriers.—¿Sabes lo que debías hacer, excelente amigo?

Isidoro les interrumpió de nuevo. Tenía orden de llevarse á Federico, definitivamente. La señora se inquietaba por su ausencia.

—Bien, bien, ya se vá— dijo Deslauriers—no se quedará sin acostarse.

Y cuando el criado se marchó, añadió:

—Debías rogar á ese viejo que te introdujera en casa de los Dambreuse; nada es tan útil como frecuentar una casa rica. Puesto que tienes un frac negro y unos guantes blancos, aprovéchalos. Es preciso que vayas á esa sociedad; tú me llevarás luego á mí. ¡Un hombre millonario, piénsalo bien! Arréglate de modo que le agrades y también á su mujer. Sé su amante.

Federico protestaba.

—Pues te digo cosas clásicas, me parece. Recuerda á Rastignac en *La comedia humana*. Tú triunfarás, estoy seguro.

Federico tenía tal confianza en Deslauriers, que se sintió vencido, y olvidando á la señora de Arnoux, ó incluyéndola en la predicción hecha respecto de la otra, no pudo impedir una sonrisa.

El pasante añadió:

—Ultimo consejo: examínate. Un título siempre es bueno, y abandona resueltamente tus poetas católicos y satánicos, tan adelantados en filosofía como se estaba en el siglo XII. Tu desesperación es muy tonta. Personajes más importantes tuvieron en sus principios mayores dificultades, comenzando por Mirabeau. Además, nuestra separación no será tan larga. Yo haré vomitar al tramposo de mi padre. Ya es tiempo de que me vuelva. Adiós. ¿Tienes cinco pesetas para pagar mi comida?

Federico le dió diez, resto de la suma que por la mañana le entregó Isidoro.

A veinte metros de los puentes, á la orilla izquierda, brillaba una luz en el desván de una casa baja.

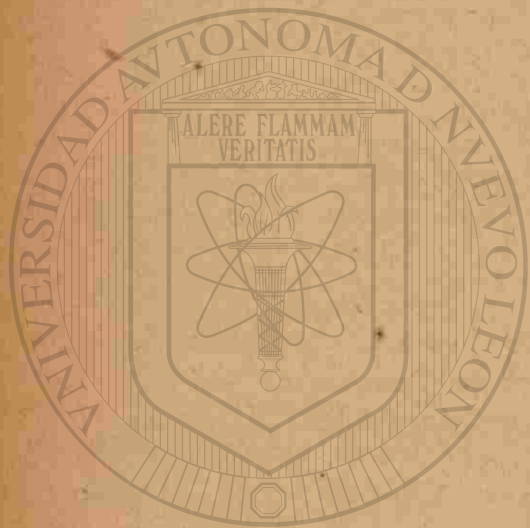
Deslauriers la vió, y dijo enfáticamente, quitándose el sombrero:

—Véus, reina de los cielos, servidor. Pero la penuria es la madre de la prudencia. ¡Cuánto nos han calumniado por eso! ¡Misericordia!

Aquella alusión á una aventura común les puso alegres; reían muy alto por las calles.

Luego, pagado su gasto en la posada, Deslauriers acompañó á Federico hasta la encrucijada del Hotel-Dieu, y después de un prolongado abrazo, se separaron los dos amigos.





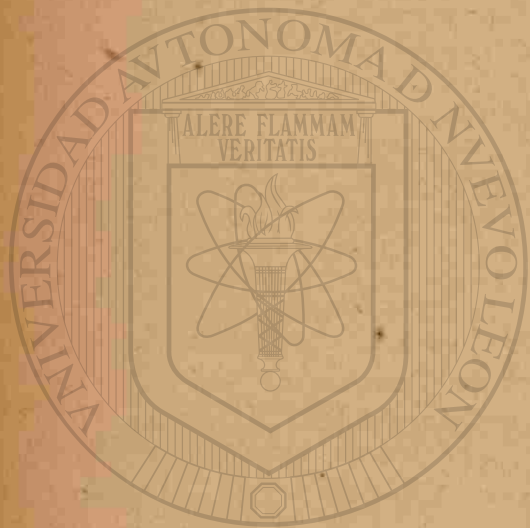
### III.

**D**OS meses más tarde, Federico, que llegó por la calle Coq-Héron, pensó inmediatamente en hacer su gran visita.

La casualidad le había servido. El tío Roque había ido a llevarle un rollo de papeles, rogándole que personalmente los entregara en casa del Sr. Dambreuse, y acompañaba el envío de una carta abierta presentando á su joven compatriota.

La señora de Moreau se mostró sorprendida de aquel paso, y Federico disimuló el placer que le causaba.

El Sr. Dambreuse, se llamaba en realidad el



III.

**D**OS meses más tarde, Federico, que llegó por la calle Coq-Héron, pensó inmediatamente en hacer su gran visita.

La casualidad le había servido. El tío Roque había ido a llevarle un rollo de papeles, rogándole que personalmente los entregara en casa del Sr. Dambreuse, y acompañaba el envío de una carta abierta presentando á su joven compatriota.

La señora de Moreau se mostró sorprendida de aquel paso, y Federico disimuló el placer que le causaba.

El Sr. Dambreuse, se llamaba en realidad el



conde d'Ambreuse; pero desde 1825, abandonó poco á poco su nobleza y su partido y se encaminó á la industria; con el oído en todos los despachos, la mano en todas las empresas, al acecho de las buenas ocasiones, sutil como un griego y laborioso como un Auvernés, había formado una fortuna que se decía considerable; además, era oficial de la Legión de honor, miembro del Consejo general de Aube, diputado, algún día par de Francia; complaciente, por otra parte, fatigaba al ministro con sus continuas peticiones de socorros, de cruces, estancos, y en sus censuras al poder se inclinaba al centro izquierda. Su mujer, la linda señora de Dambreuse, que citaban los periódicos de modas, presidía las Juntas de caridad. Acariciaban á las duquesas, apaciguaban los rencores del noble barrio, y hacía creer que el señor Dambreuse podría aún arrepentirse y prestar servicios.

El joven se hallaba confuso al ir á su casa.

—Mejor hubiera hecho poniéndome el frac. Me invitarán, indudablemente, al baile de la próxima semana. ¿Qué me dirán?

Reconquistó el aplomo pensando que el señor Dambreuse no era más que un burgués, y salió alegremente del coche á la acera de la calle de Anjou.

Cuando empujó una de las puertas coche-

ras, atravesó el patio, subió la escalera y entró en un vestíbulo, cuyo piso era de mármol de color.

Un doble ramal recto, tapizado de rojo, con varillas de bronce, se apoyaba en las altas paredes de reluciente estuco. Había, al pié de los escalones, un plátano, cuyas anchas hojas caían sobre el terciopelo de la baranda. En dos candelabros de bronce, colgaban, sujetos con cadenillas globos de porcelana; los respiraderos de los caloríferos, abiertos, exhalaban una atmósfera pesada, y se oía el tic-tac de un gran reloj, colocado al otro extremo del vestíbulo, debajo de una panoplia.

Sonó un timbre y se presentó un criado que introdujo á Federico en una pequeña habitación, donde había dos arcas con divisiones llenas de legajos. El Sr. Dambreuse escribía entre ambas sobre un buró de cilindro.

Recorrió la carta del tío Roque, abrió con su cortaplumas el lienzo que cubría los papeles y los examinó.

Desde lejos, y en razón de su corta estatura, podía parecer joven todavía, pero su escaso pelo blanco, sus miembros delicados, y sobre todo, la palidez extraordinaria de su rostro, acusaban un temperamento arruinado. Una energía cruel asomaba á sus ojos verdosos, más fríos que ojos de cristal.

Tenía los pómulos salientes y manos de nudosas articulaciones.

Por fin, se levantó y dirigió al joven algunas preguntas acerca de personas de su conocimiento, sobre Nogent, sobre sus estudios. Después le despidió, inclinándose.

Federico salió por otro corredor y se halló en el patio, cerca de las cocheras.

Un cupé azul, á que estaba enganchado un caballo negro, se veía parado delante de la escalera. La portezuela se abrió, subió una señora, y el coche, con sordo ruido, rodó por la arena.

Federico llegó al mismo tiempo que ella, por el otro lado, á la puerta cochera, y no siendo el espacio bastante ancho, tuvo que esperar. La joven, inclinada hacia fuera de la ventanilla, hablaba muy bajo al conserje. Federico no percibía más que su espalda, cubierta por una toca violeta. Sin embargo, se fijaba en el interior del carruaje, tapizado de reps azul con pasamanería y flecos de seda. Los vestidos de la señora lo llenaban, y de aquella pequeña caja guatada, se escapaba un perfume de iris y como una vaga sensación de elegancias femeninas. El cochero aflojó las riendas, el caballo rozó el guardaruedas bruscamente, y todo desapareció.

Federico se volvió á pié, siguiendo los bule-

vares, lamentándose de no haber podido distinguir á la señora de Dambreuse

Algo más allá de la calle de Montmartre, el paso de carruajes, que le detuvo, le hizo volver la cabeza, y al lado opuesto, enfrente, leyó en una muestra de mármol:

JACOBO ARNOUX.

¿Cómo no había pensado antes en ella? La culpa la tenía Deslauriers; adelantóse hacia la tienda, pero no entró; esperaba á que ella apareciese.

Los grandes cristales transparentes, ofrecían á la vista, por una habil disposición, estatuas pequeñas, dibujos, grabados, catálogos, números del «Arte industrial», y los precios de suscripción se leían repetidos sobre la puerta, adornadas al centro con las iniciales del editor. Veíanse en las paredes grandes cuadros, cuyo barniz brillaba, y allá en el fondo, dos estantes cargados de porcelanas, bronce, curiosidades seductoras. Separábalos una escalerita cerradas en lo alto por un portier de moqueta, y una araña de Sajonia antigua, un tapiz verde sobre el suelo, con una mesa de marquetería, daban á aquel interior más apariencia de salón que de tienda.

Federico hacía como que examinaba los dibujos, y después de infinitas vacilaciones, entró.

Un dependiente levantó el portier y contes-

tó que el señor no estaría en el almacén hasta las cinco; pero si la comisión podía transmitirse...

—No; volveré—replicó suavemente Federico.

Empleó los siguientes días en buscarse alojamiento, y se decidió por un cuarto en el piso segundo de un hotel de la calle de San Jacinto.

Llevando debajo del brazo un cartapacio enteramente nuevo, se dirigió á la apertura de los cursos. Trescientos jóvenes, descubiertos, llenaban un anfiteatro, donde un anciano con toga encarnada, disertaba en voz monótona; las plumas arañaban el papel. Volvía á encontrar en aquella sala el olor polvoriento de las clases, una cátedra de forma semejante, el mismo fastidio. Durante quince días siguió yendo; pero aún no estaban en el artículo 3, cuando ya había abandonado el Código civil, y dejó la Instituta en la *Summa divisio personarum*.

Las alegrías que se prometía no llegaban; y cuando hubo agotado un gabinete de lectura, recorrió las colecciones del Louvre, y muchas veces seguidas fué al teatro, cayendo en una insondable ociosidad.

Mil cosas nuevas aumentaban su tristeza. Tenía necesidad de contar su ropa blanca y sufrir al conserje, záfio con facha de enfermero,

que venía por la mañana á arreglar su cama, oliendo á alcohol y gruñendo. Su cuarto adornado con un péndulo de alabastro le desagradaba.

Los tabiques eran delgados, y oía á los estudiantes hacer ponche, reír, cantar.

Cansado de aquella soledad, buscó á uno de sus antiguos camaradas, llamado Bautista Martinon, y le descubrió en una modesta casa de la calle de Santiago, quemándose las cejas sobre los Procedimientos, delante de un fuego de carbón de piedra.

Enfrente de él, una mujer con traje de indiana zurcía calcetines.

Martinon era lo que se llama un hombre guapo; grande, moñetudo, de fisonomía regular y ojos azules saltones. Su padre, labrador en grande, le destinaba á la magistratura, y queriendo parecer ya serio, llevaba su barba cortada en forma de collar.

Como los aburrimientos de Federico no tenían razonable motivo, y no podía argüir con desgracia alguna, Martinon no comprendió nada de sus lamentaciones sobre la existencia. El iba todos los días á la escuela, se paseaba luego por el Luxemburgo, tomaba por la noche su copa en el café, y con 1,500 pesetas al año y el amor de aquella obrera, se sentía perfectamente feliz.

—¡Qué dicha!—exclamó interiormente Federico.

Hizo en la escuela otra nueva amistad, el señor de Cisy, hijo de gran familia y que parecía una señorita en la elegancia de sus maneras.

El señor de Cisy se ocupaba de dibujo, le gustaba el gótico. Muchas veces tueron á admirar juntos la Santa Capilla y Nuestra Señora. Pero la distinción del joven patricio ocultaba una inteligencia de las más pobres. Todo le sorprendía, se reía mucho con la menor broma, y manifestaba tan completa ingenuidad, que Federico le tomó al principio por un burlón, y le consideró, finalmente, como un badulaque.

Las expansiones no eran, pues, posibles con nadie. Siempre estaba aguardando la invitación de los Dambreuse.

Por año nuevo les mandó tarjetas, pero no recibió ninguna de ellos.

Había vuelto al «Arte industrial».

Y entró una tercera vez, y vió por fin á Arnoux, que disputaba en medio de cinco ó seis personas, y apenas contestó á su saludo, cosa que ofendió á Federico. No por esto buscó menos el modo de llegar hasta ella.

Al principio tuvo la idea de presentarse con frecuencia para comprar cuadros. Luego pensó en deslizarse en la caja del periódico al-

gunos artículos muy fuertes, con lo que adquiriría relaciones. Quizás valdría más correr derecho hacia el objeto y declarar su amor. Entonces escribió una carta de doce páginas, llena de sentimientos líricos y de apóstrofes: pero la rompió y no hizo nada, no intentó nada, inmovilizado ante el temor de un fracaso.

Encima de la tienda de Arnoux, había, en el primer piso, tres ventanas con luz todás las noches. Algunas sombras circulaban detrás, una especialmente, era la suya; y se iba muy lejos para mirar aquellas ventanas y contemplar aquella sombra.

Una negra, que cruzó cierto día por las Tullerías, llevando una chiquilla de la mano, le recordó la negra de la señora de Arnoux. Esa debía ir allí como las demás: cuantas veces atravesaba las Tullerías, palpitaba su corazón, esperando encontrarla. Los días de sol continuaba su paseo hasta el extremo de los Campos Eliseos.

Mujeres, negligentemente recostadas en sus calesas, y cuyos velos flotaban al viento, desfilaron delante de él, al paso de sus caballos, con un balanceo insensible que hacía crujir las capotas charoladas. Los carruajes aumentaban y yendo más despacio desde Rond-Point, ocupaban toda la vía. Las crines junto á las crines, los faroles junto á los faroles; los estribos

de acero, las barbadas de plata, las hebillas de bronce, despedían puntos luminosos entre los calzones cortos, los guantes blancos y las pieles que caían sobre los blasones de las portezuelas. Sentíase como perdido en un mundo lejano. Sus ojos erraban de una á otra cabeza femenina, y vagas semejanzas traían á su memoria á la señora de Arnoux. Figurábasela en medio de las demás, en uno de aquellos pequeños cupés, parecidos al cupé de la señora de Dambreuse. Pero el sol se ponía, y el viento frío levantaba torbellinos de polvo. Los cocheros metían la barba en sus cuellos levantados, las ruedas rodaban con mayor velocidad, el duro suelo de carretera rechinaba, y todos los carruajes bajaban al trote largo la gran avenida, rozándose, pasándose, apartándose unos de otros, para dispersarse luego en la plaza de la Concordia. Detrás de las Tullerías, el cielo tornábase triste pizarroso; los árboles del jardín formaban dos masas enormes, violadas en la copa. Los faroles de gas se encendían, y el Sena, verdoso en toda su extensión, desgarrábase en aguas de plata contra los pilares de los puentes.

Iba á comer, mediante dos pesetas quince céntimos por tarjeta, á un restaurant, calle del Arpe.

Miraba desdeñosamente el mostrador de

caoba viejo, las servilletas manchadas, los cubiertos grasientos y los sombreros colgados en la pared. Los que le rodeaban eran como él estudiantes; hablaban de sus profesores, de sus amantes. ¡Bastante le importaban los profesores! ¿Tenía él acaso amante? Para evitar sus alegrías, llegaba lo más tarde posible. Las mesas todas se veían cubiertas de los restos; los dos mozos cansados dormían en los rincones, y un olor á cocina, de quinqué y de tabaco llenaba la desierta sala.

Después subía despacio las calles. Los reverberos se balanceaban, haciendo temblar sobre el lodo largos reflejos amarillentos. Sombras se deslizaban por las aceras, con paraguas. El piso estaba pegajoso, caía la bruma, y parecía que las húmedas tinieblas le envolvían, descendiendo indefinidamente en su corazón.

Los remordimientos le asaltaron, y volvió á las clases; pero como no conocía nada de las materias dilucidadas, le parecían difíciles las cosas más sencillas.

Se puso á escribir una novela titulada: *Silvio, el hijo del pescador*. La cosa pasaba en Venecia. El héroe era él mismo; la heroína la señora de Arnoux, que se llamaba Antonia; y para conseguirla, asesinaba á muchos caballeros, quemaba una parte de la ciudad y cantaba

debajo de los balcones de ella, donde se movían con la brisa las cortinas de damasco encarnado del bulevar Montmartre. Las reminiscencias excesivas que advirtió, le desanimaron; no fué más allá y su ociosidad aumentó.

Entonces suplicó á Deslauriers que viniera á partir con él su cuarto. Se arreglarían para vivir con sus dos mil pesetas de pensión; todo valía más que aquella existencia intolerable. Deslauriers no podía dejar aún á Troyes; le animaba á que se distrajera, y tratara á Sénécál.

Sénécál era un pasante de matemáticas, hombre de cabeza firme y convicciones republicanas, un futuro Saint-Just, decía Deslauriers. Federico había subido por tres veces sus cinco pisos, sin que le devolviera ninguna visita, y no volvió más.

Quiso divertirse, fué á los bailes de la ópera. Aquellas alegrías tumultuosas le helaban desde la puerta. Además, se contenía por el temor de una afrenta pecuniaria, imaginándose que una cena con un dominó suponía gastos considerables, y era una gruesa aventura.

Le parecía, sin embargo, que debían amarle. Algunas veces se despertaba con el corazón lleno de esperanza, se vestía cuidadosamente, como para una cita, y daba por París paseos interminables. A cada mujer que iba delante de

él, ó que avanzaba hacia donde él estaba, se decía: «Esa es.» Era sí una decepción nueva cada vez.

La idea de la señora de Arnoux, justificaba aquellas angustias. Quizás la encontraría en su camino, y soñaba para reunirse á ella complicaciones de la casualidad, peligros extraordinarios de que la salvaría.

Así los días transcurrían, en la repetición de los mismos fastidios y costumbres contraídas. Ojeaba folletos bajo las arcadas del Odeon, iba á leer la *Revista de Ambos Mundos* al café, entraba en una sala del Colegio de Francia, escuchaba durante una hora una lección de chino ó de economía política. Todas las semanas escribía largamente á Deslauriers, comía de vez en cuando con Martinon, veía en ocasiones al señor de Cisy.

Alquiló un piano y compuso vales alemanes.

Una noche, en el teatro del Palais-Royal, divisó en un palco de proscenio á Arnoux cerca de una mujer. ¿Era ella? El abanico de tafetán verde, puesto sobre el borde de la baranda del palco, ocultaba su rostro. Por fin, el telón se levantó y se bajó el abanico. Era una persona alta, de treinta años próximamente, estropeada, y cuyos gruesos labios descubrían al reirse espléndidos dientes. Hablaba familiar-

mente con Arnoux y le daba con el abanico golpecitos en los dedos. Luego una joven rubia, con los párpados algo encarnados, como si acabara de llorar, se sentó entre ellos. Arnoux permaneció desde entonces medio inclinado sobre su hombro, hablándole y escuchándolo ella sin contestar. Federico trataba de descubrir la condición de aquellas mujeres modestamente vestidas con trajes oscuros y cuellos bajos.

Al terminar el espectáculo se precipitó en los corredores, que llenaba la gente. Arnoux, delante de él, bajaba la escalera despacio, dando el brazo á las dos mujeres.

De repente, un farol de gas arrojó sobre él la luz; llevaba gasa en el sombrero; ¿habría tal vez muerto ella? Tal idea atormentó á Federico con tanta fuerza, que al día siguiente corrió al «Arte industrial,» y pagando de prisa un grabado de los que se veían extendidos en el mostrador, preguntó al dependiente cómo estaba el Sr. Arnoux.

El dependiente contestó:

—Pues muy bien.

Federico añadió, palideciendo:

—¿Y la señora?

—La señora también.

Federico se olvidó de llevarse el grabado.

Acabó el invierno. Menos triste estuvo en

la primavera; se preparó para los exámenes, y habiéndolos sufrido medianamente, se marchó enseguida á Nogent.

No fué á Troyes á ver á su amigo, para evitar las observaciones de su madre.

Después, cuando volvió á la capital, dejó su alojamiento, y tomó en el muelle Napoleón dos piezas, que amuebló.

La esperanza de una invitación de Dambréuse le había abandonado, y su gran pasión hacia la señora de Arnoux comenzaba á extinguirse.



IV.

UNA mañana del mes de Diciembre, al dirigirse á la clase de Procedimientos, creyó observar en la calle de Santiago mayor animación de la ordinaria. Los estudiantes salían precipitadamente de los cafés, ó se llamaban por las ventanas abiertas, de unas á otras casas; los tenderos, en medio de las aceras, miraban con aire inquieto; los postigos se cerraban, y cuando llegó á la calle de Soufflot, vió una gran reunión al rededor del Pantheón.

Algunos jóvenes por bandas desiguales de cinco á doce, se paseaban dándose el brazo, y se juntaban con los grupos más numerosos pa-





IV.

UNA mañana del mes de Diciembre, al dirigirse á la clase de Procedimientos, creyó observar en la calle de Santiago mayor animación de la ordinaria. Los estudiantes salían precipitadamente de los cafés, ó se llamaban por las ventanas abiertas, de unas á otras casas; los tenderos, en medio de las aceras, miraban con aire inquieto; los postigos se cerraban, y cuando llegó á la calle de Soufflot, vió una gran reunión al rededor del Pantheón.

Algunos jóvenes por bandas desiguales de cinco á doce, se paseaban dándose el brazo, y se juntaban con los grupos más numerosos pa-

rados acá y allá; en el fondo de la plaza, contra las rejas, paseaban hombres de blusa, mientras el tricornio ladeado sobre la oreja y las manos á la espalda, los municipales andaban arrimados á las paredes haciendo sonar en las baldosas sus gruesas botas. Todos tenían el aire misterioso, aturdido; algo se esperaba evidentemente; cada cual contenía en la punta de la lengua una interrogación.

Federico se hallaba cerca de un joven rubio, de fisonomía agradable, que llevaba bigote y perilla como un petimetre de tiempos de Luis XIII, al cual preguntó la causa del desorden.

—No sé nada—contestó el otro—ni ellos tampoco. Esta es su moda presente. ¡Qué frase tan excelente!—Y soltó la risa.

Las peticiones para la reforma, que se hacían firmar á la guardia nacional, junta mente con el empadronamiento humano, otros sucesos más, producían en Paris, desde hacía seis meses, inexplicables tumultos y hasta se renovaban con tanta frecuencia que los periódicos ya no hablaban de ellos.

—Esto carece de garbo y color—añadió el vecino de Federico.—Yo pienso señor, que hemos degenerado. En la época de Luis onceno, habla Benjamin Constant, habla más espíritu levantisco entre los escolares. Los encuentros pacíficos como carneros, bestias como pepinos,

é idóneos para ser horteras ¡vive Dios! Y esto es lo que llaman la juventud de las escuelas.

Y abrió los brazos como Federico Lemaître en *Robert Macaire*.

—¡Juventud de las escuelas, yo te bendigo!

A seguida apostrofó á un andrajoso que trasteaba con unas conchas de ostras en el guardacantón de una taberna:

—¿Formas tú parte de la juventud de las escuelas?

El viejo alzó su cara deforme en que se distinguía, entre una barba gris, una nariz roja y dos ojos avinados estúpidos.

—No. Tú me pareces más bien «uno de esos hombres de fisonomía patibularia que se ven en diversos grupos, sembrando el oro á manos llenas»... Siembra, patriarca, siembra. ¡Corrómpeme con los tesoros de Albión *Are you English?* (¿Es usted inglés?) Yo no rechazo los regalos de Artajerjes. Hablemos un poco de la unión aduanera.

Federico sintió que alguno le tocaba en el hombro, y se volvió. Era Martinon prodigiosamente pálido.

—Y bien—dijo lanzando un gran suspiro— ¡un motín más!

Temía verse comprometido, y se lamentaba. Los hombres de blusa, sobre todo, le inquietaban, como pertenecientes á sociedades secretas.

—¿Es que hay sociedades secretas?—dijo el joven de los bigotes.—Esa es una historia antigua del Gobierno, para asustar á los burgueses.

Martinon le rogó que hablara más bajo, por temor á la policía.

—¿Cree Vd. aún en la policía? Despues de todo ¿qué sabe Vd., caballero, si no soy yo mismo un polizone?

Y le miró de tal manera, que Martinon, muy conmovido, no comprendió la broma en un principio. La gente les empujaba, y se habían visto obligados los tres á subir la escalerilla que por un corredor conduce al nuevo anfiteatro.

Muy pronto la misma muchedumbre se abrió, muchas cabezas se descubrían; saludaban al ilustre profesor Samuel Rondelot, que envuelto en un grueso levitón, levantando al aire sus gafas de plata y soplando por su asma, avanzaba con paso tranquilo, para dar su lección. Aquel hombre era una de las glorias jurídicas del siglo XIX, el rival de los Zachariae, de los Ruhdorff. Su reciente dignidad de par de Francia en nada había modificado sus maneras. Se sabía que era pobre y un gran respeto le rodeaba. A todo esto, desde el fondo de la plaza, algunos gritaron:

—¡Abajo Guizot! ¡Abajo Pritchard! ¡Abajo los vendidos! ¡Abajo Luis Felipe!

La muchedumbre osciló, y estrechándose contra la puerta del patio, que estaba cerrada, impedía que el profesor avanzara. Detivose delante de la escalera; pronto se le vió en el último de los tres escalones. Habló; un murmullo cubrió su voz. Aunque hasta entonces le amaran, en aquel momento se le aborrecía porque representaba la autoridad. Cada vez que intentaba hacerse oír, empezaban los gritos. Hizo un gesto acentuado para invitar á los estudiantes á que le siguieran; una vociferación universal le contestó.

Se encogió de hombros desdeñosamente y penetró en el corredor. Martinon se aprovechó del sitio para desaparecer al mismo tiempo.

—¡Qué cobardel!—dijo Federico.

—Es prudente—contestó el otro.

La muchedumbre rompió en aplausos. Aquella retirada del profesor se convertía en victoria para ella. En todas las ventanas miraban curiosos; algunos entonaban la *Marsellesa*; otros proponían ir á casa de Béranger.

—¡A casa de Laffite. A casa de Chateaubriand!

—¡A casa de Voltaire!—ahulló el joven de los bigotes rubios.

Los municipales trataban de circular, diciendo lo más suavemente que podían:

—Márchense ustedes, señores, márchense, retírense ustedes.

Alguien gritó:

—¡Abajo los machacadores!

Era esta una injuria usual desde los desórdenes del mes de Septiembre. Todos la repetieron. Chicheaban, silbaban á los guardias de orden público; empezaron á palidecer; uno de ellos no resistió más, y divisando á un jovencillo que se acercaba demasiado, riéndosele en las narices, le empujó con tal rudeza que le dejó caer cinco pasos más allá, de espaldas delante de una taberna. Todos se apartaron; pero casi al pronto rodó á su vez, aplastado por una especie de Hércules, cuya cabellera que parecía un paquete de estopas, se escapaba de una gorra de hule.

Detenido hacía algunos minutos en la esquina de la calle de Santiago, había soltado prontamente una caja grande que llevaba, para asaltar al municipal, al cual tenía tirado debajo, destrozando su cara á puñetazos. Los otros guardias acudieron, pero el terrible muchacho era tan fuerte, que se necesitaron cuatro por lo menos, para domarle.

Dos le sacudían por el cuello, otros dos le tiraban de los brazos, un quinto le daba con la rodilla golpes en los riñones, y todos le llamaban bandido, asesino, revoltoso. El pecho

desnudo y el traje hecho girones protestaba de su inocencia; no había podido ver con sangre fría que pegaran á un niño.

—Me llamo Dussardier, en casa de los señores Valinçart hermanos, encajes y novedades, calle de Cléry. ¿Dónde está mi caja? ¡Quiero mi caja!

Y repetía:

—Dussardier... calle de Cléry. ¡Mi caja!

Apaciguóse, sin embargo, y estóicamente se dejó conducir hácia el punto de la calle Descartes. Una oleada de gente le siguió. Federico y el joven de los bigotes marchaban inmediatamente detrás, llenos de admiración hacia el dependiente y de indignación contra la violencia del poder.

A medida que adelantaban, la gente iba aclarando. Los municipales, de cuando en cuando, se volvían con aire feroz, y los ruidosos que ya nada tenían que hacer, nada que ver los curiosos, todos desaparecían poco á poco. Algunos traseuntes que se cruzaban con ellos, miraban á Dussardier y se entregaban en voz alta á comentarios ultrajantes. Una vieja, en su puerta, hasta gritaba que había robado un pan; aquella injusticia aumentó la irritación de los dos amigos.

Por fin llegaron al cuerpo de guardia; ya no quedaban más que una veintena de

personas, á quienes bastó la vista de los soldados para que se dispersaran.

Federico y su camarada reclamaron valientemente al que acababan de encerrar en la prisión. El centinela les amenazó, si insistían con meterlos á ellos también. Preguntaron por el jefe del puesto y dieron su nombre con su condición de estudiantes de Derecho, afirmando que el prisionero era su condiscípulo.

Les hicieron entrar en una pieza completamente desnuda, en la que había cuatro bancos contra las paredes de yeso, ahumadas. En el fondo se abría la ventanilla. Entonces apareció la robusta fisonomía de Dussardier, que, en el desarreglo de su pelo, con sus ojos pequeños y francos y su nariz cuadrada por la punta, recordaba confusamente la figura de un buen perro.

—¿No nos reconoces?—dijo Hussonnet.—Este era el nombre del joven de los bigotes.

—Pero...—balbuceó Dussardier.

—No te hagas más el tonto—replicó el otro—saben que eres como nosotros, alumno de Derecho.

Apesar de sus guiños, Dussardier nada adivinaba. Pareció reflexionar y preguntó de repente:

—¿Han encontrado mi caja?

Federico alzó los ojos, desalentado. Hussonnet replicó:

—¡Ah! ¿la caja donde metes los apuntes del curso? Sí, sí, tranquilízate.

Y repetían sus pantomimas. Dussardier comprendió por fin, que venían para servirle, y se calló, temiendo comprometerles. Además, sentía una especie de vergüenza, viéndose elevado al rango social de estudiante y al igual de aquellos jóvenes que tenían unas manos tan blancas.

—¿Quieres que se diga algo á alguien?—preguntó Federico.

—No, gracias; á nadie.

—Pero ¿tu familia?

Bajó él su cabeza sin responder; el pobre muchacho era bastardo.

Los dos amigos se admiraban de su silencio.

—¿Tienes con qué fumar?—replicó Federico.

El se tocó, y sacó del fondo de su bolsillo los restos de una pipa; una hermosa pipa de espuma de mar, con un cañón de madera negra, tapa de plata y boquilla de ámbar.

Hacía tres años que trabajaba para hacer de ella una obra maestra; había tenido cuidado de tener el recipiente constantemente metido en una gamuza, de fumar lo más despacio posible en ella, sin ponerla jamás sobre mármol, y colgándola todas las noches á la cabecera de la cama. Ahora sacudía sus pedazos en su mano,

cuyas uñas sangraban, y con la barba sobre el pecho, fijas las pupilas, con la boca abierta, contemplaba aquellas ruinas de su alegría con mirada de indecible tristeza.

—Si le diéramos cigarros, ¿eh?—dijo muy bajo Hussonnet, haciendo ademán de buscarlos.

Federico había ya colocado al borde del ventanillo su petaca llena.

—Toma. ¡Adios, buena suerte!

Dussardier se arrojó sobre las dos manos que le tendían; las estrechó frenéticamente, con la voz mezclada de sollozos.

—¿Cómo!... ¿á mí... á mí?

Los dos amigos escaparon á su gratitud, salieron y fueron á almorzar juntos al café Tabourey, delante del Luxemburgo.

Mientras cortaban el beefsteak, Hussonnet contó á su compañero que trabajaba en periódicos de modas y fabricaba reclamos para el «Arte industrial».

—Casa de Jacobo Arnoux—dijo Federico.

—¿Le conoce Vd.?

—Sí, no... Es decir, le he visto, le he encontrado.

Y preguntó negligentemente á Hussonnet si veía algunas veces á su mujer.

—De cuando en cuando—respondió el bohemio.

Federico no se atrevió á continuar las preguntas; aquel hombre acababa de tomar un lugar desmesurado en su vida; pagó la cuenta del almuerzo, sin que por parte del otro hubiese protesta alguna. La simpatía era mutua; cambiaron sus señas, y Hussonnet instó cordialmente á acompañarle hasta la calle de Fleurus.

Hallábanse en el centro del jardín cuando el empleado de Arnoux, conteniendo su aliento, dió á su cara un gesto abominable y se puso á hacer el gallo. Entonces, todos los gallos que había en los alrededores le respondieron por quiquiriquís prolongados.

—Es una señal—dijo Hussonnet.

Se detuvieron cerca del teatro Bobino, delante de una casa á la que se entraba por una alameda. En la ventanilla de un granero, entre capuchinas y guisantes de olor, se presentó una mujer joven, con la cabeza descubierta, en corseé y apoyando ambos brazos contra el borde del canalón.

—Buenos días, angel mío; buenos días—dijo Hussonnet, enviándole besos.

Abrió la verja de madera de un puntapié y entró.

Federico le esperó toda la semana, sin atreverse á ir á su casa, para no manifestarse impaciente para que le devolviera el almuerzo; pero le buscó por todo el barrio latino. Le en-

contró una noche y le llevó á su cuarto, muelle Napoleón.

La conversación fué larga y expansiva. Hussonnet ambicionaba la gloria y los beneficios del teatro. Colaboró en zarzuelas no admitidas, tenía muchos planes, hacía canciones, de las cuales cantó algunas. Después, viendo en el estante un volumen de Hugo y otro de Lamartine, se esplayó en sarcasmos contra la escuela romántica. Aquellos poetas carecían de buen sentido y de corrección, y no eran franceses, sobre todo. El se vanagloriaba de saber el idioma y escogía las frases más bellas con aquella serenidad indigesta, aquel gusto académico que distingue á las personas de humor retozón cuando tratan de arte serio.

Federico se sintió mortificado en sus predilecciones; tenía deseos de romper. ¿Por qué no arriesgar inmediatamente la palabra de que dependía su felicidad? y preguntó al joven literato si podía presentarle en la casa de Arnoux.

La cosa era fácil, y se convinieron para el día siguiente.

Hussonnet faltó á la cita y á otras tres más. Un sábado, hacia las cuatro, pareció; pero aprovechándose del coche, se detuvo primero en el teatro Francés para recoger un billete de palco; bajó á casa de un sastre, á casa de una costurera; escribió cartas en las porterías. Por

fin llegaron al bulevar Montmartre. Federico atravesó la tienda y subió la escalera. Arnoux le reconoció en el espejo colocado delante de su escritorio, y sin dejar de escribir le alargó la mano por encima del hombro.

Cinco ó seis personas, de pie, llenaban la estrecha habitación, á que daba luz una sola ventana que abría al patio; un canapé de damasco de lana oscuro ocupaba el fondo del interior de una alcoba, entre dos reposteros de tela parecida. Sobre la chimenea, cubierta de legajos, había una Venus de bronce y dos candelabros con bugías color de rosa, paralelamente, á los lados. A la derecha, cerca de un armario de papeles, leía el periódico un hombre sentado en una butaca, con el sombrero puesto. Las paredes no se veían con las estampas y los cuadros, preciosos grabados ó bocetos de maestros contemporáneos, con dedicatorias que demostraban el más sincero afecto hacia Jacobo Arnoux.

—¿Usted siempre bien?—dijo volviéndose á Federico.

Y sin esperar su respuesta, preguntó en voz baja á Hussonnet:

—¿Cómo se llama su amigo de Vd.?

Y añadió en voz alta:

—Tomen ustedes un cigarro de la caja que está en el armario.

«El Arte industrial», situado en punto céntrico de París, era lugar cómodo de cita, terreno neutral en que se codeaban familiarmente las rivalidades.

Aquel día estaban allí, Anténor Braive, el retratista de los reyes; Julio Burrieu, que empezaba a popularizar con sus dibujos las guerras de Argelia; el caricaturista Sombaz, el escultor Vourdat, otros más, y ninguno correspondía a los prejuicios del estudiante. Sus maneras eran sencillas, sus conversaciones libres. El místico Lovarias refirió un cuento obscuro, y el inventor del paisaje oriental, el famoso Dittmer, llevaba una camisola de punto debajo del chaleco, y tomó el ómnibus al irse.

Primero se habló de una tal Apolonia, antiguo modelo, que Burrieu pretendía haber visto en el bulevar, en un coche *dau mont* Hussonnet explicó la metamorfosis por la serie de sus protectores.

—¿Cómo conoce este pícaro a las chicas de París!—dijo Arnoux.

—Después de Vd., si quedan, señor—replicó el bohemio, con un saludo militar para imitar al granadero que ofreció su frasco á Napoleón.

Luego se discutieron algunos lienzos para los cuales había servido la cabeza de Apolonia; se criticó á los colegas ausentes; se admiraban

los precios de sus obras, y todos se lamentaban de no ganar lo bastante, cuando entró un hombre de estatura mediana, abrochado con un solo botón, los ojos vivos, el aire un tanto alocado.

—¡Valiente montón de burgueses están ustedes!—dijo—¿Qué importará nada de eso? Los antiguos que confeccionaban obras maestras, no se preocupaban del millón. Corregio, Murillo...

—Añadan ustedes á Pellerin—dijo Sombaz.

Pero, sin recoger el epigrama, continuó discutiendo con tanta vehemencia, que Arnoux se vió obligado á repetirle por dos veces:

—Mi mujer le necesita á Vd. el jueves. No lo olvide.

Aquella frase llevó el pensamiento de Federico á la señora de Arnoux. Indudablemente se entraba en sus habitaciones por el gabinete del diván. Arnoux para tomar un pañuelo acababa de abrirlo, y Federico vió en el fondo un lavabo. Pero una especie de gruñido salió del rincón de la chimenea; era el personaje que leía su periódico en la butaca. Tenía cinco piés nueve pulgadas, con los párpados algo caídos, el pelo gris, el aire majestuoso y se llamaba Regimbart.

—¿Qué es eso, ciudadano?—dijo Arnoux.

—Una canallada más del Gobierno.



Tratábase de la destitución de un maestro de escuela; Pellerin volvió á su paralelo entre Miguel Angel y Shakespeare.

Dittmer se marchó. Arnoux le detuvo para ponerle en la mano dos billetes de banco. Entonces, Hussonnet, creyendo el momento favorable, dijo:

—¿No podrá Vd. adelantarme, mi querido principal?...

Pero Arnoux había vuelto á sentarse y cuchicheaba con un viejo de aspecto sórdido, y gafas azules.

—¡Ahl tiene Vd. gracia, padre Isaac. Llevamos tres obras desacreditadas, perdidas. Todo el mundo se fija; ya las conocen. ¿Qué quiere usted que yo le haga? Será preciso que las envíe á California... al diablo. Calle usted.

La especialidad de aquel buen hombre consistía en poner debajo de aquellos cuadros firmas de maestros antiguos. Arnoux rehusaba pagarle, y le despidió brutalmente. Después, cambiando de maneras, saludó á un caballero condecorado, retirado, con patillas y corbata blanca.

El codo sobre la falleba de la ventana, le habló mucho tiempo, con aire meloso; por fin, exclamó:

—No me apura el no tener corredores, señor conde.

El caballero se resignó; Arnoux le pagó seiscientas pesetas, y cuando se fué, dijo:

—¡Qué pesados son estos grandes señores!

—Todos miserables—murmuró Regimbart.

A medida que la hora avanzaba, redoblaban las ocupaciones de Arnoux; clasificaba los artículos, abría las cartas, alineaba las cuentas; al ruido del martillo, en el almacén, salía para vigilar los embalajes, después volvía á su tarea, y sin dejar de correr la pluma por el papel, alternaba en las bromas. A la noche debía comer en casa de su abogado y al día siguiente se marchaba á Bélgica.

Los otros hablaban de las cosas del día; el retrato de Chérubini, el hemiclo de las Bellas Artes, la próxima Exposición. Pellerin declamaba violentamente contra el Instituto. Los chismes, las discusiones le cansaban, y la habitación, baja de techo, estaba tan llena, que nadie podía moverse, y la luz de las bugías rosa pasaba por el humo de los cigarros como rayos de sol por la bruma.

La puerta de junto al diván se abrió, y una mujer alta y delgada entró, con gestos bruscos, que hacían sonar sobre su vestido, de tafetán negro, todos los dijes de su reloj.

Aquella era la mujer vista el último verano en el Palais-Royal. Algunos la llamaban por su nombre y estrecharon su mano. Husson-

net arrancó, por fin, unas cincuenta pesetas. El reló dió las siete; todos se retiraron.

Arnoux dijo á Pellerin que se quedara, y llevó á la señorita Vatnaz al gabinete.

Federico no oyó sus palabras, porque cuchicheaban. Sin embargo, la voz femenina se alzó:

—Desde hace seis meses el negocio está hecho, y yo espero siempre.

Hubó un prolongado silencio y la señorita Vatnaz se presentó. Arnoux le había prometido algo nuevamente.

—¡Oh! más adelante, veremos.

—Adios, hombre feliz—dijo ella yéndose.

Arnoux volvió al gabinete prestamente, dió cosmético á sus bigotes, estiró sus tirantes para arreglar las trabillas, y lavándose las manos dijo:

—Necesitaría dos sobre-puertas á doscientas cincuenta la pieza, género Boucher ¿convenido?

—Sea—dijo el artista.

—Bueno, y no se olvide Vd. de mi mujer.

Federico acompañó á Pellerin hasta lo alto del barrio de Poissonniére y le pidió permiso para ir á verle alguna vez, favor concedido amablemente.

Pellerin leía todas las obras de estética para descubrir la verdadera teoría de lo bello, convencido, cuando lo hubiera encontrado, de que

haría obras maestras. Rodeábase de todos los auxiliares imaginables, dibujos, yesos, modelos, grabados, y buscaba, se mordía, acusaba al tiempo, á sus nervios, á su taller, salía á la calle para encontrar inspiración, se estremecía de haberla cojido, luego abandonaba su obra, y soñaba otra que debía ser más bella. Atormentado así por ansias de gloria y perdiendo sus días en discusiones, creyendo en mil necedades, en los sistemas, en los críticos, en la importancia de un reglamento ó de una reforma en materia de arte, él no había, á los cincuenta años producido más que bocetos. Su fuerte orgullo le impedía sufrir desaliento alguno, pero se hallaba siempre irritado, y en aquella exaltación á la vez ficticia y natural que son el fondo de los cínicos.

Vefanse, al entrar en su casa, dos grandes cuadros, cuyos primeros tonos, acá y allá, daban al lienzo manchones oscuros, rojos y azules. Una red de líneas de yeso se extendía por encima, como las mallas, veinte veces atadas de una red de pescar; era hasta imposible comprender nada de aquello. Pellerin explicó el asunto de las dos composiciones indicando con el pulgar las partes que faltaban. La una debía representar *la demencia de Nabucodonosor*, la otra *el incendio de Roma por Nerón*. Federico las admiró.

Y admiró figuras desnudas de mujeres desmelenadas; paisajes, en que los troncos de árbol torcidos por la tempestad abundaban, y sobre todo caprichos de pluma, recuerdos de Callot, de Rembrandt ó de Goya, cuyos modelos no conocía. Pellerin no estimaba ya aquellos trabajos de su juventud; ahora estaba por el gran estilo; dogmatizó sobre Fidias y Winckelmann, elocuentemente.

Las cosas á su alrededor reforzaban la potencia de su palabra; veíanse una cabeza de muerto sobre un reclinatorio, yataganes, un hábito de monje, que Federico se puso.

Cuando llegaba temprano le sorprendía en su deplorable cama de campaña, que ocultaba un pedazo de tapicería; porque Pellerin se acostaba tarde en razón á frecuentar con asiduidad los teatros. Le servía una vieja guiñaposa, comía en un bodegón y vivía sin amantes. Sus conocimientos, recogidos de cualquier modo, hacían divertidas sus paradojas. Su ódio contra lo ordinario y lo burgués desbordaba en sarcasmos de un lirismo soberbio, y tenía por los maestros tal religión, que por ella subía hasta ellos.

¿Pero por qué no hablaba jamás de la señora de Arnoux? En cuanto á su marido, unas veces le llamaba buen muchacho, otras charlatán. Federico esperaba sus confidencias.

Un día, hojeando uno de sus cartones, encontró en el retrato de una bohemía algo de la señorita Vatnaz, y como aquella persona le interesaba quiso conocer su posición. Había sido, creía Pellerin, primero institutriz en provincias; ahora daba lecciones y procuraba escribir en los periodiquillos.

Según sus maneras con Arnoux, podía, según Federico, sospecharse que era su amante.  
—¡Bahl tiene otras.

Entonces el joven, volviendo la cara encendida por la vergüenza ante la infamia de su pensamiento, añadía con aire lijero:

—Su mujer le pagará mi duda en igual moneda.

—De ningún modo, es honrada.

Federico tuvo remordimientos, y se mostró más asiduo lector del periódico.

Las letras grandes que componían el nombre de Arnoux en la plancha de mármol de la puerta de la tienda, le parecían singularísimas y llenas de significaciones, como escritura sagrada. La amplia acera pendiente, facilitaba su paso, la puerta giraba casi por sí misma, y el pestillo suave al tacto, tenía la dulzura y como la inteligencia de una mano en la suya. Insensiblemente se hizo tan puntual como Regimbart. Este, todos los días se sentaba junto al fuego, en su butaca, se cojía el *Nácional*, no lo

dejaba ya, y expresaba su pensamiento por exclamaciones ó encogiéndose de hombros sencillamente. De cuando en cuando, se enjugaba la frente con un pañuelo de bolsillo hecho una morcilla, que llevaba sobre el pecho entre dos botones de su levitón verde; su pantalón era de pliegues, sus zapatos abotinados, y su corbata larga, y su sombrero de alas abarquiliadas le daba á conocer desde lejos, entre la multitud.

A las ocho de la mañana, bajaba de las alturas de Montmartre, para tomar el vino blanco en la calle Nuestra Señora de las Victorias. Su almuerzo, seguido de muchas partidas de billar, le duraba hasta las tres; entonces se dirigía hacia el paraje de los Panoramas para el ajeno. Después de la sesión en casa de Arnoux, entraba en el cafetín Bordelés, para el *vermouth*; luego, en vez de reunirse con su mujer, prefería comer sólo amenudo en otro cafetín de la plaza Gaillon, donde quería que le sirviesen «platos caseros, cosas naturales.» Por fin, se transportaba á otro billar, y allí permanecía hasta media noche, hasta la una, hasta el momento en que apagado el gas y cerradas las ventanas, el dueño del establecimiento, extenuado, le suplicaba que se fuese.

Y no era la afición á las bebidas lo que llevaba á aquellos sitios al ciudadano Regimbart, sino la costumbre antigua de hablar en ellos

de política; con la edad, había caído su verbosidad, y sólo le quedaba una morosidad silenciosa. Habríase dicho, al ver lo serio de su cara, que el mundo rodaba por su cabeza; nada salía de ella, y nadie, áun sus amigos, le conocían ocupaciones, aunque se diera por hombre de negocios.

Arnoux parecía estimarle extraordinariamente, y dijo un día á Federico:

—Ese, sabe mucho. Es un hombre que vale.

En otra ocasión, Regimbart extendió sobre un pupitre papeles concernientes á las minas de kaolin en Bretaña; Arnoux se sometía á su experiencia.

Federico se mostró más ceremonioso hácia Regimbart, hasta ofrecerle ajeno de cuando en cuando; y aunque le juzgase estúpido, con frecuencia permanecía en su compañía durante una hora larga, únicamente porque era el amigo de Jacobo Arnoux.

Después de haber trabajado en sus principios con maestros contemporáneos, el comerciante de cuadros, hombre de progreso, había procurado, conservando sus aires artísticos, extender sus provechos pecuniarios. Buscaba la emancipación de las artes, lo sublime á poco precio. Todas las industrias del lujo parisiense sufrieron su influjo, que fué bueno para las cosas pequeñas, y funesto para las grandes.

Con su rabia de adular la opinión, separó de su camino á los artistas hábiles y corrompió á los fuertes, agotó á los débiles é ilustró á los medianos, disponiendo de ellos por sus relaciones y por su revista. Los principiantes ambicionaban ver sus obras en su vitrina y los tapiceros tomaban de su casa modelos para mobiliarios. Federico le consideraba á la vez como millonario, como aficionado, como hombre de acción. Muchas cosas, sin embargo, le sorprendían, porque el Sr. Arnoux era malicioso en su comercio.

Recibía del fondo de Alemania ó de Italia un lienzo comprado en París por mil quinientas pesetas, y exhibiendo una factura que subía á cuatro mil, lo revendía en tres mil quinientas por complacencia. Una de sus tretas ordinarias con los pintores, era exigir como alboroque una reducción del cuadro, bajo pretexto de publicar el grabado, vendía siempre la reducción y el grabado jamás parecía. A los que se le quejaban de ser explotados, contestaba con un golpecito en el abdomen. Por otra parte, excelente, prodigaba los cigarros, tuteaba á los desconocidos, se entusiasmaba por una obra, ó por sus hombres, y obstinándose entonces, no mirando á nada, multiplicaba los pasos, las correspondencias, los reclamos. Creíase muy honrado, y en su necesidad de expansión, contaba

cándidamente sus propias faltas de delicadeza.

Una vez, para vejar á un colega que inauguraba otro periódico de pintura con un gran festín, rogó á Federico que escribiera á su vista, un poco antes de la hora de la cita, cartas en que se desconvidaba á los convidados.

—Esto no ataca el honor ¿comprende Vd.?

Y el joven no se atrevió á rehusarle aquel servicio.

Al día siguiente, al entrar con Hussonnet, en su escritorio, Federico vió por la puerta (la que se abría á la escalera) el bajo de un vestido que escapaba.

—Mil perdones—dijo Hussonnet.—Si yo hubiera sabido que había aquí mujeres...

—¡Oh! esta vez era la mía—contestó Arnoux.

—Subía á hacerme una visitita al pasar.

—¿Cómo?—preguntó Federico.

—Pues sí, que se va á casa.

El encanto de las cosas ambientes se rompió en el acto. Lo que presentía allí confusamente esparcido, acababa de desvanecerse, ó por mejor decir, nunca había estado allí; experimentaba una sorpresa infinita y como el dolor de una traición.

Arnoux, andando en su cajón, se sonreía.

¿Se burlaba de él?

El dependiente depositó sobre la mesa un rollo de papeles húmedos.

—¡Ah! los anuncios—exclamó el comerciante.—No sé á qué hora comeré esta noche.

Regimbart cogió su sombrero.

—¡Cómo! ¿me deja Vd.?

—Son las siete—dijo Regimbart.

Federico le siguió.

En la esquina de la calle Montmartre, se volvió; miró las ventanas del primer piso, y se rió interior y compasivamente de sí mismo, recordando con qué amor las había contemplado muchas veces.

¿Dónde vivía ella entonces?

¿Cómo encontrarla ahora?

La soledad se hacía en torno de su deseo más inmensa que nunca.

—¿Viene Vd. á tomarlo?—dijo Regimbart.

—¿Tomar qué?

—El ajenjo.

Y cediendo á sus ruegos, Federico se dejó llevar al cafetín Bordelés. Mientras que su compañero, apoyado en el codo, miraba la garrafa, se fijaba él á derecha é izquierda; pero vió el perfil de Pellerin en la acera, tocó con fuerza en los cristales, y apenas se sentó el pintor, cuando Regimbart le preguntaba por qué no iba ya al? «Arte industrial».

«¡Que reviente, si vuelvo por allí! Es un bruto, un burgués, un miserable, un pillo.

Aquellas injurias lisonjaban la cólera de

Federico; pero con todo le ofendían, pareciéndole que algo tocaba en ellas á la señora de Arnoux.

—¿Qué es lo que le ha hecho á Vd.?—dijo Regimbart.

Pellerin pegaba con el pie en el suelo y soplabá con fuerza, en vez de contestar.

Entregábase á trabajos clandestinos, tales como retratos á dos lápices ó imitaciones de grandes maestros para los aficionados poco inteligentes; y como aquellos trabajos le humillaban, prefería callarse, generalmente; pero la avaricia de Arnoux le exasperaba demasiado, y se desahogó.

Según un encargo, que Federico había presenciado, le había llevado dos cuadros. El comerciante entonces se había permitido criticarlos, censurando la composición, el color y el dibujo, el dibujo sobre todo; en resumen, que no los quiso á ningún precio. Pero obligado por el vencimiento de un pagaré, Pellerin los cedió al judío Isaac, y quince días más tarde, el mismo Arnoux los vendía á un español en dos mil pesetas.

—Ni un céntimo menos. ¡Qué canallada! y ha hecho bastantes más, ¡vive Dios! Hemos de verle cualquier día en los tribunales.

—¡Cómo exajera Vd.!—dijo tímidamente Federico.

—Vamos, bueno, exajero—gritó el artista, dando sobre la mesa un gran puñetazo.

Aquella violencia volvió al joven todo su aplomo.

—Indudablemente que podía conducirse más amablemente; sin embargo, si Arnoux encontraba aquellos dos lienzos...

—Malos?... suelte Vd. la frase. ¿Los conoce usted? ¿Es su oficio de Vd.? Pues sepa Vd., jovencito, que yo no admito eso de aficionados.

—Esos no son negocios míos—dijo Federico.

—¿Qué interés tiene Vd. entonces para defenderle?—contestó Pellerin friamente.

El joven balbuceó:

—Pues porque soy amigo suyo.

—Abrácele usted en mi nombre. Buenas noches.

Y el pintor salió furioso, sin hablar, claro es, de lo que había consumido.

Federico se convenció á sí propio al defender á Arnoux. En el calor de su elocuencia, se sintió lleno de ternura hacia aquel hombre inteligente y bueno, á quien sus amigos calumniaban, y que al presente trabajaba completamente solo, abandonado; y no resistió á la singular necesidad de volverle á ver inmediatamente.

Diez minutos después empujaba la puerta del almacén.

Arnoux elaboraba, con su dependiente, anuncios monstruos para una exposición de cuadros.

—¡Calle! ¿qué le trae á Vd. de nuevo?

Aquella sencilla pregunta turbó á Federico, y no sabiendo qué responder, preguntó á su vez si no habían encontrado, por casualidad su libro de memorias, pequeñito de cuero azul.

—¿En el que mete Vd. las cartas de las mujeres?—dijo Arnoux.

Federico, ruborizándose como una virgen, se defendió de semejante sospecha.

—¿Los versos, entonces?—replicó el comerciante.

Manejaba las pruebas extendidas, discutía su forma, el color, la orla, y Federico sentíase más y más irritado por su aire de meditación, y sobre todo, por sus manos, que andaban por encima de los anuncios; grandes manos, un poco blandas, de uñas chatas. Por fin, Arnoux se levantó, y diciendo—Se acabó—le pasó la mano por la barba, familiarmente.

Aquella libertad desagradó á Federico, que se hizo atrás; después atravesó el dintel de la oficina, por la última vez de su existencia, según creía.

La señora de Arnoux misma, aparecía á sus ojos como empuñada por la vulgaridad de su marido.

En aquella misma semana recibió una carta de Deslauriers, anunciándole que llegaría á París el próximo jueves. Entonces se entregó vehementemente á aquel afecto más sólido y más elevado. Semejante hombre valía por todas las mujeres. Ya no tendría necesidad de Regimbart, de Pellerin, de Hussonnet, de nadie.

Para alojar mejor á su amigo, compró una cama de hierro, una butaca más, y desdobló todo el tren de cama; y el jueves por la mañana, se estaba vistiendo, para ir á buscar á Deslauriers, cuando sonó la campanilla de su puerta y entró Arnoux.

—Una palabra solamente. Ayer me han enviado de Ginebra una hermosa trucha; contamos con Vd. luego, á las siete en punto; calle de Choiseul, 24, duplicado; no se olvide usted.

Federico se vió precisado á sentarse; sus rodillas se doblaban, y se repetía:

—¡Por fin, por fin!

Después escribió á su sastre, su sombrerero y su zapatero, haciendo que llevasen las tres cartas tres mandaderos diferentes.]

La llave dió vuelta en la cerradura, y se presentó el conserje con una maleta al hombro.

Federico, al ver á Deslauriers, se puso á

temblar como mujer adúltera ante la mirada de su esposo.

—¿Qué es lo que te pasa?—dijo Deslauriers—debes haber recibido, sin embargo, una carta mía.

Federico no tuvo valor para mentir. Abrió los brazos y se abrazó á su amigo. En seguida el pasante, contó su historia.

Su padre no había querido rendir cuentas de su tutela, imaginándose que aquellas cuentas prescribían á los diez años. Pero fuerte en procedimientos Deslauriers, había, por fin, arrancado toda la herencia de su madre, siete mil pesetas netas, que llevaba encima en una cartera vieja.

—Esa es una reserva para caso de desgracia; es preciso que piense en colocarlas y en colocarme yo mismo, desde mañana por la mañana. Hoy vacaciones completas, y todo tuyo, amigo mío.

—¡Oh, no te molestes!—dijo Federico—Si tienes para esta noche algo importante...

—Vamos; sería yo un gran miserable...

Aquel epíteto, lanzado al acaso, dió á Federico en el fondo de su corazón, como una alusión ultrajante.

El conserje había preparado la mesa, cerca del fuego, chuletas, galantina, una langosta, un postre y dos botellas de vino de Burdeos.



Tan buena acogida conmovió á Deslauriers.

—Me tratas á lo rey, palabra de honor.

Hablaron de su pasado, del porvenir, y de cuando en cuando, se estrechaban las manos por encima de la mesa, mirándose un minuto con ternura. Pero un mandadero trajo un sombrero nuevo. Deslauriers observó en voz alta su brillantez.

Después vino el sastre mismo á traer el frac que había planchado.

—Parece que vas á casarte—dijo Deslauriers.

Una hora más tarde surgió un tercer individuo, y sacó de un saco grande, negro, un par de botas de charol, espléndidas. Mientras que Federico se las probaba, el zapatero se fijaba, únicamente, en el calzado del provinciano.

—El señor ¿no necesita nada?

—Gracias—contestó el pasante, metiendo debajo de la silla sus zapatos viejos de cordones.

Aquella humillación mortificó á Federico. Vacilaba en confesar, mas por fin, exclamó, como recordando algo:

—¡Pardiez, se me olvidada!

—¿El qué?

—Que esta noche como fuera.

—¿En casa de los Dambreuse? ¿Por qué no me hablabas nunca de ellos en tus cartas?

No era en casa de los Dambreuse, sino en casa de los Arnoux.

Debías habérmelo advertido—dijo Deslauriers—y hubiera venido un día después.

—Imposible—contestó bruscamente Federico.—No me han invitado hasta esta mañana, hace poco.

Para rescatar su falta y distraer de ella á su amigo, desató los cordeles enmarañados de su maleta y arregló en la cómoda todos sus efectos; hasta quiso darle su propia cama y acostarse en la leñera.

Después, desde las cuatro empezó los preparativos para vestirse.

—¿Tienes mucho tiempo?—dijo el otro.

Por fin se vistió y se fué.

—Estos son los ricos pensó Deslauriers; y salió á comer á un modesto restaurant que conocía.

Federico se detuvo muchas veces en la escalera; tan fuertemente palpitaba su corazón. Uno de sus guantes, demasiado estrecho, estalló; y mientras ocultaba el desgarrón con el puño de camisa, Arnoux, que subía detrás, le cogió por el brazo y le hizo entrar.

La antesala, decorada á lo chino, tenía un farol pintado, en el techo, y bambús en los rincones.

Al entrar en el salón, Federico tropezó en

una piel de tigre; no habfan encendido los candelabros, pero dos lámparas ardían en el gabinete al fondo.

La señorita Marta vino á decir que su mamá se estaba vistiendo, y Arnoux la levantó á la altura de su boca para besarla; luego, queriendo escojer por sí mismo en la cueva ciertas botellas de vino, dejó á Federico con la niña.

Había crecido mucho desde el viaje de Montereau. Sus cabellos oscuros caían en tirabuzones. Su traje más hueco que falda de bailarina, dejaba ver sus pantorrillas color de rosa, y toda su gentil persona parecía fresca como un ramo de flores. Recibió los cumplidos del caballero con aires de coqueta, fijó en él sus profundos ojos, y después, deslizándose entre los muebles, desapareció como un gato.

Ya no sentía la menor turbación. Los globos de las lámparas, cubiertos con un encaje de papel, despedían ténue claridad, que cambiaba el color de las paredes, raso malva. A través de las hojas de la pantalla que parecía gran abanico, se divisaban los carbones de la chimenea; delante del reloj había un cofrecillo con cantoneras de plata. Acá y allá, se veían cosas íntimas: una muñeca en el canapé, un *fichú* sobre el respaldo de una silla, y en la mesa de costura, una labor de lana de que colgaban dos agujas de marfil, con la punta hacia abajo.

Era aquel un lugar apacible, honrado y familiar, todo junto.

Volvió Arnoux, y por la otra puerta apareció la señora. Como se veía envuelta en la sombra no distinguió al principio más que la cabeza; llevaba un traje de terciopelo negro y sujetando el cabello una larga red argelina de hebras de seda encarnada que mezclándose al peinado, le caía sobre su hombro derecho.

Arnoux presentó á Federico.

—Recuerdo al señor perfectamense—contestó ella.

Después llegaron los convidados, todos, casi al mismo tiempo: Dittmer, Lovarias, Burieu, el compositor Rosenwald, el poeta Teófilo Lorris, dos críticos de arte, colegas de Hussonnet, un fabricante de papel, y por fin, el ilustre Pedro Pablo Meinsius, último representante de la alta pintura, que llevaba gallardamente con su gloria, sus onhenta años y su grueso abdomen.

Cuando pasaron al co rredor, la señora de Arnoux tomó su brazo. Una silla había quedado vacía para Pellerin, á quien Arnoux quería, sin perjuicio de explotarle. Primero temía su terrible lengua, tanto que para ablandarle, había publicado el «Arte industrial» su retrato acompañado de hiperbólicos elogios; y Pellerin más sensible á la gloria que al dinero, se presentó

hacia las ocho todo sofocado. Federico se figuró que se habían reconciliado hacía ya mucho tiempo.

La compañía, los platos, todo le agradaba. La sala, como un locutorio de la Edad Media, estaba colgada de cuero labrado; un estante holandés presentaba un verdadero armero de pipas y alrededor de la mesa los cristales de Bohemia, de varios colores, parecían en medio de las flores y de las frutas, como la iluminación de un jardín.

Pudo escoger entre diez especies de mostaza. Comió entre otras cosas gengibre, meros de Córcega; bebió vinos extraordinarios, *lip-fraoli* y Tokay. Arnoux, con efecto, se jactaba de recibir bien. Agasajaba, por causa de los comestibles, á todos los conductores de correos, y se hallaba relacionado con cocineros de grandes casas que le comunicaban sus salsas.

Pero sobre todo la conversación entretenía á Federico. Su gusto por los viajes fué acariciado por Dittmer, que habló del Oriente; sació su curiosidad hacia las cosas del teatro, escuchando á Rosenwald hablar de la ópera; y la atroz existencia de la bohemia le pareció singular, á través de la alegría de Hussonnet, que contó, de una manera pintoresca, cómo había pasado todo un invierno, teniendo por único

alimento queso de Holanda. Después, una discusión entre Lovarias y Burieu, sobre la escuela florentina, le reveló obras maestras, le abrió horizontes y difícilmente pudo contener su entusiasmo cuando exclamó Pellerin:

—Déjenme ustedes en paz con su odioso realismo. ¿Qué quiere decir eso de realismo? Los unos ven negro, los otros azul, la multitud vé bestia. Nada menos natural que Miguel Angel, nada mejo. El cuidado de la verdad exterior denota la bajeza contemporánea; y el arte llegará á ser, si se continua, no sé que salsilla por bajo de la religión como poesía, y de la política como interés. No se alcanzará su fin; sí, su fin, que es el de causarnos una exaltación impersonal, con obras pequeñas, á pesar de todos los detalles de ejecución. Que se vean los cuadros de Bassolier, por ejemplo: lindos, coquetones, limpios y lijeros; que pueden llevarse en el bolsillo, de viaje. Los notarios compran en veinte mil pesetas; hay en ellos hasta tres céntimos de idea; pero sin idea nada hay grande, sin grandeza nada hay bello. El Olimpo es una montaña. El monumento más temerario será siempre las pirámides. Vale más la exhuberancia que el gusto, el desierto que una acera y un salvaje que un peluquero.

Federico al oír aquellas cosas miraba á la señora de Arnoux; caían en su espíritu como

metales en un horno, se agregaban á su pasión y fomentaban el amor. Hallábase sentado tres sitios distante de ella, en el mismo lado. De cuando en cuando inclinábase ella un poco volviendo la cabeza, para decir algunas palabras á su hija; y como sonreía entonces, formábase un hoyuelo en su mejilla, que daba á su rostro un aire de bondad más delicada.

En el momento de los licores se ausentó. La conversación se hizo más libre; en ella brilló el Sr. Arnoux, y Federico se asombró de su cinismo de aquellos hombres. Sin embargo, su preocupación por la mujer establecía entre ellos una especie de igualdad, que le elevaba en su propia estimación.

Cuando volvió al salón, cogió por conveniencia uno de los albums de encima de la mesa.

Los grandes renombrados artistas de la época lo habían ilustrado con dibujos; habían puesto en él prosa, versos, ó sencillamente sus firmas; entre los hombres famosos, se veían muchos desconocidos, y los pensamientos curiosos descollaban sobre un verdadero desbordamiento de necedades. Todos contenían un homenaje más ó menos directo á la señora de Arnoux. Federico hubiera tenido miedo de escribir allí una línea.

Fuese ella á buscar á su gabinete el cofreci-

llo de cantoneras de plata, que Federico vió sobre la chimenea, regalo de su marido, obra del Renacimiento. Los amigos le complimentaron; su mujer le daba gracias; él se estremeció y delante de todo el mundo le dió un beso.

Enseguida todos hablaron á uno y otro lado, por grupos; el pobre viejo Meinsius, estaba al lado de la señora de Arnoux, en una butaca, cerca del fuego; inclinábase ella hácia su oído, sus cabezas se tocaban, y Federico hubiera aceptado el ser sordo, enfermo y feo por un nombre ilustre y cabellos blancos, en fin, por tener algo que le entronizara en una intimidad semejante; consumíase su corazón, furioso contra su juventud.

Pero vino ella al ángulo del salón, en donde él se encontraba, le preguntó si conocía á algunos de los convidados, si gustaba de la pintura; después, en cuánto tiempo, hacía que estudiaba en París.

Cada palabra que salía de su boca parecía á Federico que era una cosa nueva, dependiente exclusivamente de su persona. Miraba atentamente los flequillos de su peinado que daban en su desnudo hombro, y no separaba de allí sus ojos, hundía su alma en la blancura de aquella carne femenina, y sin embargo, no se atrevía á alzar sus párpados para mirarla cara á cara.

Rosenwald les interrumpió, rogando á la señora de Arnoux que cantara algo. Preludió él, ella esperaba; entreabriéronse sus labios, y un sonido puro, largo, filado subió á los aires. Federico no comprendió nada de la letra italiana.

Empezaba aquello por un ritmo grave, como canto de iglesia; después, animándose, creciendo, multiplicaba los sonoros acentos, y de repente se apaciguaba, haciéndose amorosa la melodía con una oscilación amplia y perezosa.

Estaba ella de pié, cerca del piano, con los brazos caídos y perdida la mirada. A veces, para leer la música, entornaba los párpados adelantando la frente un instante. Su voz de contralto tomaba en las notas bajas una entonación lúgubre que helaba, y entonces su caída cabeza, de hermosas líneas, se inclinaba hácia atrás; su pecho se ensanchaba, separábanse, sus brazos, su cuello de que se escapaban los trinos se cimbreaba blandamente como á impulsos de aéreos besos... lanzó tres notas agudas, bajó, dió una más alta aún, y después de una pausa, terminó con una nota de órgano.

Rosenwald no abandonó el piano, sino que él mismo continuó tocando. De cuando en cuando uno de los convidados desaparecía. A

las once, al irse los últimos, Arnoux salió con Pellerin, con el pretexto de acompañarle. Era de esas gentes que dicen que se ponen malos sino dan una vuelta después de comer.

La señora de Arnoux se adelantó hasta la entrada; Dittmer y Hussonnet la saludaban, ella les alargó la mano, la tendió igualmente á Federico y él experimentó como una penetración en todos los átomos de su piel.

Dejó á sus amigos, por que tenfa necesidad de estar solo; su corazón se desbordaba.

¿Por qué aquella mano ofrecida?

¿Era un gesto irreflexivo ó un estímulo?

—Vamos, estoy loco.

¿Qué importaba, además, puesto que podía ahora tratarla con entera libertad, vivir en su atmósfera?

Las calles estaban desiertas. A veces una pesada carreta, quebrantaba el piso. Las casas se sucedían con sus fachadas grises, sus ventanas cerradas; y pensaba desdeñosamente en todos aquellos seres humanos acostados detrás de aquellos muros, que existían sin verla, y de los que ni uno siquiera la conocía. No tenfa ya conciencia del medio, del espacio, de nada; y golpeando el suelo con sus tacones, con su bastón las puertas de las tiendas, iba siempre avanzando, al acaso, perdido, arrastrado. Envolvíale un aire húmedo, y se encontró en los muelles.

Los reverberos brillaban en dos líneas rectas, indefinidamente, y largas llamas rojas vacilaban en la profundidad del agua, de color pizarroso, mientras que el cielo, más claro, parecía sostenido por las grandes sombras que se alzaban de ambos lados del río. Algunos edificios, que no se percibían, aumentaba la oscuridad.

Una bruma luminosa flotaba por encima de los tejados; todos los ruidos se fundían en un solo murmullo, y un viento ligero soplabla.

Detúvose en el centro del Poente Nuevo, y con la cabeza descubierta, y el pecho abierto, aspiraba el aire. Sentía, sin embargo subir de lo hondo de sí propio algo inagotable, un superabundante aflujo de ternura que lo enervaba, como el movimiento de las ondas ante su vista. En el reloj de iglesia sonó la una, leatamente, semejante á una voz que le llamara.

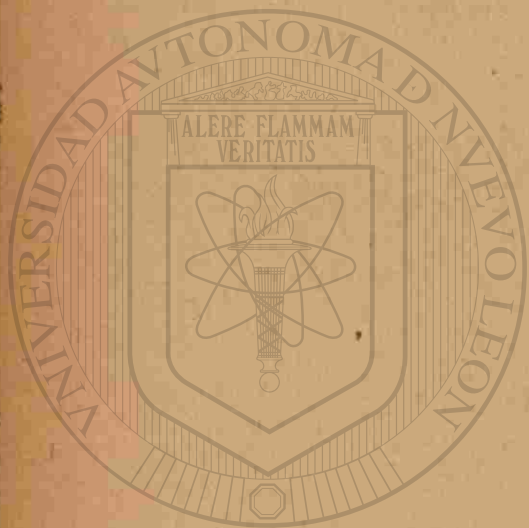
Entonces se sintió presa de esos estremecimientos del alma en que está uno trasportado á mundo superior. Una facultad extraordinaria, cuyo objeto no conocía, le dominó; preguntóse seriamente, si sería un gran pintor ó un gran poeta; decidióse por la pintura, porque las exigencias de aquel oficio le aproximarían á la señora de Arnoux.

¡Al fin había encontrado su vocación!

El fin de su existencia se abría claro y su porvenir infalible.

Cuando cerró la puerta oyó á alguien roncar, en el gabinete oscuro, cerca del cuarto. Era el otro, en el que ya no pensaba.

Vióse el rostro en el espejo, y se encontró hermoso, permaneciendo un minuto delante, mirándose.



V.

**A**L día siguiente, antes del mediodía, se compró una caja de colores, pinceles, un caballete. Pellerin accedió á darle lecciones, y Federico le llevó á su habitación para que viera si faltaba algo entre sus utensilios de pintura.

Deslauriers estaba ya en casa. Un joven ocupaba la otra butaca. El pasante—dijo designándole:

—Es él,—aquí le tienes, Sénecal.

Aquel muchacho desagradó á Federico. Su frente parecía mayor por el corte de pelo en forma de cepillo; algo duro y frío se percibía

en sus ojos grises, y su larga levita negra, todo su traje, olía á pedagogo y eclesiástico.

Al principio hablaron de las cosas del día, entre otras del *Stabat* de Rossini; preguntado Sénecal, declaró que jamás iba al teatro. Pellerin abrió la caja de colores.

—¿Es para tí todo eso?— dijo el pasante.

—Pues claro.

—¿Pero qué idea te ha dado?

Y se inclinó sobre la mesa, en que el pasante de matemáticas hojeaba un tomo de Luis Blanc, que él mismo había llevado y leía en voz baja pasajes, mientras Pellerin y Federico examinaban juntos la paleta, el cuchillo, las vejigas, y despues llegaron á hablar de la comida de Arnoux.

—¿El comerciante de cuadros?— preguntó Sénecal. —¡Lindo caballero, en verdad!

—¿Por qué?— dijo Pellerin.

Sénecal contestó:

—Un hombre que hace dinero con infamias políticas.

Y se puso á hablar de una litografía célebre, que representaba á toda la real familia entregada á ocupaciones edificantes: Luis Felipe tenía un código, la reina un libro de misa, las princesas bordaban, el duque de Nemours ceñía un sable; Joinville enseñaba una carta geográfica á sus hermanos menores; veíase en

el fondo una cama para dos. Aquella imagen, titulada «Una buena familia,» había hecho las delicias de los burgueses, pero la afición de los patriotas. Pellerin, con tono ofendido, como si fuera el autor, respondió que todas las opiniones eran igualmente respetables; Sénecal protestó. El arte debía exclusivamente mirar á la moralización de las masas; no debían reproducirse mas que asuntos concernientes á virtuosas acciones; las demás eran perjudiciales.

—Pero eso depende de la ejecución,— exclamó Pellerin.—Yo puedo hacer obras maestras,

—Tanto peor para Vd. entonces, nadie tiene derecho...

—¿Cómo?

—No, señor;—Vd. no tiene derecho para interesarme en cosas que repruebo. ¿Qué necesidad tenemos de laboriosas bagatelas, de las que es imposible obtener ningún provecho; de esas Vénus, por ejemplo, con todos los paisajes de ustedes? No veo ahí enseñanzas para el pueblo. Póngannos ustedes de manifiesto sus miserias, mejor, entusiásmennos ustedes con sus sacrificios; los asuntos, Dios mio, no faltan la granja, el taller...

Pellerin balbuciente de indignación y creyendo haber encontrado un argumento, dijo:

—¿Acepta Vd. á Moliére?



—Conforme — dijo Sénecal. — Lo admiro como precursor de la revolución francesa.

—¡Ah! ¡la revolución! ¡qué arte! Jamás ha habido época más deplorable.

—Nunca más grande, caballero.

Pellerin se cruzó de brazos y mirándole á la cara dijo:

—Tiene Vd. todo el aire de un famoso guardia nacional.

Su antagonista, acostumbrado á las discusiones, respondió:

—No soy *de ella* y la detesto tanto como usted. Pero con semejantes principios se corrompe á las masas; por lo demás, eso es cuenta del Gobierno; no sería tan fuerte sin la complicidad de un montón de farsantes como ese.

El pintor tomó la defensa del comerciante, porque las opiniones de Sénecal le exasperaban. Se atrevió hasta sostener que Jacobo Arnoux era un verdadero corazón de oro, adicto á sus amigos, y cariñoso con su mujer.

—Si le ofrecieran una buena suma, no rehusaría hacerla servir de modelo.

Federico se puso pálido.

—¿Tanto daño le ha hecho á usted, caballero?

—¿A mí? no. Le he visto una vez en el café con un amigo, y eso es todo.

Sénecal decía la verdad, pero le molestaban

diariamente los reclamos del «Arte industrial». Arnoux era para él, el representante de una gente que juzgaba funesta para la democracia. Republicano austero, sospechaba corrompidas todas las elegancias, no teniendo, además, necesidades y siendo de una inflexible probidad.

La conversación difícilmente se reanudó. El pintor recordó á seguida su cita, el profesor sus discípulos; y cuando salieron, después de un prolongado silencio, Deslauriers hizo diferentes preguntas sobre Arnoux.

—Tú me presentarás á él más adelante, ¿verdad, querido amigo?

—Ciertamente—dijo Federico.

Después trataron de su instalación.

Deslauriers había obtenido sin dificultad una plaza de segundo pasante en casa de un abogado, se matriculó en la escuela de Derecho, comprando los libros indispensables, y la vida con que soñaron tanto, empezó.

Y fué encantadora, gracias á la belleza de su juventud. Deslauriers no habló de ninguna convención pecuniaria, y Federico nada dijo, atendiendo á todos los gastos. Arreglaba el armario, se ocupaba del menaje; pero si era preciso reñir al conserje, se encargaba de hacerlo el pasante, que seguía, como en el colegio, con su papel de protector y de mayor.

Separados durante todo el día, se reunían á

la noche. Cada cual ocupaba su rincón del fuego y se ponía al trabajo, que interrumpían con frecuencia. Tenían expansiones sin fin, alegrías sin causa, y algunas veces disputas, á propósito de la lámpara que alumbraba mal ó de un libro perdido, cóleras de un minuto apaciguadas por las risas. La puerta del gabinete se quedaba abierta, y desde lejos, en la cama, seguían su cháchara.

Por la mañana se paseaban en mangas de camisa por la terraza; salía el sol, ligeras brumas atravesaban por el río, oíase el chillido del mercado de flores de al lado; el humo de sus pipas revoloteaba en el aire puro, que refrescaba sus ojos, todavía hinchados, y sentían esparcirse al aspirarlo, una esperanza inmensa. Cuando no llovía, salían juntos el domingo, del brazo y andaban por las calles. Casi siempre se les ocurría á la vez una misma reflexión ó hablaban sin ver nada á su alrededor. Deslauriers ambicionaba la riqueza como instrumento de poder sobre los hombres; hubiera deseado remover medio mundo, hacer mucho ruido, tener tres secretarios á sus órdenes, y dar una gran comida política una vez por semana. Federico se amueblaba un palacio árabe, para dormir en divanes de cachemir, al susurro de una fuente, servido por pajes negros; y todas aquellas cosas soñadas, acababan por ser de total manera

precisas, que se desolaban como si las hubieran perdido.

—¿A qué hablar de todo esto—decía Federico, puesto que jamás lo tendremos?

—¿Quién sabe?—replicaba Deslauriers.

Apesar de sus opiniones democráticas, le animaba á introducirse en casa de los Dambreuse; el otro objetaba sus tentativas.

—Bah; vuelve y te invitarán.

A mediados del mes de Marzo, recibieron entre otras cuentas gordas, las del restaurant que les daba de comer. Federico que no tenía bastante, tomó de Deslauriers prestado trescientas pesetas; quince días después reiteró la misma petición y el pasante le riñó por los gastos á que se entregaba en casa de Arnoux.

Efectivamente no había moderación en ellos. Una vista de Venecia, una vista de Nápoles y otra de Constantinopla ocupaban el centro de las tres paredes; asuntos ecuestres de Alfredo de Dreux veíanse acá y allá; un grupo de Pradier sobre la chimenea, números del «Arte industrial» sobre el piano; cartones en el suelo, por los rincones, embarazaban la habitación de tal suerte, que apenas había donde poner un libro, ó colocar los codos, pretendiendo Federico que todo aquello le era preciso para su pintura.

Trabajaba en casa de Pellerin; pero á me-

nudo, Pellerin estaba fuera, porque tenía la costumbre de asistir á todos los entierros y sucesos de que daban cuenta los periódicos; y Federico pasaba horas enteras completamente solo en el taller. La tranquilidad de aquella gran pieza, donde únicamente se oía el ruido de los ratones, la luz que se recibía del techo, y hasta el ronquido de la estufa, todo le sumía en un bienestar intelectual al principio; luego, sus ojos, abandonando la obra, se fijaban en los desconchones de las paredes, entre los *bibelots* de los armarios, á lo largo de los torsos, donde el polvo reunido formaba como girones de terciopelo. Como viajero perdido en medio de un bosque cuyos caminos conducen siempre al mismo sitio continuamente, encontraba en el fondo de cada idea el recuerdo de la señora de Arnoux.

Se había fijado días para ir á casa de ella; llegaba al piso segundo delante de su puerta y dudaba llamar. Se acercaban pasos, abrían y á estas palabras: «La señora ha salido», notaba luego como si le librasen de un peso sobre el corazón. La encontró sin embargo.

La primera vez estaban con ella tres señoras; otra tarde el maestro de escritura de la señorita Marta se presentó. Además, los hombres que recibía la señora de Arnoux no la visitaban; no volvió, pues, por discreción.

Pero no faltaba, para que le invitaran á las comidas de los jueves, al «Arte industrial», regularmente, todos los miércoles; y allí permanecía más que todos los otros, más que Regimbart, hasta el último minuto, fingiendo mirar un grabado, recorrer un periódico. Por fin Arnoux le decía:

—¿Está Vd. libre mañana por la noche?

Y aceptaba antes que terminara la frase. Arnoux parecía tomarle afecto. Le enseñó el arte de conocer los vinos, de quemar el ponche, de hacer salmorejo de chochas; Federico seguía docilmente sus consejos, amando cuanto dependía de la señora de Arnoux, sus muebles, sus criados, su casa, su calle.

Casi no hablaba en aquellas comidas; la contemplaba. Tenía ella en la sien derecha un lunar; el pelo, en el arranque de la frente, era más negro que el resto de sus cabellos y siempre húmedo en la orilla, acariciado de cuando en cuando con dos de sus dedos solamente. Conocía la forma de cada una de sus uñas; se deleitaba en escuchar el crugido de su traje de seda cuando pasaba cerca de las puertas, humeaba á escondidas el olor de un pañuelo; su peinado, sus guantes, sus sortijas eran para él cosas singulares, importantes como obras de arte, casi animadas como personas; todas le llegaban al alma y aumentaban su pasión.

No había tenido fuerzas para ocultarla á Deslauriers. Cuando volvía de casa de la señora de Arnoux le despertaba como por descuido para poder hablar de ella.

Deslauriers, que se acostaba en el gabinete cerca de la fuente, lanzaba un largo bostezo, y Federico se sentaba á los piés de la cama. Primero hablaba de la comida, después contaba mil detalles insignificantes, en que veía pruebas de desden ó de afecto. Una vez, por ejemplo, había ella rehusado su brazo para tomar el de Dittmer, desolándose Federico.

—¡Qué tontería!

O le había llamado su amigo.

—Entonces perfectamente.

—Pero no me atrevo,—decía Federico.

—Bueno, pues no pienses más ello. Buenas noches.

Deslauriers se volvía hacia la pared y se dormía. No comprendía nada de aquel amor, que miraba como una última debilidad de la adolescencia, y no bastándole ya, sin duda, su intimidad, pensó reunir sus comunes amigos una vez por semana.

Llegaban el sábado hacia las nueve. Las tres cortinas de argelina estaban cuidadosamente plegadas; la lámpara y cuatro bujías ardían; en medio de la mesa la caja del tabaco llena enteramente de pipas, entre las botellas

de cerveza, la tetera, un frasco de rom y bollos. Se discutía sobre la inmortalidad del alma, se hacían paralelos entre los profesores.

Hussonnet una noche, introdujo á un joven alto con una levita demasiado corta de mangas y de maneras encogidas: era el muchacho que el año anterior habían reclamado en el cuerpo de guardia.

No habiendo podido devolver á su dueño la caja de encajes perdida en la sarracina, le acusó de robo y amenazó con los tribunales; ahora estaba de dependiente en una casa de transportes. Hussonnet le encontró aquella mañana en la esquina de una calle, y le trajo, porque Dussardier, por gratitud, quería ver «al otro.»

Alargó á Federico la petaca todavía llena y que había guardado religiosamente con la esperanza de devolvérsela. Los jóvenes le invitaron á volver, y no faltó.

Todos simpatizaban. En primer lugar su odio hacia el Gobierno tenía el alcance de un dogma indiscutible. Martinon únicamente intentaba defender á Luis Felipe, y le confundían con los lugares comunes que traían los periódicos: con el cerco de París, las leyes de Septiembre, Pritchard, lord Guizot, tanto que Martinon se callaba temiendo ofender á alguien.

En siete años de colegio no había merecido castigo, y en la escuela de Derecho sabía agradar á los profesores. Llevaba ordinariamente una levita gruesa casi blanca, con chanclos de goma; pero se presentó una noche en traje de boda: chaleco de terciopelo con chorrera, corbata blanca, cadena de oro.

La admiración aumentó cuando se supo que salía de casa del Sr. Dambreuse. Con efecto, el banquero Dambreuse acababa de comprar á Martinon, padre, una partida de madera considerable; el buen hombre le presentó á su hijo, y les había invitado á cenar á ambos.

—¿Había muchas trufas?—preguntó Deslauriers,—y has abrazado á su esposa entre puertas, *sicut decet*?

Entonces la conversación se refirió á las mujeres. Pellerin no admitía que hubiera mujeres bonitas (prefería á los tigres); además la hembra del hombre era una criatura inferior en la gerarquía estética:

—Lo que os seduce particularmente es lo que la degrada como idea, es decir, el pecho, los cabellos...

—Sin embargo—objetó Federico—largos cabellos negros, con grandes ojos negros...

—Si, conocido—exclamó Hussonnet.—Basta de andaluzas ¿cosas antiguas? Servidor de ustedes. Porque en fin, veamos, dejemos la bro-

ma; una loreta es más agradable que la Vénus de Milo. ¡Seamos Galos, vive Dios, y Regencia si podemos!

«Corred, buenos vinos, dignáos sonreir.»

Es preciso pasar de la morena á la rubia—¿es esta la opinión de Vd., padre Dussardier?

Dussardier no contestó; todos le estrecharon para conocer sus gustos.

—Pues bien,—dijo ruborizándose—yo quisiera amar siempre á la misma.

Aquello fué dicho de tal manera, que se produjo un momento de silencio; sorprendidos los unos por aquel candor, y descubriendo, los otros, quizás la secreta ansiedad de su alma.

Sénecal dejó sobre la chimenea su vaso de cerveza, y declaró dogmáticamente que la prostitución era una tiranía y el matrimonio una inmoralidad; y que era mejor abstenerse. Deslauriers tomaba á las mujeres como una distracción y nada más. El Sr. de Cisy sentía respecto de ellas toda clase de temores.

Educado por una abuela devota, hallaba la compañía de aquellos jóvenes, sabrosa, como un lugar peligroso é instructiva como una Sorbona. No le privaban de las lecciones, y él se manifestaba lleno de celo, hasta querer fumar, á despecho del mal de corazón que le atormentaba regularmente todas las veces que lo hacía. Federico le rodeaba de cuidados. Admira-

ba los tonos de sus corbatas y las pieles de su paletot y sobre todo sus botas, delgadas como guantes y que parecían insolentes por su limpieza y tersura; su coche le esperaba abajo en la calle.

Una noche que acababa de marcharse, y que nevaba, Sénecal se puso á compadecer su cochero; después á declamar contra los guantes amarillos y el Jockey Club; hacía más caso de un obrero que de aquellos caballeros.

—Yo trabajo, al menos, soy pobre.

—Ya se vé, —dijo por fin Federico impacientado.

El pasante de profesor le guardó rencor por aquella frase.

Habiendo dicho Regimbart que conocía un poco á Sénecal, Federico, quiso ser cortés con el amigo de Arnoux y le rogó fuera á las reuniones del sábado. El encuentro resultó grato á los dos patriotas. Sin embargo diferían sus opiniones.

Sénecal, que tenía el cráneo en punta, no consideraba más que los sistemas; Regimbart, por el contrario, no veía en los hechos sino los hechos; y lo que principalmente le inquietaban las fronteras del Rhin.

Pretendía entender de artillería y se haría vestir por el sastre de la Escuela politécnica.

El primer día, cuando le ofrecieron pasteles, se encogió de hombros desdeñosamente, diciendo que aquello era propio de mujeres; y no estuvo más amable las veces siguientes. Desde el momento en que las ideas tomaban cierta elevación, murmuraba:

—Nada de utopías; nada de sueños.

En punto al arte (aunque frecuentaba los talleres, ó daba algunas lecciones de esgrima por complacencia) no eran sus opiniones trascendentales. Comparaba el estilo de Marast con el de Voltaire y á la señorita Vatnaz con la Staël, por una oda á la Polonia, «en que había corazón». Por fin Regimbart aburría á todo el mundo, y especialmente á Deslauriers, porque el ciudadano era íntimo de Arnoux. En tanto el pasante ambicionaba visitar aquella casa, esperando hacer en ella relaciones provechosas; por eso preguntaba:

—¿Cuándo vas á llevarme?

Arnoux andaba muy recargado de trabajo, ó iba de viaje; y además, no merecía la pena, porque las comidas estaban para concluirse.

Si hubiera sido preciso arriesgar la vida por su amigo, Federico lo habría hecho; pero como deseaba presentarse lo más ventajosamente posible, como cuidaba su lenguaje, sus maneras y su traje, hasta el punto de ir á las oficinas del «Arte industrial» irrochablemente enguan-

tado, temía que Deslauriers, con su frac negro, viejo, su aspecto de procurador y sus conversaciones presuntuosas, desagradara á la señora de Arnoux, cosa que podía comprometerle, rebajarle á él mismo á sus ojos. Admitía sin dificultad á los otros; pero precisamente él le contrariaría mil veces más. El pasante de abogado advertía que no quería cumplir su promesa, y el silencio de Federico le parecía una agravación á la injuria.

Hubiera deseado guiarle absolutamente, verle desenvolverse, según el ideal de su juventud; y su insustancialidad le mortificaba como una desobediencia y como una traición. Por otra parte, Federico, lleno de la idea de la señora de Arnoux, hablaba con frecuencia de su marido, y Deslauriers empezó un intolerable *estribillo*, que consistía en repetir su apellido cien veces al día, al final de cada frase, como resabio de idiota.

Quando llamaban á su puerta, contestaba:

—Entre Vd., Arnoux.

En el restaurant, pedía queso de Brie, á la moda de Arnoux; y por la noche, fingiendo una pesadilla, despertaba á su compañero ahullando:

—Arnoux, Arnoux.

Por fin un día, Federico, molesto, le dijo con voz lamentable:

—Déjame en paz con Arnoux.

—Jamás—respondió el pasante.

*Siempre él, él por todas partes, ó ardiente ó helada la imagen de Arnoux...*

—¡Cállate!—exclamó Federico, levantando el puño.

Y añadió con dulzura:

—Ya sabes que ese es un asunto penoso para mí.

—Perdone Vd., buen hombre—replicó Deslauriers, inclinándose mucho—se respetarán en lo sucesivo los nervios de la señorita; perdónese usted, repito; perdónese usted.

Y así terminó la broma.

Pero semanas más tarde, una noche le dijo:

—He visto hace poco á la señora de Arnoux.

—¿Dónde?

—En el Palacio de Justicia, con Balandard, abogado; una mujer morena ¿no es verdad? de estatura mediana.

Federico hizo señas de asentimiento; esperaba que Deslauriers hablase. A la menor palabra de admiración, se habría expandido ampliamente; hallábase dispuesto á quererle; el otro seguía callando; por fin, sin contenerse más, le preguntó con aire indiferente lo que le parecía.

Deslauriers no la encontraba mal, aunque nada de extraordinario, sin embargo.

—¿Crees eso?—dijo Federico.

Llegó el mes de Agosto, época de su segundo examen. Según la opinión corriente, debían bsatarle quince días para preparar las materias. Federico no dudó de sus fuerzas, y se tragó de corrido los cuatro primeros libros del Código de Procedimientos, los tres primeros del Código penal, muchos trozos de Instrucción criminal y una parte del Código civil, con las notas de Poncélet. La víspera, Deslauriers le obligó á hacer una recapitulación que duró hasta por la mañana; y para aprovechar el último cuarto de hora, continuó preguntándole por la calle andando.

Como se verificaban varios exámenes simultáneamente, había mucha gente en el patio, entre otros, Hussonnet y Cisy; no dejaban de ir á aquellas pruebas, cuando se trataba de camaradas.

Federico se enderezó la toga negra tradicional; después entró seguido de la multitud, con otros tres estudiantes, en una gran pieza, á que daban luz ventanas sin cortinas y con banquetas á lo largo de las paredes. En el centro había sillas de cuero alrededor de una mesa, adornada con verde tapete, que separaba á los examinandos de los señores examinadores de toga encarnada, y todos con mangas de armiño y tocas de galones dorados.

Federico era el penúltimo en la serie, mala posición. En la primera pregunta, sobre la diferencia entre una convención y un contrato, definió una por otro, y el profesor, hombre excelente, le dijo:

—No se turbe Vd., tranquilícese.

Después de dos preguntas fáciles y respuestas oscuras, pasó á la cuarta. Federico se desconcertó con aquel mal principio. Deslauriers, enfrente, entre el público, le hacía señas de que aún no se había perdido todo; y en la segunda pregunta sobre derecho criminal pudo pasar; pero después de la tercera, relativa al testamento místico, el examinador permaneció impassible todo el tiempo, y su angustia se aumentó; Hussonnet juntó las manos como para aplaudir, mientras que Deslauriers no cesaba de encojerse de hombros. Por fin llegó el momento en que era preciso responder acerca del Procedimiento; se trataba de la tercera oposición. El profesor, admirado de haber oido teorías contrarias á las suyas, le preguntó en tono brutal:

—¿Es esa, caballero, la opinión de Vd.? ¿Cómo concilia Vd. el principio del artículo 1.351 del Código civil con esa vía de ataque, extraordinaria?

Federico sentía un fuerte dolor de cabeza, por haber pasado la noche sin dormir. Un rayo de sol, que penetraba por la abertura de una



persiana, le daba en la cara. De pié, detrás de la silla, se balanceaba y tiraba del bigote.

—Estoy esperando la respuesta— dijo el hombre de la toca dorada.

Y como le molestaba el gesto de Federico, sin duda, añadió:

—No la encontrará Vd. en su barba.

Aquel sarcasmo causó la risa del auditorio; el profesor, lisonjeado, se dulcificó. Le hizo dos preguntas más sobre la citación y el sumario, bajando la cabeza en señal de aprobación; el acto público había concluido.

Federico volvió al vestíbulo.

Mientras el bedel le quitaba la toga, para ponérsela á otro inmediatamente, le rodearon sus amigos, acabando de aburrirle con sus opiniones contradictorias acerca del resultado del examen; muy pronto se proclamó con voz sonora desde la entrada de la sala:

—El tercero... suspenso.

—Encajonado—dijo Hussonnet.—Vámonos.

Delante de la portería encontraron á Martinon, rojo, conmovido, con una sonrisa en los ojos y la aureola del triunfo en la frente. Acababa de sufrir sin dificultad su último examen; quedaba solo el discurso; antes de quince días sería licenciado. Su familia conocía á un ministro. Una bonita carrera se ofrecía.

—Ese te hunde—dijo Deslauriers.

—Nada humilla tanto como ver á los tontos triunfar en las empresas donde uno ha tropezado. Federico, mortificado, respondió que aquello le importaba poco. Sus pretensiones eran más elevadas, y como Hussonnet parecía que se marchaba, le llamó aparte para decirle:

—Ni una palabra en casa de ellos, ¿estamos?

El secreto era fácil, puesto que Arnoux al día siguiente se iba de viaje á Alemania.

Al entrar, por la noche, el pasante encontró á su amigo singularmente cambiado; saltaba, silbaba, y el otro admirábase de aquel humor. Federico declaró que no iría á casa de su madre y emplearía en trabajar sus vacaciones.

A la noticia de la marcha de Arnoux, sintió alegría, porque podría presentarse allá abajo, á su gusto, sin temor de verse interrumpido en sus visitas.

La convicción de una seguridad absoluta le daría valor. Por fin no se alejaba, no se separaba de ella. Algo más fuerte que una cadena de hierro le ligaba á París, una voz interior le gritaba que se quedara.

Algunos obstáculos se oponían á este propósito; los venció escribiendo á su madre, confesándole en primer lugar su caída, ocasionada por cambios hechos en el programa, una casualidad, una injusticia; además, todos los grandes abogados (citaba sus nombres) habían perdido

asignaturas; pero pensaba presentarse nuevamente el mes de Noviembre. Y no teniendo tiempo que perder, no iría á la casa aquel año. Pedía, á más, del dinero de un trimestre, doscientas cincuenta pesetas para repasos de Derecho, muy útiles; y todo ello adornado de sentimiento, lamentaciones, gaterías y protestas de amor filial.

La señora de Moreau, que le esperaba al día siguiente, se enterneció doblemente. Ocultó la desventura de su hijo, y le contestó «que fuera á pesar de todo». Federico no cedió, y vino una querrela. En fin de semana, sin embargo, recibió el dinero del trimestre con la suma destinada á los repasos, y que sirvió para pagar un pantalón gris perla, un sombrero de castor blanco y un junco con puño de oro.

Cuando todo estuvo en su poder, pensó:

—¿Si será idea de peluquero la que he tenido?—Y se sintió presa de una gran vacilación.

Para saber si iría á casa de la señora de Arnoux, echó por alto, por tres veces, algunas monedas; todas fué feliz el presagio; la fatalidad, pues, mandaba. Y se hizo llevar en coche á la calle de Choiseul.

Subió deprisa la escalera, tiró del cordón de la campanilla, no sonó, sintiéndose casi desfallecer. A seguida rompió de otro tirón, furioso, la gruesa borla de seda encarnada; oyó.

se un repique que se apaciguó gradualmente, y nada. Federico tuvo miedo.

Pegó la oreja á la puerta; ni un soplo. Puso el ojo en el agujero de la cerradura y no vió en la antesala más que dos puntas de caña, en la pared, entre las flores del papel. Por fin, giraba sobre sus talones, cuando, cambiando de parecer, dió un golpecito, aquella vez ligero. Abrióse la puerta, y en el dintel, con el pelo enmarañado, la cara carmesí y el aire contrariado, se presentó el mismo Arnoux.

—¡Calle! ¿qué diablos le trae á usted? Entre usted.

Y le introdujo, no en el gabinete ni en su cuarto, sino en el comedor, en que se veía sobre la mesa una botella de champagne, con dos copas, y en tono brusco, preguntó:

—¿Tiene usted algo que pedirme, querido amigo?

—No, nada, nada—baluceó el joven, buscando un pretexto á su visita.

Por fin, dijo que había ido á saber noticias tuyas, porque le creía en Alemania, según referencias de Hussonnet.

—De ninguna manera—contestó Arnoux.— ¡Qué muchacho ese más chorlito; todo lo entiende á revés!

Para disimular su turbación, Federico se paseaba de izquierda á derecha por la sala. Al

tropezar con la pata de una silla, dejó caer una sombrilla que estaba encima, rompiéndose el puño de marfil.

—¡Dios mío!—exclamó—¡Cuánto siento haber roto la sombrilla de la señorita!

A esta frase el comerciante levantó la cabeza y se sonrió de un modo singular. Federico, aprovechando la ocasión que se le ofrecía de hablar de ella, añadió tímidamente:

—¿Podré verla?

Estaba en su país, al lado de su madre enferma. No se atrevió a preguntar sobre la duración de aquella ausencia, y lo hizo, únicamente, respecto del país de la señora.

—Chartres ¿Le admira à Vd. eso?

—¿A mí? ¿por qué? De ningún modo.

Y no encontraron después de esto nada que decirse. Arnoux, que se había hecho un cigarrillo, daba vueltas alrededor de la mesa, soplando. Federico, de pie, junto á la estufa, contemplaba las paredes, el armario, el piso, desfilando en su memoria encantadoras imágenes, mejor aún, delante de su vista.

Por fin se marchó.

Un pedazo de periódico, hecho una bola, estaba en el suelo de la antesala; Arnoux lo cogió, y alzándose sobre la punta de los pies, lo metió en la campanilla, para continuar, dijo, su interrumpida siesta.

Después, añadió, dándole un apretón de manos:

—Hágame usted el favor de decir al portero que no estoy.

Y cerró la puerta á su espalda, violentamente.

Federico bajó la escalera, deteniéndose en cada escalón. El fracaso de aquella primera tentativa, le desanimaba, respecto del azar de las demás.

Entonces empezaron tres meses de fastidio. Como no tenía ningún trabajo, la ociosidad aumentaba su tristeza.

Pasaba las horas en mirar, desde lo alto de su balcón, al río que corría entre los muelles cenicientos, negruzcos, de trecho en trecho, por las junturas de los albañales, con un pontón de lavanderas amarrado á la orilla, donde, á veces se entretenían los pilluelos, en bañar un perrillo, junto al fango.

Sus ojos, dejando á la izquierda el puente de piedra de Nuestra Señora, y tres puentes colgantes, se dirigían siempre hacia el muelle de los Ormes, sobre un maciso de árboles añosos, parecidos á los tilos del puerto de Montrean. La torre de Santiago, la Casa-Ayuntamiento, San Gervasio, San Luis, San Pablo, se alzaban enfrente, entre los tejados confundidos, y el Genio de la columna de Julio resplandecía

en el Oriente como ancha estrella de oro, mientras que al otro extremo, la cúpula de las Tullerías, redondeaba, en el cielo, su pesada masa azul.

Detrás de esto, debía estar situada la casa de la señora de Arnoux.

Volvió á entrar en su cuarto, y luego, echado en su diván, se abandonaba á una meditación desordenada; planes de trabajo, proyectos de vida, adelantos para el porvenir.

Por fin, para desembarazarse de sí mismo, salía.

Subía á la ventura, por el barrio latino, tan tumultuoso de costumbre, pero desierto en aquella época, porque los estudiantes se habían marchado á sus casas.

Los grandes muros de los colegios, como ensanchados por el silencio, tenían un aspecto más sombrío todavía; ofanse toda especie de ruidos apacibles, el batir de alas en jaulas, el chirrido de un torno, el martillo de un zapatero; y los ropavejeros, en medio de las calles, miraban á las ventanas inútilmente. En el fondo de los cafés solitarios, la señora del mostrador bostezaba entre sus botellas llenas; los periódicos permanecían ordenados sobre la mesa de los gabinetes de lectura; en el taller de las planchadoras, se movía la ropa blanca, al soplo de la templada brisa.

De cuando en cuando Federico, se paraba delante de la muestra de un librero de viejo; un ómnibus que pasaba rozando la acera, le hacía volverse, y al llegar al Luxemburgo, se detenía.

Algunas veces, la esperanza de una distracción le atraía á los bulevares. Después de sombrías callejuelas que exhalaban frescuras húmedas, llegaba á grandes plazas desiertas, resplandecientes de luz, y en las que los monumentos dibujaban al borde del friso encajes de de sombra negra. Pero las carretas, las tiendas que empezaba á encontrar y la multitud le atardían, sobre todo el domingo; desde la Bastilla hasta la Magdalena, era aquello una inmensa oleada ondulante sobre el asfalto, en medio del polvo, en un rumor continuo; sentíase enteramente descorazonado por la bajeza de los tipos, la necedad de las frases, la imbécil satisfacción que transpiraban las sudorosas frentes.

Sin embargo, la conciencia de valer más que aquellos hombres, atenuaba la fatiga de mirarlos.

Iba todos los días al «Arte industrial», y para saber cuándo volvería la señora de Arnoux, se informaba de su madre muy detenidamente. La respuesta de Arnoux no variaba: «continuaba la mejoría»; su mujer y la pequeña

estarían de regreso la semana próxima. Cuanto más tardaba en llegar, más inquietud manifestaba Federico, tanto que Arnoux, enternecido por tanto afecto, le llevó cineo ó seis veces á comer al restaurant.

Federico, en aquellas largas entrevistas comprendió que el comerciante de pintura no era muy ingenioso. Arnoux podía apereibirse de aquel enfriamiento, y además era ocasión de devolverle un poco sus finuras.

Queriendo hacer las cosas muy bien, vendió á un prendero todos sus trajes nuevos en la suma de ochenta pesetas; y habiéndola aumentado con otras ochenta que le quedaban, fué á casa de Arnoux para llevarle á comer. Allí estaba Regimbart, y se dirigieron á los «Tres Hermanos Provenzales.»

El ciudadano empezó por quitarse la levita, y seguro de diferenciarse de los otros dos, redactó la lista. Pero aunque se trasladó á la cocina para hablar por sí mismo al jefe, bajó á la cueva, cuyos rincones todos conocía. É hizo subir al dueño del establecimiento, al cual «dió un buen jabón», no quedó contento ni de los platos, ni de los vinos, ni del servicio. A cada plato nuevo, á cada botella diferente, desde el primer bocado, desde el primer sorbo, dejaba caer su tenedor ó rechazaba lejos la copa; después, apoyando los codos sobre el mantel todo

lo largo de su brazo, gritaba que no se podía ya comer en París. Por fin, no sabiendo qué imaginar para su boca, Regimbart pidió judías en aceite, sencillamente, las cuales, aunque solo á medias, le apaciguaron un poco. Luego sostuvo con el camarero un diálogo sobre los antiguos mozos de los «Provenzales». ¿Qué se había hecho de Antonio? ¿Y un tal Eugenio? ¿Y Teodoro, el pequeño, que servía siempre abajo? ¡Había en aquel tiempo allí una mesa muy diversamente distinguida, y botellas de Borgoña como ya no se beberán!

Enseguida se trató del valor de los terrenos en las afueras, una especulación de Arnoux, infalible. Con esperar, perjudicaba sus intereses. Puesto que no quería vender á ningún precio, Regimbart le fijaría alguno; y aquellos dos señores hicieron, con un lápiz, cálculos hasta el final de los postres.

Fuéronse á tomar el café al Pasaje del Salomón, en el entresuelo de un cafetín. Federico asistió de pie á interminables partidas de billar, mezcladas con sendos vasos de cerveza; y allí permaneció, sin saber por qué, por encogimiento, por tontería, en la esperanza confusa de algún acontecimiento favorable á su amor.

¿Cuándo volvería á verla? Federico se desesperaba; pero una noche, á fines de Noviembre, Arnoux le dijo:

—¿Sabe usted? Mi mujer ha vuelto ayer.

Al día siguiente, á las cinco, entraba en su casa.

Empezó por felicitaciones, a propósito de su madre, cuya enfermedad había sido tan grave.

—No; ¿quién se lo ha dicho á usted?

—Pues Arnoux.

Ella dijo ¡ah! suavemente, y añadió que al principio había sentido serios temores, que ya desaparecieron.

Hallábase cerca del fuego, en la mecedora de tapicería; él en el canapé, con su sombrero entre las rodillas, y la conversación fué penosa, abandonada por ella á cada minuto; no encontrando él coyuntura para introducir en la charla sus sentimientos. Pero lamentándose de estudiar los Procedimientos, ella replicó:

—Sí... concibo... los negocios...—bajando la cabeza absorvida de repente en sus reflexiones.

Sentíase él sediento por conocerlas, y hasta no pensaba en otra cosa. El crepúsculo formaba sombras á su alrededor.

Levantóse ella, pues tenía un encargo que hacer, luego se presentó con una capota de terciopelo y una capa negra guarnecida de Marta. Atravióse él á ofrecerle que la acompañaría.

No se veía ya; el tiempo era frío, y una espesa niebla, esfumando la fachada de las casas,

emponzoñaba el aire. Federico lo aspiraba con delicia, porque sentía á través del algodonado del abrigo la forma de su brazo; y su mano aprisionada en guante de gamuza de dos botones, su manita, que hubiera cubierto de besos, se apoyaba en su manga. Por causa de lo resbaladizo del piso, oscilaban un poco; parecía á él que iban ambos mecidos por el viento, en medio de una nube.

El brillo de las luces, en el bulevar, le volvió á la realidad. La ocasión era buena, apremiaba el tiempo, fijóse el espacio hasta la calle de Richelieu para declarar su amor. Pero casi al punto, delante de un almacén de porcelanas, se detuvo resueltamente ella, diciéndole:

—Ya estamos; mil gracias. Hasta el jueves ¿no es verdad? como de costumbre.

Las comidas empezaron de nuevo, y cuanto más trataba á la señora de Arnoux, más aumentaban sus languideces. La contemplación de aquella mujer le enervaba, como el uso de un perfume demasiado fuerte. Aquello llegaba hasta las profundidades de su temperamento, y se convertía casi en una manera general de sentir, un nuevo modo de existir.

Las pérdidas que encontraba á la luz del gas, las cantantes ensayando sus notas, las artistas ecuestres en sus caballos á galope, las burguesas á pie, las grisetas en su ventana, todas las

mujeres le recordaban aquella, por semejanzas ó por contrastes violentos. Miraba en las tiendas las cachemiras, los encajes y las arracadas de pedrería, imaginándolas colocadas sobre sus hombros, cosidas á su cuerpo, lanzando sus fuegos en sus cabellos negros. En las cestas de las vendedoras, las flores se ofrecían para que ella las eligiese al pasar; en los escaparates de los zapateros, las pequeñas pantuflas derasocerradas de pluma de cisne, parecían esperar su pie; todas las calles conducían á su casa; los coches se estacionaban en las plazas, únicamente para ir allí más deprisa; París se refería á su persona, y la gran villa con todas sus voces, sonaba como orquesta inmensa alrededor de ella.

Cuando iba al Jardín de Plantas, la vista de una palmera le arrastraba hacia países lejanos. Viajaban juntos, sobre los dromedarios, bajo las tiendecillas de los elefantes, en la cámara de un yacht por azules archipiélagos, ó uno al lado del otro en dos mulas con campanillas, que tropezaban en las yerbas ó contra columnas en pedazos. A veces se detenían en el Louvre, delante de cuadros antiguos, y su amor recorría hasta los siglos pasados, sustituyéndola á los personajes de las pinturas. Adornada con un tocado alto oraba ella de rodillas detrás de una vidriera de colores. Señora de Castilla ó de Flandes, permanecía sentada, con una gorguera

almidonada y un corsé de grandes bullones. Luego bajaba por alguna grande escalera de pórfido, en medio de los senadores, bajo un dosel de plumas de avestruz, con un traje de brocado. Otras veces soñaba que la veía con pantalón de seda amarilla, en los cojines de un harén: y todo lo que era hermoso, el brillo de las estrellas, ciertos aires de música, el sentido de una frase, un contorno, la llevaban á su pensamiento de una manera brusca é insensible.

En cuanto á intentar hacerla su amante, seguro estaba de que sería vana toda tentativa.

Una noche, Dittmer, al llegar, la besó en la frente; Lovarias hizo lo propio, diciendo:

—Usted lo consiente ¿no es verdad? según privilegio de los amigos.

Federico balbuceó:

—Me parece que todos somos amigos.

—No todos viejos—contestó ella.

Aquello era rechazarle de antemano, indirectamente.

¿Qué hacer, por otra parte?

¿Decirle que la amaba?

Le despediría, indudablemente; ó bien, indignándose, le arrojaría de su casa. ®

El prefería todos los dolores al horrible temor de no verla más.

Envidiaba el talento de los pianistas, los chirlos de los militares; deseaba una enferme-

dad peligrosa, esperando interesarla de aquel modo.

Una cosa le admiraba; que no estaba celoso de Arnoux; y no se la podía imaginar sino vestida: tan natural le parecía su pudor, y apartaba su sexo á una misteriosa sombra.

Sin embargo, pensaba en la dicha de vivir con ella, de tutearla, de pasarla la mano suavemente por sus cabellos, ó de estar en el suelo, de rodillas, con ambos brazos alrededor de su cintura, bebiendo su alma en sus ojos.

Preciso habría sido para esto subvertir el destino; é incapaz de acción, maldiciendo á Dios y acusándose de su cobardía, se revolvía en su deseo, como un prisionero en su calabozo. Una angustia permanente le ahogaba; permanecía horas enteras inmóvil, ó estallaba en lágrimas; y un día, que no tenía fuerzas para contenerse, Deslauriers le dijo:

—Pero... ¡vive Dios! ¿qué es lo que tienes?

Federico sufría de los nervios. Deslauriers no lo creyó.

Ante semejante dolor, había sentido despertarse su ternura y le consoló.

Un hombre como él, dejarse abatir ¡qué tontería! Pase en la juventud; pero más tarde, era perder su tiempo.

—Me estropeas á mí, Federico. Prefiero el antiguo muchacho y siempre igual; me gustaba. Va-

mos, fuma una pipa, animal. Muévete un poco, tú me apenas.

—¡Es verdad!—dijo Federico—¡estoy loco!  
El pasante replicó:

—¡Ah, viejo trovador! bien sé lo que te aflige. ¿El corazoncito? confíesalo. ¡Bah! una perdida, cuatro halladas. Consuélese uno de las mujeres virtuosas, con las otras. ¿Quieres que te haga conocer mujeres? No tienes más que venir á la Alhambra.

Era este un baile público, abierto recientemente en lo alto de los Campos Eliseos, y que se arruinó desde la segunda temporada por un lujo prematuro en ese género de establecimientos.

—Parece que allí se divierte uno,—continuó Deslauriers— vamos allí; acompáñate de tus amigos, si quieres; te permito hasta Regimbart.

Federico no invitó al ciudadano.

Deslauriers se privó de Sénecal; llevaron; únicamente, á Hussonnet y Cisy con Dussardier, y el mismo coche les condujo á los cinco á la puerta de la Alhambra.

Dos galerías árabes se extendían á derecha é izquierda, paralelamente. La pared de una casa, enfrente, ocupaba todo el fondo, y el cuarto lado, el del restaurant, figuraba un claustro gótico con vidrios de colores. Una especie de techumbre china cubría el estrado en que



tocaban los músicos; el suelo de alrededor se hallaba asfaltado, y faroles venecianos colgados de las columnas formaban á las cuadrillas, desde lejos, una corona de fuegos multicolores. Varios pedestales á trechos, sostenían tazas de piedra de que saltaba un hilillo delgado de agua. Veíanse entre el follaje estatuas de yeso, Hebes ó Cupidos enteramente pegajosos de pintura aj oleo; y las avenidas numerosas, alfombradas de arena muy amarilla cuidadosamente tamizada, hacían parecer el jardín más vasto de lo que era.

Estudiantes, paseaban á sus amantes; dependientes de novedades se pavoneaban con un bastón entre los dedos; colegiales fumaban regalias; viejos celibes acariciaban con un peine su barba teñida; había allí ingleses, rusos, gentes de la América del Sur, tres orientales; loretas, grisetas y muchachas habían ido allí esperando encontrar un protector, un enamorado, una moneda de oro, ó sencillamente por el placer del baile; y sus trajes de túnica verde mar, azul, cereza ó violeta, pasaban, se agitaban entre los ébanos y los lilos. Casi todos los hombres llevaban telas de cuadros; algunos, pantalones blancos, á pesar de la frescura de la noche. Encendíanse los faroles de gas.

Hussonnet, por sus relaciones con los periódicos de modas y los teatrillos, conocía muchas mujeres, á las que enviaba besos con la

punta de los dedos, y de cuando en cuando dejaba á sus amigos y se iba á hablar con ellas.

Deslauriers tuvo envidia de aquellas maneras y abordó cínicamente á una rubia alta, vestida de mahón.

Después de haberse fijado en él con aire desapacible, le dijo:

—No; nada de confianzas, buen hombre.

Y giró sobre sus talones.

Se dirigió entonces á una morena gruesa, que estaba loca indudablemente, porque saltó desde la primera palabra, amenazándole si continuaba, con llamar á los municipales. Esforzóse Deslauriers por reír, y descubriendo, seguidamente, á una mujer pequeña sentada algo aparte, debajo de un reverbero, le propuso una contradanza.

Los músicos, encaramados en el estrado, en posturas de monos, arañaban y soplaban impetuosamente. El director de orquesta, de pié llevaba el compás de una manera automática. La gente, amontonada, se divertía; las cintas desatadas de los sombreros rozaban las corbatas; las botas se escondían en las faldas; todo aquello saltaba cadenciosamente; Deslauriers estrechaba á la mujer pequeña, y arrebatado por el delirio del cancan, se revolvió en medio de las cuadrillas como un gran polichinela. Cisy y Dussardier seguían su paseo; el joven aristó-

crata miraba á las chicas, y á pesar de las exhortaciones del dependiente, no se atrevía á hablarles, figurándose que había siempre detrás de aquellas mujeres un hombre escondido en el armario con una pistola, y que sale para obligar á uno á que firme letras de cambio.

Volvieron junto á Federico; Deslauriers ya no bailaba, y todos se preguntaban cómo acabarían la noche, cuando Hussonnet gritó:

—¡Calla! La marquesa de Amaëgui.

Era ésta una mujer pálida, de nariz remanada, con mitones hasta los codos y grandes bucles negros que colgaban por sus mejillas, como orejas de perro. Hussonnet le dijo:

—Podríamos organizar una fiestecita en tu casa, un *raout* (asamblea) oriental. Procura recoger á algunas de tus amigas para estos caballeros franceses. ¿Qué es lo que te contraría? ¿Esperas á tu hidalgo?

La andaluza bajaba la cabeza; conociendo las costumbres poco espléndidas de su amigo, tenía miedo de costear ella los refrescos. Por fin, á la palabra dinero, largada por ella, Cisy ofreció cinco duros, todo su bolsillo; la cosa fué decidida; pero Federico no estaba ya allí.

Había creído oír la voz de Arnoux, visto un sombrero de mujer, y se había escondido al punto en un bosquecillo de al lado.

La señorita Vatnaz estaba sola con Arnoux.

—Dispense usted si le molesto.

—De ninguna manera—contestó el comerciante.

Federico, á las últimas palabras de su conversación, comprendió que había acudido á la Alhambra para tratar con la señorita Vatnaz un negocio urgente, y sin duda Arnoux no se encontraba enteramente tranquilizado, cuando le dijo con aire de inquietud:

—¿Está usted completamente segura?

—Completamente segura; le aman á usted; ¡qué hombre este!

Y le hacía un gesto de burla, sacando sus gruesos labios, casi sanguinolentos en fuerza de estar rojos. Pero tenía unos ojos admirables, felinos, con chispas doradas en las pupilas llenos de malicia, de amor, de sensualismo. Alumbraban como lámparas la tez algo amarilla de su flaca fisonomía. Arnoux parecía gozar con sus sofiones, se inclinó hasta ella y le dijo:

—Es usted amable, béseme usted.

Y ella, cogiéndole por las orejas, le besó en la frente.

En aquel momento se pararon los bailes, y en el sitio del director de orquesta se presentó un guapo joven, demasiado gordo y de una blancura de cera. Llevaba el pelo negro muy largo, peinado como Cristo, un chaleco de terciopelo azul con grandes palmas de oro: su aire,

orgullosa, como el de un pavo real, estúpido como un pavo común; y después de saludar al público, entonó una cancioncilla. Érase un aldeano que contaba su viaje á la capital, el artista hablaba como los de la baja Normandía; hacía el borracho, y el refrán:

«¡Ah! he reído, he reído en este holgazán de París», levantaba estrepitoso entusiasmo. Delmas, cantante expresivo, era demasiado maligno para que se le dejara enfriar. Le pasaron prestamente una guitarra, y gimió una romanza titulada *El hermano de la Albanesa*.

La letra recordó á Federico la que cantaba el hombre desarrapado entre los tambores del barco. Sus ojos se fijaban involuntariamente en el bajo del vestido que se hallaba delante.

Después de cada copla seguía una larga pausa, y el soplo del viento en los árboles se asemejaba al ruido de olas.

La señorita Vatnaz, separando con una mano las ramas de un ligustro que le ocultaba el tablado, contemplaba al cantante, fijamente, con las narices abiertas, las cejas unidas, y como perdida en una profunda alegría.

—Muy bien—dijo Arnoux.—Comprendo por qué ha venido usted esta noche á la Alhambra: Delmas, ¿le gusta á usted, querida?

Ella no quería confesar nada.

—¡Ah, qué pudor!

Y señalando á Federico, añadió:

—¿Es por este? Pues no tendría usted razón, no hay muchacho más discreto.

Los otros que buscaban á su amigo, penetraron en el sitio donde Hussonnet les presentó; Arnoux distribuyó cigarros y regaló sorbetes á la compañía.

La señorita Vatnaz se había puesto encarnada al ver á Dassardier; se levantó enseguida, y alargándole la mano, dijo:

—¿Se acuerda usted de mí, Sr. Dassardier?

—¿Cómo? ¿la conoce usted?—preguntó Federico.

—Hemos estado en la misma casa—contestó él.

Cisy le tiraba de la manga, y se marcharon; apenas se fué, la señorita Vatnaz empezó á elogiar su carácter, y hasta añadió que tenía «el genio del corazón.»

Después se habló de Delmas, que podría, como mímica, alcanzar éxitos en el teatro, y de aquí se suscitó una discusión, en que se mezcló Shakespeare, la censura, el estilo, el pueblo, las reglas de la Puerta de San Martín, Alejandro Dumas, Víctor Hugo y Dumersan. Arnoux había conocido muchas actrices célebres; los jóvenes se acercaban para oírle. Pero sus palabras se apagaban con el ruido de la música; y

al punto que la cuadrilla ó la polka terminaban, todos se aproximaban á las tablas, llamaban al mozo, reían; las botellas de cerveza y de limonada gaseosa saltaban entre el follaje; las mujeres gritaban como gallinas; á veces dos señores querían batirse; un ladrón fué detenido.

Al galop, los bailarines penetraron en las avenidas. Y los antes sonrientes y con la cara roja, desfilaban en torbellino que levantaba los vestidos y los faldones de los fracs; los trombones rugían más fuerte; el ritmo se aceleraba; detrás del claustro de la Edad Media se oyeron chisporroteos y estallaron cohetes; giraban los soles; las luces de bengala, color esmeralda, iluminaron durante un minuto todo el jardín; y al último cohete, la multitud exhaló un prolongado suspiro, desfilando leatamente.

Una nube de pólvora flotaba en el aire. Federico y Deslauriers iban en medio de la gente despacio, cuando les detuvo un espectáculo: Martinon tomaba el cambio en el depósito de los paraguas; acompañaba á una mujer de unos cincuenta años, fea, magníficamente vestida, y de un rango social problemático.

—Ese mozo,—dijo Deslauriers—es menos simple de lo que parece. ¿Pero dónde está Cisy?

Dussardier les señaló el café, á donde vieron al hijo de los bravos, delante de un tazón de

ponche, en compañía de un sombrero rosa.

Hussonnet, que se había ausentado hacia cinco minutos, se presentó en aquel momento. Una joven se apoyaba en su brazo, llamándole en voz muy alta:

—¡Gatito mío!

—No—le decía él—en público, no; llámame vizconde. Esto dá tono, género caballero Luis XIII y botas flexibles, que me agrada. Sí, amigos míos, unas relaciones antiguas. ¿No es verdad que es guapa?

Y le cogía la barba.

—Saluda á estos señores; todos son hijos de Pares de Francia; les trato para que me nombren embajador.

—¡Que loco es usted!—repuso la señorita Vatnaz.

—Y rogó á Dussardier que la acompañara hasta su puerta.

Arnoux les vió alejarse, y volviéndose después á Federico, le dijo:

—¿Le gustaría á usted la Vatnaz? No es usted franco en este punto. Creo que oculta usted sus amores.

Federico se puso pálido, y contestó que no o cultaba nada.

—Es que no se le conoce á usted amante—replicó Arnoux.

Federico tuvo gana de citar un nombre, al

azar. Pero la historia podían contársela *á ella*, y respondió que efectivamente no tenía amante.

El comerciante se lo censuró.

—Esta noche era buena ocasión. ¿Por qué no ha hecho usted como los demás, que se van todos con una mujer?

—Bueno ¿y usted?—dijo Federico impaciente por tal insistencia.

—Yo, hijo mío, es diferente; me voy á buscar la mía.

Llamó un coche y desapareció.

Los dos amigos se fueron á pie. Soplaba un viento Este; no hablaba ni el uno ni el otro. Deslauriers se lamentaba de no haber brillado ante el director de un periódico y Federico se hundía en su tristeza.

Por fin, dijo que el baile le pareció estúpido.

—¿De quién es la culpa?—Si no te nos hubieras escapado por tu Arnoux.

—Cuanto yo hubiera podido hacer hubiera sido completamente inútil.

Pero el pasante tenía sus teorías; era suficiente para obtener las cosas, desearlas formalmente.

—Sin embargo, tú mismo, hace un instante...

—Bastante me importaba—dijo Deslauriers, cortando en redondo la alusión.—¿Es qué me voy á enredar con las mujeres?—y declamó

contra sus travesuras, sus necedades; en resumen, que le desagradaban.

—No las busques entonces—dijo Federico.

Deslauriers se calló; pero de repente exclamó:

—¿Quieres apostar cien pesetas que logro la primera que pase?

—Sí,—aceptado.

La primera que pasó fué una repugnante mendiga; y ya desesperaban de la casualidad, cuando en el centro de la calle de Rivoli, vieron una chica alta que llevaba en la mano una cajita.

Deslauriers se le acercó debajo de los arcos; ella se dirigió bruscamente por el lado de las Tullerías, y tornó á seguida por la plaza del Carrousel, lanzando miradas á izquierda y derecha. Corrió hacia un coche; pero Deslauriers, la alcanzó; iba á su lado hablándole con gestos expresivos. Por fin aceptó ella su brazo y continuaron á lo largo de los muelles. Después á la altura del Châtelet, durante veinte minutos por lo menos, se pasearon por la acera como dos marinos que hacen su guardia. Pero, de repente, atravesaron el puente del Cambio, el mercado de las Flores y el muelle Napoleón. Federico entró detrás; Deslauriers le hizo comprender que les molestaría y que siguiera su ejemplo.

—¿Cuánto tienes todavía?

—Diez pesetas.

—Basta. Buenas noches.

Federico se admiró de ver el éxito de aquella broma.

—Se burla de mí—pensó.—Vamos, Deslauriers creería, quizás, que le envidiaría aquel amor. Como si yo no tuviera uno, y cien veces más raro, más noble, más fuerte. Una especie de cólera le lanzaba, y llegó delante de la puerta de la señora de Arnoux.

Ninguna de las ventanas correspondía á sus habitaciones; sin embargo permanecía con la vista fija en la fachada, como si hubiera creído que por aquella contemplación podían agujerarse los muros. En aquel instante, sin duda descansaba, tranquila, como flor dormida, con sus hermosos cabellos negros entre los encajes de la almohada, los labios entreabiertos, la cabeza sobre uno de los brazos.

Ella de Arnoux surgió y alejóse para huir de aquella visión.

El consejo de Deslauriers se presentó á su memoria, se horrorizó y anduvo errante por las calles.

Cuando se adelantaba un transeunte, procuraba distinguir sus facciones; de cuando en cuando, un rayo de luz pasaba entre sus piernas, describiendo en la superficie del piso un inmen-

so cuarto de círculo; y un hombre aparecía en la sombra con su cesta y su farol. El viento en ciertos sitios sacudía el cañón de hierro de una chimenea; oíanse sonidos lejanos mezclándose con el zumbido de su cabeza, y creía escuchar en los aires el vago ritornelo de las contradanzas.

El movimiento de su marcha sostenía aquella embriaguez. Pronto se encontró en el puente de la Concordia.

Entonces se acordó de aquella noche del invierno anterior, en que saliendo de casa de ella, por primera vez, le había sido preciso detenerse, tan fuertemente palpitaba su corazón á la presión de sus esperanzas. ¡Todas habían muerto ya!

Algunas oscuras nubes ocultaban la luna; la contemplaba, soñando con la magnitud de los espacios, con la miseria de la vida, con lo vacío de todo. Amaneció; chocaban sus dientes; y medio dormido, mojado por la niebla y enteramente lleno de lágrimas, se preguntó por qué no acabar allí; solo un movimiento era necesario. El peso de su frente le arrastraba, veía flotar su cadáver sobre el agua; Federico se inclinó. El parapeto era un poco ancho, y por laxitud de su ánimo no intentó salvarlo.

Se sobrecogió de temor; volvió á los bulevares y se dejó caer sobre un banco; los agen-

tes de policía le despertaron, convencidos de que estaba beodo.

Se puso de nuevo en marcha; pero como sentía grande hambre, y todos los restaurantes estaban cerrados, se fué á cenar á un bodegón de los mercados; después de lo cual, juzgando que aún era demasiado pronto, se paseó por los alrededores de la Casa Ayuntamiento hasta las ocho y cuarto.

Deslauriers hacía mucho tiempo que había despedido á la doncella, y escribía en la mesa, en medio del cuarto. Hacia las cuatro entró el Sr. de Cisy.

Gracias á Dussardier, la noche anterior dió de manos á boca con una señora, y hasta la acompañó en coche, con su marido, á la puerta de su casa en que ella le dió cita. De allí venía. No conocían aquel nombre.

—¿Qué quiere usted que yo le haga?—dijo Federico.

Entonces el noble habló de la señorita Vataz, de la andaluza y de todas las demás. Por fin, con muchas perifrasis, expuso el objeto de su visita; confiando en la discreción de su amigo, venía para que le auxiliase en un paso, después del cual se consideraría definitivamente como un hombre; y Federico no lo rehusó. Contó la historia á Deslauriers, sin decir la verdad en lo que personalmente le concernía.

El pasante dijo que iba ahora muy bien. Aquella deferencia á sus consejos aumentó su buen humor.

Por ella había seducido, desde el primer día, á la señorita Daviou (Clemencia) bordadora de oro para uniformes militares, la persona más dulce del mundo, y esbelta como una caña, con grandes ojos azules, continuamente emboados. El pasante abusaba de su candor, hasta hacerla creer que estaba condecorado; adornaba su levita con una cinta encarnada, en sus entrevistas; pero se la quitaba en público para no humillar á su principal, decía. Por lo demás, la tenía á distancia, se dejaba acariciar como un pachón, y la llamaba «hija del pueblo» como en broma. Traíale ella siempre ramitos de violetas. Federico no habría querido amor semejante.

Sin embargo, cuando salían del brazo, para ir á un gabinete de casa Pinson, ó casa Barillot, experimentaba una singular tristeza. Federico no sabía cuanto, desde hacía un año, había hecho sufrir á Deslauriers, cuando se cepillaba las uñas, antes de ir á comer á la calle de Choiseul.

Una noche, de lo alto de su balcón, les veía salir, y de lejos á Hussonnet en el puente de Arcole. El bohemio se puso á llamar á Federico, por señas, y bajó sus cinco pisos.

—He aquí la cosa: el sábado próximo, 24, son los días de la señora de Arnoux.

—¿Cómo; si se llama María?

—Y Angela también, ¿qué importa? La fiesta se dará en su casa de campo de Saint-Cloud. Estoy encargado de prevenir á usted. Encontrará usted un vehículo á las tres, en el periódico. Quedamos en eso; dispense Vd. que le haya molestado, pero tengo tantas cosas que hacer...

Federico no había dado un paso, cuando su portero le entregó una carta:

«El señor y la señora Dambreusse, ruegan al Sr. F. Moreau que les dispense el honor de venir á comer á su casa el sábado, 24 del corriente.—(Se suplica la contestación).

—Demasiado tarde— pensó. Sin embargo, enseñó la carta á Deslauriers, que exclamó:

—¡Por fin! Pero no me parece contento. ¿Por qué?

Federico vaciló un momento, y dijo que tenía para aquel mismo día otra invitación.

—Hazme el favor de echar á rodar la calle de Choiseul. Nada de tonterías; contestaré por tí, si no te molesta. Y el pasante escribió aceptando en tercera persona.

No habiendo visto sociedad jamás, sino á través de la fiebre de sus ansias, se la imaginaba como una creación artificial, funcionando

en virtud de leyes matemáticas. Una comida de convite, el encuentro de un hombre, la sonrisa de una mujer linda, podían, por una serie de actos, consecuencia los unos de los otros, producir gigantescos resultados. Ciertos salones parisienses eran como esas máquinas que toman la materia en estado bruto y la devuelven centuplicada en valor. Creía en las cortesanas que aconsejan á los diplomáticos, en los matrimonios ricos logrados por las intrigas, en el genio de los galeotes, en las docilidades del azar bajo la mano de los fuertes. Por fin, estimaba el trato de los Dambreusse de tal modo útil, y habló tan bien del asunto, que Federico no sabía ya á qué resolverse.

De todas suertes, puesto que era el santo de la señora de Arnoux, debía llevarle un regalo; y pensó naturalmente, en una sombrilla, para reparar su torpeza. Encontró una marquesa de seda tornasolada, con un pequeño puño de marfil cincelado que llegaba de la China, pero aquello costaba ciento setenta y cinco pesetas, y no tenía un céntimo, pues hasta estaba viviendo á crédito sobre la usura de su próximo trimestre. Sin embargo, la quería con empeño, y á pesar de su repugnancia, recurrió á Deslauriers, que le respondió que no tenía dinero.

—Lo necesito—dijo Federico—lo necesito verdaderamente.



Y como el otro, repitió la misma excusa, se acaloró.

—Bien podrías alguna vez...

—¿Qué?

—Nada.

El pasante había comprendido. Sacó de sus reservas la suma en cuestión, y cuando la hubo vaciado moneda á moneda, dijo:

—No te pido que me la devuelvas, puesto que vivo á tus expensas.

Federico se abalanzó á su cuello con mil protestas afectuosas; Deslauriers permaneció frío. Al día siguiente, percibiendo la sombrilla sobre el piano, preguntó:

—¡Ah! ¿Era para eso?

—Quizás la envíe—dijo cobardemente Federico.

La casualidad le sirvió, porque aquella tarde recibió un billete de luto, en que la señora de Dambreuse le anunciaba la pérdida de un tío, excusándose de diferir para más adelante el placer de conocerlo.

Desde las dos se encontraba en la oficina del periódico. En lugar de esperarle para llevarle en su coche, Arnoux se había marchado la víspera, no resistiendo más á su necesidad del aire libre.

Todos los años, desde las primeras hojas, durante muchos días seguidos, se iba al campo

por la mañana, hacía largas excursiones á campo traviesa, bebía leche en las haciendas, bromeaba con los aldeanos, se informaba de las cosechas, y se llevaba en su pañuelo las ensaladas. Por fin, realizando un sueño antiguo, se había comprado una casa de campo.

Mientras Federico hablaba con el dependiente, se presentó la señorita Vatnaz y se mostró muy contrariada de no ver á Arnoux, que permanecería allá todavía dos días quizás; el dependiente la aconsejaba «que fuera allí»; ella no podía ir; que escribiera una carta, temía que la carta se perdiera. Federico se ofreció á llevarla él mismo; la escribió rápidamente y le rogó que no la entregase delante de testigos.

Cuarenta minutos después llegaba á Saint-Cloud.

La casa, cien pasos más allá del puente, estaba situada á la mitad de la colina. Los muros del jardín quedaban escondidos por dos hileras de tilos, y una extensa pradera bajaba hasta el borde del río. La puerta de la verja estaba abierta, y Federico entró.

Arnoux, tendido en la yerba, jugaba con unos gatitos recién nacidos. Aquella distracción parecía absorberle por completo. De ella le sacó la carta de la señorita Vatnaz.

—¡Diablo, diablo; esto es fastidioso; tiene razón; es preciso que vaya!

Después, habiendo metido la misiva en el bolsillo, sintió gran placer en enseñar su dominio; lo enseñó todo, la caballeriza, la cochera, la cocina. El salón estaba á la derecha y hacía el lado de París; daba á una baranda en forma de enrejado, que ostentaba una clemátida. En esto, por encima de sus cabezas se oyó un trino, y era que la señora de Arnoux, creyéndose sola, se entretenía cantando, haciendo escalas, gorgoros, arpejios. Lanzaba notas sostenidas, que parecían quedar en suspenso; otras caían precipitadamente, como las gotas de una cascada; y su voz, pasando por la celosía, cortaba el profundo silencio, elevándose hacia el cielo azul.

Callóse de repente, cuando los Sres. de Oudry y dos vecinos, se presentaron.

Después, ella misma vino á lo alto de la escalera, enseñando el pié al bajarla. Llevaba zapatitos escotados, de piel encarnada, con tres listas transversales, que dibujaban en su media una especie de rejilla dorada.

Los invitados llegaron, y excepto el señor Lefaucheur, abogado, eran los convidados de los jueves. Cada cual había traído su regalo: Dittmer una banda asiria; Rosenwald un album de romanzas; Buriou una acuarela, Sombaz su propia caricatura, y Pellerin un apunte al carbón, representando una especie de danza ma-

cabra, repugnante fantasía de mediana ejecución. Hussonnet se creyó dispensado de todo presente.

Federico esperó á ser el último para ofrecer el suyo. Dióle ella muchas gracias, y dijo él entonces:

—Es que... era casi una deuda. ¡Me contrarió tanto!

—¿El qué?—contestó ella. No comprendo.

—¡A la mesa!—dijo Arnoux, cogiéndole por el brazo, y al oído:—No es Vd. muy listo.

Nada tan agradable como el comedor, pintado de color verde mar. En uno de los extremos, una ninfa de piedra introducía su pié en una fuente de forma de concha. Por las ventanas abiertas, veíase todo el jardín con la larga pradera que flanqueaba un pino de Escocia, en sus tres cuartas partes despojado, y en que brotaban desigualmente, macizos de flores; y más allá del río se desarrollaban, en ancho semicírculo, el bosque de Boulogne, Neuilly, Sèvres, Meudon. Delante de la verja, en frente, un bote de vela daba sus abordadas.

Primeramente se habló de aquella vista que tenían, después del paisaje en general, y las discusiones empezaban cuando Arnoux dió orden á su criado de enganchar la americana hacia las nueve y media. Una carta de su cajero le llamaba.

—¿Quiéres que me vuelva contigo?—dijo la señora.

—Sí, por cierto; y haciendo un galante saludo, añadió:

—Bien sabe Vd., señora, que no puedo vivir sin Vd.

Todos la cumplieron por el buen marido que tenía.

—Es que no soy yo sola, —replicó dulcemente, señalando á su hijita.

Después la conversación volvió sobre la pintura.

Se habló de un Ruysdaël, de que Arnoux esperaba obtener sumas importantes, y Pellerin preguntó si era verdad que el famoso Saul Mathias, de Londres, había ido el mes anterior á ofrecerle veintitres mil pesetas.

—Nada más exacto—y volviéndose hacia Federico, dijo:

—Es aquel mismo caballero que yo paseaba el otro día en la Alhambra, bien á pesar mio, lo aseguro, por que esos ingleses no son divertidos.

Federico, sospechando de la carta de la señorita Vatnaz alguna historia de mujer, se admiraba de la naturalidad del Sr. Arnoux para encontrar un medio honroso de largarse; pero su nueva mentira, absolutamente inútil, le hizo abrir desmesuradamente los ojos.

El comerciante añadió con el aire más sencillo:

—¿Cómo se llama aquel joven alto, amigo de usted?

—Deslauriers; — contestó apresuradamente Federico.

Y para reparar las faltas que había cometido con él, le elogió como inteligencia superior.

—¿De veras? Pues no tiene el aire de buen muchacho que el otro, el dependiente de transportes.

Federico maldijo á Dussardier, porque ella iba á creer que se rozaba con gentes ordinarias.

A seguida se trató de los embellecimientos de la capital, de los barrios nuevos, y el buen hombre de Oudry citó entre los grandes especuladores al Sr. Dambreuse.

Federico, aprovechando la ocasión de hacerse valer, dijo que le conocía. Pero Pellerin se lanzó á una catilinaria contra los horteras, vendedores de bugías ó de plata, entre los cuales no veía diferencia. Después Rosenwald y Burieu se ocuparon de porcelanas, Arnoux de jardinería con la señora de Oudry; Sombaz, bufón de la antigua escuela, se entretenía en bromear á su esposo, llamándole Odry como el actor, declarando que debía descender de Oudry, el pintor de los perros, porque el hueso de

los animales era visible en su frente; hasta quiso tocarle el cráneo, á lo que el otro se opuso por causa de su peluca, y el postre acabó en carcajadas.

Cuando hubieron tomado el café, bajo los tilos, fumado y dadas muchas vueltas por el jardín, fueron á pasearse á lo largo del río.

La concurrencia se detuvo ante un pescador, que limpiaba unas anguilas, en sitio á propósito. La señorita Marta quiso verlas; él vació su cesta sobre la yerba, y la chiquilla se hincó de rodillas para cogerlas, riendo de gusto y gritando de miedo; todas se perdieron y Arnoux las pagó.

Enseguida le ocurrió la idea de dar un paseo en bote.

Uno de los lados del horizonte empezaba á palidecer, mientras que por el otro, un amplio color naranja se extendía por el cielo y aún más purpurino en la cima de las colinas ya enteramente negras. La señora de Arnoux se hallaba sentada en una piedra grande, con aquel resplandor de incendio á su espalda: las restantes personas andaban de acá para allá; Hussonnet, junto al ribazo, tiraba chinas al agua.

Arnoux volvió, con una chalupa vieja, donde á pesar de las observaciones más razonables, apiló á sus convidados; zozobraba y fué preciso desembarcar. A esto ya alumbraban las bugías

en el salón, vestido de persa, con candelabros de cristal en las paredes. La de Oudry se dormía nuevamente en una butaca, y los demás escuchaban al señor de Lefaucheur, discutiendo sobre las glorias de la abogacía; la señora de Arnoux estaba sola cerca de la ventana; Federico se le acercó.

Hablaron de lo que se dice; admiraba ella á los oradores; él prefería la gloria de los escritores. Pero debía sentirse, decía ella, un goce mucho mayor en conmovier las masas directamente, por sí mismo, viendo cómo pasan á su alma todos los sentimientos del que habla. Aquellos triunfos no tentaban á Federico que carecía de ambición.

—¿Por qué?—dijo ella. Es preciso tener alguna.

Hallábanse el uno cerca del otro, de pié, en el hueco de la ventana. La noche se extendía delante, como inmenso velo oscuro sembrado de plata. Aquella era la primera vez que no hablaban de cosas insignificantes. Llegó hasta conocer sus antipatías y sus gustos: ciertos perfumes le hacían daño, los libros de historia le interesaban, creía en los sueños.

Penetró él en el capítulo de las aventuras sentimentales, y ella compadecía los desastres de la pasión, pero le indignaban las infamias hipócritas; y aquella rectitud de espíritu corres-

pondía tan bien con la belleza correcta de su rostro, que parecía su consecuencia.

A veces sonreía, deteniendo en él sus ojos un minuto. Entonces sentía penetrar sus miradas en su alma, como esos grandes rayos de sol que descienden hasta el fondo del agua. La amaba sin segunda intención, sin esperanza de correspondencia, absolutamente; y en aquellos mudos transportes, parecidos á expansiones de la gratitud, hubiera deseado cubrir su frente de una lluvia de besos. Sin embargo un soplo interior le arrastraba como fuera de sí; era aquello una gana de sacrificarse, una necesidad de adhesión inmediata, y tanto más fuerte cuanto que no podía saciarla.

No se marchó con los otros, ni Hussonnet tampoco; debían volverse en el coche, y la americana esperaba al pie de la escalera, cuando Arnoux bajó al jardín para cojer rosas. Después de atado el ramo con un hilo, como los tallos quedaban desiguales; buscó en su bolsillo, lleno de papeles, sacó uno á la ventura, los envolvió, consolidó su obra con un alfiler grande y lo ofreció á su mujer con una cierta emoción.

—Toma, querida mía, y perdóname si te he descuidado.

Pero ella lanzó un pequeño grito; el alfiler, torpemente colocado, la había herido, y subió

á su habitación. La esperaron cerca de un cuarto de hora; por fin se presentó, cogió á Marta y entró en el coche.

—¿Y tu ramo?—dijo Arnoux.

—Déjalo, no merece la pena.

Federico corría para ir á buscarlo, y ella exclamó:

—No lo quiero.

Pero lo trajo en seguida, diciendo que acababa de volver á meter los cabos en el sobre, porque había encontrado las flores por el suelo. Las puso ella en la funda de cuero del asiento, y partieron.

Federico, sentado junto á ella, notó que temblaba horriblemente. Después, cuando pasaron el puente, volvía Arnoux á la izquierda y ella dijo:

—No es por ahí, te equivocas; por allí, á la derecha.

Parecía irritada; todo le molestaba. Por fin, Marta cerró los ojos, sacó el ramo y lo tiró por la portezuela, cogiendo después el brazo de Federico, haciéndole señas con la otra mano, de no hablar jamás de aquello. A seguida puso su pañuelo sobre sus labios y no chistó más. ®

Los otros dos, en el pescante, hablaban de imprenta, de suscritores. Arnoux, que guiaba sin atención, se perdió en medio del bosque de Boulogne, y entraron en caminos estrechos. El

caballo iba al paso; las ramas de los árboles rozaban la capota. Federico no veía de la señora de Arnoux, sino sus dos ojos, en la sombra; Marta se echó sobre ella y él le sostenía la cabeza.

—¿Le molesta á usted?— dijo su madre.

El contestó:

—No ¡oh! no.

Pequeños remolinos de polvo se levantaban; atravesaron Auteuil; todas las casas se hallaban cerradas; algún reverbero, á trechos, alumbraba el ángulo de un muro, volviéndose luego á las tinieblas; en una ocasión advirtió que ella lloraba.

¿Era aquello un remordimiento? ¿un deseo? ¿qué era? Aquella pena, que no conocía, le interesaba como cosa personal; ahora existía entre ellos un nuevo lazo, una especie de complicidad; y le dijo con la voz más cariñosa que pudo:

—¿Sufre usted?

—Sí, un poco— contestó.

Rodaba el coche, y las madre selvas y las syringuillas olorosas brotaban por encima de los jardines, enviando en la noche oleadas de perfumes suaves. Los numerosos pliegues de su vestido cubrían sus piés. Parecíale comunicar con su persona toda, por medio de aquel cuerpo infantil, extendido entre ellos; inclinó-

se sobre la niña, y separando sus lindos cabellos oscuros, la besó en la frente.

—Usted es bueno—dijo la señora de Arnoux.

—¿Por que?

—Porque quiere usted á los niños.

—No á todos.

Y no añadió nada, pero alargó la mano izquierda hacia ella y la tuvo abierta completamente, figurándose que iba ella á hacer otro tanto, quizás, y que se encontrarían; pero le dió vergüenza y la retiró.

Pronto llegaron al empedrado; el coche andaba más de prisa, los faroles de gas se multiplicaban; estaban en París. Hussonnet, saltó de su sitio delante del Guarda-Mueble. Federico esperó para bajarse á que estuvieran en el patio, emboscándose luego en la esquina de la calle de Choiseul, y viendo á Arnoux que volvía en dirección á los bulevares.

Desde el día siguiente se puso á trabajar con todas sus fuerzas. Vefase en un tribunal, en una tarde de invierno, al final de la sesión, cuando los jurados están pálidos y la muchedumbre, excitada, hace crujir las barandillas del pretorio, hablando hacia ya cuatro horas, resumiendo todas sus pruebas, descubriendo otras nuevas, y sintiendo á cada frase, á cada palabra, á cada gesto, levantarse la cuchilla de

la guillotina, colocada á su espalda; después, en la tribuna de la Cámara, orador que lleva en sus labios la salvación de todo un pueblo, ahogando á sus adversarios con sus prosopopeyas, aplastándoles con una respuesta, con rasgos y entonaciones musicales en la voz, irónico, patético, fogoso, sublime. Ella estaría allí, en algún sitio, en medio de la gente, ocultando con su velo sus lágrimas de entusiasmo; después se juntarían, y los desalientos, las calumnias y las injurias no le alcanzarían si ella le decía:

—¡Qué hermoso es eso!—pasándole por la frente sus manos ligeras.

Aquellas imágenes fulguraban como faros en el horizonte de su vida. Su espíritu, excitado, se hizo más listo y más fuerte. Hasta el mes de Agosto, se encerró y quedó aprobado en su último examen.

Deslauriers, á quien había costado tanto trabajo enseñarle una vez más para el segundo, en fines de Diciembre, y para el tercero en Febrero, se admiraba de su ardor. Entonces renacieron las antiguas esperanzas. En diez años era preciso que Federico fuese diputado; en quince ministro, ¿por qué no? Con su patrimonio, que iba á recojer pronto, podría, primero, fundar un periódico; este sería el principio, después ya se vería. Él, por su parte, seguía ambicionando siempre una cátedra en la escuela

de Derecho; y presentó su discurso para el doctorado de una manera tan notable, que le valió los plácemes de los profesores.

Federico hizo el suyo tres días después. Antes de marcharse de vacaciones, se le ocurrió la idea de una comida á escote para cerrar las reuniones de los sábados. Mostróse alegre en ella.

La señora de Arnoux se hallaba entonces al lado de su madre en Chartres, pero pronto volvería á verla y acabaría por ser su amante sin duda alguna.

Deslauriers, admitido aquel mismo día en la *parlotte* (academia charlatana de jurisprudencia) de Orsay, había hecho un discurso muy aplaudido. Aunque fuera sóbrio, se alegró y dijo á Dussardier á los postres:

—Tú eres honrado. Cuando yo sea rico te nombraré mi administrador.

Todos eran felices; Cisy no acabaría su Derecho; Martinon iba á continuar su tiempo en provincias, en donde sería nombrado sustituto; Pellerin preparaba un gran cuadro que figuraba el «Génio de la Revolución»; Hussonnet, en la semana próxima, debía leer al director de un teatro de recreo el plan de una pieza, y no dudaba del éxito.

—Porque el andamio de la obra, me lo conceden. Las pasiones, he corrido en ellas lo bas-

tante para conocerlas; y los rasgos de ingenio, son mi oficio.

Dió un salto, puso las manos en el suelo y anduvo con los pies en alto por algún tiempo alrededor de la mesa.

Aquella gatería no desarrugó el ceño de Sénecal. Acababan de despedirle de su pensión por haber pegado al hijo de un aristócrata. Como aumentaba su miseria, renegaba del orden social, maldecía de los ricos, y se desahogó en el seno de Regimbart, que cada vez estaba más desilusionado, entristecido, disgustado. El ciudadano se ocupaba, por entonces de las cuestiones de presupuestos y acusaba á la Camarilla de perder millones en Argelia.

Como no podía dormir sin pasar por el cafetín Alexandre, desapareció en cuanto fueron las once. Los otros se retiraron más tarde; y Federico, al despedirse de Hussonnet, supo que la señora de Arnoux había debido llegar la víspera.

Fue, en consecuencia, á las Mensajerías para cambiar su billete para el día siguiente, y hacia las seis se presentó en casa de ella. Su vuelta, le dijo el portero, se había diferido una semana. Federico comió solo y luego se puso á pasear por los bulevares.

Las nubes, de color de rosa, formaban una franja por encima de los tejados; empezaban ya

á levantar los toldos de algunas tiendas; los carros de riego derramaban su lluvia sobre el polvo; y una inesperada frescura se mezclaba con las emanaciones de los cafés, que dejaban ver por sus abiertas puertas, entre plateados y dorados, flores en canastillos que se dibujaban en los altos espejos. La gente andaba despacio; había grupos de hombres hablando en medio de la acera, y pasaban las mujeres con cierta blandura en los ojos y ese tinte de camelia que da á las carnes femeninas la laxitud de los grandes calores. Algo de enorme se extendía envolviendo las casas. Jamás París le pareció tan hermoso. En el porvenir únicamente percibía interminable serie de años enteramente llenos de amor.

Detúvose delante del teatro de la Puerta de San Martín mirando el anuncio; y para pasar el tiempo tomó un billete.

Representábase una antigua comedia de magia. Los espectadores eran escasos, y en las lucernas del paraiso, la claridad se cortaba en pequeños cristales azules, mientras que los quinqués de la batería del escenario formaban una sola gilera de luces amarillas. La escena figuraba un mercado de esclavos en Pekín, con campanillas, tam-tam, sultanes, gorros puntiagudos y juegos de palabras. Bajado el telón, anduvo por el fumadero, solitario, y admiró en



el bulevar, al pie de la escalera, un gran *landau* verde, tirado por dos caballos blancos, que sujetaba un cochero de calzón corto.

Ocupaba de nuevo su sitio, cuando en la baranda del primer palco de proscenio, asomaron una señora y un caballero. El marido, de rostro pálido, con una rala barba gris, el botón de la Legión de Honor y ese aspecto glacial que se atribuye á los diplomáticos.

Su mujer, veinte años más joven por lo menos, ni alta ni baja, ni fea ni bonita, llevaba sus rubios cabellos en tirabuzones á la inglesa, un traje de cuerpo liso y un gran abanico de encaje negro. Para que gentes de semejante clase vinieran al espectáculo en aquella estación, era preciso suponer una casualidad, ó el fastidio de pasar la noche solos. La señora mordía su abanico y el caballero bostezaba. Federico no podía acordarse de dónde había visto aquella cara.

En el entreacto siguiente, al atravesar un corredor, encontró á ambos; al ligero saludo que hizo, el Sr. Dambreuse, reconociéndolo, le llamó y se excusó inmediatamente de imperdonable negligencia. Aquella era una alusión á las numerosas tarjetas enviadas por consejo del pasante. Con todo confundía las épocas, creyendo que Federico estaba en el segundo año de Derecho. Después le envidió por marcharse

al campo; necesitaría él también á su vez de descanso, pero los negocios le retenían en París.

La señora de Dambreuse, apoyada en su brazo, inclinaba la cabeza ligeramente; y la espiritual amenidad de su semblante contrastaba con su expresión aburrida de poco antes.

—Allí se encuentran agradables distracciones —dijo, refiriéndose á las últimas palabras de su marido.—¡Qué espectáculo tan estúpido éste! ¿verdad, caballero?

Y los tres permanecieron de pie hablando de teatros y obras nuevas.

Federico, acostumbrado á los gestos de las burguesas provincianas, no había visto en mujer alguna semejante soltura de maneras, aquella sencillez, que es un refinamiento, y en la cual ven los cándidos la expresión de una instantánea simpatía.

Contaban con él á su vuelta; el Sr. Dambreuse le encargó sus recuerdos para el tío Roque.

Federico no dejó, al entrar en su casa, de referir aquella acogida á Deslauriers.

—¡Famoso!—repuso el pasante.—Y no te debes enredar por tu mamá. Vuélvete enseguida.

Al día siguiente de su llegada, después del almuerzo, la señora de Moreau, llevó á su hijo al jardín.

Le dijo lo feliz que era viéndole en carrera,

porque no eran tan ricos como se creía; la tierra producía poco; los renteros pagaban mal, y hasta se había visto obligada á vender su coche; por fin le expuso la situación.

En las primeras dificultades de su viudez, un hombre astuto, el Sr. Roque, le había hecho préstamos de dinero, renovados, prolongados á su pesar. De repente vino á reclamarlos, y tuvo que pasar por sus condiciones, cediéndole á un precio irrisorio la finca de Presles. Diez años más tarde desaparecía su capital con la quiebra de un banquero de Melun. Por horror ¡de las hipotecas, y para conservar apariencias útiles á porvenir de su hijo, y como el tío Roque se ofreciera nuevamente, le escuchó una vez más. Ahora ya había liquidado con él. En resumen, les quedaban próximamente, diez mil pesetas de renta, de las cuales eran de él dos mil trescientas, todo su patrimonio.

—Eso no es posible—exclamó Federico.

Con un movimiento de cabeza le contestó que aquello era muy posible.

Pero su tío le dejaría algo.

Nada menos seguro.

Y dieron una vuelta por el jardín, sin hablar. Por fin le estrechó sobre su corazón, y con voz ahogada por las lágrimas, le dijo.

—¡Ah, pobre hijo! ¡Cuántos sueños he tenido que abandonar!

Sentóse él sobre un banco, á la sombra de una gran acacia.

Aconsejábale su madre que entrara de pasante en casa del Sr. Prouharam, abogado, quien le cedería su estudio; si lo hacía valer, podría revenderlo y encontrar un buen partido.

Federico no oía ya; miraba maquinalmente, por encima de la valla, al otro jardín, en frente.

Una niña de doce años próximamente, que tenía el pelo rojo, estaba allí enteramente sola. Se había hecho pendientes de las bayas de serbal; su cotilla de lienzo gris dejaba al descubierto sus hombros, un poco tostados por el sol; manchas de dulce ensuciaban su falda blanca, y había una cierta gracia de joven bestia salvaje en su persona toda, á la vez nerviosa y endeble. La presencia de un desconocido la admiraba, indudablemente, porque se había bruscamente parado, con su regadera en la mano, fijando en él sus pupilas, de un verde azulado límpido.

—Esa es la hija del Sr. Roque—dijo la señora de Moreau.—Su padre acaba de casarse con su criada y de legitimar á su hija.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



V



ARRUINADO, despojado, perdido!  
Quedóse en el banco como aturdido por una conmoción, maldiciendo la suerte y deseando pegar á alguien. Para aumentar su desesperación sentía pesar sobre sí una especie de ultraje, de deshonra; porque Federico se había figurado que su fortuna paterna llegaría un día á quince mil pesetas de renta, y lo había hecho saber de una manera indirecta á los Arnoux. Iba, pues, á pasar por un hablador, por un pícaro, por un oscuro danzante, que se había introducido en casa de ellos con la esperanza de algún provecho. ¿Y como volvería á ver ahora, á ella, á la señora de Arnoux?

Eso, además, era completamente imposible, no teniendo más que tres mil pesetas de renta. Porque no podía vivir siempre en cuarto piso, teniendo por criado al portero, y presentarse con modestos guantes negros azulados por las puntas, sombrero grisiento, la misma levita durante un año. No, no, jamás. Sin embargo, la existencia sin ella era intolerable. Muchos vivían bien sin fortuna, Deslauriers entre otros; y se conceptuaba cobarde atribuyendo semejante importancia á cosas que solo la tenían mediana. La miseria quizás centuplicaría sus fuerzas. Y se exaltó, pensando en los grandes hombres que trabajan en las boardillas. Un alma como la de la señora de Arnoux debía conmoverse ante aquel espectáculo, y se enternecería. Así que aquella catástrofe era una dicha, después de todo; como esos temblores de tierra que dejan al descubierto tesoros, hábiale ella revelado las secretas opulencias de su naturaleza. Pero no existía más que un sitio único en el mundo para hacerlas valer: París; porque en sus ideas, el arte, la ciencia y el amor (esas tres fases de Dios, como hubiera dicho Pellerin) dependían exclusivamente de la capital.

Por la noche declaró á su madre que allí volvería. La señora de Morean quedó sorprendida é indignada; aquello era una locura, un absurdo. Mejor haría con seguir sus consejos;

es decir con permanecer á su lado, en un estudio. Federico se encogió de hombros, diciendo: «Vaya,» creyéndose insultado por aquella proposición.

Entonces la buena señora empleó otro método. Con voz tierna y pequeños sollozos, se puso á hablar de su soledad, de su vejez, de los sacrificios que había hecho. Ahora que era más desgraciada la abandonaba. Y, después, aludiendo á su próximo fin, añadió:

—Un poco de paciencia, Dios mío, muy pronto serás libre.

Aquellas lamentaciones se repitieron veinte veces al día, durante tres meses, y al mismo tiempo, las delicadezas del hogar le corrompían; gozaba con tener una cama más blanda, toallas sin girones; tanto, que cansado, enervado, vencido al fin por la terrible fuerza de la dulzura, Federico se dejó llevar á casa del señor Prouharam.

No mostró allí ni ciencia ni aptitud; habíanle considerado hasta entonces como un joven de grande ingenio que debía ser la gloria de la provincia; aquello fué una decepción pública.

Al principio se dijo: «Es preciso avisar á la señora de Arnoux», y durante una semana, meditó cartas ditirámicas, y breves billetitos, en estilo lapidario y sublime. El temor de confesar

su situación le contenía. Después pensó en que sería mejor escribir al marido; Arnoux conocía la vida y sabía comprenderle. Por fin, después de quince días de vacilación, se dijo:

—¡Bah! no debo volverles á ver; que me olviden! Por lo menos, no habré desmerecido en su recuerdo; ella me creará muerto y me sentirá... quizás.

Como si las resoluciones excesivas le costaran poco, juróse no volver á París, y hasta no informarse de la señora de Arnoux.

Sin embargo, echaba de menos el olor del gas y el ruido de los ómnibus. Pensaba en todas las palabras que le había dicho, en el timbre de su voz, en la luz de sus ojos; y considerándose como hombre muerto, no hacía nada, absolutamente nada...

Se levantaba muy tarde, y miraba por su ventana los tiros de los carreteros que pasaban. Los seis primeros meses, sobre todo, fueron abominables.

En ciertos días, sin embargo, se indignaba contra sí mismo; entonces salía, se iba á las praderas, medio cubiertas durante el invierno por los desbordamientos del Sena, divididas por hileras de álamos. A trechos se veía un puentecillo. Por ellas vagaba hasta la noche, pisando las hojas amarillentas, aspirando la bruma, saltando los fosos; á medida que sus

arterias batían más fuertemente, le arrastraban deseos furiosos de actividad; quería hacerse tramposo en América, servir á un bajá en Oriente, embarcarse como marinero, y exhalaba su melancolía en largas cartas á Deslauriers, que bullía por su parte para abrirse camino.

La cobarde conducta de su amigo y sus eternas jeremiadas le parecían estúpidas. Muy pronto su correspondencia vino á ser casi nula. Federico había dado sus muebles todos á Deslauriers, que conservaba su alojamiento. Su madre le hablaba de eso de cuando en cuando; por fin un día confesó su regalo; y ella le reñía, cuando recibió una carta.

—¿Qué es eso?—dijo—¿Tiemblas?

—No tengo nada—contestó Federico.

Deslauriers le manifestaba que había recogido á Sénecal, y desde hacía quince días, vivían juntos. ¿Luego Sénecal se establecía ahora en medio de las cosas que procedían de casa de Arnoux? podía venderlas, hacer observaciones y gracias sobre ellas. Federico se sintió ofendido hasta el fondo del alma; subió á su cuarto, porque tenía ganas de morirse.

Su madre le llamó para consultarle á propósito de una plantación en el jardín.

Aquel jardín, á modo de parque inglés, se hallaba cortado en el centro por una valla de palo, y la mitad pertenecía al tío Roque, que

poseía otro para verduras á orillas del río. Los dos vecinos reñidos se abstentían de ir á aquellos sitios á las mismas horas. Pero desde que Federico había vuelto, el buen hombre se paseaba por allí con más frecuencia y no economizaba las cortesías al hijo de la señora Moreau y le compadecía por tener que habitar en una pequeña población. Un día le contó que el Sr. Dambreuse había preguntado por él; otra vez se extendió acerca de la costumbre de Champaña, donde el vientre ennoblecía.

—En aquel tiempo hubiera usted sido un señor, puesto que su madre de usted se llamaba de Fonvens. Y pueden decir lo que quieran, pero ya es algo un apellido. Después de todo—añadió, mirándole maliciosamente—eso es cosa que depende del guarda-sellos.

Aquella pretensión de aristocracia iba singularmente con su persona. Como era bajo, su larga levita castaña aumentaba lo bajo de su busto. Cuando se quitaba la gorra, veíase una cara casi femenina con una nariz extremadamente puntiaguda; su pelo, de color amarillo, parecía una peluca; saludaba á la gente bajándose mucho, rozando con las paredes.

Hasta los cincuenta años, se había contentado con el servicio de Catalina, una lorenesa de la misma edad que él y muy señalada de viuela; pero hacia 1834, llevó de París una linda

rubia, de figura acarnerada, con el porte de una reina. Muy pronto se la vió pavoneándose, con grandes pendientes, y todo se explicó con el nacimiento de una niña, inscrita con el nombre de Isabel, Olimpia, Luisa Roque.

Catalina, en sus celos, esperaba que execrara á aquella niña; por el contrario, la amó, rodeándola de cuidados, atenciones y caricias, para suplantar á su madre y hacerla odiosa; empresa fácil, porque Eleonora descuidaba completamente á la pequeña, prefiriendo la charla con los proveedores. Desde el día siguiente de su matrimonio, fué de visita al Sub-gobierno, no tuteó más á las criadas, y creyó debía mostrarse, por buen tono, severa con su hija, asistiendo á sus lecciones. El profesor, un viejo burócrata de la alcaldía, no sabía arreglarse; la discípula se insubordinaba, recibía bofetadas y se iba á llorar sobre las rodillas de Catalina, que le daba invariablemente la razón. Entonces querrellaban las dos mujeres y el Sr. Roque las hacía callar. Se había casado por ternura hacia su hija, y no quería que la atormentaran.

A menudo llevaba un vestido blanco hecho girones con unos pantalones guarnecidos de encajes; y en las grandes fiestas, salía vestida como una princesa, para mortificar un poco á los vecinos, que prohibían á sus marmotas el tratarla visto su nacimiento ilegítimo.

Vivía sola, en su jardín, se mecía en el columpio, corría tras las mariposas, y de repente, se paraba á contemplar los cetinos que se posaban en los rosales. Aquellas costumbres eran indudablemente las que daban á su fisonomía una expresión de atrevimiento y melancolía, á la vez. Tenía la estatura de Marta, además, tanto que Federico le dijo, desde su segunda entre vista:

—¿Quiere usted permitirme que la bese, señorita?

La personita alzó la cabeza y contestó:

—Con mucho gusto.

Pero la valla de palo los separaba, y Federico dijo.

—Es preciso subirse ahí.

—No; levánteme usted.

Se inclinó por encima de la valla y la cogió por los brazos, besándola en las dos mejillas; la volvió luego á dejar en su sitio por el mismo procedimiento, que se renovó las siguientes veces.

Sin mayor reserva que una niña de cuatro años, en cuanto oía venir á su amigo, se lanzaba á su encuentro, ó bien escondiéndose detrás de un árbol, imitaba el ladrido de un perro para asustarlo.

Un día que la señora de Moreau había salido, le hizo subir á su cuarto. Ella abrió todos

los tarros de esencia y se dió pomada en el pelo abundantemente; después, sin la menor cortedad, se acostó en su cama, donde permaneció á todo lo largo, despierta.

—Me figuro que soy tu mujer—le decía.

Al día siguiente la vió llorando, confesando «que lloraba sus pecados», y como él tratara de conocerlos, respondió bajando los ojos:

—No me preguntes más.

Se acercaba la primera comunión; por la mañana la llevaron á confesar. El sacramento no la hizo más juiciosa. Con frecuencia se encolerizaba verdaderamente, y se recurría á Federico para calmarla.

Muchas veces la llevaba á sus paseos. Mientras que él soñaba andando, ella cojía amapolas al borde de los trigos, y cuando le veía mas triste que de ordinario, trataba de consolarle con frases agradables. Su corazón privado de amor, se entregó á aquella amistad de niño. Dibujábale muñecos, le contaba historia y le leía.

Empezó por los *Anales románticas*, colección de versos y prosa, entonces célebre. Después, olvidándose de su edad, tanto le encantaba su inteligencia, le leyó sucesivamente, *Atala*, *Cinco de Marzo*, *las Hojas de Otoño*. Pero una noche (aquella noche había oído *Macbeth*, en la sencilla traducción de Letourneur) se despertó gritando,

«¡La mancha, la mancha!» sus dientes chocaban y temblaba, y fijando sus ojos espantados en su mano derecha, la frotaba diciendo:

Siempre una mancha.

Por fin llegó el médico que prescribió que evitara las emociones.

Los vecinos no vieron en aquello más que un pronóstico desfavorable para sus costumbres.

Decían que «el hijo Moreau» quería hacer de ella más adelante una actriz.

Muy pronto tuvo lugar otro acontecimiento, á saber: la llegada del tío Bartolomé. La señora de Moreau le dió su cuarto de dormir, y llevó la condescendencia hasta servir carne los días de vigilia.

El viejo estuvo amable á medias. Siempre andaba en perpétuas comparaciones entre el Havre y Nogent, cuyo aire le parecía pesado, el pan malo, las calles mal empedradas, regulares los alimentos y perezosos los habitantes. «¡Qué pobre comercio el de ustedes!» Censuró las extravagancias de su difunto hermano, mientras que él había reunido veintisiete mil pesetas de renta. Por fin se marchó al terminar la semana y en el estribo del carruaje, largó estas palabras poco tranquilizadoras:

—Me alegra veros siempre en una buena posición.

—No te dará nada,—dijo la señora de Moreau volviendo á la sala.

Vino únicamente á instancias suyas, y durante ocho días, había intentado expansiones de su parte, con demasiada claridad, quizás. Arrepentíase de haberlo hecho, y permanecía en su butaca, con la cabeza baja y los labios apretados. Federico en frente, la observaba; y ambos se callaban, como hacía cinco años, á la vuelta de Montereau. Aquella coincidencia que se ofrecía á su pensamiento, le recordó á la señora de Arnoux.

En aquel instante, sonaron debajo de su ventana chasquidos de látigo y una voz que le llamaba.

Era el tío Roque, solo en su carro de mudanza. Iba á pasar todo el día en la Fortelle, casa del Sr. Dambreuse, y propuso cordialmente á Federico si quería que le llevara allí.

—Conmigo, no necesita usted invitación, no tenga usted miedo.

Federico tuvo gana de aceptar; pero cómo explicaría su permanencia definitiva en Nogent? No tenía un traje de verano conveniente y en fin, ¿qué diría su madre? y rehusó.

Desde entonces el vecino se manifestó menos amistoso. Luisa crecía; Eleonora cayó mala de peligro, y las relaciones se desataron con gran contentamiento de la señora de Mo-



reau, que temía para establecer á su hijo las consecuencias de su trato con gentes semejantes.

Soñaba con comprarle la escribanía del tribunal; Federico no rechazaba demasiado aquella idea. Ahora la acompañaba á misa, jugaba con ella por la noche su partida de Imperial; y hasta su amor había tomado una dulzura fúnebre, un encanto soporífero. En fuerza de haber vertido su dolor en sus cartas, de haberlo mezclado á sus lecturas, paseado por el campo, y esparcido por todas partes, casi lo había agotado, tanto, que la señora de Arnoux era para él como una muerta; admirándose de no conocer su tumba, tanto se había convertido en tranquilo y resignado aquel afecto.

Un día, el 12 de Diciembre de 1845, hacia las nueve de la mañana, la cocinera subió una carta á su cuarto. Las señas en caracteres gruesos, era de una letra desconocida; y Federico soñoliento no se apresuró á abrirla. Por fin leyó:

*Jugado de Paz del Havre III distrito.*

«Muy señor mio: el Sr. Moreau, su tío de usted, ha muerto *ab intestato*...»

¡Heredaba!

Como si hubiera estallado un incendio detrás de la pared, saltó fuera de la cama, descalzo, en camisa: se pasó la mano por la cara, du-

dando de su vista, creyendo que soñaba todavía, y para confirmar la realidad, abrió de par en par la ventana.

Había nevado; los tejados estaban blancos, y hasta reconoció en el patio una cubeta de legía en que tropezó la noche anterior.

Releyó la carta tres veces seguidas; nada más cierto; toda la fortuna de su tío, ¡veintisiete mil pesetas de renta! Y una frenética alegría le trastornó ante la idea de volver á ver á la señora de Arnoux. Con la claridad de una alucinación, se reconoció á su lado, en su casa, llevándole algún regalo en su papel de seda, mientras le esperaba á la puerta su tiburú, no, mejor un cupé, un cupé negro con su criado de librea oscura; oía piafar su caballo y el ruido de la barbada confundiendo con el murmullo de sus besos. Aquello se repetiría todos los días indefinidamente. Los recibiría en su casa; el comedor estaría de cuero encarnado, el gabinete de seda amarilla, divanes por todas partes; ¡y qué armarios! ¡qué rasos de China! ¡qué tapiques! Aquellas imágenes llegaban tan tumultuosamente, que sentía darle vueltas la cabeza. Entonces se acordó de su madre, y bajó llevando siempre la carta en la mano.

La señora de Moreau trató de contener su emoción y se desvaneció. Federico la cogió en sus brazos y la besó en la frente.

—Buena madre, tú podrás volver á comprar tu coche ahora; riete pues, no llores, sé feliz.

Diez minutos después, la noticia circulaba hasta los barrios. Entonces el Sr. Benoist, el Sr. Gamblin, el Sr. Chambion, todos los amigos acudieron. Federico se escapó un minuto para escribir á Deslauriers. Llegaron otras visitas; la tarde se pasó en felicitaciones. Allí se olvidó á la mujer de Roque, que sin embargo, iba «muy para abajo».

Por la noche, cuando se quedaron solos los dos, la señora de Moreau dijo á su hijo que le aconsejaba establecerse en Troyes, como abogado. Siendo más conocido en su país que en cualquier otro, podría más fácilmente encontrar allí partidos ventajosos.

—Eso es demasiado fuerte—exclamó Federico.

Apenas llegaba la felicidad á sus manos, cuando querían arrebátarsela; y significó su formal resolución de vivir en París.

—¿Qué vas á hacer allí?

—Nada.

La señora de Moreau, sorprendida de sus maneras, le preguntó qué quería ser.

—Ministro—replicó Federico.

Y afirmó que no bromeaba en modo alguno; que pretendía lanzarse á la diplomacia, que sus estudios y sus aficiones le arrastraban por ese

camino. Primero entraría en el Consejo de Estado, con la protección del Sr. Dambreuse.

—¿Le conoces, pues?

—Sí, por el Sr. Roque.

—Eso es particular—dijo la señora de Moreau.

Se despertaron en su corazón sus antiguos sueños de ambición; á ellos se entregó su madre interiormente, y no volvió á hablar más de los otros.

Si hubiera escuchado su impaciencia, Federico se hubiera marchado en aquel mismo instante. Al día siguiente estaban tomados todos los asientos de la diligencia, y se repudrió hasta el otro día á las siete de la noche.

Se sentaban á comer, cuando sonaron en la iglesia tres campanadas sostenidas, y la criada entró anunciando que Eleonora acababa de morir.

Aquella muerte, después de todo, no era una desgracia para nadie, ni para la hija. La joven estaría mucho mejor así, más adelante.

Como las dos casas se tocaban, oíase un gran vaivén, ruido de palabras; y la idea de aquel cadáver junto á ellos, arrojaba algo fúnebre en su separación. La señora de Moreau, dos ó tres veces, se enjugó los ojos. Federico tenía el corazón oprimido.

Concluida la comida, Catalina le detuvo

entre las dos puertas. La señorita quería verle, absolutamente; le esperaba en el jardín.

Salió, se subió á la valla, y rozándose un poco con los árboles se dirigió á la casa del señor Roque.

Brillaban luces en una ventana del piso segundo; apareció una forma en las tinieblas y murmuró una voz:

—Soy yo.

Parecióle más alta que de ordinario, por causa de su vestido negro, sin duda. No sabiendo por qué frase empezar, se contentó con cojerle las manos suspirando:

—¡Ah! ¡pobre Luisa mía!

No contestó ella; le miró profundamente durante mucho tiempo. Federico temía perder la diligencia; creía oír á lo lejos rodar el coche, y dijo, para terminar:

—Catalina me ha indicado que tenías algo...

—Sí, es verdad; quería decir á usted...

Aquel *usted* le chocó; y como se callara, preguntó:

—Bien, ¿y qué?

—Ya no lo sé; lo he olvidado. ¿Es verdad que se marcha usted?

—Sí, ahora mismo.

Ella repitió:

—¿Ahora mismo?... ¿ciertamente?... ¿no nos volveremos á ver ya?

Los sollozos la ahogaban.

—¡Adios, adiós; abrázame, pues!

Y le estrechó en sus brazos arrebatadamente.



SEGUNDA PARTE

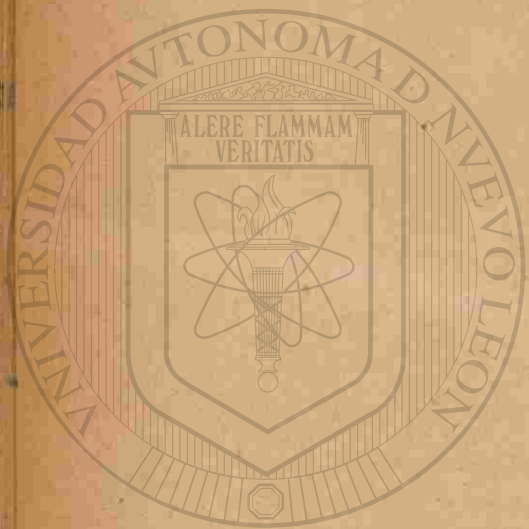
UANL

---

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



I

**E**N cuanto ocupó su sitio, en un rincón de la berlina, y la diligencia se movió arrastrada por los cinco caballos que escapaban á la par, se sintió sumergido en la embriaguez. Como un arquitecto que forma el plano de un palacio, arregló su vida de antemano, llenándola de delicadezas y esplendores, elevándola hasta el cielo. Una prodigalidad de cosas aparecía en ella, y tan profunda era aquella contemplación, que los objetos exteriores desaparecían.

En lo bajo de la cuesta de Sourdun, se apercibió del sitio en que se encontraban; todo

lo más que habían recorrido era cinco kilómetros, y se indignó. Bajó los cristales para ver el camino; preguntó muchas veces al conductor en cuánto tiempo, con exactitud, llegarían.

Al cabo se tranquilizó y permaneció en su rincón con los ojos abiertos.

El farol, colgado del pescante, alumbraba las grupas de los caballos de varas; no veía más allá sino las crines de los otros caballos que ondulaban como blancas oleadas; su aliento formaban una especie de niebla á cada lado del tiro; sonaban las cadenillas de hierro, los cristales temblaban en sus marcos, y el pesado carruaje, con paso igual, rodaba sobre el piso. Distinguianse á trechos ó los muros de una granja, ó una posada enteramente sola. A veces, al atravesar los pueblos, el horno de una panadería proyectaba resplandores de incendio, y la silueta monstruosa de los caballos corría por la otra casa de enfrente. En los relevos, cuando habían desenganchado, se producía un minuto de profundo silencio. Alguno pateaba arriba en la baca, mientras que en el dintel de una puerta, una mujer de pié resguardaba su luz con la mano. Y luego subíase el conductor al estribo y la diligencia se ponía suavemente en marcha.

En Mormans se oyó sonar la una y cuarto.

—Hoy mismo,—pensó—¡hoy mismo es, dentro de poco!

Pero poco á poco, sus esperanzas y sus recuerdos, Nogent, la calle de Choiseul, la señora de Arnoux, su madre, todo se confundía.

Un ruido sordo de planchas le despertó, atravesaban el puente de Charenton; era aquello París. Entonces, sus dos compañeros, quitándose el uno su gorra, el otro su pañuelo, pusieron los sombreros y hablaron. El primero, un hombre gordo y colorado, con levitón de veludillo, era negociante; el segundo venía á la capital para consultar con un médico. Federico, temiendo haberles molestado durante la noche, les pidió espontáneamente mil perdones: tan tierna llevaba el alma por la dicha.

El muelle de la estación se hallaba inundado, sin duda, y continuaron camino derecho, empezando otra vez el campo. A lo lejos, altas chimeneas de fábricas humeaban. Volvieron hacia el lado de Ivry, subieron una calle, y de repente vió la cúpula del Panteón.

La revuelta llanura, parecía vagas ruinas; el recinto de las fortificaciones hacía en ella un relieve horizontal, y sobre las aceras de tierra de uno y otro lado del camino, arbolillos sin ramas estaban defendidos por tablas herizadas de clavos. Establecimientos de productos químicos alternaban con canteros y almacenes de

maderas. Muchas puertas entreabiertas como las que hay en las haciendas, dejaban ver el interior de patios innobles llenos de inmundicias, con charcos de agua sucia en el centro. Grandes tabernas, color sangre de toro presentaban en su piso primero, entre las ventanas, dos tacos de billar en forma de aspa, encerrados en una corona de flores pintadas; y á trechos, una casucha de yeso, á medio construir, se veía abandonada; luego la doble hilera de casas ya no se interrumpía, y sobre la desnudez de sus fachadas, se destacaba de cuando en cuando, un gigantesco cigarro de hoja de lata, para designar un estanco. Muestras de comadronas, representándolas con su gorra, haciendo á un niño rollizo en una colcha guarnecida de encajes. Cubrían anuncios las esquinas de las paredes, y desgarrados en sus tres cuartas partes, temblaban á impulsos del viento como guiñapos. Pasaban obreros de blusa, y carromatos de cerveceros, de lavanderas, de carniceros. Caía menuda lluvia, hacía frío, el cielo estaba pálido; pero dos ojos que valían para él lo que el sol, resplandecían detrás de la bruma.

Se detuvieron mucho tiempo en la carrera, porque hueveros, carreteros, y un rebaño de carneros, formaban impedimento. El centinela, con la capucha echada, se paseaba por delante

de la garita para calentarse. El dependiente de consumos subió al imperial, y sonó ruido de corneta. Se bajó el bulevar al trote largo, echadas las boleas, los tirantes colgando. La tralla del largo látigo crugía en el aire húmedo. El conductor lanzaba su sonoro grito: «¡Hala, hala, eh! y los barrenderos se alineaban, los peatones se hacían atrás, el barro salpicaba contra las portezuelas, cruzábanse carretones, cabriolés, ómnibus. Por fin, la verja del Jardín de Plantas se ofreció á la vista.

El Sena, amarillento, casi tocaba en los aleros de los puentes; exhalando cierta frescura que Federico aspiró con todas sus fuerzas, saboreando ese buen aire de París que parece contener efluvios amorosos y emanaciones intelectuales, y se sintió conmovido ante el primer coche de alquiler. Se encariñaba hasta con el dintel de las tiendas de vino, sucias de paja; hasta con la caja de limpiabotas, hasta con los mozos de los almacenes que movían el tostador del café. Las mujeres al andar sonaban los tacones, debajo de los paraguas, y Federico se asomaba á la portezuela para ver si distinguía la fisonomía de la señora de Arnoux, á quien una casualidad podía haber obligado á salir.

Desfilaban las tiendas, aumentaba la gente, el ruido se hacía más fuerte. Después del muelle San Bernardo, el muelle de la Tournelle y el

muelle de Montebello; tomaron por el muelle Napoleón. Federico quiso ver las ventanas de ella, que estaban lejos. Pasaron luego el Sena por el Puente Nuevo, bajaron hasta el Louvre; y por las calles de San Honorato, Cruz de Pequeños Campos y del Bouloi, llegaron á la calle Coq Héron; y entraron en el patio del hotel.

Para hacer más duradero su placer, Federico se vistió lo más lentamente posible, y hasta se fué á pié al bulevar de Montmartre; sonriendo ante la idea de volver á ver, enseguida, aquel nombre querido en la plancha de mármol; levantó los ojos, y nada; ni vitrinas, ni cuadros.

Corrió á la calle Choiseul; los señores de Arnoux no vivían allí, y una vecina guardaba la portería; Federico esperó; por fin apareció el portero, que ya no era el mismo, y no conocía las nuevas señas.

Federico entró en un café, y mientras almorzaba, consultó el Almanaque del Comercio. Había en él trescientos Arnoux, pero no Jacobo Arnoux. ¿Dónde pues habitaban? Pellerin debía saberlo. Se trasladó á su taller, todo lo alto del barrio Poissonnière. Como la puerta no tenía ni campanilla, ni picaporte, dió puñetazos, llamó y gritó. El vacío le contestó únicamente.

Pensó enseguida en Hussonnet ¿pero dónde encontrar á un hombre semejante? Una vez le

había acompañado hasta la casa de su amante, calle de Fleurus. Llegado á la calle de Fleurus Federico se apercibió de que ignoraba el nombre de la señorita.

Recurrió á la prefectura de policía; anduvo de escalera en escalera, de oficina en oficina. La de noticias se cerraba y le dijeron que volviera al día siguiente.

Después entró en casa de todos los comerciantes de cuadros que pudo hallar, para saber si conocían á Arnoux. El Sr. Arnoux no hacía ya el comercio.

Por fin, desanimado, cansado, malo, se volvió á su hotel y se acostó. En cuanto se estiró entre sábanas, una idea le hizo saltar de alegría.

—Regimbart, ¡qué imbécil soy!—no haberseme ocurrido.

Al día siguiente, desde las siete, llegó á la calle de Nuestra Señora de las Victorias, delante de una tienda de licores, en que Regimbart tenía costumbre de tomar su copa de Jerez. No estaba todavía abierta, dió un paseo por los alrededores, y al cabo de una media hora se presentó allí de nuevo. Regimbart salía; Federico se lanzó á la calle, hasta creyó distinguir á lo lejos su sombrero; un carro fúnebre y coches del duelo se interpusieron; y cuando desapareció el obstáculo, la visión desapareció también.



Felizmente recordó que el ciudadano almorzaba todos los días á las once precisamente en un pequeño restaurant de la plaza Gaillon. Se trataba de tener paciencia, y después de un interminable andar desde la Bolsa á la Magdalena, y de la Magdalena al Gimnasio, Federico, á las once en punto entró en el restaurant de la plaza Gaillon, seguro de encontrar allí á su Regimbart.

—No le conozco—dijo el bodegonero con tono arrogante.

Federico insistió, y él repuso:

—Ya no le conozco, caballero—con un fruncimiento de cejas majestuoso y movimiento de cabeza que designaban un misterio.

Pero en su última entrevista el ciudadano había hablado del cafetín Alexandre. Federico tragó un bizcocho, y saltando á un carruaje, preguntó al cochero si no había en alguna parte, en las alturas de Santa Genoveva, un cierto café Alexandre. El cochero le llevó á la calle de los Francos Burgueses de San Miguel á un establecimiento de aquel nombre; y á su pregunta:

—¿El Sr. Regimbart?

El cafetero le respondió con sonrisa extrañable:

—No le hemos visto todavía, caballero—mientras que lanzaba á su esposa, sentada detrás del mostrador, una mirada de inteligencia.

Y al punto, volviéndose hacia el reló, añadió:

—Mas espero que le tendremos dentro de diez minutos, un cuarto de hora lo mas tarde. Celestino, pronto, los periódicos. ¿Qué desea tomar el señor?

Aunque no tenía necesidad de tomar nada, Federico se bebió una copa de ron, después una copa de kirsch, después una copa de curacao, después diferentes grogs, frios y calientes. Leyó y releyó todo el *Siglo* del día; examinó hasta los granos del papel de la caricatura del *Charivari*; por fin se llegó á saber los anuncios de memoria. De cuando en cuando sonaba ruido de botas en la acera, era él, y la figura de alguno se perfilaba en los cristales; pero siempre pasaban de largo.

Para no aburrirse Federico mudaba de sitio; fué á colocarse al fondo, luego á la derecha, luego á la izquierda, y permanecía en medio de la banqueta con los dos brazos extendidos; pero un gato, rozando suavemente el terciopelo del respaldo, le causaba sobresaltos, saltando de repente para lamer las manchas de azúcar en los platillos; y el niño de la casa, intolerable cominillo de cuatro años, jugaba con una carraca en el mostrador. Su mamá, mujercita paliducha, de dientes picados, sonreía con aire estúpido. ¿Qué podía hacer Regimbart? Federi-

co le aguardaba perdido en un malestar ilimitado.

La lluvia sonaba como granizo, sobre la capota del coche. Por la abertura de la cortina de muselina, veía al pobre caballo en la calle, más inmóvil que un caballo de madera. El arroyo se hizo enorme, y corría entre los rayos de las ruedas, y el cochero, abrigándose con la manta dormitaba; pero temiendo que su burgués se esquivara, de cuando en cuando entreabría la puerta, lleno de agua como un río, y si las miradas pudieran secar las cosas, Federico hubiera disuelto el reló á fuerza de fijar en él los ojos, y sin embargo, andaba. El Sr. Alexandre se paseaba de lo ancho á lo largo, repitiendo:

—Va á venir, vaya; va á venir.

Y para distraerle hacía discursos y le hablaba de política, llevando su complacencia hasta proponerle una partida de dominó.

En fin, á las cuatro y media, Federico, que estaba allí desde el mediodía, se levantó de un salto, declarando que no aguardaba más.

—Yo tampoco comprendo nada de esto— respondió el cafetero con aire cándido —es la primera vez que falta el Sr. Ledoux.

—¿Cómo el Sr. Ledoux?

—Pues, sí, señor.

—He dicho Regimbart—exclamó Federico exasperado.

—Perdone usted; está usted equivocado. ¿No es verdad, señora Alexandre que el señor ha dicho Sr. Ledoux?

Y añadió interpelando al mozo:

—Tu lo has oído, también, como yo.

Para vengarse de su amo, sin duda, el mozo se contentó con sonreír.

Federico se hizo llevar hacia los bulevares, indignado por el tiempo perdido, furioso contra el ciudadano, implorando su presencia como la de un Dios, y bien resuelto á extraerle del fondo de las cuevas más profundas. El coche le molestaba y lo despidió; sus ideas se confundían; después todos los nombres de los cafés que había oído pronunciar por aquel imbecil se ofrecían á su memoria, á la vez, como las mil piezas de los fuegos artificiales: café Gascard, café Grimbert, café Halbout; cafetín Bordelés, Habanero, del Havre, del «Buey á la moda», Cervecería Alemana, Madre Morel, y se trasladó á todos sucesivamente. Pero en uno, acaba de salir Regimbart; en otro, quizás iría; en el tercero no le habían visto hacía seis meses; en otra parte había encargado ayer una pierna asada de carnero, para el sábado. Por fin, en casa de Vautier, botillería, al abrir la puerta tropezó con el mozo.

—¿Conoce usted al Sr. Regimbart?

—¿Cómo si le conozco, caballero? Soy yo

quien tiene el honor de servirle. Está arriba; acaba de comer.

Y con la servilleta en el brazo, el mismo dueño del establecimiento se le acercó y le dijo:

—¿Pregunta usted por el Sr. Regimbart, caballero?— Hace un momento estaba aquí.

Federico lanzó un juramento; pero el cafetero afirmó que le encontraría en casa de Bouttevilain, infaliblemente.

—Doy á usted mi palabra de honor. Se ha marchado un poco antes que de costumbre por que tiene una cita de negocios con unos señores. Pero le encontrará usted, repito, en casa de Bouttevilain, calle de San Martín, 92, segunda escalera, á la izquierda, en el fondo del patio, entresuelo, puerta de la derecha.

Por fin le vió á través del humo de las pipas, sólo, en el fondo de un cuartito cerca del billar, con una copa delante, la barba baja y en actitud meditabunda.

—Hace mucho tiempo que le busco á usted.

Sin conmoverse, Regimbart le alargó dos dedos solamente, y como si le hubiera visto la vispera dijo muchas frases insignificantes acerca de la apertura de las sesiones.

Federico le interrumpió, preguntándole con el aire más natural que pudo:

—¿Arnoux está bien?

La respuesta tardó en llegar, porque Regimbart gargarizaba con su líquido.

—Sí; no está mal.

—¿Dónde vive ahora?

—Pues... calle Paradis-Poissonnière. contestó admirado el ciudadano.

—¿Qué número?

—Treinta y siete, pardiez, tiene usted gracia.

Federico se levantó.

—¿Cómo! ¿se marcha usted?

—Sí, sí; tengo un encargo, un negocio que olvidaba, adios.

Federico fué desde el cafetín á casa de Arnoux, como impulsado por un viento tibio y con la tranquilidad extraordinaria que se experimenta en los sueños.

—Encontróse muy pronto en un piso segundo, delante de una puerta cuya campanilla sonaba; se presentó una criada; una segunda puerta se abrió; la señora de Arnoux estaba sentada junto al fuego. Arnoux dió un salto y lo abrazó.

Tenía ella en sus rodillas un niño de tres años, próximamente; su hija, tan alta ya como su madre, estaba de pié, al otro lado de la chimenea.

—Permítame usted que le presente á este

caballero —dijo Arnoux, tomando á su hijo en brazos.

Y se entretuvo algunos minutos en hacerle saltar por el aire, muy alto para recibirle con las manos.

—Vas á matarle; ¡ah, Dios mío! acaba ya— exclamó la señora de Arnoux.

Pero Arnoux, jurando que no había peligro en aquello, seguía y hasta ceceaba las caricias en jerga marsellesa, su lengua natal. Después preguntó á Federico por qué había estado tanto tiempo sin escribirles, lo que había podido hacer allá, lo que le traía acá.

—Yo, ahora, querido amigo, soy comerciante en porcelanas. Pero hablemos de usted.

Federico alegó un largo proceso, la salud, de su madre; insistiendo mucho sobre este punto para hacerse interesante. En resumen, que se fijaba en París definitivamente esta vez; y no dijo nada de la herencia, temiendo perjudicar su pasado.

Las cortinas, como los muebles, eran de damasco de lana marrón; dos almohadones se juntaban sobre el travesero; una olla se calentaba en los carbones, y la pantalla de la lámpara, colocada en el borde de la cómoda, daban sombra á la habitación. La señora de Arnoux tenía un traje de casa, de merino grueso azul. La mirada vuelta hacia las cenizas y con

una mano sobre el hombro del chiquillo, desataba con la otra el lazo de la almilla; el muchacho, en camisa, lloraba rascándose la cabeza, como el Sr. Alexandre, hijo.

Federico esperaba espasmos de alegría; pero las pasiones se enturbian cuando se las saca de su centro, y no encontrando ya á la señora de Arnoux en el medio que la había conocido, le parecía haber perdido algo, que sufría como una degradación; que no era, en fin, la misma. La tranquilidad de su corazón le dejó estupefacto. Le informó de los amigos antiguos, de Pellerin, de los demás.

—No le veo con frecuencia—dijo Arnoux.

Ella añadió:

—Ya no recibimos como antes.

¿Era para advertirle que no le harían ninguna invitación? Pero Arnoux, continuando sus cordialidades le censuró no haber venido á comer con ellos, de improviso, y explicó por qué había cambiado de industria.

—¿Qué quiere usted hacer en una época de decadencia como la nuestra?

La gran pintura ha pasado de moda. Además, puede llevarse el arte á todo. Ya sabe usted, amigo mío, que yo amo lo bello. Es preciso que le enseñe á usted mi fábrica un día de estos.

Y quiso mostrarle inmediatamente algunos

de sus productos, en su almacén del entre-suelo.

Los platos, las soperas, las fuentes y las jofainas llenaban el suelo. Junto á las paredes grandes ladrillos para cuartos de baño y tocadores, con asuntos mitológicos, estilo renacimiento, mientras en el centro contenía un doble armario que llegaba hasta el techo, vasos para helado, tiestos para flores, candelabros, pequeñas jardineras y grandes estatuas políscromas figurando un negro y una pastora «pompador». Las explicaciones de Arnoux fastidiaban á Federico que tenía hambre y frío.

Corrió al café Inglés, cenó allí espléndidamente, y se decía mientras iba comiendo:

—¡Qué candidez la mía con mis dolores de allá! ¡apenas si me ha conocido! ¡qué burguesa!

Y por una brusca expansión de salud, formó resoluciones de egoísmo. Sentía su corazón tan duro como la mesa en que apoyaba sus codos; podría ya lanzarse al mundo sin temor. Se acordó de los Dambreuse, á los que utilizaría; después, de Deslauriers. ¡Ah! ¡tanto peor! Sin embargo, le mandó por un mandadero una carta citándole para el día siguiente en el Palacio Real, para almorzar juntos.

La fortuna no era para este tan propicia. Habíase presentado al concurso de inaugura-

ción con un discurso *sobre el derecho de testar*, en que sostenía que debía limitarse todo lo más posible, y su contrincante, excitándole á decir tonterías, consiguió que dijera muchas, sin que los examinadores cayeran en la cuenta. Después quiso la casualidad que sacara á la suerte, para asunto de la lección, la prescripción. Entonces Deslauriers se había entregado á teorías deplorables; los pleitos antiguos debían producirse como los nuevos; ¿por qué el propietario había de verse privado de sus bienes? ¿por qué no pudiera suministrar sus títulos, sino después de treinta y un años corridos? Aquello era dar la seguridad del hombre honrado al heredero del ladrón enriquecido. Todas las injusticias estaban consagradas por una extensión de aquel derecho, que era la tiranía, el abuso de la fuerza. Y hasta llegó á exclamar:

—Debe abolirse; y los francos no pesarán más sobre los galos, los ingleses sobre los irlandeses, los yankees sobre los pieles rojas, los turcos sobre los árabes, los blancos sobre los negros, la policía...

El presidente le interrumpió, diciendo:

—Bien, bien, caballero; no tenemos nada que ver con las opiniones políticas de usted; más adelante se presentará usted.

Deslauriers no había querido presentarse. Pero aquel desdichado título XX del libro III

del Código civil, se había convertido para él en una montaña de dificultades, y elaboraba una gran obra sobre *la prescripción, considerada como base del derecho civil y del derecho natural de los pueblos*; y se hallaba perdido con Dunod, Rogerius, Balbus, Merlin, Vazeille, Savigny, Troplong y otras lecturas importantes. Para entregarse á ellas con más libertad, había dimitido su plaza de pasante mayor; vivía dando repasos, fabricando discursos, y en las sesiones de la academia de práctica forense, excitaba por su virulencia al partido conservador, á todos los jóvenes doctrinarios descendientes de Guizot; tanto, que tenía entre cierta gente una cierta celebridad, un poco mezclada de desconfianza hacia su persona.

Elegó á la cita, llevando un grueso paletó forrado de lana encarnada, como el de Sénecal antes.

El respeto humano, por causa del público que pasaba, les impidió apretarse largamente y fueron hasta casa de Vefour, del brazo, sonriendo de placer, con una lágrima en el fondo de los ojos.

Después, desde que estuvieron solos, Deslauriers exclamó:

—¡Ah, pardiez, vamos á pasarlo bien ahora!

Federico no gustó de aquella manera de asociarse inmediatamente á su fortuna. Su

amigo demostraba demasiada alegría para ellos dos y no mucha para él solo.

Aseguida Deslauriers contó su caída, y poco á poco, sus trabajos, su existencia, hablando de sí mismo estoicamente y de los demás con acritud; todo le desagradaba; ni un solo hombre de posición, que no fuera un pillo ó un canalla. Por un vaso mal enjuagado se encolerizó contra el mozo, y ante la censura anodina de Federico, dijo:

—¡Como si yo fuera á violentarme por semejantes majaderos, que ganan hasta seis y ocho mil pesetas anuales, que son electores, quizás elegibles! ¡Ah! no; no.

Y añadió con aire jovial:

—Pero olvido que hablo á un capitalista, á un Mondor, porque tu eres ahora un Mondor.

Y volviendo al asunto de la herencia, expresó esta idea: que las sucesiones colaterales (cosa injusta en sí, aunque se alegraba de aquella) serían abolidas, un día, en la próxima revolución.

—¿Lo crees?—dijo Federico.

—Cuenta con ello—respondió.—Esto no puede durar; se sufre mucho. Cuando veo en la miseria gentes como Sénecal..

—Siempre él, Sénecal—pensó Federico.

—¿Qué hay de nuevo, hablando de otra cosa?

¿Estás aún enamorado de la señora de Arnoux? Se pasó ¿eh?

Federico, no sabiendo qué contestar, cerró los ojos bajando la cabeza.

A propósito de Arnoux, Deslauriers le contó que su periódico pertenecía entonces á Hussonnet, que lo había transformado. Aquello se llamaba «*El Arte*, instituto literario, sociedad por acciones de cien pesetas cada una; capital social: cuarenta mil pesetas.» con la facultad para cada accionista de llevar allí su trabajo; porque «la sociedad tiene por objeto publicar las obras de los principiantes, evitar al talento, quizás al génio, las dolorosas crisis que atraviesa... etc.» ¿Ves la cosa? Podía, sin embargo, hacerse algo, elevar el tono de dicha publicación, después de repente, conservando los mismos redactores y prometiendo que continuarían los folletines, servir á los suscriptores un periódico político; los anticipos no serían enormes.

—¿Qué piensas tú de eso? ¿quieres entrar en el asunto?

Federico no rechazó la proposición; pero era preciso esperar el arreglo de sus negocios.

—Ahora, si necesitas algo...

—Gracias, chiquito,—dijo Deslauriers.

Enseguida fumaron puros, apoyados de todos en la barandilla de terciopelo de la ventana. Brillaba el sol, suave era el viento, banda-

das de pájaros, revoloteando, bajaban al jardín; las estatuas de bronce y mármol, lavadas por la lluvia, relucían; niñeras, con delantal, hablaban sentadas en sillas, y se oían las risas de los niños, con el murmullo continuado que producía el canastillo del agua de la fuente.

Federico se había preocupado con la amargura de Deslauriers; pero por la influencia del vino que circulaba por sus venas, medio dormido, congestionado, y recibiendo la luz de lleno en la cara, ya no experimentaba más que un inmenso bienestar, voluptuosamente estúpido, como una planta saturada de calor y humedad.

Deslauriers, con los párpados entreabiertos, miraba á lo lejos vagamente. Su pecho se levantaba y se puso á decir:

—¡Ah! ¡aquello era más humano, cuando Camilo Desmonlins, de pié allí sobre una mesa, lanzaba al pueblo á la Bastilla. En aquel tiempo se vivía; podía uno afirmarse, probar su fuerza. Simples abogados mandaban á generales; descamisados abatían á los reyes, mientras que ahora...

Se calló y de repente añadió:

—¡Bah, el porvenir es grande!

Y tocando el tambor en los cristales, declamó estos versos de Barthélemy:

«Reaparecerá la terrible Asamblea

que, pasados cincuenta años, aún turba vuestra cabeza,  
coloso que arranca sin temor con potente  
paso...»

—No sé lo demás. Pero es tarde y debíamos marcharnos.

Y siguió exponiendo por la calle sus teorías.

Federico, sin escucharle, observaba en los escaparates de los comerciantes las telas y los muebles convenientes para su instalación; y quizás fuese el pensamiento de la señora de Arnoux el que le hizo detenerse en una tienda de curiosidades ante unos platos de barro adornados de arabescos amarillos, de reflejos metálicos y cuyo valor era trescientas pesetas cada pieza, haciendo que se las separaran.

—Yo en tu lugar—dijo Deslauriers—me compraría mejor objetos de plata, demostrando en aquel amor á lo sólido el hombre de procedencia mediana.

En cuanto se quedó solo, Federico se dirigió á casa del célebre Pomadère, á quien encargó tres pantalones, dos fracs, un gabán de pieles y cinco chalecos; luego casa de un zapatero, de un camiserero y de un sombrerero, ordenando en todas partes, que se dieran la mayor prisa posible.

Tres días después, por la tarde, á su regre-

so del Havre, encontró en su casa su guarda-ropa completo, é impaciente por usarlo, resolvió hacer en el mismo instante una visita á los Dambreuse. Pero era demasiado temprano, apenas las ocho.

—¡Si fuera á casa de los otros!—se dijo.

Arnoux, solo, delante de un espejo, estaba afeitándose, y le propuso llevarle á un sitio en que se divertiría. Al oír el nombre del señor Dambreuse, añadió:

—¡Ah, perfectamente. Verá usted allí amigos suyos; venga usted, estará eso gracioso.

Federico le escuchaba; la señora de Arnoux conoció su voz y le dió las buenas noches, no se encontraba bien; y oíase el ruido de una cuchara contra un vaso y todo ese rumor de cosas que se mueven suavemente en el cuarto de un enfermo.

Arnoux desapareció para despedirse de su mujer, y le daba razones:

—Tú sabes perfectamente que es una cosa seria; es preciso que vaya allí; es necesario; me esperan.

—Vete, vete, amigo mío, diviértete.

Arnoux tomó un coche.

—Palacio Real, galería Montpensier, 7.

Y dejándose caer en los cojines, añadió:

—¡Ah! ¡Que cansado me siento, querido amigo; reventaré. A usted puedo decirlo.



Inclinándose á su oído misteriosamente, agregó:

—Trato de encontrar el rojo de cobre de los chinos.

Y explicó lo que eran el barniz de la porcelana y el fuego lento.

Cuando llegó á casa de Chevet, le entregaron una gran cesta que hizo llevar al coche. Después escogió para «su pobre mujer» uvas, piñas, diferentes curiosidades de boca, y recomendó que las envasen al día siguiente temprano.

Fueron enseguida á casa de un alquilador de trajes; tratábase de un baile. Arnoux escogió un calzón de terciopelo azul, casaca igual, una peluca roja, Federico un dominó, y bajaron en la calle de Laval, delante de una casa iluminada por farolillos de color, en el segundo piso.

Desde el pie de la escalera se oía el ruido de los violines.

—¿Dónde diablos me trae usted?—dijo Federico.

—A casa de una buena chica; no tenga usted miedo.

Un *groom* les abrió la puerta, y entraron en la antesala, en donde los paletós, las capetas y los chates andaban amontonados por las sillas. Una mujer joven, en traje de dragón Luis XV, atravesaba por allí en aquel momento; era la

señorita Rose-Anette Bron, la dueña del lugar.

—¿Y qué?—dijo Arnoux.

—Hecho—contestó ella.

—Gracias, angel mío—Y quiso abrazarla.

—Ten cuidado, imbécil; vas á estropear mi maquinaria.

Arnoux presentó á Federico.

—Choque usted, caballero; sea usted bien venido.

Separó un portier detrás de ella, y se puso á gritar enfáticamente:

—El Sr. Arnoux, marmitón, y un príncipe amigo suyo.

Federico se sintió al principio deslumbrado por las luces; no vió más que seda, terciopelo, hombros desnudos, una masa de colores que se balanceaba al son de una orquesta escondida entre verdes ramas, entre paredes colgadas de seda amarilla, con retratos al pastel, acá y allá, y candelabros de cristal estilo Luis XVI. Lámparas altas, cuyos globos raspados parecían bolas de nieve, dominaban cestas de flores colocadas en consolas, en los rincones; y enfrente, después de una segunda pieza, más pequeña, distinguíase, en una tercera, una cama con columnas torneadas, con una luna de Venecia en la cabecera.

Las danzas se pararon y hubo aplausos, una zambra de alegría á la vista de Arnoux, que se

adelantaba con su cesto en la cabeza; formando un bultó enmedio las vituallas.

—Cuidado con la araña.

Federico alzó los ojos.

Era la araña de Sajonia antigua que adornaba la tienda del «Arte Industrial»; el recuerdo de aquellos pasados días vino á su memoria; pero un soldado de línea, en traje de diario, con ese aire bobo que da la tradición á los quintos, se plantó delante de él, abriendo los brazos para significar la admiración; y reconoció á pesar de los terribles bigotes negros, extremadamente engomados que le desfiguraban, á su antiguo amigo Hussonnet. En una algarabía mitad alsaciana, mitad negra, colmábale el bohemio de felicitaciones, llamándole su coronel. Federico, aturcido por todas aquellas personas, no sabía qué contestar. Sonó el golpe de un arco sobre un atril y bailarines y bailarinas se colocaron en su sitio.

Eran próximamente sesenta; las mujeres, en su mayoría de aldeanas ó marquesas, y los hombres, casi todos de edad madura, en trajes de carretero, descargador ó marinero.

Federico se colocó apoyado en una pared y miró la comparsa que tenfa delante.

Un viejo, guapo, vestido como Dux de Venecia, con una larga toga de seda púrpura, bailaba con la señorita Rosanette, que llevaba

una casaca verde, calzón de punto y botas flexibles con espuelas de oro. La pareja de enfrente se componía de un gran *Arnauta* cargado de yataganes, y una suiza de ojos azules, blanca como la leche, gordita como una codorniz, en mangas de camisa y rojo corpiño. Para lucir su cabellera, que le llegaba á las corvas, una rubia alta, bailarina en la Opera, se disfrazó de mujer salvaje; y encima de su faja de color oscuro, no llevaba más que un ceñidor de cuero, brazaletes de vidrio y una diadema de oropel, de donde salía un alto plumero, de plumas de pavo real. Delante de ella, uno á lo *Pritchard* metido en un frac negro, grotescamente ancho, llevaba el compás, dando con el codo en una gran tabaquera. Un pastorcito Wateau, azul y plata, como rayo de luna, chocaba su cayado contra el tirso de una bacante, coronada de pámpanos, con una piel de leopardo sobre el lado izquierdo y coturnos con cintas de oro. De la otra parte, una polaca, con túnica de terciopelo nacarado, balanceaba su enagua de gasa sobre sus medias de seda gris perla, encerradas en botinas rosa adornadas con piel blanca, sonreía á un hombre de cuarenta años, panzón, disfrazado de niño de coro, que saltaba muy alto, levantando con una mano su sobrepelliz, y sujetando con la otra su solideo encarnado. Pero la reina, la estrella, era la señorita

Loulou, célebre bailarina de los bailes públicos. Como entonces estaba rica, llevaba una ancha gargantilla de encaje, sobre su casaca de terciopelo negro liso; y su ancho pantalalón de seda punzó, ceñido y sujeto á la cintura por una banda de cachemira, tenía á lo largo de las costuras pequeñas camelias blancas naturales. Su pálida figura, un poco abotagada y de nariz remangada, parecía aún más insolente por lo enmarañado de su peluca donde se sostenía un sombrero de hombre, de fieltro gris, doblado de un puñetazo sobre la oreja derecha; y en los saltos que pegaba, sus zapatos con hebillas de diamantes, llegaban hasta casi la nariz de su vecino, un gordo barón de la Edad Media, enredado en una armadura de hierro. También había allí un ángel, con una espada de oro en la mano, dos alas de cisne á la espalda, y que, yendo y viniendo, perdiendo á cada minuto su caballero, un Luis XIV, no comprendía nada de las figuras y dificultaba la contradanza.

Federico miraba aquellas personas y experimentaba un sentimiento de abandono, un malestar... Pensaba también en la señora de Arnoux y le parecía participar de algo hostil que se tramara contra ella.

Cuando el baile terminó, la señora Rosanette se le acercó. Hallábase un tanto jadeante,

y su gola, reluciente como un espejo, se movía blandamente debajo de la barba.

—¿Y usted caballero—dijo—no baila?

Federico se excusó; no sabía bailar.

—¿De veras? y conmigo, ¿se resuelve usted?

Y apoyada en una sola pierna, con la otra rodilla algo doblada, acariciando con la mano izquierda el puño de nacar de su espada, le miró durante un minuto, con aire medio suplicante, medio burlon. Por fin dijo:

—Buenas noches.

—Hizo una pirueta y desapareció.

Federico descontento de sí mismo, y no sabiendo qué hacer, se puso á vagar por el baile.

Entró en el tocador, guatado de seda azul pálido con ramos de flores de los campos; en el techo, y en un círculo de madera dorada, veíanse amorcillos que, naciendo de un cielo azul, jugueteaban entre nubes en forma de edredón. Aquellas elegancias, que serían hoy miserias para las semejantes de Rosanette, le deslumbraron; y lo admiró todo: las enredaderas artificiales de volubilis que adornaban el contorno del espejo, las cortinas de la chimenea, el diván turco, y en un ángulo de pared, una especie de tienda tapizada de seda rosa, con muselina blanca por encima. Muebles negros con marqueterías de bronce guarnecían el cuarto de dormir, donde se levantaba sobre un

estrado cubierto de plumas de cisne la gran cama de pabellón con plumas de avestruz. Agujas para la cabeza de pedrerías clavadas en acericos, sortijas dejadas en platillos, medallones con marcos de oro y cofrecillos de plata, se distinguían en la sombra, á la luz que despedía una urna de Bohemia, colgada de tres cadenas. Por una puertecita entreabierta, percibíase una templada estufa que ocupaba toda la anchura de una terraza, que terminaba por el otro lado en una pajarera.

Era aquel indudablemente un centro hecho para agradarle. En una brusca expansión de su juventud, se juró gozarlo y animóse; después volvió á la entrada del salón, donde entonces había ya más gente (todo se agitaba en una especie de pulverulencia luminosa) permaneció de pie contemplando las *cuadrillas*, entornando los ojos para ver mejor y husmeando las blandas emanaciones de mujeres que circulaban como inmenso beso esparcido.

Al otro lado de la puerta, cerca de él, estaba Pellerin; Pellerin en traje de sociedad, el brazo izquierdo en el pecho y sosteniendo en la mano derecha con su sombrero un guante blanco saltado.

—¡Calle! Mucho tiempo hace que no se le ve á usted ¿Dónde diablos ha estado? ¿de viajes? ¿en Italia? ¡Espléndida! ¿eh? la Italia. ¿No tan dura

como dicen? Lléveme usted un día los bocetos que haya usted sacado.

Y sin esperar su respuesta, el artista se puso á hablar de sí mismo. Había hecho muchos progresos, y reconocido definitivamente las tonterías. No se debía dar más importancia á la belleza y la unidad en una obra, que al carácter y á la diversidad de las cosas.

—Por que todo existe en la naturaleza, luego todo es legítimo, todo es plástico. Se trata únicamente de recoger la nota. He descubierto el secreto.

Y dándole con el codo, repitió muchas veces:

—He descubierto el secreto, ¿ve usted? Así, fijése usted en aquella mujercita peinada como esfinge que baila con un postillón ruso; eso es neto, seco, determinado, todo más grueso que ancho, y de tonos crudos: añil debajo de los ojos, una lámina de cinabrio en la mejilla, hollín en las sienes ¡pif pa!

Y trazaba con el pulgar como pinceladas en el aire.

—Mientras allá, la gorda—continuó señalando á una verdulera, con traje cereza, una cruz de oro al cuello y una pafioleta de limón atada á la espalda—nada más que redondeces; las narices remangadas como las aldetas de su gorra, los extremos de la boca se vuelven hacia arriba, la

barba descendiendo, todo es graso, derretido, copioso, tranquilo y reluciente: ¡un verdadero Rubens! Sin embargo, son perfectas. ¿Dónde está, pues, el tipo?

Y se acaloraba.

—¿Qué es una mujer bonita? ¿qué es lo bello?

Ah! lo bello, me dirá usted...

Federico le interrumpió para saber quién era un *pierrót* de perfil de macho cabrío con trazas de bendecir á todos los bailarines en medio de una reunión de pastores.

—Pues nada; un viudo, padre de tres muchachos. Les deja sin calzones, pasa su vida en el club y se entiende con la criada.

—¿Y aquel, vestido de juez, que habla en el hueco de la ventana con una marquesa *pompador*?

—La marquesa es la señora de Vandaël, antigua actriz del Gimnasio, la amante del Dux, el conde de Palazot. Hace veinte años que están juntos; no se sabe por qué. Tenía buenos ojos antes esa mujer. En cuanto al ciudadano que está á su lado, le llaman el capitán de Herbigny, un viejo del antiguo régimen, que tiene por única fortuna su cruz de honor y su pensión, sirve de tío á las grisetas en las solemnidades, arregla los duelos y come siempre de convite.

—Un canalla—dijo Federico.

—No; un hombre honrado.

—¡Ah!

El artista le nombró otros varios, y percibiendo á un señor, que llevaba, como los médicos de Molière, una gran toga de sarga negra, pero muy abierta de arriba abajo, para enseñar todos sus dijes, añadió:

—Este representa al doctor Des Rogis; rabioso por no ser célebre, ha escrito un libro de pornografía médica, embetuna con gusto las botas al gran mundo; es discreto, y estas señoras le adoran. Él y su esposa (aquella flaca castellana de traje gris) se arrastran por todos los sitios públicos y otros. A pesar de la estrechez con que viven, *reciben un día* dando tés artísticos donde se dicen versos. ¡Atención!

Con efecto, el doctor se les acercó, y pronto formaron todos tres, á la entrada del salón, un grupo de habladores, á que vino á reunirse Hussonnet, después el amante de la mujer salvaje, un poeta joven, que exhibía, bajo una corta capa á lo Francisco I, la más endeble de las anatomías, y por fin, un chico de ingenio, disfrazado de turco, de guardarropía. Pero su casaca de galones amarillos había viajado tanto sobre la espalda de los dentistas ambulantes, su ancho pantalón de pliegues, era de un encarnado tan desteñido, su turbante enrollado como una anguila á la tártara, de un aspecto tan pobre todo su traje, en fin, de tal suerte deplorable y gasta-

do, que las mujeres no disimulaban su disgusto. El doctor le consolaba con grandes elogios acerca de la Cargadora, su amante. Este turco era hijo de un banquero.

Entre dos *cuadrillas*, Rosanette se encaminó hacia la chimenea, cerca de la que se hallaba instalado en una butaca, un obeso viejecillo, con frac marrón de botón dorado. A pesar de sus mejillas ajadas que caían sobre su alta corbata blanca, su pelo, rubio todavía, y naturalmente rizado como el de un perro de aguas, le daban el aspecto de algo retozón. Escuchóle ella inclinada hacia su rostro. Después le preparó un vaso de jarabe; y nada más mono que aquellas manos cubiertas de los encajes que salían de su casaca verde. Cuando el buen hombre hubo bebido, las besó.

—¡Pues si es el Sr. Oudry, el vecino de Arnoux!

—¡Él lo ha perdido!— dijo riendo Pellerin.

—¿Cómo?

Un postillón de Longjumeau la cogió por la cintura, porque empezaba un vals. Entonces todas las mujeres, sentadas en las banquetas de alrededor del salón, se levantaron á la desbandada, prontamente; y sus enaguas, sus bandas, sus tocados, giraron á seguida.

Y giraban ellas tan cerca de Federico, que distinguía las gotas de sus frentes, y aquel mo-

vimiento giratorio, cada vez más vivo y regular, vertiginoso, comunicando á su pensamiento una especie de embriaguez, hacía que en él surgieran otras imágenes, mientras que todas pasaban en el mismo desvanecimiento, y cada una con una excitación particular, según el género de su belleza... La Polaca, que se abandonaba de una manera lánguida, le inspiraba gana de estrecharla contra su corazón, desfilando ambos en un trineo, por una planicie de hielo. Horizontes de voluptuosidad tranquila á orillas del lago, en una quinta, se desarrollaban á los pasos de la Suiza, que valsaba con el torso derecho y los párpados caídos.

Después, de repente, la Bacante, con su cabeza morena echada hácia atrás, le hacía soñar con caricias devoradoras, en bosques de adelfas, en tiempo tormentoso, al confuso ruido de los tamboriles.

La Verdulera, á quien ahogaba el compás excesivamente rápido, lanzaba carcajadas, y hubiera él querido, bebiendo con ella en las porchiquerías, jugar con ambas manos con su pañoleta como en los buenos tiempos antiguos.

Pero la Cargadora, cuyos pies lijeros apenas si tocaban el suelo, parecía guardar en la sutileza de sus miembros y la seriedad de su sem-

blante todos los refinamientos del amor moderno, que tiene la exactitud de una ciencia y la movilidad de un pájaro. Rosanette giraba, con la mano en la cadera; su peluca de castaña saltaba sobre su cuello, enviando polvo de iris á su alrededor; y á cada vuelta, con la punta de sus espuelas de oro, casi tocaba á Federico.

Al último acorde del vals, se presentó la señorita Vatnaz, que llevaba un pañuelo argelino en la cabeza, muchos cequies sobre la frente, antimonio en el rabillo de los ojos, con una especie de paletó de cachemira negro, que caía sobre una enagua clara, bordada de plata, y por fin, en la mano un tamboril vascongado.

Detrás de ella iba un muchacho alto, con el traje clásico del Dante, y que era, (ya no se ocultaba ella) el antiguo cantante de la Alhambra; que llamándose Augusto Delamare, se hizo llamar primero Anténor Dellamarre, después Delmas, después Belmar, y finalmente, Delmar, modificando así y perfeccionando su nombre, según su gloria creciente, porque había dejado el baile público por el teatro, y hasta acababa de estrenarse ruidosamente en el Ambigú, en *Gaspar el Pescador*.

Hussonnet, al verle, se enfurruñó. Desde que rechazaron su pieza, execraba á los cómicos.

Nadie podía imaginarse la vanidad de esos señores, de aquel, sobre todo.

—¡Qué petulante, vean ustedes!

Después de un ligero saludo á Rosanette, Delmar se adosó á la chimenea, y allí permaneció inmóvil, con una mano sobre el corazón, el pié izquierdo adelante, los ojos al cielo, con su corona de dorados laureles por cima de su capuchón, esforzándose por poner en su mirada mucha poesía para fascinar á las señoras. Formábase, de lejos, un gran círculo á su alrededor. Pero la Vatnaz, cuando abrazó á sus anchas á Rosanette, vino á rogar á Hussonnet que revisara, bajo el punto de vista del estilo, una obra de educación que quería publicar: *La Guirnalda de las señoritas...* colección de literatura y moral. El literato prometió su concurso. Entonces, le preguntó si no podría, en un periódico de los que tenía á su disposición, hacer un poco de atmósfera en favor de su amigo, y hasta confiarle más tarde un papel. Hussonnet se olvidó de tomar un vaso de ponche.

Arnoux lo había fabricado, y seguido por el *groom* del conde que llevaba una bandeja vacía, lo ofrecía á las gentes con satisfacción.

Cuando pasó por delante del Sr. Oudry, Rosanette le detuvo.

—¿Y bien? ¿y aquel negocio?

Ruborizóse él un poco, y dirigiéndose por fin al buen hombre, dijo:

—Nuestra amiga me ha dicho que usted tendrá la bondad...

—¿Cómo no? vecino, á la disposición de usted.

Y se pronunció el nombre del Sr. Dambreuse; como hablaban á media voz, Federico les oía confusamente.

Se dirigió al otro lado de la chimenea donde Rosanette y Delmar hablaban juntos.

El cómico de la legua tenía una cara vulgar, hecha como las decoraciones de los teatros, para ser vista desde lejos, manos crasas, piés grandes, una mandíbula tosca. Denigraba á los actores más ilustres, trataba por encima del hombro á los poetas: decía: «mi órgano, mi físico, mis medios,» esmaltando su discurso de palabras poco inteligibles para él mismo, y á las que era aficionado, como «*morbidez*, análogo y homogeneidad».

Rosanette le oía con pequeños movimientos de cabeza aprobatorios; veíase la admiración pintarse bajo la pintura de sus mejillas; y algo de húmedo pasaba, como un velo, sobre sus ojos claros, de indefinible color. ¿Cómo semejante hombre podía encantarla? Federico se excitaba interiormente á despreciarle aún más.

para borrar quizás la especie de envidia que le tenía.

La señorita Vatnaz, se hallaba entonces con Arnoux, y aunque siendo muy alto, de cuando en cuando, lanzaba una mirada sobre su amiga, á quien el Sr. Oudry no perdía de vista.

Después Arnoux y la Vatnaz desaparecieron; el buen hombre fué á hablar bajo con Rosanette.

—Bien; sí; está convenido. Déjeme usted en paz.

Y rogó á Federico que fuera á la cocina á ver si Arnoux estaba allí.

Un batallón de vasos medio llenos cubría el suelo; y las cacerolas, las marmitas, la tartera, la sartén, saltaban. Arnoux mandaba á los criados tuteándoles, batía la salsa y la probaba, regocijándose con la sirvienta.

—Bueno,—dijo—avísele usted que se vá á servir.

Ya no se bailaba; las mujeres iban á sentarse nuevamente; los hombres se pascaban. En el centro del salón, una de las cortinas colgadas de una ventana se inflaba al viento; y la Esfinge á pesar de las observaciones de todo el mundo, exponía á la corriente del aire sus brazos sudorosos. ¿Dónde se encontraba Rosanette? Federico la buscó más lejos hasta el toca-



dor y el cuarto de dormir. Algunos, para estar solos, ó dos, á dos se habían refugiado allí. La sombra y los cuchicheos se mezclaban. Se oían risitas debajo de los pañuelos, y se percibían al borde de los corsés movimientos de abanico, lentos y dulces como el aleteo de pájaro herido.

Al entrar en la estufa vió, bajo las anchas hojas de un caladium, junto al salto de agua, á Delmar, acostado por completo sobre el canapé de hierro; Rosanette, sentada á su lado, tenía la mano entre su pelo, y se miraban. En el mismo instante Arnoux entró por el otro extremo, el de la pajarera. Delmar se levantó de un salto, después salió con lento paso sin volverse, y hasta se detuvo cerca de la puerta para coger una flor de malvavisco, que puso en su ojal. Rosanette bajó la cara; Federico que la veía de perfil, notó que lloraba.

—¡Calla! ¿qué tienes?—dijo Arnoux.

Ella se encogió de hombros sin responder.

—¿Es por su culpa?—repuso.

Ella le echó los brazos al cuello y besándole en la frente, dijo con lentitud:

—Bien sabes que siempre te amaré, gordo mío. No pensemos más en ello. Vamos á cenar.

Una araña de bronce de cuarenta bujías alumbraba la sala, cuyas paredes desaparecían

debajo de barro antiguos colgados en ellas; y aquella luz cruda, cayendo á plomo, hacía más blanco aún, entre los entremeses y las frutas, un gigantesco rodaballo que ocupaba el centro del mantel, lleno de platos de sopa á la pepitoria.

Con el roce de las telas, las mujeres, amontonando sus faldas, sus mangas y sus bandas, se sentaron unas junto á otras; los hombres, de pié, ocuparon los rincones; Pellerin y el Sr. Oudry fueron colocados al lado de Rosanette; Arnoux estaba enfrente. Palazot y su amiga acababan de marcharse.

—¡Buen viaje!—dijo ella—ataquemos.

Y el Niño de coro, hombre chistoso, haciendo la señal de la cruz, empezó el *Benedicite*.

Las señoras se escandalizaron, y principalmente la Verdulera, madre de una hija de que quería hacer una mujer honrada. Arnoux tampoco «gustaba de aquello», pensando que debía respetarse la religión.

Un reloj alemán, provisto de un gallo, dando las dos, provocó acerca del cuclillo algunas bromas. Toda clase de conversaciones se sucedieron: *quid pro quos*, anécdotas, jactancias, apuestas, mentiras sostenidas por verdades, asertos improbables, un tumulto de palabras que pronto se convirtió en conversaciones par-

ticulares. Los vinos circulaban, los platos se sucedían, el doctor servía. Desde lejos se tiraban naranjas, taponés, se dejaba el sitio para hablar con alguien. Con frecuencia Rosanette se volvía hacia Delmar, inmóvil detrás de ella; Pellerin charlaba; el Sr. Oudry sonreía; la señorita Vatnaz se comía casi ella sola el bosque de cangrejos, cuyos caparazones sonaban entre sus largos dientes. El Angel, colocado sobre el taburete del piano (único sitio en que sus alas le permitieron sentarse) masticaba placidamente, sin interrupción.

—¡Qué tenedor!—repetía el Niño de coro—¡qué tenedor!

Y la Esfinje bebía aguardiente, gritaba á pulmón batiente, se movía como un demonio. De repente se hincharon sus mejillas, y no resistiendo ya á la sangre que la ahogaba, llevó la servilleta á sus labios y luego la tiró debajo de la mesa.

Federico la había visto.

—Eso no es nada.

Y á sus instancias para que se marchara á cuidarse, respondió lentamente:

—¿Para qué?—lo mismo dá una cosa que otra; la vida no es tan agradable.

Entonces estremeci6se él, sobrecogido por una tristeza glacial, como si hubiera entrevisto mundos enteros de miseria y desesperación.

un brasero de carb6n junto á un camastro, y los cadáveres de la Morgue con sus cubiertas de cuero y el chorro de agua fría que corre por sus pelos.

A todo esto, Hussonnet, agachapado á los piés de la mujer Salvaje, gritaba con voz ronca, para imitar al actor Grassot:

—No seas cruel; ¡oh, Celuta! esta pequeña fiesta de familia es encantadora. Embriagadme de voluptuosidades, ¡amores míos! Retocemos, retocemos.

Y se puso á besar á las mujeres en los hombros. Ellas se estremecían, pinchadas por sus bigotes; después ideó romper un plato con la cabeza, dándole un golpecito. Le imitaron otros; los pedazos de porcelana volaban como tejas en día de viento fuerte, y la Cargadora decía:

—No se contengan ustedes, eso no cuesta nada. El burgués que lo fabrica nos lo regala.

Todos los ojos se dirigieron á Arnoux, que replicó:

—Con factura; permítanme ustedes—deseando, indudablemente pasar por no ser, ó no ser ya, el amante de Rosanette.

En esto se oyeron dos voces furiosas:

—¡Imbécil!

—¡Tunante!

—Estoy á las órdenes de usted.

—Yo á las de usted.

Aquello era que disputaban el caballero de la Edad Media y el Postillón ruso, por haber sostenido éste que las armaduras dispensaban el ser valientes, y el otro lo había tomado por una injuria. Quería batirse; todos se interpusieron, y el Capitán, en medio del tumulto, trataba de hacerse oír.

—¡Señores; escúchenme ustedes una palabra! Yo tengo experiencia de estas cosas, señores.

Rosanette dió con su cuchillo en un vaso y acabó por obtener silencio; y dirigiéndose al caballero que conservaba su casco, y luego al Postillón, que tenía una gorra de mucho pelo, dijo:

—Quítese usted primero su cacerola; eso me ahoga; y usted, abajo esa cabeza de lobo. ¿Quieren ustedes obedecerme, pardiéz? Mírenme ustedes las espuelas, ¡soy la Mariscal!

Obedecieron ellos, y todos aplaudieron gritando:

—¡Viva la Mariscal! ¡viva la Mariscal!

Entonces cogió de encima de la estufa una botella de vino de Champagne, y lo echó de muy alto en las copas que le presentaban. Como la mesa era demasiado ancha, los convidados, especialmente las mujeres, se fueron á su lado, levantándose sobre la punta de los pies, sobre

los palos de las sillas, formando durante un minuto un grupo piramidal de peinados, de hombros desnudos, de brazos extendidos, de cuerpos inclinados; y grandes chorros de vino lo regaban todo, porque el Pierrot y Arnoux, en los dos extremos de la sala, destapando cada uno una botella, salpicaban las caras. Los pajarillos de la pajarera, cuya puerta se había dejado abierta, invadían la sala, todos espantados, revoloteando alrededor de la araña, dándose contra los cristales, contra los muebles, y algunos subidos en las cabezas, formaban en el centro de los cabellos como anchas flores.

Los músicos se habían marchado; llevóse el piano de la antesala al salón; la Vatanaz se puso á él y acompañada por el Niño de coro, que golpeaba el tambor vasco, empezó una contradanza con furia, pisando las teclas como caballo que piafa, y moviendo la cintura para marcar mejor el compás. La Mariscal arrastró á Federico; Hussonnet hacia la rueda, la Cargadora se dislocaba como un clown, el Pierrot tomaba maneras de orangután, la Salvaje, con los brazos abiertos, imitaba la oscilación de una chalupa. Por fin, todos, no pudiendo ya más, se detuvieron, y se abrió una ventana.

Penetró la luz del día con la frescura de la mañana; hubo una exclamación de sorpresa y después silencio. Las llamas amarillentas vaci-

laban, haciendo de cuando en cuando estallar las arandelas. Cintas, flores y perlas sembraban el piso; manchas de ponche y de jarabe llenaban las consolas; las colgaduras estaban sucias, los trajes estropeados, llenos de polvo; las trenzas de pelo colgaban sobre los hombros, y la pintura, confundiendo y corriendo con el sudor, descubría pálidos rostros, cuyos rojos párpados se cerraban.

La Mariscala, fresca como si saliera de un baño, tenía las mejillas rosadas, los ojos brillantes, arrojó lejos su peluca, y sus cabellos cayeron á su alrededor como una piel, no dejando ver de todo su vestido más que su calzón, cosa que producía un efecto cómico y lindo á la vez.

La Esfinge, cuyos dientes chocaban de fiebre, tuvo necesidad de un chal. Rosanette corrió á su cuarto para buscarlo, y como la otra la seguía, le cerró vivamente la puerta en las narices.

El Turco observó, en voz alta, que no se había visto salir al Sr. Oudry. Nadie recogió aquella malicia, tan cansado estaba todo el mundo.

Después, esperando los carruajes, se abrigaron en las capellinas y las capas. Sonaron las siete.

El Angel continuaba en el comedor, sen-

tado delante de una compota de manteca y de sardinas, y la Verdulera, á su salud, fumaba cigarrillos, dándole al par consejos acerca de la existencia.

Por fin llegaron los coches y se fueron los invitados. Hussonnet, empleado en una correspondencia para provincias, debía leer antes de almorzar cincuenta y tres periódicos; la Salvaje tenía ensayo en su teatro; Pellerin, un modelo; el Niño de coro, tres citas. A todo esto, el Angel, cogida por los primeros síntomas de una indigestión, no pudo levantarse. El Barón de la Edad Media la llevó hasta el coche.

—Tenga usted cuidado con sus alas—gritó por la ventana la Cargadora.

Estaban ya en la meseta, cuando la señorita Vatnaz decía á Rosanette:

—Adios, querida, ha estado muy bien tu tertulia.

Después añadió á su oído:

—Guárdale.

—Hasta mejores tiempos—contestó la Mariscala volviéndole la espalda, lentamente.

Arnoux y Federico se volvieron juntos, como habían venido. El comerciante de porcelanas tenía un aire de tal modo sombrío, que su compañero le creyó indispuerto.

—¿Yo? no por cierto.

Y se mordía el bigote, fruncía el entrecejo

y Federico le preguntó si le atormentaban sus negocios.

—¡De ninguna manera!

Después, preguntó á su vez de repente:

—Conoce usted ¿no es verdad? al tío Oudry,

Y agregó con expresión de odio:

—Es rico, el viejo bribón.

Enseguida, Arnoux habló de una cochura importante que debían acabar aquel día en su fábrica. Quería verla. El tren salía una hora más tarde.

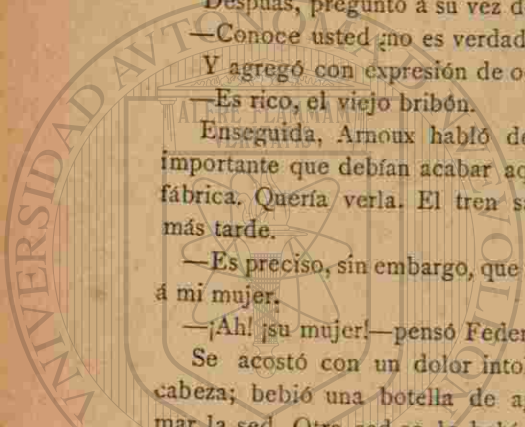
—Es preciso, sin embargo, que vaya á abrazar á mi mujer.

—¡Ah! ¡su mujer!—pensó Federico.

Se acostó con un dolor intolerable en la cabeza; bebió una botella de agua para calmar la sed. Otra sed se le había despertado, la de las mujeres, del lujo y de todo lo que lleva en sí la vida parisién. Sentíase algo aturcido, como hombre que desembarca; y en la alucinación del primer sueño, veía pasar y repasar continuamente los hombros de la Verdulera, las caderas de la Cargadora, las pantorrillas de la Polaca, la cabellera de la Salvaje.

Después, dos grandes ojos negros que no estaban en el baile, aparecieron; y lijeros como mariposas, ardientes como antorchas, iban, venían, vibraban, subían á la cornisa, bajaban hasta su boca. Federico se empeñaba en reco-

nocer aquellos ojos sin conseguirlo. Pero ya el sueño le había cogido; parecía que se hallaba enganchado al lado de Arnoux, á la lanza de un carruaje, y que la Mariscala, á horcajadas sobre él, le rasgaba el vientre con sus espuelas de oro.



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



SISTEMA GENERAL DE BIBLIOTECAS



## II

**F**EDERICO encontró en la esquina de la calle Rumfort, un hotelito, y lo compró; á la vez, el cupé, el caballo, los muebles y dos jardineras tomadas en casa de Arnoux, para ponerlas á los dos lados de la puerta de su salón. Detrás de esta habitación había un cuarto de dormir y un gabinete, en el cual se le ocurrió acomodar á Deslauriers. Pero ¿cómo la recibiría á ella, á su futura amante? La presencia de un amigo, sería molesta. Echó abajo el tabique para agrandar el salón, y del gabinete hizo un cuarto de fumar.

Compró los poemas de su predilección, via.

jes, atlas, diccionarios, porque tenía innumerables planes de trabajo; daba prisa á los obreros, corría por los almacenes, y en su impaciencia por gozar, se lo llevaba sin regatear todo.

Según las cuentas de los proveedores, Federico notó que tendría que desembolsar próximamente unas cuarenta mil pesetas, sin incluir los derechos de sucesión, que pasarían de treinta y siete mil. Como su fortuna consistía en bienes territoriales, escribió al notario del Havre que vendiera una parte de ellos, para pagar sus deudas y tener algún dinero á su disposición. Después, queriendo conocer por fin esa cosa vaga, brillante, indefinible que se llama *el mundo*, preguntó por carta á los Dambreuse si podrían recibirle. La señora contestó que esperaba su visita para el día siguiente.

Era noche de recepción. Los cochos paraban en el patio. Dos criadas se precipitaron á la marquesina, y un tercero, en lo alto de la escalera, le precedió.

Atravesó una antesala, una segunda pieza, después un gran salón de ocho ventanas, y cuya monumental chimenea soportaba un reló en forma de esfera, con dos vasos de porcelana, monstruosos, que contenían, como dos matorrales de oro, dos haces de bugías. Cuadros de la escuela del Españolito colgaban de las paredes; los pesados portiers de tapicería caían majes-

tuosamente; y las butacas, las consolas, las mesas, todo el mobiliario, que era de estilo Imperio, tenía algo de imponente y diplomático. Federico sonreía de placer á su pesar.

Por fin, llegó á una habitación ovalada, artesonada en madera rosa, repleta de lindos muebles y que no tenía otro vano que una sola cristalera que daba al jardín. La señora de Dambreuse estaba cerca del fuego, y una docena de personas formaban círculo á su alrededor. Con una frase amable le indicó que se sentara, pero sin aparentar sorpresa por no haberlo visto en tanto tiempo.

Elogiaban, cuando entró, la elocuencia de abate Coeur; después deploraron la inmoralidad de los sirvientes, á propósito de un robo cometido por un ayuda de cámara, y las conversaciones se enredaron. La vieja señora de Somery estaba constipada; la señorita de Turvisot se casaba; los Montcharron no regresarían antes de fines de Enero; los Bretancourt, tampoco; ahora la gente prolongaba su estancia en el campo. Y la miseria de las conversaciones se encontraba como más de relieve por el lujo de las cosas ambientales; pero lo que se decía era menos estúpido que la manera de decirlo, sin objeto, sin hilación y sin animación. Había allí, sin embargo, hombres versados en la vida, un antiguo ministro, el cura de una gran

parroquia, dos ó tres altos funcionarios del gobierno, y se entretenían en los más menudos lugares comunes. Algunos parecían señoras nobles, ancianas y cansadas, otros tenían aspecto de chalanés, y los viejos acompañaban á sus mujeres, de las que podían pasar por abuelos.

La señora de Dambreuse recibía graciosa-mente á todo el mundo. En cuanto se hablaba de un enfermo, fruncía el ceño dolorosamente, y adoptaba un aire de contento si se trataba de bailes ó de tertulias. Pronto habría de privarse de concurrir á esas fiestas, porque iba á sacar de la pensión á una sobrina de su marido, huérfana. Exaltaron su sacrificio; aquello era conducirse como verdadera madre de familia.

Federico la observaba. La piel mate de su rostro, parecía tersa y de una frescura sin brillo, como fruto conservado; pero sus cabellos en tirabuzones á la inglesa, eran más finos que la seda, sus ojos de un azul reluciente, todos sus gestos delicados. Sentada allá en el fondo, en el confidente, acariciaba los flecos encarnados de una pantalla japonesa, para hacer valer sus manos, indudablemente: manos largas y estrechas, un tanto delgadas, con los dedos algo doblados por la punta. Vestía un traje moaré gris, cerrado, como una puritana.

Federico le preguntó, si aquel año no iría á la Fortelle; la señora de Dambreuse no lo sabía.

Comprendía él perfectamente que no fuera, pues se aburriría en Nogent. Aumentaban las visitas; era aquello un ruido constante de trajes sobre la alfombra; las señoras en el borde de sus sillas fingían risitas, articulaban dos ó tres frases, y al cabo de cinco minutos hablaban con sus hijas. Pronto la conversación no pudo mantenerse y Federico se retiraba, cuando la señora de Dambreuse le dijo:

—Todos los miércoles; ¿no es eso, Sr. Moreau?—compensando con aquellas palabras toda la indiferencia que había manifestado.

Salió contento. Sin embargo, aspiró en la calle una gran cantidad de aire, y por necesidad de un medio menos artificial, Federico recordó que debía una visita á la Mariscala.

La puerta de la antesala estaba abierta; dos bichillos habaneros acudieron, y una voz gritó: —¡Delfina! ¡Delfina! ¿Es usted Félix?

Quedóse parado; los dos perrillos seguían ladrando. Por fin, se presentó Rosanette, envuelta en una especie de peinador de muselina blanca guarnecido de encajes, y con los pies desnudos en babuchas.

—¡Ah! perdone usted, caballero. Le tomaba á usted por el peluquero; un minuto, en seguida vengo.

Y él permaneció solo en el comedor, cuyas persianas se hallaban cerradas. Recorriálo Fe-



derico con la vista, acordándose del ruido de la otra noche, cuando observó que en el centro de la mesa había un sombrero de hombre, un fieltro viejo, abollado, grasiento, inmundo. ¿De quién era aquel sombrero? Mostrándose imprudentemente, parecía decir:

—¿Qué me importa, después de todo? yo soy el amo.

La Mariscala sobrevino. Lo cogió, abrió la estufa, lo tiró en ella, volvió á cerrar la puerta (otras puertas al mismo tiempo se abrían y se cerraban), y habiendo hecho pasar á Federico por la cocina, le introdujo en su tocador.

Vefase desde luego, que aquel era el sitio más frecuentado de la casa, y como su verdadero centro moral. Tela persa de grandes follajes tapizaba las paredes, los sillones y un ancho diván de muelles. Sobre una mesa de mármol blanco resaltaban dos grandes jarrones de porcelana azul; placas de cristal formaban un armario, estaban repletas de frascos, cepillos, peines, barras de cosmético, cajas de polvos; en una alta psiquis, ó espejo montado sobre dos columnas, resplandecía la llama de la chimenea; un paño colgaba de la parte de afuera del baño, y perfumes de pasta de almendra y de benjuí se aspiraban.

—Perdone usted el desorden. Esta noche como fuera.

Y al girar sobre sus talones, por poco aplasta á uno de los perrillos. Federico declaró que eran encantadores. Levantóles ella á los dos, y poniendo junto á la cara de Federico su negro hocico, les dijo:

—Vamos, una risita; á besar á este caballero.

Un hombre con levita sucia de cuello de pieles, entró bruscamente.

—Apreciable Félix—dijo ella—el domingo próximo sin falta, quedará arreglado ese negocio.

El hombre se puso á peinarla, dándole noticias de sus amigas: la señora de Rochegune, la señora de San Florentino; la señora de Lombard, todas nobles como en el hotel Dambreuse. Después habló de teatros; por la noche, en el Ambigú, daban una representación extraordinaria.

—¿Irá usted?

—No, por cierto. Me quedo en casa.

Delfina se presentó, riéndola por haber salido sin su permiso; la otra juró que «volvía del mercado.»

—Bueno; tráigame usted el libro. Lo permite usted, ¿no es verdad?

Y leyendo á media voz el cuaderno, Rosanette hacía observaciones sobre cada artículo. La suma estaba equivocada.

—Devuélvame usted quince céntimos.

Delfina se los dió, y cuando se fué, añadió Rosanette:

—¡Virgen santísima! ¡Qué desgracia es tratar con estas gentes!

A Federico le chocó aquella recriminación, que le recordaba demasiado las otras, y establecía entre las dos casas una especie de igualdad fastidiosa.

Delfina volvió y se acercó á la Mariscala para cuchichear unas palabras á su oído.

—No; no quiero.

Delfina se presentó de nuevo.

—Señora, insiste.

—¡Qué fastidio! Échala fuera.

En aquel mismo momento, una señora vieja, vestida de negro, empujó la puerta. Federico no oyó nada; no vió nada; Rosanette se había precipitado en el cuarto á su encuentro.

Cuando volvió traía la cara roja, y se sentó en uno de los sillones sin hablar. Una lágrima resbaló por su mejilla; y después, volviéndose hacia el joven, le preguntó dulcemente:

—¿Cuál es su nombre de pila de usted?

—Federico.

—¡Ah, Federico! ¿No le molesta á usted que le llame así?

Y le miraba con mimo, más, con amor, cuando de repente lanzó un grito de alegría á

la vista de la señorita Vatnaz. La mujer artista no tenía tiempo que perder, debiendo, como debía, presidir á las seis en punto, su mesa redonda; y venía jadeando, hasta no poder más.

Primero sacó de su ridículo una cadena de reló con un papel, después diferentes objetos, adquisiciones.

—Sabrás que hay en la calle de Joubert guantes de Suecia á diez y ocho pesetas, magníficos. Tu tintorero pide ocho días más. En cuanto al *guipure*, he dicho que se volvería. Bugneaux ha recibido á cuenta. Eso es todo, me parece. Me debes ciento ochenta y cinco pesetas.

Rosanette fué á sacar de un cajón diez napoleones de oro de veinte pesetas; ninguna de ellas dos tenía la vuelta de quince. Federico le ofreció...

—Ya se las devolveré á usted—dijo la Vatnaz, metiendo las quince pesetas en su saco.— Pero es usted una mala persona; yo no le quiero á usted, porque el otro día no me ha sacado usted á bailar ni una sola vez... ¡Ah! querida, he descubierto en una tienda del muelle Voltaire un cuadro de pájaros diseados que son preciosos como amores; en tu lugar los compraría. ¿Cómo encuentras esto?

Y exhibió un retal viejo de seda rosa que

había comprado en el Temple para hacer un jubón Edad Media á Delmar.

—Ha venido hoy, ¿no es verdad?

—No.

—Es singular.

Y después de un minuto, añadió:

—¿A dónde vas esta noche?

—Casa de Alfonsina—dijo Rosanette;—tercera versión de la manera como pensaba pasar la noche.

La señorita Vatnaz preguntó:

—¿Hay algo nuevo del viejo de la Montaña?

Pero por un súbito guiño de los ojos, la Mariscala le mandó callar, y acompañó á Federico hasta la antesala para saber si vería pronto á Arnoux.

—Ruégueme usted que venga; no delante de su mujer, por supuesto.

Junto á la puerta había un paraguas y un par de zuecos, arrimados á la pared.

—Los chanclos de la Vatnaz—dijo Rosanette.—¿Qué piel ¿eh? Es robusta mi amiguita.

Y en tono melodramático, apoyando la última letra de la palabra, añadió:

—No hay que fiar...

Federico, alentado por aquella especie de confianza, quiso besarla el cuello. Ella dijo con frialdad:

—Puede usted hacerlo; eso no cuesta nada.

Sentíase contento al salir de allí, no dudando que la Mariscala sería pronto su amante. Aquel deseo despertó otro; y á pesar de la especie de rencor que le guardaba, tuvo ganas de ver á la señora de Arnoux.

Además, debía ir allá para hacer el encargo de Rosanette.

—Pero ahora, pensó (daban las seis), Arnoux estará indudablemente en su casa.

Y aplazó su visita para el día siguiente.

La encontró en la misma actitud que el primer día, y haciendo una camisa de niño. El chiquillo á sus piés, jugaba con una jaula de fieras de madera; Marta escribía, algo más lejos.

Empezó cumplimentándola respecto de sus hijos; contestando ella sin ninguna necia exajeración maternal.

Tenía el cuarto un aspecto tranquilo; pasaba por los cristales un sol hermoso, relucían las aristas de los muebles, y como la señora de Arnoux se hallaba sentada cerca de la ventana, uno de los rayos dando en los engancha-corazonos ó diablillos ó tolanos de su nuca, penetraba como fluido de oro en su cutis de ambar. —Entonces dijo él:

—Aquí tenemos una personita que ha crecido mucho en estos tres años. ¿Se acuerda usted,

señorita, cuando dormía usted sobre mis rodillas, en el coche?

Marta no se acordaba.

—Una noche volviendo de Saint Cloud.

La señora de Arnoux puso en su mirada singular tristeza. ¿Era para prohibirle toda alusión á su común recuerdo? Sus hermosos ojos negros, cuya esclerótica brillaba, se movían dulcemente bajo sus párpados algo pesados, y en la profundidad de sus pupilas había una infinita bondad. Sintióse él dominado nuevamente por un amor más fuerte que nunca, inmenso; una especie de contemplación le sobrecojía, que sin embargo sacudió. ¿Cómo hacerse valer? ¿Por qué medios? y después de buscar mucho, Federico no encontró nada mejor que el dinero. Se puso á hablar del tiempo, que era menos frío que en el Havre.

—¿Ha estado usted allí?

—Sí, para un negocio... de familia... una herencia.

—Me alegro mucho,—contestó ella con un aire de placer tan verdadero, que él agradeció como un gran servicio.

Preguntóle ella, á seguida, qué pensaba hacer, porque un hombre debía ocuparse en algo. Acordóse él de su mentira y dijo que esperaba llegar al Consejo de Estado, por mediación del Sr. Dambreuse, el diputado.

—¿Le conoce usted quizás?

—De nombre únicamente.

Después, en voz baja, le preguntó:

—¿Le ha llevado á usted *el* al baile la otra noche, no es verdad?

Federico se callaba.

—Eso es lo que quería saber, gracias.

Enseguida le dirigió dos ó tres preguntas discretas acerca de su familia y de su provincia, manifestándole que era muy amable haber permanecido en ella tanto tiempo sin olvidarse.

—¿Podía acaso?—contestó — ¿Lo dudaba usted?

La señora de Arnoux se levantó.

—Creo que nos profesa usted una buena y sólida amistad. Adios... hasta la vista. Y le alargó la mano de una manera franca y viril.

¿No era aquello un compromiso, una promesa? Federico se sentía muy contento de la vida; se contenía para no cantar; tenía necesidad de expansión, de mostrarse generoso, de dar limosnas... Miró á su alrededor si había alguien á quien socorrer; no pasaba ningún menesteroso, y su velocidad de sacrificio se desvaneció, porque no era hombre que buscara lejos la ocasión de realizarlos.

En esto se acordó de sus amigos. El primero en quien pensó fué en Hussonnet, y el se-

gundo Pellerin. La posición ínfima de Deslauriers requería naturalmente consideraciones; en cuanto á Cisy, se alegraba de poder hacerle ver un poco su fortuna. Así es, que escribió á los cuatro para que vinieran á tomar los llaves, como entonces se decía, el domingo siguiente á las once en punto, y encargó á Deslauriers que llevara á Sénecal.

El pasante había sido despedido de su tercer pensionado por no haber aceptado distribución de premios, según costumbre por él mirada como funesta al principio de igualdad. Al presente se hallaba en casa de un constructor de máquinas, y hacía ya seis meses que no vivía con Deslauriers.

Su separación no tuvo nada de penosa. Sénecal, en los últimos tiempos, recibía hombres de blusa, todos patriotas, todos trabajadores todos gentes excelentes, pero cuya compañía parecía fastidiosa al abogado. Además, ciertas ideas de su amigo, muy buenas como armas de guerra, le desagradaban. Callábaselas por ambición, creyendo que por este medio le guiaría, esperando, como esperaba con impaciencia, un gran trastorno, del cual contaba sacar su plaza, hacerse un hueco.

Las convicciones de Sénecal eran más desinteresadas. Todas las noches, cuando su tarea acababa, entraba en su boardilla, y buscaba en

sus libros con qué justificar sus sueños. Había anotado el *Contrato social*; se atiforraba de la *Revista Independiente*; conocía á Mably, Morelly, Fourier, Saint-Simon, Comte, Cabet, Luis Blanc, la extensa carretada de los escritores socialistas, de aquellos que reclaman para la humanidad el nivel de los cuarteles, de los que quisieran divertirla en un lupanar ó doblarla sobre un mostrador. Y de la mezcla de todo eso se había formado un ideal de democracia virtuosa que tenía el doble aspecto de una granja y una industria; una especie de Lacedemonia americana, en que el individuo no existiría más que para servir á la sociedad; más omnipotente, absoluta, infalible y divina que los Grandes Lamas y los Nabucodonosores. Ni una sola duda le ocurría sobre la próxima eventualidad de aquella concepción; y todo lo que le parecía hostil, merecía el encarnizamiento de Sénecal, con razonamientos de geómetra y una buena fé de inquisidor. Los títulos nobiliarios, las cruces, los penachos, las libreas especialmente, y hasta las reputaciones demasiado sonoras, le escandalizaban. Sus estudios y sus sufrimientos avivaban más cada día su odio esencial hacia toda distinción ó superioridad cualquiera.

—¿Qué debó yo á ese caballero para prodigarle atenciones? Si necesitaba de mí, podía venir.

Deslauriers le arrastró. Encontraron á su amigo en su cuarto de dormir. Reposteros y dobles cortinas, luna veneciana, nada faltaba allí; Federico, con una chaqueta de terciopelo, se hallaba recostado en una butaca, fumando cigarrillos de tabaco turco.

Sénécal se puso más sombrío que lo de costumbre, como los beatos á quienes llevan á reuniones de placer. Deslauriers lo observó todo al primer golpe de vista, y saludando muy rendidamente, dijo:

—Presento mis respetos á S. E.

Dussardier le echó los brazos al cuello.

—¿Es usted rico ahora? ¡Tanto mejor, pardiez, tanto mejor!

Cisy se presentó con gasa en el sombrero. Desde la muerte de su abuela, disfrutaba una fortuna importante, y cuidaba menos de divertirse que de distinguirse de los demás; de no ser como todo el mundo; en fin, de «tener *caché*», esta era su frase.

A todo esto, eran las doce y todos bosteaban; Federico esperaba á alguien. Al nombre de Arnoux, Pellerin torció el gesto, considerándole como un renegado desde que había abandonado las artes.

—Si prescindieramos de él ¿qué dirían ustedes?

Todos asintieron.

Un criado con altas polainas abrió la puerta, y se vió el comedor con su gran plinto de roble con realces de oro y sus dos aparadores cargados de vajilla. Las botellas de vino se calentaban en la estufa; las hojas de los cuchillos nuevos relucían cerca de las ostras; había en el tono nacarado de los vasos de muselina como una suavidad estimulante y la mesa desaparecía cubierta de caza, frutas, cosas extraordinarias. Aquellas atenciones fueron perdidas para Sénécal.

Empezó por pedir pan casero y del más duro posible, y á este propósito habló de los asesinatos de Buzançais y de la crisis de las subsistencias.

Nada de eso habría sucedido si se protegiera más la agricultura, si no estuviera todo entregado á la concurrencia, á la anarquía, á la deplorable máxima del «dejad hacer, dejad pasar.» Así se constituía el feudalismo del dinero, peor que el otro. Pero que tengan cuidado; el pueblo se cansará al fin, y podrá hacer pagar sus sufrimientos á los detentadores del capital, bien por sangrientas proscripciones, ó por el pillaje de sus palacios, grandes ó pequeños.

Federico entrevió en un relámpago una oleada de hombres, con los brazos desnudos, invadiendo el gran salón de la señora de Dam-

breuse, rompiendo los espejos á golpes de pico.

Sénécal continuaba: el obrero, vista la insuficiencia de los salarios, era más despreciado que el ilota, el negro y el pária, sobre todo si tiene hijos.

—¿Se debe desembarazarse de ellos por la asfixia, como lo aconseja no sé qué doctor inglés descendiente de Malthus?

Y volviéndose hácia Cisy, le dijo:

—Estaremos reducidos á los consejos del infame Malthus?

Cisy, que ignoraba la infamia, y aun la existencia de Malthus, respondió que sin embargo, se socorrían muchas miserias, y que las clases elevadas...

—¡Ah, las clases elevadas!—dijo con falsa risa el socialista.—En primer lugar, no hay clases elevadas; nadie es elevado sino por el corazón. Nosotros no queremos limosnas, ¿entiende usted? sino la igualdad, el justo reparto de los productos.

Lo que él pedía era que el obrero pudiera llegar á ser capitalista, como el soldado coronel. Los gremios, al menos, al limitar el número de los aprendices, impedían el amontonamiento de los trabajadores y el sentimiento de la fraternidad se hallaba mantenido por las fiestas y los estandartes.

Hussonnet, como poeta, echaba de menos los estandartes; Pellerin también, predilección que nació en el café Dagneaux, oyendo hablar á falansterianos, y declaró que Fourier era un grande hombre.

—¡Vaya!—dijo Deslauriers—un viejo necio que ve en la destrucción de imperios efectos de la venganza divina. Como el Sr. Saint-Simon y su iglesia, con su ódio á la Revolución francesa: un montón de farsantes que querían restaurar el catolicismo.

El Sr. de Cisy, por ilustrarse, sin duda, ó dar de sí buen concepto, se puso á decir despacio:

—¿Esos dos sabios no son de la opinión de Voltaire?

—Ese se lo entrego á usted—contestó Sénécal.

—¿Cómo? Yo creía...

—No, porque no amaba al pueblo.

Después la conversación descendió á los sucesos contemporáneos: los matrimonios españoles, las dilapidaciones de Rochefort, el nuevo capítulo de Saint-Denis, que produciría un aumento de contribuciones. Según Sénécal, ya se pagaba bastante, sin embargo.

—¿Y para qué, Dios mío? Para levantar palacios á los monos del Museo, hacer formar en parada en nuestras plazas á brillantes Estados

Mayores, ó sostener, entre los criados del Castillo, una etiqueta gótica.

—He leído en *La Moda*—dijo Cisy—que el día de San Fernando, en el baile de las Tulle-rías, todo el mundo iba gallardamente disfrazado.

—¡Si eso no es lastimoso!—dijo el socialista encogiéndose de hombros con disgusto.

—¿Y el Museo de Versalles?—exclamó Pellerin—Hablemos de él. Esos imbéciles han acortado un Delacroix y alargado un Gros. En el Louvre, han restaurado, arañado y revuelto tan bien todos los lienzos, que quizás en diez años no quede uno. En cuanto á los errores del catálogo, un alemán ha escrito sobre ellos todo un libro. Los extranjeros, palabra, se burlan de nosotros.

—Sí; somos la risa de Europa—dijo Sénecal.

—Eso sucede por que el arte se halla enfeudado en la Corona.

—Mientras no tengamos el sufragio universal...

—¡Permítame usted! Porque el artista rechazado hacía veinte años en todos los salones, estaba furioso contra el Poder. Que nos dejen en paz. Yo no pido nada; únicamente las Cámaras deberían estatuir acerca de los intereses del Arte. Sería preciso establecer una cátedra

de estética, cuyo profesor, hombre á la vez práctico y filósofo, llegue, era de esperar, á agrupar la muchedumbre. Hará usted bien, Hussonnet, en decir algo de esto en su periódico.

—¿Es que los periódicos son libres? ¿es que lo somos nosotros?—dijo Deslauriers acalorado.

—Cuando se piensa que puede haber hasta veintiocho formalidades para establecer un barquichuelo en un río, le dan á uno ganas de irse á vivir entre los antropófagos. El Gobierno nos devora. Todo lo tiene, la filosofía, el derecho as artes, el aire del cielo; y la Francia agoniza encorvada, bajo la bota del gendarme y la sotana del clerizonte.

El futuro Mirabeau derramaba así su bilis, grandemente. Por fin cojió su copa, se levantó y el puño en la cadera, el ojo brillante, dijo:

—Bebo á la completa destrucción del orden actual: es decir, de todo lo que se llama privilegio, monopolio, dirección, gerarquía, autoridad, Estado.

Y en voz más alta añadió:

—Que quisiera destruir como destruyo esto—lanzando sobre la mesa el lindo vaso de pié, que se rompió en mil pedazos.

Todos aplaudieron, y Dussardier principalmente.

El espectáculo de las injusticias le hacía sal-



tar el corazón. Se inquietaba por Barbès; era de aquellos que se arrojan debajo de los coches para socorrer á los caballos que se caen. Su erudición se limitaba á dos obras una titulada *Crímenes de los reyes*, la otra, *Misterios del Vaticano*. Había escuchado al abogado con la boca abierta, con deleite. Por fin, no conteniéndose más, dijo:

—Yo, lo que censuro á Luis Felipe es e. abandonar á los polacos.

—Un momento—exclamó Hussonet.—En primer lugar... Polonia no existe; es una invención de Lafayette. Los polacos por regla general, son todos del barrio Saint Marceau, puesto que los verdaderos se ahogaron con Poniatowski. En resumen, él ya no caía en eso, se había curado de todo eso. Todo eso era como la serpiente de mar, la revocación del edicto de Nantes y esa antigua farsa de la Saint-Barthélemy.

Sénécal, sin defender á los polacos, recogió las últimas palabras del literato. Se había calumniado á los papas, que después de todo defendían al pueblo, y llamaba á la Liga la aurora de la Democracia, un gran movimiento igualitario contra el individualismo de los protestantes.

Federico se hallaba un tanto sorprendido con aquellas ideas, que fastidiaban á Cisy, probablemente, por que llevó la conversación á los

cuadros vivos del Gimnasio, que atraían por entonces á mucha gente.

Sénécal se afligió de aquello. Tales espectáculos corrompían á las hijas del proletario; después se las veía ostentar un lujo insolente. Por eso aprobaba á los estudiantes bávaros que habían ultrajado á Lola Montes. A semejanza de Rousseau, hacía más caso de la mujer de un carbonero que de la amante de un rey.

—Bromeais con lo selecto—replicó majestuosamente Hussonnet. Y tomó la defensa de esas señoras, en favor de Rosanette. Luego, como hablara de su baile y del traje de Arnoux, dijo Pellerin:

—Pretenden que se bambolea en sus negocios.

El comerciante de cuadros acaba de tener un proceso por sus terrenos de Belleville, y andaba ahora en una compañía de Kaolin en la baja Bretaña con otro farsante de su especie; Dussardier sabía más de eso, porque su principal el Sr. Moussinot, había ido á informarse respecto de Arnoux cerca del banquero Oscar Lefevre, y este había contestado que lo juzgaba poco sólido, conociendo algunas de sus renovaciones.

Concluyeron los postres y pasaron al salón, tapizado, como el de la Mariscalá, de damasco amarillo y en el estilo Luis XVI.

Pellerin censuró á Federico por no haber escogido mejor el estilo neo-griego; Sénecal encendió cerillas frotándolas contra los tapices; Deslauriers no hizo observación alguna, aunque sí de la biblioteca, que llamó biblioteca de señorita.

La mayoría de los literatos contemporáneos se encontraban en ella; pero fué imposible hablar de sus obras, porque Hussonnet, inmediatamente, contaba anécdotas sobre sus personas, criticaba sus figuras, sus costumbres, sus trajes, exaltando los ingenios de décimo quinto orden, denigrando los de primera, y deplorando, por supuesto, la decadencia moderna. Tal cancioncilla de aldeano contenía, por sí sola, más poesía que todos los líricos del siglo XIX; Balzac era ponderado, Byron echado por tierra, Hugo no entendía nada del teatro, etc.

—¿Por qué—decía Sénecal—no tiene usted los volúmenes de nuestros poetas obreros?

Y el señor de Cisy, que se ocupaba de literatura, se admiró de no ver sobre la mesa de Federico algunas de esas fisiologías nuevas, fisiología del fumador, del pescador de caña, del empleado de fronteras.

Llegaron á fastidiarle tanto, que le dieron ganas de echarlos á la calle.

—¿Pero qué estúpido soy!—Y llamando aparte á Dussardier, le preguntó si podía servirle en

algo. Y el excelente muchacho se enterneció. Con su plaza de cajero no necesitaba de nada.

Enseguida, Federico, llevó á Deslauriers á su cuarto, y sacando de su gaveta dos mil pesetas, le dijo:

—Toma, querido amigo, guárdate eso. Es el resto de nuestras cuentas antiguas.

—Pero... ¿y el periódico?—dijo el abogado.—He hablado de él con Hussonnet, ya sabes.

Y Federico contestó que por entonces se encontraba «un poco estrecho». El otro sonrió amargamente.

Después de los licores, se bebió cerveza; después de la cerveza, grogs; se fumaron más pipas, y por fin, á las cinco de la tarde, se fueron todos. Iban unos junto á otros, sin hablar, cuando Dussardier se puso á decir que Federico les había recibido perfectamente. Todos convinieron en ello.

Hussonnet declaró que su almuerzo era un poco pesado; Sénecal criticó la futilidad de su interior; Cisy pensaba lo propio; aquello carecía de *cachet* absolutamente.

—Yo creo—dijo Pellerin—que bien hubiera podido pedirme un cuadro.

Deslauriers se callaba, llevando en los bolsillos de su pantalón sus billetes de Banco.

Federico se quedó solo, pensaba en sus

amigos, y sentía entre ellos y él como un gran fosoleno desombra que les separaba. Les había alargado la mano, sin embargo, y no habían correspondido á la franqueza de su corazón. Se acordó de las palabras de Pellerin y de Dussardier, respecto de Arnoux. Era una calumnia, una invención, sin duda, pero por qué? Y vió á la señora de Arnoux arruinada, llorando, vendiendo sus muebles. Aquella idea le atormentó toda la noche; al día siguiente se presentó en su casa.

No sabiendo cómo comunicar lo que sabía, le preguntó, en forma de conversación, si Arnoux tenía aún sus terrenos de Belleville.

—Sí, siempre.

—Creo que anda ahora en una compañía para Kaolin de Bretaña.

—Es verdad.

—Su fábrica marcha muy bien, ¿no es cierto?

—Pues... lo supongo.

Y como él vacilara, añadió:

—¿Qué tiene usted? me da usted miedo.

El le contó la historia de las renovaciones.

Bajó ella la cabeza, y dijo:

—Lo sospechaba.

Con efecto, Arnoux, para hacer una buena especulación, había rehusado vender sus terrenos, había tomado sobre ellos mucho, y no encontrando adquirentes, había creído arreglarse

estableciendo una manufactura. Los gastos habían excedido á los cálculos. Ella no sabía más de esto, porque Arnoux eludía todas las preguntas y afirmaba constantemente que aquello iba muy bien.

Federico trató de tranquilizarla; tal vez serían dificultades momentáneas; por lo demás, si él averiguaba algo, se lo diría.

—¡Oh! sí ¿no es verdad? —dijo ella juntando ambas manos con un aire de súplica encantador.

Podía, pues, serle útil: entraba ya en su existencia, en su corazón.

Arnoux se presentó.

—Es usted muy amable viniendo á buscarme para comer.

Federico permaneció mudo. Arnoux habló de cosas indiferentes; después advirtió á su mujer que volvería muy tarde, porque tenía una cita con el Sr. Oudry.

—¿En su casa?

—Seguramente; en su casa.

Confesó al bajar la escalera, que encontrándose libre la Mariscala, iban á hacer una linda partida al Molino Rojo; y como necesitaba siempre alguno que recibiera sus expansiones, se hizo acompañar de Federico hasta la puerta.

En lugar de entrar, se paseó por la acera.

mirando á las ventanas del piso segundo. De repente las cortinas se abrieron.

—¡Bravo! el tío Oudry ya no está. Buenas noches.

Luego era el tío Oudry quien la mantenía. Federico no sabía qué pensar ahora.

A partir de aquel día, Arnoux estuvo aún más cordial que antes; le convidaba á comer en casa de su amante, y muy pronto Federico penetró á la vez en ambas casas.

La de Rosanette le divertía. Iban allí por la noche al salir del club ó del teatro; tomaban una taza de té, jugaban una partida de lotería; los domingos se hacían charadas; Rosanette más turbulenta que las demás, se distinguía por sus invenciones chuscas, como correr á cuatro patas ó encajarse un gorro de algodón. Para mirar á los transeuntes por la ventana, tenía un sombrero especial; fumaba en pipa, cantaba tirolitas. Por la tarde, por entretenerse, cortaba flores en un pedazo de tela persa, las pegaba ella misma en sus cristales; llenaba de menjures á sus dos perrillos, hacía quemar pastillas, ó se echaba la buenaventura. Incapaz de resistir á su deseo, se encaprichaba por un cacharro que había visto, no dormía, corría á comprarlo, lo cambiaba por otro y malvendía las telas, perdía sus alhajas, despilfarraba el dinero, hubiera vendido su camisa por un palco de pros;

cenio. Muchas veces preguntaba á Federico la explicación de una palabra que había leído, pero no oía la respuesta, porque saltaba en el acto á otra idea, multiplicando las preguntas. Después de espasmos de alegría, tenía cóleras infantiles; ó soñaba, sentada en el suelo, delante del fuego, con la cabeza baja y la rodilla entre ambas manos, más inerte que una culebra adormecida. Sin darle importancia, se vestía delante de él, estiraba despacio sus medias de seda, después se lavaba con mucha agua la cara, doblando la cintura como una naiade que se extremece; y la risa de sus blancos dientes, las chispas de sus ojos, su belleza, su alegría, deslumbraban á Federico, azotándole sus nervios.

Casi siempre, encontraba á la señora de Arnoux enseñando á leer á su chiquillo, ó detrás de la silla de Marta, que solfeaba al piano; cuando trabajaba en una obra de costura, era para él gran dicha, recoger algunas veces sus tijeras. Todos sus movimientos eran de una tranquila majestad; sus manos pequeñas parecían hechas para derramar limosnas, para enjugar lágrimas, y su voz, un tanto opaca, naturalmente, tenía entonaciones cariñosas y como el soplo de ligera brisa.

No se exaltaba por la literatura, pero su espíritu encantaba por palabras sencillas y pene-

trantes; gustaba de los viajes, del ruido del viento en los bosques, y de pasearse con la cabeza descubierta en los días de lluvia. Federico escuchaba aquellas cosas deliciosamente, creyendo ver que empezaba en ella un cierto abandono de sí misma.

El trato de aquellas dos mujeres sonaba en su vida como á manera de dos músicas: la una alegre, ardiente, divertida; la otra grave y casi religiosa; y vibrando á la vez, iban aumentando y mezclándose poco á poco. Porque si la señora de Arnoux le rozaba tan solo con un dedo, la imagen de la otra, inmediatamente se presentaba á su deseo, por que de este lado era menos lejana la esperanza; y cuando al lado de Rosanette, llegaba su corazón á conmoverse, se acordaba de su gran amor.

Aquella confusión estaba provocada por similitudes entre los dos interiores. Uno de los cofres que veía antes en el bulevar Montmartre adornaba al presente el comedor de Rosanette, el otro, el salón de la señora de Arnoux. En las dos casas los servicios de mesa eran parecidos, y hasta se encontraba la misma gorra de terciopelo andando por las butacas; después, una multitud de regalos, de pantallas, de cajas, de abanicos, iban y venían de casa de la amante á casa de la esposa, porque sin la menor dificultad, Arnoux muchas veces le recojía á la una lo

que le había dado, para ofrecérselo á la otra.

La Mariscala se reía con Federico de sus malas maneras. Un domingo [después de comerle llevó detrás de la puerta, y le enseñó en su paletot un papel de pasteles, que acababa de escamotear en la mesa, para regalárselos, sin duda, á sus chiquillos; Arnoux se entregaba á travesuras rayanas á la indecencia. Era para él un deber defraudar los consumos, jamás iba al teatro pagando, con un billete inferior pretendía ocupar un puesto superior, y contaba como excelente farsa, que tenía costumbre en los baños fríos, de echar en la hucha del mozo un botón de calzoncillos en vez de una pieza de diez céntimos. A pesar de todas estas cosas le amaba la Mariscala

Un día, sin embargo, dijo á Federico hablándole de Arnoux.

—Me fastidia al fin; ya tengo bastante; tanto peor para él; ya encontraré otro.

Federico creía que ya había encontrado el otro, y que se llamaba Oudry.

—Bueno—dijo Rosanette—y eso que importa.

Después, añadió con lágrimas en la voz:

—Le pido bien poca cosa, sin embargo, y no quiere el animal, y no quiere. En punto á promesas, ya es distinto.

Hasta le había prometido la cuarta parte

de los beneficios en las famosas minas de Kaolin; pero ningún beneficio parecía, como tampoco la cachemira con que hacía seis meses la entretenía.

Federico pensó inmediatamente en regalársela; pero Arnoux podría tomarlo como una lección y enfadarse. Y con todo, era bueno, su misma mujer lo decía; ¡pero tan loco!

En vez de llevar todos los días gente á comer á su casa, llevaba á sus conocimientos al restaurant; compraba cosas completamente inútiles, como cadenas de oro, relojes, artículos de menaje. La señora de Arnoux hasta le enseñó á Federico, en el corredor, una enorme provisión de ollas, cafeteras y teteras. Por fin, un día, le confesó sus inquietudes: Arnoux le había hecho firmar un pagaré suscrito á la orden del Sr. Dambreuse.

A todo esto, Federico conservaba sus proyectos literarios, por una especie de punto de honor respecto de sí mismo. Quiso escribir una historia de la estética, resultado de sus conversaciones con Pellerin; después poner en dramas diferentes épocas de la Revolución francesa y componer una gran comedia al influjo indirecto de Deslauriers y Hussionnet. En medio de su trabajo, muchas veces el rostro de la una ó de la otra pasaba por delante; luchaba contra el deseo de verlos, no tardaba en

ceder y se sentía más triste al volver de casa de la señora de Arnoux.

Una mañana que rumiaba su melancolía al rincón del fuego, entró Deslauriers. Los discursos incendiarios de Sénecal habían inquietado á su principal, y una vez más se encontraba sin recursos.

—¿Qué quieres tú que yo le haga?—dijo Federico.

—Nada; no tienes dinero, ya lo sé; ¿pero te molestaría buscarle una plaza por conducto del Sr. Dambreuse ó de Arnoux?

Este debía necesitar ingenieros para su establecimiento. Federico tuvo una inspiración: Sénecal podría advertirle las ausencias del marido, llevar cartas, ayudarle en mil ocasiones que se presentarían. De hombre á hombre se cambian siempre esos servicios. Además él encontraría medio de emplearle sin que se apercibiera de ello. La casualidad le ofreció un auxiliar, aquello era de buen augurio; preciso era recojerlo; y afectando indiferencia, contestó que la cosa quizás sería factible y que se ocuparía de ella.

Y se ocupó inmediatamente. Arnoux trabajaba mucho en su fábrica buscaba el rojo bronceado de los chinos; pero sus colores se volatilizaban por la cocción. Para cortar las grietas de sus barro, mudaba cal á la arcilla; pero las

piezas se rompían en su mayoría, el esmalte de sus pinturas, sobre crudo, hervían, sus grandes placas se arrufaban y atribuyendo esos fracasos á los malos utensilios de su fábrica, quería encargarse otros molinos de pulverizar, otras secadoras. Federico recordó algunas de estas cosas, y le preguntó sobre ellas, anunciándole que había encontrado un hombre muy útil, capaz de encontrar su famoso rojo. Arnoux dió un salto; después, habiéndole oído, contestó que no necesitaba á nadie.

Federico exaltó los prodigiosos conocimientos de Sénecal, á la vez ingeniero, químico y contable; un matemático de primera fuerza.

El fabricante consintió verle. Ambos disputaron acerca de los emolumentos. Federico se interpuso y llegó, al fin de la semana, á ponerles de acuerdo.

Peró como la fábrica estaba situada en Creil, Sénecal no podía ayudarle en nada. Aquella reflexión tan sencilla, abatió su ánimo como una desventura.

Pensó que cuanto más desligado estuviese Arnoux de su mujer, mayores probabilidades tendría él cerca de ella. Entonces se puso á hacer la apología de Rosanette constantemente; le echó en cara sus faltas para con ella, contó las vagas amenazas de días pasados, y

hasta habló de la cachemira, sin callarse que ella le tachaba de avaricia.

Arnoux, picado por la palabra (y concibiendo, además, inquietudes) llevó la cachemira á Rosanette, pero riñéndola por haberse quejado á Federico; como ella le dijera que le había recordado cien veces la promesa, pretendió demostrar que se le había olvidado con sus muchas ocupaciones.

Al día siguiente se presentó Federico en casa de ella; aunque eran las dos, la Mariscala estaba aún acostada; y á su cabecera, Delmar instalado delante de un velador, acababa un trozo de gran efecto. Desde lejos gritó ella:

—La tengo, la tengo.

Y después, cogiéndole por las orejas, le besó en la frente, le dió muchas gracias, le tuteó, hasta quiso hacerle acostar en su cama. Sus lucidos y tiernos ojos brillaban, su húmeda boca sonreía, sus dos brazos redondos salían de su camisa sin mangas, y de cuando en cuando sentía él, á través de la batista, los fuertes contornos de su cuerpo. Delmar, durante ese tiempo, movía sus pupilas.

—Peró verdaderamente, amiga mía, querida amiga mía...

Lo mismo sucedió las veces siguientes. En cuánto entraba Federico, se ponía de pié sobre su cojín para que la besara mejor, le lla-

maba monín, querido, ponía flores en su ojal, arreglaba su corbata. Aquellas graciosas atenciones aumentaban siempre que Delmar estaba presente.

¿Eran preludios? Así lo creyó Federico. En cuanto a lo de engañar á un amigo, Arnoux en su lugar no se violentaría, y tenía el derecho de no ser virtuoso con su amante, habiéndolo sido siempre con su mujer; porque creía haberlo sido, ó más bien hubiera querido creerse para fortificar su prodigiosa cobardía. Encontróse estúpido, sin embargo, y resolvió tratar á la Mariscala abiertamente.

Así, pues, una tarde, al bajarse delante de su cómoda, se aproximó á ella y hubo algo de elocuencia, tan poco ambigua que se levantó inmediatamente enteramente roja. Volvió él, y entonces se deshizo ella en lágrimas, diciendo que era muy desgraciada y que no era esto una razón para que la despreciaran. Reiteró sus tentativas; tomó ella entonces diverso camino, que fué el de reirse siempre; creyó él malicioso usar el mismo tono exajerándolo; pero se mostraba demasiado alegre para que fuera sincero, y este juego de camaradas era un obstáculo á la manifestación de toda emoción seria. Por fin, otro día, le contestó que no aceptaba los restos de otra.

—¿Qué otra?

—Pues sí; vete á buscar á la señora de Arnoux.

Porque Federico hablaba de ella muy á menudo; Arnoux, por su parte, tenía la misma manía, y Rosanette acabó por impacientarse de oír siempre elogiar á aquella mujer, y su impuación venía á ser una especie de venganza. Federico le guardó rencor por ella.

Empezaba además á molestarle mucho. A veces, dándole de experimentada, maldecía del amor con una risa excéptica, que producía comezones y hasta guantadas. Un cuarto de hora más tarde, era aquello la única cosa que había en el mundo, y cruzando sus brazos sobre el pecho, como para estrechar á alguno, murmuraba: «¡Sí, es bueno; es tan bueno!» los párpados en treabiertos y casi espasmodiada de embriaguez. Imposible era conocerla; saber, por ejemplo, si amaba á Arnoux, porque se burlaba de él y parecía tener celos. Otro tanto acontecía respecto de la Vatnaz, á quien llamaba miserable, y otras veces su mejor amiga. Tenía, en fin, en toda su persona y hasta en el torcido de su moño algo de inexpresable, que parecía un reto; y Federico la deseaba, sobre todo, por el placer de vencerla y dominarla.

¿Cómo hacer: porque muchas veces le despedía sin ninguna ceremonia, presentándose un minuto entre puertas para cuchichear:



—Estoy ocupada; hasta la noche.

O la encontraba en medio de doce personas; y cuando estaban solos, parecía cosa de apuesta, tales eran los obstáculos que se sucedían.

Convidábala á comer, pero rehusaba siempre; una vez aceptó, mas no fué.

Una idea maquiavélica surgió en su cerebro. Conociendo por Dussardier las recriminaciones de Pellerin á su respecto, imaginó encargarle el retrato de la Mariscala, un retrato de tamaño natural, que exigiría muchas sesiones; no faltaría ni á una, y la acostumbrada inexactitud del artista facilitaría sus conferencias. Invitó, pues, á Rosanette á que se dejara pintar, para ofrecer sus facciones á su querido Arnoux. Aceptó, porque se veía en medio del gran salón, en el sitio de honor, con una multitud de gente delante, y los periódicos hablarían de ella, con lo que «se lanzaría» de repente.

En cuanto á Pellerin, acogió la proposición ávidamente; porque aquel retrato le distinguiría como un grande hombre, y sería una cosa maestra.

Pasó revista en su memoria á todos los retratos de maestro que conocía, y al fin se decidió por un Ticiano, que realzaría con adornos á la veneciana. Ejecutaría su pensamiento sin sombras ficticias, en una luz franca, iluminando

las carnes de un solo tono, y haciendo brillar los accesorios.

—¡Si le pusiera—pensaba—un traje de seda rosa con un albornoz oriental! No; el albornoz resulta canalla. Si la vistiera mejor de terciopelo azul, sobre un fondo gris, muy coloreado! Pudiera colocársela también una gola de *guipou-re* blanco, con un abanico negro y una cortina escarlata detrás.

Y buscando así, ampliaba todos los días su concepción maravillándose de ella.

Palpitó el corazón cuando Rosanette acompañada de Federico, llegó á su casa para la primera sesión. La colocó de pié, en una especie de estrado, en medio de la habitación; y quejándose del día y echando de menos su antiguo taller, hizo primero que apoyara el codo sobre un pedestal, después que se sentara en un sillón, y alternativamente se alejaba y aproximaba á ella para corregir de un capirotazo los pliegues del traje, la mirada con los ojos medio cerrados y consultaba á Federico con una palabra.

—Pues bien, no—exclamó—Vuelvo á mi primitiva idea. La visto á usted de veneciana.

Tendría un traje de terciopelo punzó con un cinturón de platería, y su ancha manga dejaría ver su brazo desnudo apoyado en la balaustrada de una escalera colocada detrás de ella.

A su izquierda, una gran columna llegaría hasta el límite del lienzo á unirse allí con arquitecturas, describiendo un arco. Verfanse abajo, vagamente, macisos de naranjos casi negros, cortando un cielo azul rayado de nubes blancas.

En la balastrada cubierta por un tapiz, habría un plato de plata, con un ramo de flores, un rosario de ambar, un puñal y un cofrecillo de marfil antiguo algo amarillento de donde rebotarían zequines de oro, hasta algunos en el suelo, caídos acá y allá, formarían brillantes salpicaduras, de modo que llevaran la vista á la punta del pié; porque estaría colocada en el penúltimo escalón, con un movimiento natural y en plena luz.

Fué á buscar una caja de cuadros que puso sobre el estrado para afianzar el escalón; después dispuso como accesorios sobre un taburete á guisa de balastrada, su chaqueta, un escudo, una caja de sardinas, un paquete de plumas, un cuchillo, y cuando hubo arrojado ante Rosanette una docena de piezas, la hizo tomar postura.

—Figúrese usted que estas cosas son riquezas, espléndidos presentes. La cabeza irá poco á la derecha. Perfectamente; y no se mueva usted ya. Esa actitud majestuosa sienta bien á su género de belleza.

Llevaba un traje escocés con un gran manguito, y se contenía para no reirse.

—En cuanto al peinado, pondremos entre los cabellos un hilo de perlas; eso hace siempre buen efecto en los cabellos rojos.

La Mariscala protestó diciendo que ella no tenía el pelo rojo.

—¡Calle usted! El rojo de los pintores no es el de los profanos.

Y empezó á bosquejar la posición de las masas; tan preocupado se hallaba con los grandes artistas del Renacimiento, que hablaba de ellos. Durante una hora soñó en voz alta con aquellas existencias magníficas, llenas de génio, de gloria y de suntuosidades con entradas triunfales en las ciudades, galas á la luz de las antorchas, entre mujeres medio desnudas, bellas como dioses.

—Usted estaba hecha para vivir en aquel tiempo. Una criatura de ese calibre habría merecido un monseñor.

Rosanette encontraba muy delicados aquellos cumplidos. Fijóse el día de la sesión próxima; y Federico se encargó de llevar los accesorios. ®

Como el calor de la estufa la había aturrido un poco, se volvieron á pié por la calle del Bac y llegaron al puente Real. Hacía un tiempo hermoso, crudo y espléndido. El sol se po-

ña; algunos vidrios de las casas en la Cité, brillaban de lejos como planchas de oro, mientras que, por detrás, á la derecha, las torres de Nuestra Señora, se perfilaban negras en el cielo azul, blandamente bañado en el horizonte de vapores grises. El viento sopló, y Rosanette declaró que tenía hambre, por lo cual entraron en la pastelería inglesa.

Mujeres jóvenes, con sus niños, comían de pié en el *buffet* de mármol, en que se juntaban, bajo campanas de cristal, los platos de pastelillos; Rosanette se comió dos tartas á la crema; su azucar en polvo le hacía bigote en los extremos de su boca. De cuando en cuando, para limpiarlos, sacaba su pañuelo del manguito, y su figura parecía, bajo su capota de seda verde, á una rosa abierta entre sus hojas.

Se volvieron á poner en marcha; en la calle de la Paix se detuvo delante de una platería contemplando un brazalet; Federico quiso regalársele.

—No—dijo—guarda tu dinero.

La frase le ofendió.

—¿Qué tiene la mim? ¿estamos tristes?

Y reanudando la conversación, llegó, como de costumbre, á protestas de amor.

—Bien sabes tú que eso es imposible.

—¿Por qué?

—Porque...

Iban juntos, ella apoyada en su brazo y los volantes de su traje le daban en las piernas. Entonces recordó un crepúsculo de invierno, en que sobre la misma acera llevaba á su lado también á la señora de Arnoux, y aquel recuerdo le absorbió de tal modo que ya no se apercibía de Rosanette, ni pensaba en ella siquiera.

Miraba ella á la ventana, enfrente de sí, dejándose casi arrastrar como niño perezoso. Era la hora en que se volvía de paseo, y los carruajes desfilaban al trote largo sobre el piso seco. Las lisonjas de Pellerin le volvieron sin duda á la memoria, y lanzó un suspiro.

—¡Ah! ¡Cuántas hay felices! Estoy hecha decididamente para un hombre rico.

Él contestó con tono brutal:

—Tenía usted uno, sin embargo, porque el Sr. Oudry pasaba por tres veces millonario.

Ella no deseaba más que verse libre de él.

—¿Quién se lo impide á usted?

Y exhaló amargas burlas acerca de aquel viejo burgués de peluca, demostrándola que semejante unión era indigna y que debía romperla.

—Sí—contestó la Mariscala como hablándose á sí misma.—Es lo que acabaré por hacer, indudablemente.

Federico quedó encantado por aquel des-

interés. Andaba ella más despacio; él la creyó cansada; obstinóse ella en no querer coche y le despidió delante de su puerta, enviándole un beso con la punta de los dedos.

—¡Ah, qué fastidio! y pensar que hay imbéciles que me consideran rico!

Y al llegar á su casa iba sombrío. Hussonnet y Deslauriers le esperaban. El bohemio, sentado delante de su mesa, dibujaba cabezas de turco, y el abogado, con las botas llenas de cascarías, dormitaba en un diván.

—¡Al fin!—exclamó—¡Pero qué aire tan feroz! ¿Puedes oírme?

Su voga como pasante disminuía, porque enseñaba á sus discípulos teorías desfavorables para sus exámenes. Había pleiteado dos ó tres veces y había perdido, y cada nueva decepción le impulsaba más y más hacia su antiguo sueño; un periódico donde pudiera desarrollar sus ideas, vengarse, escupir su bilis. Fortuna y reputación, además, llegarían. En esta esperanza había enredado al bohemio Hussonnet, que poseía una hoja.

Al presente salía en papel color de rosa; inventaba *canards*, componía geroglíficos, intentaba entablar polémicas, y hasta (á despecho del local) quería montar conciertos. La suscripción de un año daba derecho á un sitio de orquesta en uno de los principales teatros de Pa-

rís; además, la administración se encargaba de suministrar á los señores extranjeros todas las noticias apetecibles, artísticas y de otra clase. Pero el impresor amenazaba, se debían tres plazos al propietario, surgían toda especie de dificultades, y Hussonnet habría dejado morir al *Arte* sin las exhortaciones del abogado, que le predicaba cuotidianamente. Le había llevado allí para dar más peso á sus gestiones.

—Venimos por lo del periódico—dijo.

—¡Calla! ¿todavía piensas en eso?—contestó Federico con aire distraído.

—Ciertamente que pienso en ello.

Y expuso de nuevo su plan. Por las noticias de Bolsa, se pondrían en relaciones con los financieros, y obtendrían así las cien mil pesetas de fianza indispensables. Pero para que la hoja pudiera transformarse en periódico político, era preciso antes tener una gran suscripción, y para esto, resolverse á algunos gastos, tanto para el papel, imprenta, oficina; en resumen, una suma de quince mil pesetas.

—No tengo fondos—dijo Federico.

—¿Y nosotros pues?—contestó Deslauriers cruzándose de brazos.

Federico, ofendido del gesto, añadió:

—¿Es culpa mía...

—Muy bien. Ellos tienen leña en su chimenea, trufas en su mesa, una buena cama, una

biblioteca, un carruaje, todas las dulzuras. Pero que otro triste bajo las tejas, coma á una peseta, trabaje como un forzado, y patalee en la miseria ¿es culpa suya?

Y repetía: «¿Es culpa suya?» con una ironía ciceroniana que oía á tribunales. Federico quería hablar.

—Además, ya comprendo, se tienen ciertas necesidades... aristocráticas; porque sin duda... alguna mujer...

—Y bien, aun cuando eso fuera, ¿no soy libre?...

—¡Oh! muy libre.—Y después de un minuto de silencio, añadió:

—¡Es tan cómodo prometer!

—¡Dios mío! no niego haber prometido—contestó Federico.

El abogado continuó:

—En el colegio, se hacen juramentos; se constituirá una falange; se imitará á *los Trece* de de Balzac. Después, cuando nos encontramos, «buenas noches, antiguo amigo; vete á paseo» porque aquel que pudiera servir al otro, retiene precisamente todo para sí propio.

—¿Cómo?

—Sí; tú ni aun nos has presentado en casa de los Dambreuse.

Federico le miró; con su pobre levita, sus gafas deslucidas y su pálida fisonomía, el abo-

gado le pareció tan galopín, que no pudo evitarse una sonrisa desdeñosa. Deslauriers la recogió y se puso encarnado.

Tenía ya su sombrero en la mano para irse, cuando Hussonet, lleno de inquietud, trataba de dulcificarle por miradas suplicantes, y como Federico le volvía la espalda, le dijo:

—Vamos; sea usted mi Mecenas; proteja usted las artes.

Federico, con un brusco movimiento de resignación, cogió una hoja de papel y después de garrapatusear en ella unas cuantas líneas, se la largó. Luego pasó la carta á Deslauriers, y le dijo:

—Discúlpese usted, señor.

Su amigo rogaba á su notario que le enviara lo más pronto posible, quince mil pesetas.

—¡Ah! te reconozco en eso—exclamó Deslauriers.

—Palabra de honor—añadió el bohemio—es usted un valiente, y le pondrán á usted en la galería de los hombres útiles.

El abogado agregó:

—No perderás nada en ello; la especulación es excelente!

—¡Pardiez—gritó Hussonet—pondría mi cabeza en la horca!

Y endilgó tantas tonterías y prometió tantas maravillas (en las que quizás creyera) que Fe-

derico no sabía si todo aquello lo hacía para burlarse de los otros ó de sí propio.

Aquella tarde recibió una carta de su madre. Admirábase de no verle aún ministro, bromeando sobre esto un poco. Después hablaba de su salud, y le manifestaba que el Sr. Roque iba ya á su casa «Desde que está viudo, he creído que no había inconveniente en recibirle. Luisa está muy cambiada favorablemente.» Y en postdata, añadía: «No me dices nada de tus excelentes relaciones con el Sr. Dambreuse; en tu lugar le utilizaría.»

¿Por qué no? Había abandonado sus ambiciones intelectuales, y su fortuna (lo veía) era insuficiente; porque pagadas sus deudas y entregada á los otros la suma convenida, su renta disminuiría en cuatro mil pesetas. Además, sentía la necesidad de salir de aquella existencia, de ocuparse de algo. Así, que al día siguiente, comiendo en casa de la señora de Arnoux, dijo que su madre le atormentaba para que abrazara una profesión.

—Pero yo creía— dijo ella— que el señor Dambreuse debía proporcionaros la entrada en el Consejo de Estado. Eso le sentaría á usted muy bien.

Ella lo quería; obedeció.

El banquero, como la primera vez, se hallaba sentado á su mesa de despacho, y con un

gesto le rogó esperase algunos minutos, porque un caballero, que daba la espalda á la puerta, le hablaba de asuntos graves. Se trataba de carbón de piedra, y de una fusión que realizar entre diversas Compañías.

Los retratos del general Foy y de Luis Felipe, formaban pareja á los lados del espejo; los estantes llegaban hasta los artesonados del techo, y había seis sillas de paja; que para sus negocios no necesitaba el Sr. Dambreuse habitación más elegante; era aquella, como esas oscuras cocinas donde se elaboran grandes festines. Federico observó sobre todo dos cofres monstruosos encajados en los rincones, y se preguntaba cuántos millones podrían contener. El banquero abrió uno, y la plancha de hierro giró, no dejando ver en el interior sino cuadernos de papel azul.

Por fin el individuo pasó por delante de Federico, era el tío Oudry. Ambos se saludaron ruborizándose, cosa que pareció admirar al Sr. Dambreuse. Por lo demás, se manifestó muy amable; nada más fácil que recomendar á su joven amigo al ministro, que se consideraría muy dichoso de tenerle en la Administración, y concluyó sus corteses atenciones invitándole á una tertulia que daba dentro de algunos días.

Federico subía en el cupé para ir á casa de ella,

cuando llegó una carta de la Mariscalá. A la luz de los faroles leyó:

«Querido: he seguido los consejos de usted. Acabo de expulsar á mi oso. A partir de mañana por la noche, ¡libertad! Diga usted que no soy valiente.»

Nada más; pero aquello era convidarle á la plaza vacante; lanzó una exclamación, guardó la carta en el bolsillo y partió.

Dos municipales de caballería estaban en la calle. Una fila de farolillos ardían á las dos puertas cocheras; y los criados, en el patio, gritaban para hacer adelantar los coches hasta la cuadra debajo de la marquesina. Después, de repente, el ruido cesaba en el vestíbulo.

Altos árboles llenaban la caja de la escalera interior; los globos de porcelana esparcían una luz que ondulaba como las aguas *moart* y raso blanco y en las paredes.

Federico subió los escalones alegremente; un ujier pronunció su nombre: el Sr. Dambreuse le alargó la mano: casi al punto se presentó la señora.

Llevaba un traje malva guarnecido de encajes, los bucles de su peinado más numerosos que de costumbre, y sin una sola alhaja.

Quejábase ella de sus raras visitas, encontró el medio de decir algo. Llegaban los invitados; á modo de saludo, se inclinaban de

lado, ó se doblaban, ó bajaban la cabeza únicamente; luego una pareja conyugal, una familia, pasaba, y todos se dispersaban por el salón ya lleno.

Bajo la araña del centro, una otomana enorme sostenía una jardinera, cuyas flores inclinábanse como penachos sobre las cabezas de las mujeres, sentadas alrededor, mientras que otras ocupaban las butacas que formaban dos líneas rectas simétricamente interrumpidas por las altas cortinas de las ventanas de terciopelo nacarado y los huecos de las puertas de dinteles dorados.

Los hombres que estaban de pié, con su sombrero en la mano, formaban de lejos una sola masa negra, en que las cintas de los ojales señalaban puntos rojos acá y allá cuya masa hacía aún más sombría la monótona blancura de las corbatas. Excepto algunos jóvenes de barba naciente, todos parecían aburrirse; algunos petrimetros, con aire desgarbado se balanceaban sobre sus talones. Las cabezas grises, las pelucas, eran numerosas; de cuando en cuando relucía un cráneo calvo; y las fisonomías, ó de color de púrpura ó muy pálidas, demostraban en su quebranto la huella de inmensas fatigas, como pertenecientes las gentes aquellas á la política ó á los negocios. El Sr. Dambreuse había también invitado á muchos sábios, magis-

trados, dos ó tres médicos ilustres, y rechazaba con modestas actitudes los elogios que le hacían sobre la tertulia, y las alusiones á su riqueza.

Por todas partes circulaba la servidumbre galoneada de oro. Los grandes candelabros, como ramos de fuego, iluminaban los tapices de las paredes, reproduciéndose en los espejos; y allá en el fondo del comedor, en que lucía una enredadera de jazmines, el *buffet* parecía un altar mayor de catedral, ó una exposición de platería; tantos eran los platos, las campanas, los cubiertos y cucharones de plata y plata sobredorada que había, en medio de la cristalería de facetas, que cruzaban por cima de las viandas resplandores irisados. Los otros tres salones se veían repletos de objetos de arte, paisajes de maestros en los testers, marfiles y porcelanas en las mesas, cachivaches de China en las consolas; biombos de laca doblábanse delante de las ventanas, grupos de camelias salían del suelo hasta las chimeneas, y una música ligera vibraba de lejos como susurro de abejas.

Las cuadrillas no eran numerosas, y los bailarines, en la manera displicente con que arrastraban los zapatos, parecían cumplir un deber. Federico oyó frases como estas:

—¿Ha estado usted en la última fiesta de beneficencia, en el hotel Lambert, señorita?

— No, señor.

—¡Pronto va á hacer un calor!...

—Verdad, asfixiante.

—¿De quién es esta polka?

—No lo sé, señora.

Y detrás de él, tres vejestorios, colocados en el hueco de una ventana, cuchicheaban sobre asuntos obscenos; otros hablaban de ferrocarriles, libre-cambio; un *sportman* contaba una historia de caza, un legitimista y un orleanista discutían.

Vagando de grupo en grupo, llegó al salón de los jugadores, donde, en un círculo de gentes graves, vió á Martinon, agregado por entonces á los tribunales de la capital.

A su ancha cara color de cera, cuadraba perfectamente su barba, que era una maravilla por lo idénticamente igualados que estaban los pelos negros, y guardando un justo medio entre la elegancia exigida por su edad y la dignidad que reclamaba su profesión; colocaba su dedo pulgar en el hueco del chaleco, según la costumbre de los gomosos, y luego su mano en el escote, á la manera de los doctrinarios llevaba las botas extracharoladas; usaba afeitadas las sienes, para formarse así una frente de pensador.

Después de algunas frases dichas con frialdad, se volvió á su conciliábulo.



Un propietario exclamaba:

—Es esa una clase de hombres que sueñan con trastornar la sociedad.

—¡Piden la organización del trabajo!—expuso otro—¿Se concibe eso?

—¿Qué quiere usted—contestó un tercero—cuando vemos al señor de Genoude, dar la mano á *El Siglo*?

—Y los mismos conservadores llamarse progresistas! Para traernos ¿que? ¡la República! como si fuera posible en Francia!

Todos convinieron en que la República era imposible en Francia.

—No importa—observó en alta voz un caballero.—Se ocupan demasiado de la revolución; se publican acerca de esto, un montón de historias, de libros...

—Sin tener en cuenta—dijo Martinon—que hay quizás asuntos más serios de estudio.

Un ministerial habló de los escándalos del teatro:

—Así, por ejemplo, ese drama nuevo *La reina Margarita*, pasa verdaderamente de los límites. ¿Dónde estaba la necesidad de que nos hablaran de los Valois? Todo eso presenta la realenza bajo un aspecto desfavorable. ¡Como la prensa! Las leyes de Septiembre, dígame lo que se quiera, son demasiado suaves; yo desearía tribunales militares para enmudecer á los perio-

distas; á la menor insolencia, llevarlos ante un consejo de guerra, y andando.

—¡Cuidado, caballero, cuidado!—dijo un profesor.—¡No ataque usted á nuestras preciadas conquistas de 1830! respetemos nuestras libertades. Era preciso descentralizar; más bien; distribuir el excedente de las poblaciones en los campos.

—¡Pero si están gangrenadas!—exclamó un católico.—Haga usted que se afirme la Religión.

Martinon se apresuró á decir:

—Con efecto; ese es un freno.

Todo el mal estaba en ese afán moderno de elevarse todo el mundo por encima de su clase, de gozar el lujo.

—Sin embargo—objetó un industrial—el lujo favorece al comercio. Así es, que yo aplaudo que el duque de Nemours exija el calzón corto para sus tertulias.

—Thiers ha ido á ellas con pantalón. ¿Conoce usted su frase?

—Sí, encantadora. Pero huele á demagogo, y su discurso en la cuestión de las incompatibilidades no ha dejado de tener su influencia en el atentado del 12 de Mayo.

—¡Ah, bah!

—¿Eh? ¿eh?

El círculo aquel se vió obligado á romperse

para dar paso á un criado que llevaba una bandeja, y trataba de entrar en el salón de los jugadores.

Debajo de las pantallas verdes de las bujías, hileras de cartas y de monedas de oro, cubrían la mesa. Federico se detuvo delante de una, perdió las trescientas pesetas que llevaba en el bolsillo, hizo una pirueta, y se encontró en el dintel del gabinete en que entonces se hallaba la señora de Dambreuse.

Llenábanlo las mujeres, unas junto á otras, en sillas sin respaldo. Sus largas faldas, ahuecadas á su alrededor, parecían olas de que surgían sus talles, ofreciéndose á las miradas sus senos en los escotes de los cuerpos. Casi todas llevaban un ramo de violetas en la mano. El tono mate de sus guantes hacían resaltar la blancura hermanos de sus brazos; flequillos y yerbas colgaban sobre sus hombros, y podría creerse, en ciertos estremecimientos, que el traje iba á resbalar. Pero la decencia de las figuras templaba las provocaciones del vestido, muchas hasta tenían una placidez casi bestial; y aquel conjunto de mujeres medio desnudas, hacía soñar con el interior de un harem. A la mente del joven vino una comparación más grosera. Con efecto, toda clase de bellezas se encontraban allí; inglesas de lindo perfil, una italiana, cuyos ojos negros fulguraban como un Vesubio, tres

hermanas vestidas de azul, tres normandas, frescas como manzanos en mes de Abril, una rusa alta con aderezo de amatistas. Y los blancos destellos de los brillantes que temblaban en forma de piochas entre los cabellos, los focos luminosos de la pedrería colocada sobre los pechos, y el suave brillo de las perlas que daban tono á los semblantes, se mezclaban con los resplandores de las sortijas de oro, los encajes, los polvos, las plumas, el bermellón de las boquitas, el nácar de los dientes. El techo redondeado como una cúpula, daba al gabinete la figura de una cesta de flores; y una corriente de aire perfumado circulaba á impulso del movimiento de los abanicos.

Federico, situado detrás de ellas con su lente en el ojo, no juzgaba todos los hombros irreprochables; pensaba en la Mariscala, contentiendo ó consolando así sus tentaciones.

Se fijaba, sin embargo, en la señora de Dambreuse, encontrándola encantadora á pesar de su boca grande y sus narices demasiado abiertas; pero su gracia era particular. Los bucles de sus cabellos tenían como una languidez apasionada; y su frente color de ágata parecía contener muchas cosas y revelaba un maestro.

Había llevado á su lado á la sobrina de su marido, joven bastante fea. De cuando en

cuando, se levantaba para recibir á los que llegaban; y el murmullo de las voces femeninas, aumentando, formaba como una charla de pájaros.

Tratábase de los embajadores tunecinos y de sus trajes. Una señora había asistido á la última recepción de la Academia; otra habló del *Don Juan*, de Molière, recientemente representado en los Franceses. Pero señalando con una mirada á su sobrina, la señorita de Dambreuse puso un dedo en la boca, y una sonrisa que se le escapaba desmentía aquella austeridad.

De repente se presentó Martinon, de frente, por la otra puerta. Levantóse ella; ofrecióle él su brazo. Federico, para verle seguir en sus galanterías, atravesó las mesas de juego y les encontró en el gran salón; la señora de Dambreuse dejó al punto á su caballero, y le habló familiarmente.

Comprendía que no jugara, que no bailara.

—En la juventud se está triste.

Después, recogiendo en una sola mirada el baile, añadió:

—Además todo esto no es muy divertido, para ciertas naturalezas á lo menos.

Y se detenía delante de la fila de sillones, distribuyendo acá y allá palabras amables,

mientras que los viejos que llevaban lentes, venían á hacerle la corte. Presentó á algunos á Federico. El Sr. Dambreuse le tocó en el codo lijeramente y le llevó fuera, á la terraza. Había visto al Ministro; la cosa no era fácil; antes de ser presentado como auditor en el Consejo de Estado, se debía sufrir un examen. Federico, poseído de una confianza inexplicable, dijo que sabía las materias. El financiero no se sorprendió en vista de los elogios que de él hacía el Sr. Roque.

Al oír aquel nombre, Federico veía á la pequeña Luisa, su casa, su cuarto; y se acordó de las noches semejantes, en que permanecía á su ventana oyendo el paso de los carreteros. Aquel recuerdo de sus tristezas despertó el pensamiento de la señora de Arnoux, y callaba mientras seguía andando por la terraza. Los cristales formaban en medio de las tinieblas grandes planchas rojas; el ruido del baile se debilitaba; los carruajes empezaban á irse.

—¿Por qué — repuso el Sr. Dambreuse — se fija usted en el Consejo de Estado?

Y afirmó con un tinte liberal, que las funciones públicas no llevaban á ninguna parte; de esto él sabía algo; los negocios valían más. Federico objetó la dificultad de aprenderlos.

—¡Ah, bahl en poco tiempo yo le enseñaré á usted.

¿Quería asociarse á sus empresas? El joven divisó como en un relámpago una inmensa fortuna que iba á llegarle.

—Entremos—dijo el banquero—Cena usted con nosotros ¿no es verdad?

Eran las tres, ya se iban. En el comedor, una mesa servida esperaba á los íntimos. El señor Dambreuse vió á Martinon, y acercándose á su mujer, le preguntó en voz baja:

—¿Le has invitado tú?

Ella contestó secamente:

—Sí.

La sobrina no estaba allí. Se bebió muy bien, se rió muy alto y no chocaban atrevidas gracias, experimentando todos ese alivio que sigue á la sujeción, cuando es algo larga. Solo Martinon se manifestó serio; rehusó beber vino de Champagne por buen gusto; listo por otra parte y muy fino, al Sr. Dambreuse que tenía el pecho hundido y se quejaba de opresión, le preguntaba muchas veces por su salud, y asagrada dirigía sus ojos azulados del lado de la señora.

Interpeló ésta á Federico para saber qué muchachas le habían gustado; dijo él que no se había fijado en ninguna, prefiriendo, además, á las mujeres de treinta años.

—Eso quizás no sea tonto—respondió ella.

Luego, al ponerse los abrigos de pieles y gabanes, el Sr. Dambreuse le dijo:

—Venga usted á verme una de estas mañanas, hablaremos.

Martinon al pié de la escalera, encendió un cigarro; y presentaba, al chuparlo, un perfil de tal modo basto, que su compañero largó esta frase:

—Buena cabeza tienes, palabra.

—Por ella se han perdido algunos otros—contestó el joven magistrado, con aire á la vez convencido y picado.

Federico, al ausentarse, resumió la tertulia. Primero su traje (se había mirado muchas veces en los espejos), desde el corte del frac hasta el lazo de los zapatos, nada dejaban que desear; había hablado con hombres importantes, había visto de cerca mujeres ricas; el Sr. Dambreuse se había mostrado excelente y la señora Dambreuse casi afectuosa. Pero una por una sus menores frases, sus miradas, mil cosas, inanalizables, y sin embargo, expresivas. ¡Qué hermoso sería resueltamente tener un amante como ella!

¿Por qué no, después de todo? Valía tanto como cualquier otro quizás no fuese tan difícil y al punto recordó á Martinon; y durmiéndose se sonreía compasivamente de aquel buen muchacho.

La idea de la Mariscala le despertó; aquellas frases de su carta: «A partir de mañana por la noche» eran una cita indudablemente para aquel mismo día. Esperó hasta las nueve y corrió á su casa.

Alguno que subía la escalera delante, cerró la puerta. Llamó, Delfina vino á abrir y aseguró que la señora no estaba. Federico insistió, rogó; tenía que participarle algo muy grave, una palabra solamente. Por fin el argumento de la moneda de veinte pesetas triunfó, y la criada le dejó solo en la antesala. Rosanette se presentó, estaba en camisa con el pelo suelto, y moviendo la cabeza, le hizo señas con los brazos de que no podía recibirle.

Federico bajó la escalera despacio. Aquel capricho pasaba más allá de todos los demás, y no comprendía nada de aquello.

Delante de la portería, le detuvo la señorita Vatnaz.

—¿Le ha recibido á usted?

—No.

—¿Le han puesto á usted á la puerta?

—¿Cómo lo sabe usted?

—Me lo figuro; pero venga usted; me ahogo.

Y le llevó hasta la calle, jadeante, sintiéndose temblar su flaco brazo en el de Federico. De repente estalló:

—¡Miserable!

—¿Quién?

—¡Pues él! ¡Delmar!

Aquella revelación humilló á Federico, que dijo:

—¿Está usted segura?

—¡Cuando le digo á usted que le he seguido! —exclamó la Vatnaz—le he visto entrar. ¿Comprende usted ahora? Debía esperarlo, por otra parte; soy yo, con mi necedad, quien le ha traído á su casa. ¡Y si usted supiera, Dios mío! Yo le he recogido, le he mantenido, vestido; y todas mis gestiones por los periódicos? Le amaba como una madre.

Después, con una sonrisita amarga, añadió:

—El caballero necesita trajes de terciopelo; una especulación de su parte, como usted comprenderá. ¿Y ella? ¡Decir que yo la he conocido confeccionando ropa blanca! Sin mí, más de veinte veces hubiera caído en el fango. Pero en él la hundiré; ¡ah! sí; quiero que reviente en el hospital. Se sabrá todo.

Y como un torrente de agua sucia llena de inmundicias, su cólera contó á Federico tumultuosamente todas las vergüenzas de su rival.

—Ha sido amante de Jumillac, de Flacourt, del pequeño Allard, de Bertinaux, de San Valerio, el pecoso de viruelas. No; el otro; son dos hermanos; lo mismo da. Y cuando tenía apuros yo lo arreglaba todo. ¿Qué iba yo ganando? ¡Es

tan avara! Y luego, como usted comprenderá, es una complacencia de mi parte violenta, porque al cabo, no es ella de mi círculo. ¿Soy yo, acaso, una *chica*? ¿me vendo yo? Sin contar con que es tonta como una berza; escribe categoría con *q*. Por lo demás, bien están juntos; forman pareja, aunque se titule él artista y se crea un género. Pero ¡Dios mío! si tuviera entendimiento siquiera, no habría cometido semejante infamia. No se deja á una mujer superior por una bribona; me río de eso, después de todo! Se vá volviendo feo; le execro. Si le encontrara, mire usted, le escupiría en la cara. —Y escupió. —Sí; vea usted el caso que hago yo ahora de él. Y Arnoux, ¿eh? ¿No es eso abominable? ¡La ha perdonado tantas veces! ¿No se imagina uno sus sacrificios; debería besar sus piés! ¡es tan generoso, tan bueno!

Federico gozaba oyendo denigrar á Delmar; había aceptado á Arnoux. Aquella perfidia de Rosanette le parecía una cosa anormal, injusta, y contagiado por la emoción de la solterona, llegó á sentir por ella como enternecimiento. De repente se encontró delante de la puerta de Arnoux; la señorita Vatnaz, sin que él lo advirtiera, le había hecho bajar por el barrio Poissonnière.

—Ya estamos—dijo—yo no puedo subir; pero á usted nada se lo impide.

—¿Para qué?

—Para decírselo todo, pardiez.

Federico, despertándose sobresaltado, comprendió la infamia á que le empujaban.

—¿Y bien?—preguntó ella.

Levantó él los ojos hacia el segundo piso. La lámpara de la señora de Arnoux ardía; nada efectivamente le impedía subir.

—Yo le espero á usted aquí. Vaya usted.

Aquella orden acabó de enfriarle, y dijo:

—Permaneceré arriba bastante tiempo. Mejor haría usted en volverse; iré mañana por su casa de usted.

—No, no—replicó la Vatnaz, dando con el pie en el suelo. Cójale usted, lléveselo usted, haga usted que les sorprenda.

—Pero Delmar ya no estará allí.

Ella bajó la cabeza:—Sí, quizás sea verdad. Y permaneció sin hablar en medio de la calle, entre los coches; después, fijando en él sus ojos de gata salvaje, dijo:

—Puedo contar con usted ¿verdad? Entre nosotros dos este asunto es sagrado; haga usted lo dicho, hasta mañana.

Federico, al atravesar el comedor, oyó dos voces disputando. La de la señora de Arnoux, decía:

—¡No mientas, no mientas más!

Entró y se callaron.

Arnoux se paseaba á lo largo y lo ancho del cuarto, y la señora estaba sentada en la sillita junto al fuego extremadamente pálida, con la vista fija. Federico hizo un movimiento para retirarse; Arnoux le cogió de la mano, juzgándose feliz por el socorro que le llegaba.

—Pero temo...—dijo Federico.

—¡Quédese usted!—le sopló por lo bajo Arnoux en el oído.

La señora, añadió:

—Es preciso ser indulgente, Sr. Moreau. Estas son cosas que se ven algunas veces en los matrimonios.

—O que se provocan en ellos—dijo aturdidamente Arnoux.—¡Las mujeres tienen unos antojos! Esta, por ejemplo, no es mala; no, al contrario; pues bien, se divierte hace una hora en molestarme con un montón de historias.

—Que son verdaderas—replicó la señora impacientada.—Porque el hecho es que tu lo has comprado.

—¿Yo?

—Sí, tú mismo ¡en El Persal!

La cachemira — pensó Federico, que se consideraba culpable y tuvo miedo.

Ella añadió enseguida:

—Fué el mes pasado, sábado 14.

—Precisamente ese día estaba yo en Creil conque ya ves.

—De ninguna manera; porque hemos comido en casa de los Bertin, el 14.

—¿El 14...?—dijo Arnoux levantando los ojos como para buscar una fecha.

—Y hasta era rubio el dependiente que te la vendió.

—¿Puedo yo acordarme del dependiente?

—Sin embargo, ha escrito, dictándoselo tu, las señas: calle Laval, 18.

—¿Cómo sabes tu eso?—dijo Arnoux estupefacto.

Ella se encogió de hombros.

—Es muy sencillo; he ido á que me arreglen mi cachemira, y uno de los jefes de sección me ha dicho que acababan de enviar una parecida á casa de la señora de Arnoux.

—¿Es culpa mía si hay en la misma calle otra señora de Arnoux?

—Sí, pero no Jacobo Arnoux—contestó ella.

Entonces se puso él á divagar, protestando de su inocencia. Era aquello una equivocación, una casualidad, una de esas cosas inexplicables que suceden. No debe condenarse á las gentes por simples sospechas, vagos indicios; y citó el ejemplo del infortunado Lesurques.

—En fin, aseguro que te engañas. ¿Quieres que te lo jure?

—No merece la pena.

—¿Por qué?

Miróle ella de frente, sin decir nada, después alargó la mano, cogió el cofrecillo de plata de encima de la chimenea y le dió una factura grande abierta.

Arnoux se puso rojo hasta las orejas y sus facciones descompuestas se hincharon.

—¿Y ahora?

—Pero...—respondió—¿qué prueba esto?

—¡Ah!—dijo ella con entonación de voz singular, en que había ironía y dolor—¡Ah!

Arnoux conservó la cuenta entre sus manos y le daba vueltas sin apartar de ella los ojos como si hubiera de encontrar allí la solución de un gran problema.

—¡Ah! sí, sí, ya recuerdo—dijo por fin.—Es un encargo. Federico, usted debe saber esto.—Federico callaba.—Una comisión que me había encargado... el tío Oudry.

—¿Y para quién?

—Para su amante.

—Para la tuya—exclamó la señora, poniéndose de pie.

—Te juro...

—No empieces de nuevo; lo sé todo.

—¡Ah! ¡perfectamente! ¡así se me espía!

—¡Eso ofende quizás tu delicadeza!—replicó ella con frialdad.

—Desde el momento en que nos incomoda-

mos—contestó Arnoux, buscando su sombrero—y no hay medio de razonar...

Después añadió, dando un gran suspiro:

—No se case usted, pobre amigo, no; créame usted.

Y se marchó porque tenía necesidad de tomar el aire.

Entonces hubo un gran silencio; y todo en la habitación parecía más inmóvil. Un círculo luminoso, por encima de la lámpara, blanqueaba el techo, mientras que en los rincones se extendía la sombra como gasas negras superpuestas; oíase el tic tac del reló y el chisporroteo de la lumbre.

La señora de Arnoux acababa de volverse á sentar, al otro extremo de la chimenea; se mordía los labios temblando; alzó sus dos manos, y escapándosele un sollozo se echó á llorar.

Se colocó Federico en la silla baja, y con voz cariñosa, como se hace con una persona enferma, dijo:

—No dudará usted que participo...

Ella no contestó nada, pero continuó con sus reflexiones en voz alta:

—Bien libre le dejo; no tenía necesidad de mentir.

—Ciertamente—dijo Federico.

Eso eran consecuencias de sus costumbres,



sin duda; no habría reflexionado seguramente... y quizás en cosas más graves...

—¿Qué ve usted, pues, que sea más grave?

—¡Oh! nada.

Federico se inclinó con sonrisa obediente. Arnoux, sin embargo, poseía ciertas cualidades; amaba á sus hijos.

—Y hace todo para arruinarlos.

Eso provenía de su carácter lijero, porque, en fin, era un buen muchacho en el fondo.

—¿Y qué es lo que quiere decir eso de un buen muchacho?

Defendíale así, de la manera más vaga que podía hallar, y á la vez que la compadecía, se alegraba y deleitaba en el fondo de su alma. Por venganza ó necesidad de cariño, se refugiaba en él; sus esperanzas, desmesuradamente aumentadas, reforzaban su amor.

Jamás le pareció más atractiva, tan profundamente bella. De cuando en cuando una aspiración alzaba su pecho; sus dos ojos fijos parecían dilatados por una visión interior, y su boca permanecía entreabierta como para entregar su alma. Alguna vez apoyaba en sus labios fuertemente el pañuelo; ¡cuánto hubiera él dado por ser aquel pequeño pedazo de batista húmedo de lágrimas! A su pesar, miraba á la cama, al fondo de la alcoba, figurándose su cabeza en la almohada, y lo veía tan perfectamente, que te-

nía que contenerse para no estrecharla en sus brazos. Bajó ella sus párpados, apaciguada, inerte. Entonces aproximóse más, é inclinándose sobre ella, examinó ávidamente su rostro. Un ruido de pasos sonó en el corredor, era el otro; le oyeron cerrar la puerta de su cuarto. Federico preguntó por un gesto á la señora si iba á buscarle.

Contestó ella «sí» por el mismo procedimiento; y aquel cambio mudo de sus pensamientos era como un consentimiento, un principio de adulterio.

Arnoux, estaba para acostarse y se quitaba la levita.

—Y bien ¿cómo está?

—Mejor—dijo Federico.—Eso se pasará.

Pero Arnoux se hallaba apenado.

—No la conoce usted. Tiene ahora unos nervios...! ¡Imbécil de dependientel Vea usted lo que es ser demasiado bueno. Si no hubiera regalado ese maldito chal á Rosannete.,

—No lo sienta usted, porque le está á usted lo más agradecida posible.

—¿Lo cree usted?

Federico no lo dudaba; y la prueba era que acababa de despedir al tío Oudry.

—¡Pobrecilla!

Y en el exceso de su emoción, quería Arnoux ir á su casa.

—No vale la pena; yo vengo de allí; está enferma...

—¡Razón de más!

Volvió á ponerse la levita, y ya había cogido su palmatoria. Federico maldijo su necedad, y le manifestó que por decencia, debía quedarse a quella noche al lado de su mujer; no podía abandonarla sin que pareciera mal.

—Francamente; no sería usted razonable. Nada urge allí; mañana irá usted. Vamos, hágalo usted por mí.

Arnoux dejó la palmatoria y le dijo abrazándole:

— Es usted muy bueno.



## III

**D**ESDE entonces empezó para Federico una existencia miserable, convirtiéndose en el parásito de la casa.

Si se hallaba alguien indispuesto, venía tres veces al día á preguntar por su salud, iba á casa del afinador de pianos, inventaba mil atenciones, y sufría con aire de contento las malas caras de la señorita Marta y las caricias del joven Eugenio, que le pasaba constantemente por el rostro sus manos sucias. Asistía á las comidas en que el señor y la señora, uno enfrente de otro, no cambiaban una sola palabra, ó Arnoux mortificaba á su mujer con observaciones des-

atinadas. Concluída la comida jugaba con su hijo en el cuarto, se escondía detrás de los muebles ó bien se lo echaba á la espalda andando á cuatro patas; como el Bearnés. Por último se iba, y ella comenzaba inmediatamente á hablar de su eterno motivo de queja: Arnoux:

No eran sus desarreglos los que la indignaban. Pero parecía que su orgullo se molestaba, y dejaba ver su repugnancia hacia aquel hombre sin delicadeza, sin dignidad, sin honor.

—¡Más bien parece loco!—decía.

Federico provocaba diestramente sus confidencias, y muy pronto conoció toda su vida.

Sus padres eran modestas personas de Chartres. Un día, Arnoux, dibujando á orillas del río (él se creía pintor en aquella época), la vió al salir de la iglesia y la pidió en matrimonio; en atención á su fortuna, no vacilaron; la amaba además perdidamente.

Y añadió:

—¡Aún me quiere, Dios mío, aunque á su manera!

El primer mes viajaron por Italia.

Arnoux, apesar de su entusiasmo por los paisajes y las obras maestras, no había hecho mas que lamentarse del vino, y organizaba meriendas, partidas de *picue-nique* con ingleses, para distraerse. Algunos cuadros bien revendidos le llevaron al comercio de las artes. Luego

se metió en manufacturas de porcelana. Al presente le ocupaban otras especulaciones, y, vulgarizándose más y más, adoptaba costumbres groseras y dispendiosas. Ella le reprochaba menos sus vicios que el resto de sus acciones. Ningún cambio podía llegar á realizarse, y la desgracia era irreparable.

Federico aseguraba que en su existencia, sentía análogo vacío.

Sin embargo, era muy joven. ¿Por qué desesperar? Y le daba ella buenos consejos:

—Trabaje usted. ¡Cátese usted!

El contestaba solo con amargas sonrisas, porque en vez de expresar el verdadero motivo de su pena, fingía otro sublime, haciéndose un poco el Antony, el maldito; lenguaje, por lo demás, que no desnaturalizaba por completo su pensamiento.

La acción, para ciertos hombres, es tanto más impracticable, cuanto el deseo es más fuerte. La desconfianza en sí mismos les embaraza, el temor de desagradar les espanta; además, los afectos profundos se parecen á las mujeres honestas, tienen miedo de ser descubiertos, y pasan la vida con los ojos bajos.

Aunque conociera más á la señora de Arnoux (quizás por esta razón) se sentía más cobarde que en otro tiempo. Todas las mañanas se juraba ser más atrevido; pero un pudor inve-

cible se lo impedía, sin que pudiera guiarse por ningún ejemplo, puesto que a aquella se diferenciaba de las otras. Por la fuerza de sus sueños, la había colocado fuera de las condiciones humanas, y al lado de ella se sentía menos importante sobre la tierra que las tiritas de seda que se escapaban de sus tijeras de su dama.

Después pensaba en cosas monstruosas, absurdas, como sorpresas nocturnas, por medio de narcóticos y llaves falsas, pareciéndole todo más fácil que afrontar la desdén.

Por otra parte, los niños, las dos niñas, la disposición de las habitaciones, constituían obstáculos insuperables. Así que resolvió poseerla solo él, y marcharse á vivir juntos muy lejos, en el fondo de alguna soledad, y hasta pensaba en qué lago bastante azul, á orillas de qué playa bastante suave, si sería en España, en Suiza ó en Oriente; y, escogiendo expreso los días en que ella se mostraba más irritada, le decía que era preciso salir de aquello, imaginar un medio, y que no veía más que el de la separación. Pero el amor de sus hijos siempre la impediría llegar á esos extremos. Tanta virtud aumentó su respeto.

Sus tardes se pasaban recordando la visita de la víspera, deseando la de aquel día. Cuando no comía en casa de ellos, hacia las nueve, se apostaba en la esquina de la calle, y en cuan-

to Arnoux cerraba la puerta, Federico subía apresuradamente los dos pisos y preguntaba á la criada con cierta candidez:

—¿Está el señor?

Después fingía sorprenderse de que no estuviera.

Muchas veces volvía Arnoux de improviso, y entonces era preciso acompañarle á un cafetín de la calle de Santa Ana, que por entonces frecuentaba Regimbart.

El ciudadano empezaba por lanzar contra la corona alguna nueva culpa. Luego hablaban, dirigiéndose amistosas injurias; porque el fabricante tenía á Regimbart por un pensador de alto vuelo, y apesadumbrado de ver tantos talentos perdidos, le censuraba su pereza. El ciudadano juzgaba á Arnoux lleno de corazón y de imaginación, aunque decididamente demasiado inmoral; así le trataba sin la menor indulgencia y áun rehusaba comer en su casa, porque «las ceremonias le molestaban.»

Alguna vez, en el momento de despedirse, sentía Arnoux «necesidad» de tomar una tortilla ó manzanas cocidas; y como no se encontraban los comestibles nunca en el establecimiento, los enviaba á buscar. Esperaban; Regimbart no se iba, y acababa por aceptar algo refunfuñando.

Sin embargo, hallábase sombrío, puesto que

permanecía, durante horas enteras, frente al mismo vaso medio lleno. No arreglando la Providencia las cosas conforme á sus ideas, se volvía hipocondriaco, no quería ni aún leer los periódicos, y vomitaba rugidos al solo nombre de Inglaterra. En cierta ocasión gritó, porque un mozo le servía mal:

—¿No tenemos bastante con las afrentas del extranjero?

Fuera de estas crisis, permanecía taciturno, meditando «un golpe infalible para hacer estallar toda la máquina.»

Mientras que se perdía en sus reflexiones, contaba Arnoux, en voz monótona y con mirada algo extraviada por la embriaguez, increíbles anécdotas en que siempre había brillado, gracias á su aplomo: y Federico (indudablemente por profundas semejanzas), experimentaba una cierta inclinación hacia su persona. Reprochábase aquella debilidad, pensando que, por el contrario, debía aborrecerle.

Lamentábase Arnoux delante de él del genio de su mujer, de su terquedad, de sus injustas prevenciones. No era así en otro tiempo.

—En su lugar de usted—decía Federico, le señalaría una pensión y viviría solo.

Arnoux no contestaba nada; y un momento después hacía el elogio de ella. Era buena, inteligente, virtuosa; y pasando á sus cualidades

corporales, prodigaba las revelaciones, con el aturdimiento de esas gentes que enseñan sus tesoros en las posadas.

Una catástrofe destruyó su equilibrio.

Había entrado, como miembro del Consejo de vigilancia, en una compañía de kaolin (1). Pero fiándose en todo lo que le decían, había firmado informes inexactos y aprobado, sin comprobación, los inventarios anuales fraudulentamente redactados por el gerente. Ahora bien, la compañía había quebrado, y Arnoux, civilmente responsable, acababa de ser condenado, con los demás, á garantizar los daños y perjuicios, cosa que le ocasionaba una pérdida de cerca de treinta mil pesetas, agravada con los gastos del juicio.

Federico lo supo por un periódico, y voló á la calle del Paraíso.

Fué recibido en la habitación de la señora. Era la hora del desayuno, y sobre un velador cerca del fuego se veían los tazones de café con leche.

Las zapatillas estaban sobre la alfombra, los vestidos sobre los sillones. Arnoux, con pantalón y chaquetilla de tricot, tenía los ojos rojos y el pelo enmarañado; el pequeño Euge-

(1) Tierra que los chinos emplean en la composición de la porcelana; especie de feldespato.

nio, á causa de sus parótidas hinchadas, lloraba, mientras mascullaba su rebanada de pan con manteca; su hermana comía tranquilamente; la señora de Arnoux, algo más pálida que de costumbre, servía á los tres.

—¿Sabe usted ya?—dijo Arnoux suspirando fuertemente.

Y á un gesto de compasión de Federico, añadió:

—He sido víctima de mi confianza.

Luego se calló, y su abatimiento era tan grande, que rechazó el desayuno. La señora de Arnoux alzó los ojos y los hombros, pasándose las manos por la frente.

—Después de todo, no soy culpable. Nada tengo que reprocharme. Es una desgracia. Ya saldremos de ella. ¡Ah, sí, tanto peor!

Y cogió un bizcocho, obedeciendo también á los ruegos de su mujer.

A la tarde quiso comer solo, con ella, en un gabinete particular en la *Maison d'or*. Su señora no se explicaba aquel movimiento del corazón y se ofendió de creerse tratada como una entretenida; cosa que, por parte de Arnoux, representaba, por el contrario, una prueba de afecto. Aburrido, luego se fué á distraer casa de la Mariscala.

Hasta el presente le habían pasado muchas cosas, por su carácter bonachón. Su proceso le

clasificó entre las gentes manchadas. La soledad se hizo alrededor de su casa.

Federico, como cuestión de honor, creyó frecuentarla más que nunca. Abonó un palco en los Italianos, y los llevaba allí una vez en semana. Hallábanse, sin embargo, los cónyuges, en ese período de las uniones desatadas, en que se produce una invencible laxitud por las concesiones que antes se han hecho mutuamente, y se convierte la existencia en intolerable. La señora se contenía para no estallar, Arnoux se entristecía, y el espectáculo de aquellos dos seres desgraciados apesadumbraba á Federico.

Háblale ella encargado, puesto que poseía su confianza, de que se enterase de sus negocios. Federico sufría y se avergonzaba de aceptar las comidas ambicionando á la mujer.

Continuó, sin embargo, así, dándose por pretexto que debía defenderla, y que ocasión se presentaría de serle útil.

Ocho días después del baile, había hecho una visita á Dambreuse. El negociante le ofreció una veintena de acciones en su empresa de hullas; Federico no había vuelto. Deslauriers le escribía cartas y las dejaba sin contestar. Pellerin le había invitado á que fuera á ver el retrato y siempre se excusaba. Cedió, no obstante á Cisy, que le apremiaba para conocer á Rosanette.

Recibióle ésta muy agradablemente, pero sin echarle los brazos al cuello como otras veces. Su compañero se consideró muy feliz con ser admitido en casa de una impura, y sobre todo con poder hablar con un actor: Delmar estaba allí.

Un drama en que había éste representado el papel de un aldeano que profetiza á Luis XIV el 89, le puso tan de relieve, que le fabricaban incesantemente el mismo papel; y sus funciones consistían, por entonces, en denostar á los monarcas de todos los países. Cervecero inglés, amonestaba á Carlos I; estudiante de Salamanca, maldecía á Felipe II, ó padre sensible, se indignaba contra la Pompadour ¡esto era lo más hermoso! Los pilletes le esperaban á la puerta del escenario, para verle; y su biografía, vendida en los entreactos, le pintaban cuidando á su anciana madre, leyendo el Evangelio, asistiendo á los pobres, con los colores, en una palabra, de un San Vicente de Paul con mezcla de Bruto y de Mirabeau. Decían: *Nuestro Delmar*. Tenía una misión, se convertía en Cristo.

Todo eso había fascinado á Rosanette; y se había desembarazado del tío Oudry que no era Cupido, sin preocuparse de nada.

Arnoux que la conocía se aprovechó de la coyuntura mucho tiempo para sostenerla con poco gasto; el buen hombre había venido, y

los tres procuraron no explicarse francamente. Pero las peticiones se renovaban con inexplicable frecuencia, puesto que ella llevaba un tren dispendioso; hasta había vendido su cachemira, deseando pagar las deudas antiguas, decía ella; y él siempre dando; embrujado por ella, abusaba de él sin piedad. Así las facturas, los recibos timbrados llovían en la casa. Federico presentía una crisis próxima.

Un día se fué él á ver á la señora de Arnoux, que había salido. El señor trabajaba abajo en el almacén.

Con efecto, Arnoux, en medio de sus cacharros, procuraba engañar á unos recién casados, provincianos. Hablaba de maniquetas y de contrafoques, del cajón de la cerveza y del barnizaje: los otros, no queriendo aparentar que nada comprendían; hacían gestos de aprobación y compraban.

Cuando los parroquianos se marcharon, contó que había tenido aquella mañana con su mujer un pequeño altercado. Para prevenir las observaciones sobre los gastos, había asegurado que la Mariscala no era ya su amante.

—Hasta le he dicho que lo era de usted.

Federico se indignó, pero sus reproches podían hacerle traición, y balbuceó:

—Ha hecho usted mal; pero muy mal.

—¿Qué importa eso?—dijo Arnoux—¿Dónde

está la deshonra de pasar por su amante. Yo lo soy verdaderamente. ¿No le agradecería á usted serlo?

—¿Habría ella hablado? ¿Sería una alusión? Federico se apresuró á responder:

—¡No; nada; al contrario!

—Bueno, ¿entonces?...

—Sí, es verdad, no importa nada.

Arnoux añadió:

—¿Por qué no va usted ya por allí?

Federico prometió volver.

—¡Ah, se me olvidaba! Debería usted... hablando de Rosanette... decir algo á mi mujer... algo que la persuada de que es usted su amante. Esto se lo pido á usted como un favor, ¿eh?

El joven, por toda respuesta, hizo un gesto ambiguo. Esa calumnia le perdía. Aquella misma tarde fué á verla y juró que la afirmación de Arnoux era falsa?

—¿De veras?

Parecía sincero; y, después de haber respirado ella ampliamente, dijo: «Le creo á usted» sonriendo agradablemente; luego bajó la cabeza, y sin mirarle, añadió:

—Por lo demás, nadie tiene derechos sobre usted.

Luego no adivinaba ella nada, y le despreciaba, puesto que no pensaba que pudiera

a marla lo bastante para serle fiel. Federico, olvidando sus tentativas cerca de la otra, encontraba el permiso ultrajante.

Aseguida rogóle ella que fuese alguna vez á casa de aquella mujer, para enterarse de lo que por allí pasaba.

Vino Arnoux, y cinco minutos después, quiso arrastrarle á casa de Rosanette.

La situación se hacía intolerable.

Le distrajo una carta del notario que debía enviarle al día siguiente 15.000 pesetas, y para reparar su descuido con Deslauriers, fué corriendo á comunicarle la buena noticia.

Vivía el abogado en la calle de las Tres Marías, piso quinto que daba á un patio. Su gabinete, piezecita embaldosada, fría y empapelada de color gris, tenía por principal adorno, una medalla de oro, premio de su doctorado, apoyada en un estuche de ébano contra el espejo. Un armario de caoba guardaba detrás de cristales unos cien volúmenes próximamente. La mesa, cubierta de badana, ocupaba el centro de la habitación, y cuatro butacas viejas de terciopelo verde, los rincones; algunas virutas se chamuscaban en la chimenea, donde siempre había un tronco de leña dispuesto para arder á toque de campana. Era la hora de las consultas; el abogado estaba de corbata blanca.

El anuncio de las 15.000 pesetas (con las



que indudablemente ya no contaba) le produjo un estremecimiento de placer.

—Muy bien, valiente amigo, muy bien, pero muy bien.

Arrojó leña al fuego, volvió á sentarse y habló inmediatamente del periódico. La primera cosa que había que hacer era desembarazarse de Hussonnet.

—Ese tunante me molesta. En cuanto á manifestar una opinión, la más equitativa, según mi sentir, y la más fuerte, es no tener ninguna. Federico pareció admirado.

—Indudablemente! Ya es tiempo de tratar científicamente la política. Los viejos del siglo XVIII empezaban, cuando Rousseau, los literatos, introdujeron la filantropía, la poesía, y otras bromas con gran contentamiento de los católicos; alianza natural, por lo demás, puesto que los reformistas modernos (puedo probarlo) creen todos en la Revelación. Pero si ustedes cantan misas para Polonia, si en lugar del Dios de los dominios, que era un verdugo, colocan ustedes el Dios de los románticos, que es un tapicero; si, finalmente, no tienen ustedes de lo Absoluto un concepto más amplio que sus abuelos, la monarquía se traslucirá á través de las formas republicanas, y el gorro colorado no será jamás sino un solideo sacerdotal. Solo que el regimen ceñular habrá reemplazado á la tortura, el ultraje

á la religión al sacrilegio, el concierto europeo á la Santa Alianza; y en ese hermoso orden que se admira, hecho de restos del tiempo de Luis XIV, de ruinas volterianas, con el estuco imperial, por encima, y fragmentos de constitución inglesa, se verá á los Consejos municipales intentando vejar al alcalde, los Consejos generales á su prefecto, las Cámaras al Rey, la prensa al poder, la administración á todo el mundo. Pero las buenas almas se extasían sobre el Código civil, obra fabricada, por más que se diga, con espíritu mezquino, tiránico; porque el legislador, en vez de cumplir su misión, que es regularizar la costumbre, ha pretendido modelar la sociedad como un Licurgo! ¿Por qué la ley ata al padre de familia en materia de testamento? ¿Por qué dificulta la venta forzosa de los inmuebles? ¿Por qué castiga como delito la vagancia, que ni aun falta debiera ser? Y mucho más aún. Yo conozco bien todo esto; así que voy á escribir una novelita titulada *Historia de la idea de justicia*, que será curiosa. Pero tengo una sed espantosa ¿y tú?

Asomóse á la ventana, y gritó al portero que fuese á buscar *grogs* á la taberna.

—En resumen, veo tres partidos... no, tres grupos, ninguno de los cuales me interesa: el de los que tienen, el de los que no tienen ya y el de los que procuran tener. Pero todos se con-

forman en la imbecil idolatría de la autoridad. Ejemplos: Mably recomienda que se impida á los filósofos publicar sus doctrinas; Wronski, geómetra, llama en su lengua á la censura «re-  
presión crítica de la espontaneidad especulativa;» el padre Infantín bendice á los Hapsburgos «por haber pasado por encima de los Alpes una pesada mano que apriete á Italia; Pedro Leroux quiere que se obligue á oír á un orador, y Luis Blanc se inclina á una religión de Estado: ¡tanta rabia de gobierno tiene ese pueblo de vasallos! Y sin embargo, ni uno solo es legítimo, á pesar de sus principios sempiternos. Pero como «principio» significa «origen,» es preciso referirse siempre á una revolución, á un acto de violencia, á un hecho transitorio. Así, el principio del nuestro es la soberanía nacional, comprendida en la forma parlamentaria, aunque no le convenga el parlamento! Pero en que la soberanía del pueblo será más sagrada que el derecho divino. Una y otro son dos ficciones. Basta de metafísica, basta de fantasmas. ¡No se necesitan dogmas para hacer barrer las calles! Se dirá que destruyo la sociedad. Bueno, ¿y qué? ¿qué mal habría en ello? ¡A fé que está bien la sociedad!

Federico hubiera tenido muchas cosas que contestarle. Pero viéndole lejos de las teorías de Sénécas se sentía lleno de indulgencia, con-

tentándose con objetar que semejante sistema haría que generalmente les aborreciesen.

—Al contrario, como habríamos dado á cada partido una prenda de odio contra su vecino, todos contarían con nosotros. Tu mismo vas á hacernos crítica trascendental.

Era preciso atacar las ideas admitidas, la Academia, la Escuela Normal, el Conservatorio, la Comedia francesa, todo lo que parezca una institución. Por este medio se daría un conjunto de doctrina á su revista. Después, cuando estuviera bien establecida, el periódico se convertiría de repente en diario, y entonces se ocuparía de las personas.

—Y está seguro que se nos respetará.

Deslauriers se aproximaba á su antiguo sueño; la redacción en jefe, es decir, á la inmensa felicidad de dirigir á los demás, de cortar á diestro y siniestro en sus artículos, pedirlos, rechazarlos.

Sus ojos chispeaban detrás de sus gafas, exaltábase y bebía copas y copas á sorbos, ma-  
quinalmente.

—Será preciso que des una comida por semana. Esto es indispensable aunque consumieras la mitad de tu renta. Querrán venir las gentes; eso será un centro para los demás, una palanca para tí; y manejando la opinión por los dos extremos, literatura y política, antes de seis

meses, ya verás, tendremos un puesto elevado en París.

Federico, oyéndole, experimentaba una sensación de rejuvenecimiento, como un hombre que, después de larga permanencia en una habitación, se ve transportado al aire libre. Aquel entusiasmo le arrastraba.

—Sí, he sido un perezoso, un imbécil, tienes razón.

—Perfectamente—dijo Deslauriers—recobro á mi Federico.

Y poniéndole el puño en la cara, añadió:

—¡Ah! mucho me has hecho sufrir, pero no importa, siempre te quiero.

Hallábanse de pié, y se miraban ambos enternecidos y prontos á abrazarse,

Una cofia de mujer apareció en el dintel de la antesala.

—¿Qué traes?—preguntó Deslauriers.

Era la señorita Clemencia, su amante.

Contestó ella que pasando casualmente por delante de la casa, no había podido resistir al deseo de verlo; y para hacer juntos una pequeña colación, le trafa pasteles, que depositó sobre la mesa.

—Ten cuidado con mis papeles—replicó ágricamente el abogado—ya sabes que es la tercera vez que te prohíbo venir á la hora de mis consultas.

Quiso ella abrazarle, pero rechazándola, le dijo:

—Véte inmediatamente.

Sollozó ella y Deslauriers añadió:

—Ya me estás fastidiando.

—Es que te amo.

—Yo no pido que me amen, sino que me complazcan.

Palabra tan dura contuvo las lágrimas de Clemencia. Se plantó delante de la ventana, y allí permaneció inmóvil con la frente contra los cristales.

Su actitud y su mutismo molestaban á Deslauriers.

—Cuando concluyas pedirás tu coche ¿eh?

Volvióse ella sobresaltada y dijo:

—¿Me despides?

—Exactamente.

Fijó en él sus grandes ojos azules, como una última súplica, iududablemente, después se cruzó las puntas de su pañuelo, esperó un minuto más y se marchó.

—Debieras llamarla—dijo Federico.

—¡Vaya!

Y como tuviera necesidad de salir, entró Deslauriers en su cocina, que le servía de tocador.

Allí encima del fregadero, cerca de un par de botas, los restos de un modesto almuer-

zo; un colchón con una manta andaba rodando por el suelo en un rincón.

—Esto te demuestra—dijo—que recibo pocas marquesas. Se pasa uno sin ellas, y otros también. Las que nada cuestan te quitan el tiempo, que es dinero bajo forma distinta, y yo no soy rico. Son además tan tontas, ¡tan tontas! ¿Puedes tú hablar con una mujer?

Se separaron en el ángulo del Puente Nuevo.

—Quedamos convenidos; me llevarás la cosa mañana, en cuanto la tengas.

—Convenido—dijo Federico.

Al despertarse al día siguiente, recibió por el correo un bono de 15.000 pesetas contra el Banco.

Aquel pedazo de papel le representaba 15 sacos grandes de plata, y dijose que con semejante suma podría, primeramente, conservar su coche durante tres años, en vez de venderle, como se veía obligado á hacer dentro de poco, ó comprarse dos lindas armaduras adamasquinadas que había visto en el muelle de Voltaire, luego muchas cosas más, pinturas, libros, y cuántos ramos de flores que regalar á la señora de Arnoux! Todo valdría más, en fin que arriesgar, que perder tanto dinero en aquel periódico. Parecíale Deslauriers presuntuoso y le enfrió su insensibilidad de la víspera. Abandonábase Federico á estos sentimientos, cuando se

vió sorprendido por Arnoux que entraba, y que se sentó pesadamente sobre el borde de la cama como hombre acabado.

—¿Qué es lo que hay?

—¡Estoy perdido!

Tenía que entregar aquel mismo día, en el estudio del Sr. Beauminet, notario de la calle de Santa Ana, 18.000 pesetas, prestadas por un tal Vanneroy.

—Es un desastre inexplicable. Y sin embargo, le he dado una hipoteca que debiera tranquilizarle. Pero me amenaza con una citación si no se le paga esta misma tarde ¡enseguida!

—¿Y entonces?

—Entonces es muy sencillo. Hará que me expropien mi inmueble. El primer anuncio me arruina, eso es todo. ¡Ahl si encontrase alguno que me adelantara esa maldita suma, ocuparía el lugar de Vanneroy y yo me salvaría! ¿No la tendría usted por casualidad?

El cheque estaba sobre la mesa de noche, cerca de un libro.

Federico levantó el volumen y lo puso encima, contestando:

—Dios mío, no, querido amigo.

Pero le costaba no complacer á Arnoux.

—¡Cómo! ¿No encuentra usted ninguna persona que quiera...?

—¡Nadie! ¡y pensar que de aquí á ocho días

tendré ingresos! Me deben quizás... 50.000 pesetas en fin de mes!

—No podría usted rogar á los individuos que le deben, que adelantaran...?

—¡Ya, ya!

—¿Pero tendrá usted algunos valores, billetes?

—¡Nada!

—¿Qué hacer?—dijo Federico,

—Eso es lo que yo me pregunto—contestó Arnoux.

Y se calló, paseando á lo largo de la habitación.

—¡No se trata de mí, Dios mío, sino de mis hijos, de mi pobre mujer!

Después, añadió, deteniéndose á cada palabra:

—En fin... seré fuerte... embalaré todo... y me iré á buscar fortuna... no sé dónde.

—¡Imposible!—exclamó Federico.

Arnoux repuso con calma:

—¿Cómo quiere usted que viva yo en París, ahora?

Silencio prolongado.

Federico empezó á decir:

—¿Cuándo devolvería usted ese dinero?

No porque él lo tuviera: al contrario. Pero nada le impedía ver á algunos amigos, hacer gestiones. Y llamó á su criado para vestirse. Arnoux le daba gracias.

—¿Son dieciocho mil pesetas lo que usted necesita, no es verdad?

—¡Oh! Me contentaría con dieciseis mil. Porque reuniré dos mil quinientas, tres mil con mi plata, suponiendo que Vanneroy me dé de plazo hasta mañana; y, se lo repito á usted, puede usted afirmar, jurar al prestamista, que dentro de ocho días, quizás cinco ó seis, será reembolsado el dinero. Además, la hipoteca responde. No hay, pues, peligro; ¿comprende usted?

Federico le aseguró que comprendía y que iba á salir inmediatamente.

Volvió á su casa, maldiciendo á Deslauriers, porque quería cumplir su palabra, y complacer, sin embargo, á Arnoux.

—¿Si me dirigiese al Sr. Dambreuse? Pero ¿con qué pretexto pedirle dinero? Soy yo el que tiene que llevárselo por sus acciones de hullas. ¡Que se vaya á paseo con sus acciones! ¡No se las debo!

Y Federico se aplaudía su independencia, como si hubiera rehusado un servicio al señor Dambreuse. Y enseguida se dijo:

—Pierdo por un lado, pues con quince mil pesetas podría ganar cien mil... en la Bolsa, eso se ve algunas veces... Ya que yo pierdo, ¿no podría esperar Deslauriers? No, no, no estaría bien hecho; vamos allá.

Miró su reló:

—No hay prisa. El Banco no se cierra hasta las cinco.

Y á las cuatro y media, cuando tuvo su dinero, añadía: «Ya es inútil, no lo encontraría ahora; iré esta noche» dándose así el medio de cambiar de parecer, porque siempre queda en la conciencia algo de los sofismas que en ella han penetrado; se conserva el sabor como sucede con un licor de mala clase.

Paseóse por los bulevares, y comió solo en el restaurant. Después pasó un acto en el Vau-deville, para distraerse. Pero sus billetes de Banco le molestaban como si los hubiese robado. No le habría pesado perderlos.

Al volver á su casa, encontró una carta con estas palabras:

«¿Qué hay de nuevo?»

»Mi mujer une á los míos sus votos, querido amigo, en la esperanza, etcétera.

»De usted, etc.»

Y un párrafo...

—¡Su mujer! ¡Ella me suplica!

En el mismo momento, apareció Arnoux, para saber si había recibido la suma urgente.

—Aquí está—dijo Federico.

Y veinticuatro horas después contestó á Deslauriers:

—«No he recibido nada.»

El abogado volvió tres días seguidos. Le apremiaba para que escribiese al notario, y hasta ofreció hacer el viaje al Havre.

—No, es inútil; voy á ir yo.

Al espirar la semana, Federico pidió tímidamente al Sr. Arnoux sus quince mil pesetas. Arnoux lo remitió al día siguiente, después al otro. Federico se arriesgaba á salir bien entrada la noche, temiendo que Deslauriers le sorprendiera. Una de ellas, tropezó con él.

—Voy á buscarlas—dijo.

Y Deslauriers le acompañó hasta la puerta de una casa en el barrio Poissonnière.

—Espérame.

Esperó. Por fin, después de cuarenta y tres minutos, Federico salió con Arnoux, y le hizo seña de que tuviera un poco más de paciencia. El comerciante de porcelanas y su compañero subieron, dándose el brazo, la calle de Hauteville, y tomaron enseguida la calle de Chabrol.

La noche era oscura, con ráfagas de aire tibio. Arnoux andaba despacio, hablando de las Galerías del Comercio: una serie de pasajes cubiertos que conducirían del bulevar San Dionisio al Chatelet, especulación maravillosa, en que tenía muchas ganas de entrar; deteníase de cuando en cuando para ver por los cristales de las tiendas la figura de las grisetas, y después continuaba su discurso.

Federico oía los pasos de Deslauriers detrás de él, como reproche, como golpes que le dieran sobre su conciencia. Pero no se atrevía á dirigir su reclamación por falsa vergüenza y temiendo que fuera inútil. El otro se acercaba y se decidió.

—Arnoux, con tono bastante desembarazado, dijo que no habiendo reunido sus ingresos, no podía devolver actualmente las quince mil pesetas.

—Supongo que no las necesitará usted.

En este momento Deslauriers se acercó á Federico, y llamándole aparte, le dijo:

—Sé franco: ¿las tienes ó no?

—Pues bien, no;—contestó Federico;—las he perdido.

—¡Ahl ¿Y á qué?

—Al juego.

Deslauriers no respondió una palabra; saludó muy bajo y se marchó. Arnoux había aprovechado la ocasión para encender un cigarro en un despacho de tabaco. Reunióse preguntando quién era aquel joven.

—Nada, un amigo.

Después, tres minutos después, delante de la puerta de Rosanette, dijo Arnoux:

—Suba usted; se alegrará de verle. ¡Qué salvaje es usted ahora!

Iluminábale un reverbero de enfrente; y con

un cigarro entre sus blancos dientes y su aire feliz, tenía algo de intolerable.

—¡Ahl á propósito; mi notario ha ido esta mañana casa de usted para esa inscripción de hipoteca. Mi mujer es la que me lo ha recordado.

—¡Una mujer de cabeza!—dijo maquinalmente Federico.

—¡Ya lo creo!

Y Arnoux empezó los elogios. No tenía igual por su entendimiento, su corazón, la economía; y añadió bajando la voz y moviendo los ojos.

—¡Y como cuerpo de mujer!

—Adiós—dijo Federico.

Arnoux hizo un movimiento.

—Toma, ¿y por qué?

Y con la mano medio tendida hácia él, lo observó todo sorprendido por la cólera de su rostro.

Federico replicó secamente:

—Adiós.

Bajó por la calle de Breda como piedra que rueda, furioso contra Arnoux, jurándose no volver á verlo, ni á ella tampoco, lastimado, desolado. En vez de la ruptura que esperaba, el otro se ponía á quererlo, y completamente, desde la punta del pelo hasta el fondo del alma. La vulgaridad de aquel hombre exaspe-

raba á Federico. ¡Luego todo pertenecía á aquel! Se encontraba á la puerta de la loreta, y la mortificación de una ruptura se agregaba á la rabia de su impotencia. Además la probidad de Arnoux al ofrecerle garantías para su dinero, le humillaba; hubiera querido estrangularle; y por encima de todo la pena le hacía extenderse sobre su conciencia, como una niebla, el sentimiento de su cobardía hacia su amigo. Ahogábanle las lágrimas.

Deslauriers descendía por la calle de los Mártires, jurando alto de indignación; porque su proyecto, cual obelisco abatido, parecía ahora de una altura extraordinaria. Considerábase robado, como si hubiera sufrido un gran perjuicio. Su amistad para Federico quedaba muerta, y experimentaba con esto alegría; era una compensación. Le entraba el odio contra los ricos. Se sentía inclinado hacia las opiniones de Sénecal y se prometió servirlos.

Arnoux, durante este tiempo, cómodamente sentado en una butaca, cerca del fuego, sorbía una taza de té con la Mariscalá en las rodillas.

Federico no volvió por casa de ellos, y para distraerse de su pasión calamitosa, adoptando el primer asunto que se presentó, resolvió componer una *Historia del Renacimiento*. Amontonó mezclados sobre su mesa los hu-

manistas, los filósofos y los poetas; iba al Gabinete de las Estampas á ver los grabados de Marco Antonio; procuraba enteuder á Maquiavelo. Poco á poco le apaciguó la serenidad del trabajo. Penetrando en la personalidad de los demás, olvidó la suya, única manera de no sufrir por ella.

Un día que tomaba notas, tranquilamente, se abrió la puerta y el criado anunció á la señora de Arnoux.

Era ella, con efecto. ¿Sola? No; porque llevaba de la mano al pequeño Eugenio, seguido de su niñera con delantal blanco. Sentóse la señora, y después de haber tosido, dijo:

—Hace mucho tiempo que no ha venido usted por casa.

No excusándose Federico, añadió ella:

—Eso es muy delicado por parte de usted.

El contestó:

—¿Qué es lo delicado?

—Lo que ha hecho usted por Arnoux.—dijo ella.

Federico tuvo un gesto que significaba: «¡Bastante me importa; era por usted!»

Envió ella á su hijo al salón para que jugara con la niñera. Cambiaron dos ó tres palabras acerca de la salud, y la conversación se acabó.

Llevaba ella un traje de seda oscura, del color de un vino de España, con paletot de ter-



ciopelo negro, ribeteado de marta; aquella piel daba ganas de pasar las manos por encima, y sus largas bandas, bien alisadas, atraían los labios. Pero la emoción la turbaba, y volviendo los ojos del lado de la puerta, dijo:

—Hace algo de calor aquí.

Federico adivinó la prudente intención de su mirada.

Las dos hojas solo estaban entornadas.

—¡Ah! es verdad.

Y sonrió como para decir: «No temo nada.»

Preguntóla él lo que allí la llevaba.

—Mi marido—repuso ella con algún esfuerzo—me ha animado á venir á su casa de usted, no atreviéndose él á hacerlo.

—¿Y por qué?

—Conoce usted al Sr. Dambreuse, ¿no es verdad?

—Sí, un poco.

Y se calló.

—No importa, acabe usted.

Entonces contó ella que la antevíspera no había podido satisfacer Arnoux cuatro pagarés de mil pesetas, suscritos á la orden del banquero, y en los cuales le obligó á poner su firma. Ella se arrepentía de haber comprometido la fortuna de sus hijos; pero todo era preferible á la deshonra; y si el Sr. Dambreuse suspendía los procedimientos, le pagarían se-

guramente muy pronto, porque ella iba á Chartres á vender una casita que tenía.

—¡Pobre mujer!—murmuró Federico.—Iré, cuente usted conmigo.

—Gracias.

Y se levantó para marcharse.

—¿Qué prisa tiene usted todavía?

Permaneció ella de pié, examinando el trofeo de flechas mongólicas colgado del techo, la biblioteca, las encuadernaciones, los utensilios todos de escribir; levantó la cubeta de bronce en que estaban metidas las plumas; posáronse sus tacones en diferentes sitios de la alfombra.

Había venido muchas veces casa de Federico, pero siempre con Arnoux. Hallábanse solos ahora, solos en su propia casa; acontecimiento extraordinario; casi una dicha.

Quiso ella ver su jardincito; ofrecióle él su brazo para enseñarle sus dominios, treinta piés de terreno, encerrado entre casas, con arbustos en los ángulos y un macizo de flores en el centro.

Era en los primeros días de Abril; las hojas de las lilas ya verdeaban, un puro ambiente se dejaba sentir, y los pajarillos piaban, alternando su canto con el lejano ruido que producía la fragua de un maestro de coches.

Federico fué á buscar una badila, y mientras

que paseaban ellos juntos, el niño formaba montones de arena en las veredas.

La señora de Arnoux no creía que tuviera nunca gran imaginación, pero era cariñoso. Su hermana, por el contrario, era de una sagacidad natural que á veces la mortificaba.

—Ya cambiará,—dijo Federico.—No hay que desesperar nunca.

Ella repitió: «No hay que desesperar nunca.» Repetición maquinal de su frase, que le pareció á él una especie de estímulo. Cogió una rosa, la única del jardín, y le dijo:

—¿Se acuerda usted... de cierto ramo de rosas, una tarde, en coche?

Se ruborizó ella un poco, y con aire de compasión irónica, contestó:

—¡Ah, era yo muy joven!

—Y á esta—repuso [en voz baja Federico,—¿le sucederá lo mismo?

Respondió ella, dando vueltas al tallo entre sus dedos, como el hilo de un huso:

—No; la guardaré.

Con un gesto llamó á la niñera, que cogió en sus brazos al niño; después, en el dintel de la puerta de la calle, la señora de Arnoux aspiró el perfume de la flor, inclinando su cabeza sobre la espalda, y con una mirada tan dulce como un beso.

Cuando subió él á su gabinete, contempló

la butaca en que estuvo sentada, y todos los objetos que había tocado. Algo de ella sentía á su alrededor. La caricia de su presencia duraba todavía.

—¡Es, pues, cierto que ha estado aquí!—se decía.

Y se sumergía en las ondas de una infinita ternura.

Al día siguiente se presentó á las once en casa del Sr. Dambreuse. Le recibieron en el comedor, donde el banquero almorzaba vis á vis de su mujer.

Su sobrina estaba cerca de ella, y al otro lado la institutriz, una inglesa, muy picada de viruela.

El Sr. Dambreuse invitó á su joven amigo para que les acompañara, y habiendo rehusado, añadió:

—¿En qué puedo servir á usted? Ya escucho.

Federico contestó, afectando indiferencia, que iba á interesarse por un tal Arnoux.

—¡Ah! ¡ah! el antiguo comerciante de cuadros—dijo el banquero, con muda risa que descubría sus encías.—Oudry le garantizaba en otro tiempo; han reñido.

Y se puso á recorrer las cartas y los periódicos esparcidos cerca de su cubierto.

Dos criados servían, sin hacer ruido, sobre el piso de madera; y la altura de la sala, que

enía tres portiers de tapicería y dos fucates de mármol blanco, lo pulimentado de las estufas, la colocación de los entremeses, y hasta los tiosos dobles de las servilletas, todo aquel lujoso bienestar establecía en el pensamiento de Federico cierto contraste con otro almuerzo en casa de Arnoux. No se atrevía á interrumpir al Sr. Dambreuse, y notando la señora su embarazo, dijo:

—¿Ve usted alguna vez á nuestro amigo Martinon?

—Esta noche vendrá,—interrumpió vivamente la señorita.

—¡Ah! ¿lo sabes tú?—replicó su tía, fijando en ella una fría mirada.

En esto, uno de los criados le dijo algo al oído, y ella añadió:

—Tu costurera, hija mía!... miss John!

Y la institutriz, obediente, desapareció con su discípula.

Interrumpido el Sr. Dambreuse por el ruido de las sillas, preguntó lo que ocurría.

—Es la señora Regimbart.

—¡Calla! ¡Regimbart! Yo conozco ese nombre; he visto su firma.

Federico abordó por fin la cuestión; Arnoux merecía interés; hasta pensaba, para el único objeto de cumplir sus compromisos, vender una casa de su mujer.

—Pasa por ser muy linda—dijo la señora de Dambreuse.

El banquero añadió con aire bonachón.

—¿Es usted su amigo... íntimo?

Federico, sin contestar claramente, repuso que le quedaría muy obligado si tomara en consideración...

—Bien, puesto que usted toma empeño, sea; esperemos. Tengo aún tiempo ¿quiere usted que bajemos á mi despacho?

El almuerzo había terminado; la señora de Dambreuse se inclinó ligeramente, sonriendo con particular sonrisa, llena á la vez de cortesía y de ironía. Federico no tuvo tiempo de pensar en ello, porque desde el momento en que estuvieron solos, el Sr. Dambreuse le dijo:

—No ha venido usted á buscar sus acciones.

Y sin permitirle excusarse, añadió:

—Bien, bien, es muy justo que conozca usted un poco mejor el negocio.

Ofrecióle un cigarrillo y empezó:

La *Unión general de las Ullas francesas* estaba constituida; no se esperaba más que el reglamento. Solo el hecho de la fusión, disminuía los gastos de vigilancia y de mano de obra, aumentando los beneficios. Además, la sociedad imaginaba una cosa nueva, que era interesar á los obreros en su empresa. Les construiría casas, alojamientos sanos, constituyéndose, en

una palabra, en el proveedor de sus empleados, dándole todo á precio de fábrica.

Y ganarán, caballero; ese es el verdadero progreso; así se responde activamente á ciertas declamaciones republicanas. Tenemos en nuestro Consejo—y exhibió un prospecto,—un par de Francia, un sabio del Instituto, un oficial superior de ingenieros, retirado, nombres conocidos. Elementos semejantes tranquilizan los capitales temerosos y llaman los capitales inteligentes. La compañía tendrá á su favor los pedidos del Estado, después los ferrocarriles, la marina de vapor, los establecimientos metalúrgicos, el gas, las modestas cocinas. De esta suerte calentamos, iluminamos, penetramos hasta el hogar de las casas más humildes. ¿Pero cómo—me dirá usted—podemos asegurar la venta? Merced á muchos protectores, querido señor, y los obtendremos; eso es cosa nuestra. Yo, por mi parte, soy francamente prohibicionista. ¡El país antes que todo! Le habían nombrado director; pero le faltaba el tiempo para ocuparse de ciertos detalles, de la redacción, entre otros. Ando algo reñido con los autores, he olvidado el griego. Tendré necesidad de alguno... que pueda traducir mis ideas. Y añadió de repente: ¿Quiere usted ser ese hombre con el título de secretario general?

Federico no supo qué contestar.

—Y bien, ¿quién se lo impide á usted?

Sus funciones se limitarían á escribir, todos los años, una Memoria para los accionistas. Se hallaría en relaciones diarias con los hombres más importantes de París. Representante de la Compañía cerca de los obreros, lo adorarían, naturalmente, cosa que más tarde le permitiría entrar en el Consejo general, en la Diputación.

Los oídos de Federico zumbaban. ¿De dónde provenía aquella benevolencia? Y se confundía en agradecimiento.

Pero no era necesario, decía el banquero, que fuera dependiente de nadie. El mejor medio para esto, era tomar acciones, «soberbia colocación, además, porque su capital de usted garantiza su posición, como la posición el capital.»

—¿A cuánto próximamente debe ascender?—preguntó Federico.

—Dios mío, lo que usted quiera; de cuarenta á sesenta mil pesetas, por ejemplo.

Aquella suma era tan mífima para el señor Dambreuse, y su autoridad tan grande, que el joven se decidió inmediatamente á vender una finca. Aceptó. El señor Dambreuse fijaría un día cualquiera para verse y terminar sus convenios.

—¿Así que puedo decir á Jacobo Arnoux...?

—Cuanto usted quiera, ¡pobre muchacho! Cuanto usted quiera.

Federico escribió á los Arnoux que se tranquilizaran, y envió la carta con su criado, al cual respondieron:

—Muy bien.

Su gestión, sin embargo, merecía más. Esperaba una visita, por lo menos una carta. Ni recibió visita ni leyó carta alguna.

¿Había olvidado de parte de ellos ó intención? Puesto que la señora de Arnoux había venido una vez ¿quién la impedía volver? La especie de inteligencia, de confesión que le había hecho ella, ¿no era más que una maniobra ejecutada por interés? ¿Se habrán burlado de mí? ¿Es ella cómplice? Un cierto pudor, á pesar de su deseo, le impidió ir á casa de ellos.

Una mañana (tres semanas después de su entrevista) le escribió el Sr. Dambreuse que lo esperaba aquel mismo día, á la una.

Ya en camino, la idea de los Arnoux, le asaltó nuevamente, y no encontrando razón á su conducta, le sobrecogió una angustia, un presentimiento fúnebre. Para librarse de él llamó un coche y se hizo llevar á la calle del Paraíso. Arnoux estaba de viaje.

—¿Y la señora?

—En el campo, en la fábrica.

—¿Cuándo vuelve el señor?

—Mañana sin falta.

La encontraría sola; aquel era el momento.

Algo imperioso le gritaba en su conciencia: «Vé allí, pues.»

Pero, y el Sr. Dambreuse? Pues bien, tanto peor; diré que he estado enfermo. Corrió á la estación; después al wagón. ¡Quizás haga mal! ¡Ah, ah, qué importa!

Extendiéndose á izquierda y derecha verdes llanuras, rodeaba el tren; las casetas de las estaciones se deslizaban como decoraciones, y el humo de la locomotora vertía siempre del mismo lado sus gruesos copos que revoloteaban por la yerba algún tiempo, dispersándose después.

Federico, solo en su asiento, miraba aquello, por aburrimiento, perdido en esa languidez que produce el exceso mismo de la impaciencia. Pero grúas y almacenes se divisaron. Estaba en Creil.

La ciudad, construída en la vertiente de dos colinas bajas (de las cuales una está pelada y la segunda coronada de bosque), con la torre de su iglesia, sus casas desiguales y su puente de piedra, le parecía que presentaba algo de alegre, de discreto y de bueno. Un gran barco chato descendía por la corriente, que se encrespaba golpeada por el viento, unas cuantas gallinas, al pié de la eminencia, picoteaban en la paja; una mujer pasó, llevando sobre su cabeza ropa blanca mojada.

Después del puente, encontróse en una isla, en donde se ven, hacia la derecha, las ruinas de una abadía. Un molino giraba, cortando en toda su anchura, el segundo brazo del Oise, que domina la manufactura. La importancia de aquella construcción admiró mucho á Federico, concibiendo mayor respeto hacia Arnoux. Tres pasos más allá tomó por una callejuela que cerraba en el fondo una verja.

Entró. La conserje le llamó gritándole:

—¿Tiene usted su permiso?

—Para qué?

—Para visitar el establecimiento.

Federico en tono brutal dijo que venía á ver al Sr. Arnoux.

—¿Quién ese Sr. Arnoux?

—Pues el jefe, el dueño, el propietario en fin.

—No, señor; esta es la fábrica de los señores Lebeuf y Milliet.

La buena mujer bromeaba sin duda. Llegaban algunos obreros; preguntó á dos ó tres; su respuesta fué la misma.

Federico salió del patio, vacilante como hombre ébrio; y llevaba un aire tan descorazonado, que en el puente de la Carnicería, un vecino que se disponía á fumar su pipa le preguntó si buscaba algo. Aquel conocía la manufactura de Arnoux. Estaba situada en Montataire.

Federico trató de proporcionarse un coche;

no los había más que en la estación. Volvió á ella donde estaba de parada delante del despacho de equipajes, solitariamente, una calesa, dislocada, con un caballo viejo enganchado, cuyos arreos descosidos colgaban sobre las varas.

Un pilluelo se ofreció á descubrir al «tío Pi-lón.» Al cabo de diez minutos volvió; el tío Pi-lón estaba almorzando. Federico prescindió de él y se marchó. Pero la barrera del paso se hallaba cerrada. Era preciso esperar que atravesaran dos trenes. Por fin se metió por el campo.

La monótona verdura hacía que pareciera un inmenso paño de billar. A las dos orillas del camino veíanse alineadas escorias de hierro, como montones de guijarros. Algo más lejos, humeaban unas junto á las otras, chimeneas de fábrica. Frente á él se alzaba, sobre una colina redonda, un castillo pequeño con sus torrecillas, el campanario cuadrangular de una iglesia, los muros por bajo, formando con los árboles líneas irregulares, y en lo último las casas del pueblo que se desparramaban.

Son de un solo piso, con escaleras de tres solos escalones, hechas de bloque sin cimiento. A intervalos se oía la campanilla de algún tendero. Pesados pasos se hundían en el negro fango, y una lluvia menuda caía cortando en mil líneas cruzadas el pálido cielo.

Federico siguió por el centro; después encontró á su izquierda, á la entrada de un camino, un gran arco de madera que tenía escrito en letras doradas: PORCELANAS.

No fué sin objeto el haber escogido Jacobo Arnoux la proximidad de Creil, porque colocando su manufactura lo más cerca posible de la otra (acreditada hacía mucho tiempo) provocaba en el público una confusión favorable á sus intereses.

El cuerpo principal del edificio se apoyaba en la orilla misma de un río que atraviesa la pradera. La casa del dueño, rodeada por un jardín, se distinguía por su escalera adornada de cuatro tiestos plantados de cactus. Masas de tierra blanca se secaban debajo de algunos cobertizos; otras al aire libre; y en el centro del patio hallábase Sénecal, con su eterno paletó azul forrado de encarnado.

El antiguo pasante alargó su mano fría.

—¿Viene usted por el principal? No está.

Federico, desconcertado, contestó secamente:

—Ya lo sabía.

Pero dominándose inmediatamente, añadió:

Vengo por un asunto que concierne á la señora de Arnoux. ¿Puede recibirme?

—¡Ah! No la he visto hace tres días—dijo Sénecal.

Y enjaretó una letanía de quejas. Al aceptar las condiciones del fabricante, entendió que viviría en París, y no meterse en aquel campo, lejos de sus amigos, privado de periódicos. No importa, había pasado por esto. Pero Arnoux parecía no fijarse en su mérito. Verdad que era limitado y retrógrado; ignorante como nadie. En vez de buscar perfeccionamientos artísticos, hubiera sido mejor introducir calentadores de ulla y de gas. El ciudadano *se hundía*; Sénecal subrayó la palabra. Que sus ocupaciones le desagradaban; y se empeñó con Federico para que hablara en su favor y le aumentaran sus emolumentos.

—Esté usted tranquilo—dijo el otro.

No encontró á nadie en la escalera. En el primer piso adelantó la cabeza en una habitación vacía; era el salón; llamó muy alto. No le respondieron; sin duda la cocinera había salido y la niñera también. Por fin llegó al piso segundo y empujó una puerta. La señora de Arnoux estaba sola y delante de un armario de espejo. El cinturón de su bata entreabierta colgaba á lo largo de sus caderas. Todo un lado de sus cabellos le formaba una onda negra sobre el hombro derecho; y tenía los dos brazos levantados, sujetando con una mano su moño, mientras que con la otra introducía en él una horquilla. Dió un grito y desapareció.

Después volvió correctamente vestida. Su cuerpo, sus ojos, el ruido de su traje, todo le encantó. Federico se contenía para no cubrirla de besos.

—Perdone usted—dijo ella—pero no podía...

Tuvo el atrevimiento él de interrumpirla:

—Sin embargo... estaba usted muy bien... hace un momento.

Indudablemente encontró ella un tanto grosero el cumplido puesto que se colorearon sus mejillas. El temió haberla ofendido.

—¿A qué dichosa casualidad se debe el que usted haya venido?—dijo ella.

No supo él qué responder, y después de una risita falsa que le dió tiempo para reflexionar, preguntó:

—¿Si se lo dijera á usted me creería?

—¿Por qué no?

Federico contó que noches pasadas había tenido un sueño espantoso.

—He soñado que se hallaba usted gravemente enferma, cerca de la muerte.

—¡Oh! Ni yo, ni mi marido, estamos nunca enfermos.

—No he soñado más que con usted.

Miróle ella con calma y contestó:

—Los sueños no siempre se realizan.

Balbuceó Federico, buscó palabras; y por último se lanzó en una larga parrafada sobre la

afinidad de las almas. Existía una fuerza que podía, á través de los espacios, poner en contacto á dos personas, advertirlas de lo que sienten y hacer que se reúnan.

Escuchábale ella con la cabeza baja, sonriendo con su sonrisa hermosa. Observaba él con el rabillo del ojo, con alegría, y se expansionaba su amor más libremente ante la facilidad de un lugar común. Propuso ella ver la fábrica, y como insistiera, aceptó él.

Para distraerle primeramente por algo divertido, le enseñó la especie de museo que adornaba la escalera. Las piezas colgadas de las paredes ó colocadas en tablillas demostraban los esfuerzos y los empeños sucesivos de Arnoux. Después de haber buscado el rojo de los colores de los chinos, quiso hacer mayólicas, faéncias, lozas, etrusco oriental, intentando, por fin, algunos de los perfeccionamientos realizados más tarde. Así es que se encontraban en la série grandes vasos cubiertos de mandarines, escudillas de reflejos metálicos cambiantes, jarros con realce de escrituras árabes, otros del gusto Renacimiento, y grandes platos con dos personajes que parecían dibujados con sangre, de una manera delicada y vaporosa. Al presente fabricaba letras para muestras, etiquetas para vinos; pero su inteligencia no era bastante elevada para llegar hasta el arte, ni bastante os



cura para pensar exclusivamente en el provecho, con lo que, sin contentar á nadie, se arruinaba.

Consideraban ambos estas cosas, cuando la señorita Marta pasó por allí.

—¿No le reconoces ya?—le dijo su madre.

—Sí, por cierto—contestó ella saludando, mientras que su mirada límpida y recelosa, su mirada virginal, parecía murmurar: «¿Qué vienes tú á hacer aquí?» y subió las escaleras, con la cabeza algo inclinada hácia la espalda.

La señora de Arnoux condujo á Federico hácia el patio, explicándole luego con tono serio cómo se muelen las tierras, se limpian y tamizan.

—Lo importante es la preparación de las pastas.

Y lo introdujo en una sala llena de cubas, en donde giraba sobre sí mismo un eje vertical armado de brazos horizontales. Federico se reprochó el haber rehusado resueltamente la proposición, poco antes.

—Estas son las máquinas hidráulicas para la separación de la bazona de las tierras,—dijo ella.

Él encontró la palabra grotesca, y como inconveniente en sus labios.

Anchas correas colgaban de uno á otro extremo del techo, para enrollarse en tambores

agitándose todo de una manera continua, matemática, excitante.

Salieron de allí, y pasaron cerca de una cabaña en ruinas, que en otro tiempo había servido para guardar instrumentos de jardinería.

—Ya no se utiliza—dijo la señora de Arnoux.

El replicó con voz trémula:

—Allí puede gozarse de la felicidad.

El ruido de la bomba de incendios cubrió sus palabras, y entraron en el taller de modelados.

Hombres sentados á una estrecha mesa, colocaban delante de sí y sobre su disco giratorio un trozo de pasta. Con la mano izquierda rasaban en el interior, con la derecha alisaban la superficie, y veían salir vasos de la operación, como flores que se abren.

La señora de Arnoux hizo exhibir los moldes para las obras más difíciles.

En otra pieza se trabajaban los filetes, las molduras, las líneas salientes.

En el piso superior se afinaban las juntas y se tapaban con yeso los agujerillos que habían dejado las precedentes operaciones. En las ventanas, en los rincones, en medio de los corredores, se alineaban los cacharros.

Federico empezaba á aburrirse.

—Quizás le fatigue á usted todo esto—dijo ella.

Temiendo que fuera preciso terminar allí su visita, manifestó, por el contrario, mucho entusiasmo. Hasta llegó á lamentarse de no haberse dedicado á esta industria.

Ella pareció sorprendida.

—Ciertamente; porque así habría podido vivir cerca de usted.

Y como intentara buscar la mirada de la señora de Arnoux, ésta, para evitarlo, cogió de una consola bolitas de pasta, sobrantes de piezas defectuosas, las aplastó en forma de galleta y estampó su mano encima.

—¿Puedo llevarme eso?—dijo Federico.

—¿Qué niño es usted, Dios mío!

Iba él á contestar cuando entró Sénecal.

El Sr. Subdirector, desde el dintel, observó una infracción reglamentaria. Los talleres debían barrerse todas las semanas; era sábado, y como los obreros no lo habían hecho, Sénecal les declaró que estarían una hora más. «Tanto peor para ustedes.»

Inclináronse sobre su faena, sin murmurar; pero adivinábase su cólera en la ronca respiración de su pecho. Verdad es, que eran difíciles de manejar, y todos procedían de la fábrica grande de que habían sido despedidos. El republicano les gobernaba con dureza. Hombre de teorías, únicamente consideraba las masas y se manifestaba inflexible con los individuos.

Federico, contrariado por su presencia, preguntó á la señora de Arnoux, á media voz, si no había posibilidad de ver los hornos. Descendían á la planta baja, y cuando ella empezaba á explicar el uso de las arquillas, Sénecal, que les había seguido, se interpuso, continuando por sí mismo la demostración. Extendióse acerca de las diferentes clases de combustibles, la hornada, los piróscopos, los englobados, los lustres y los metales, prodigando los términos de química, cloruro, sulfuro, borax, carbonato. Federico nada comprendía, y á cada minuto se volvía hacia la señora de Arnoux.

—No escucha usted—dijo ella.—El Sr. Sénecal es, sin embargo, muy claro. Sabe todas estas cosas mucho mejor que yo.

El matemático, lisonjeado con aquel elogio, propuso ir á ver la coloración. Federico dirigió una mirada ansiosa á la señora de Arnoux, que permaneció impassible, no queriendo, indudablemente, ni estar sola con él, ni dejarle tampoco. Ofrecióle él su brazo.

—No, mil gracias, es la escalera demasiado estrecha.

Y cuando llegaron arriba, Sénecal abrió la puerta de un departamento lleno de mujeres.

Manejaban estas pinceles, ampollitas, conchas, placas de vidrio. A lo largo de la cornisa, contra la pared, alineábanse planchas grabadas;

pedacillos de papel fino revoloteaban, y una chimenea de fundición exhalaba una temperatura asfixiante, á la que se mezclaba el olor del atrementina.

Casi todas las obreras tenían pobres vestidos. Vefase una, sin embargo, que llevaba un pañuelo y largos pendientes. A la vez que delicada y regordeta, eran negros sus grandes ojos y sus labios carnosos como los de una negra. Su abundante pecho se marcaba bajo la camisa sujeta á la cintura por las cintas de su falda, y con uno de sus codos sobre la mesa, mientras que el otro colgaba, miraba vagamente á los lejos, el campo. A su lado había una botella de vino y salchicha.

Prohibía el reglamento que se comiera en los talleres, medida de aseo para el trabajo y de higiene para los trabajadores.

Sénécal, por sentimiento del deber ó necesidad de despotismo, gritó desde lejos, indicando el anuncio de un cuadro:

—¡Eh! allí abajo, la Bordalesa, léame usted en voz alta el art. 9.

—Bueno, y qué más?

—¿Qué más señorita? Pues que pagará usted tres pesetas de multa.

Miróle ella frente á frente, descaradamente, y dijo:

—Bastante me importa. Cuando vuelva el

amo, me levantará la multa. Me río de usted, buen hombre.

Sénécal, que se paseaba con las manos á la espalda, como un pasante en una sala de estudios, se contentó con sonreír.

—Artículo 13, insubordinación, diez pesetas.

La Bordalesa volvió á su tarea. La señora de Arnoux, por las conveniencias, no decía nada, pero frunció el entrecejo.

Federico murmuró:

—¡Ah, para demócrata es usted bastante duro!

El otro contestó doctoralmente:

—La democracia no es la desvergüenza del individualismo. Es el nivel común ante la ley, la distribución del trabajo, el orden.

—Olvida usted la humanidad—dijo Federico.

La señora de Arnoux tomó su brazo; Sénécal, quizás ofendido por aquella muda aprobación, se fué.

Federico experimentó al punto un gran consuelo.

Desde por la mañana buscaba la ocasión de declararse y al fin llegaba. Por otra parte el espontáneo movimiento de la señora de Arnoux le pareció que contenía promesas, y rogó, como si fuera para calentarse los pies, que subieran á su cuarto. Pero cuando estuvo sentado cerca de ella, comenzó su turbación; faltá-

Temiendo que fuera preciso terminar allí su visita, manifestó, por el contrario, mucho entusiasmo. Hasta llegó á lamentarse de no haberse dedicado á esta industria.

Ella pareció sorprendida.

—Ciertamente; porque así habría podido vivir cerca de usted.

Y como intentara buscar la mirada de la señora de Arnoux, ésta, para evitarlo, cogió de una consola bolitas de pasta, sobrantes de piezas defectuosas, las aplastó en forma de galleta y estampó su mano encima.

—¿Puedo llevarme eso?—dijo Federico.

—¿Qué niño es usted, Dios mío!

Iba él á contestar cuando entró Sénecal.

El Sr. Subdirector, desde el dintel, observó una infracción reglamentaria. Los talleres debían barrerse todas las semanas; era sábado, y como los obreros no lo habían hecho, Sénecal les declaró que estarían una hora más. «Tanto peor para ustedes.»

Inclináronse sobre su faena, sin murmurar; pero adivinábase su cólera en la ronca respiración de su pecho. Verdad es, que eran difíciles de manejar, y todos procedían de la fábrica grande de que habían sido despedidos. El republicano les gobernaba con dureza. Hombre de teorías, únicamente consideraba las masas y se manifestaba inflexible con los individuos.

Federico, contrariado por su presencia, preguntó á la señora de Arnoux, á media voz, si no había posibilidad de ver los hornos. Descendían á la planta baja, y cuando ella empezaba á explicar el uso de las arquillas, Sénecal, que les había seguido, se interpuso, continuando por sí mismo la demostración. Extendióse acerca de las diferentes clases de combustibles, la hornada, los piróscopos, los englobados, los lustres y los metales, prodigando los términos de química, cloruro, sulfuro, borax, carbonato. Federico nada comprendía, y á cada minuto se volvía hacia la señora de Arnoux.

—No escucha usted—dijo ella.—El Sr. Sénecal es, sin embargo, muy claro. Sabe todas estas cosas mucho mejor que yo.

El matemático, lisonjeado con aquel elogio, propuso ir á ver la coloración. Federico dirigió una mirada ansiosa á la señora de Arnoux, que permaneció impasible, no queriendo, indudablemente, ni estar sola con él, ni dejarle tampoco. Ofrecióle él su brazo.

—No, mil gracias, es la escalera demasiado estrecha.

Y cuando llegaron arriba, Sénecal abrió la puerta de un departamento lleno de mujeres.

Manejaban estas pinceles, ampollitas, conchas, placas de vidrio. A lo largo de la cornisa, contra la pared, alineábanse planchas grabadas;

- No me precio de ser una gran señora.  
 En este momento se presentó el chiquillo.  
 —¿Mamá, vienes á comer?  
 —Sí, enseguida.

Federico se levantó, y al mismo tiempo apareció Marta. No podía él decidirse á marchar, y con mirada enteramente llena de súplicas, preguntó:

- ¿Esas mujeres de que usted hablaba, son tan insensibles?  
 —No, sino sordas cuando es preciso.

Y se tenía de pié, en la puerta de la habitación, con sus dos hijos á los lados. Inclínose él sin decir una palabra, y ella respondió silenciosamente á su saludo.

Lo que sintió él en primer término fué una estupefacción infinita. Aquella manera de hacerle comprender la inutilidad de su esperanza lo confundía. Véase perdido como hombre que cae al fondo de un abismo, que sabe que no le socorrerán y que debe morir.

Andaba, sin embargo, pero sin ver nada, acaso; tropezaba en las piedras y se equivocó de camino. Un ruido de zuecos llegó hasta su oído; eran los obreros que salían de la fundición.

Entonces se dominó.

A lo lejos, los faroles del ferrocarril trazaban una línea de fuego,

Llegó en el momento de partir un tren. Se entró en un vagón y durmióse.

Una hora después, en los bulevares, la alegría de París por las noches llevó de repente su viaje á un pasado ya lejano.

Quiso ser fuerte y alivió su corazón denigrando á la señora de Arnoux con epítetos injuriosos:

—Es una imbécil, una pava, una bestia, no pensemos en ella más.

Al entrar en su casa encontró en su gabinete una carta de ocho páginas en papel glaseado, de azul y con las iniciales R. A.

Empezaba con reproches amistosos:

«¿Qué se hace usted, querido mío? Me fastidío.»

Peró la escritura era tan abominable que Federico iba á tirar el paquete, cuando percibió una postdata que decía así:

«Cuento con usted mañana para que me lleve á las carreras.»

¿Qué significaba aquella invitación? ¿Era una añagaza más de la Mariscala? Peró no se burla nadie dos veces del mismo hombre sin motivo; y lleno de curiosidad volvió á leer la carta atentamente.

Federico vió: «Equivocación... desilusiones... Pobres chicas nosotras... semejantes á dos ríos que se juntan, etc.

Aquel estilo contrastaba con el lenguaje ordinario de la loreta.

¿Qué cambio había sobrevenido?

Retuvo mucho tiempo las páginas entre sus dedos. Ollan á perfume, y había en la forma de los caracteres y el espacio irregular de las líneas, algo como un desorden de tocador que le turbó.

—¿Por qué no he de ir?—se dijo por fin—¡Si la señora de Arnoux lo supiese! ¡Que lo sepa, tanto mejor, y que la ponga celosa: eso me vengará!

FIN DEL TOMO PRIMERO

## OBRAS DE FONDO

*Calles de Madrid (Las)*, Revista cómico-lírico fantástica, extraordinariamente aplaudida, silbada y prohibida en el Teatro Circo de Price. Madrid, 1888, 8.º mayor, 1 pta.

*Camberouse*. Elementos de Geometría analítica, traducidos por C. Sebastián. Madrid, 1872; 4.º, láminas plegadas, 8 pts.

*Canonge (F.)*. Historia militar contemporánea (1854-1871), traducida por J. Prats y Jimeno. Madrid, 1885; 2 ts. 8.º 4 pts.

*González Callejo (A.)*. Lecciones de artes mecánicas, procedimientos industriales y metalurgia especial. Madrid, 1890; 4.º con grabados, 6 pesetas.

*Cortés y Morales (D. Balbino)*. Tesoro de la salud. Novísimo tratado de longevidad humana ó el más eficaz sistema para alargar la vida, con el específico más simple, saludable y barato que existe, compuesto según las doctrinas y preceptos de los eminentes Dres. en

Medicina Sres. Burggraeve y nuestro Ferrer Gorráiz. Madrid, 875; 8.º, 1'50.

*Gallard* (T.). Lecciones de clínica médica del Hospital de la Piedad de París, vertidas al castellano por Ricardo Martínez Esteban. Madrid, 1880; 4.º, con grabados, 4 pts.

*Hidalgo*. Diccionario general de Bibliografía española. Madrid, 1862-71: 7 tomos 4.º, 60 pesetas.

*López* (D. Eulogio A.). Lecciones de química orgánica, redactadas en vista del programa para ingreso en el Cuerpo de Empleados de Aduanas. Madrid, 1888; 1 t. 4.º con grabados, 6 pts.

*Regnault* (M. V.). Curso elemental de química, traducido, aumentado y publicado con la anuencia y cooperación del autor, por el Teniente Coronel D. Gregorio Verdú. Madrid, 1853; t. IV.—Química orgánica, 8.º, 4 pts.

*Rubini*. Teoría de las formas en general, y principalmente de las binarias, traducida por D. E. Márquez y Villarroel. Parte primera. Sevilla, 1885; 4.º, 7 pts.

*Ruiz Aguilera* (V.). La Arcadia moderna. Eglogas é idilios realistas y epigramas. Madrid, 1867; 8.º, 1,50 pts.

— Poesías. Ecos nacionales. Madrid, 1854; 2 tomos en 1, 8.º, 1,50 pts.

*Sac*. Tratado elemental de química agrícola.

Enseñanza teórico-práctica de la formación, composición, análisis y clasificación de las tierras, cuidados especiales de las plantas, cosechas y animales domésticos, etc. Versión castellana de D. Balbino Cortés y Morales. Madrid, 1888; 1 t. 4.º, 5 pts.

*Sales y Ferré* (M.). Historia general. Madrid, 1884; 4.º menor, 5,50 pts.

*Saldoni* (B.). Diccionario biográfico-bibliográfico de efemérides de músicos españoles. Madrid, 1868-81; 4 tomos 4.º, 12 pts.

*Socias* (M.). Ordenanzas de S. M. para el régimen, disciplina, etc., adicionadas con las disposiciones vigentes. Madrid, 1882-85; 3 tomos 4.º, 24 pts.

*Tajeas y alcantarillas* (Modelos de) para las carreteras, formados por la Comisión de ingenieros de caminos, canales y puertos nombrada en 30 de Agosto de 1858.—Primera parte, en fol., 15 pts.

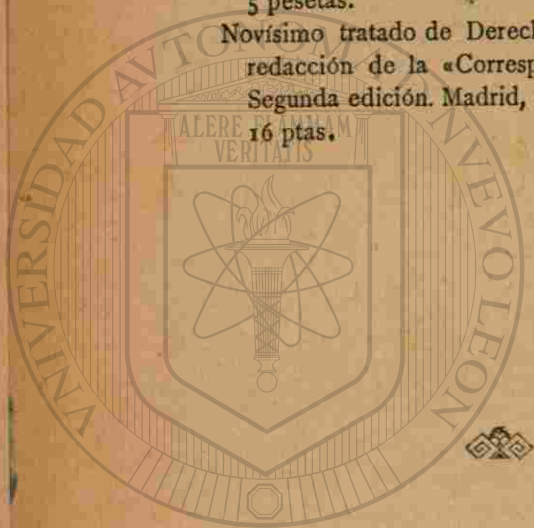
*Villalba y Riquelme* (C.). Lecciones de Geografía universal. Madrid, 1884; 4.º menor, láminas plegadas, 4,50 pts.

*Villamartin* (F.). Obras selectas, con la biografía del autor, por D. Luis Vidart, y un apéndice á las nociones del arte militar, por D. Arturo Cotarelo. Madrid, 1883; 4.º, m., láminas plegadas, 8 pts.

*Ximénez de Sandoval*. Batalla de Aljubarrota;

monografía histórica y estudio crítico-militar.  
Madrid, 1872; 4.º, láms. y planos plegados,  
5 pesetas.

Novísimo tratado de Derecho militar, por la  
redacción de la «Correspondencia Militar.»  
Segunda edición. Madrid, 1891, 4 tomos, 4.º,  
16 ptas.



# UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



